
TE VERÉ
BAJO
EL
HIELO
ROBERT BRYNDZA

Su cuerpo está congelado. Sus ojos cerrados han visto la muerte. Sus labios parecen estar a punto de decir algo.

Un joven descubre el cadáver de una chica debajo de una gruesa capa de hielo en un parque del sur de Londres.

La detective Erika Foster será la encargada de dirigir la investigación del caso, mientras lucha contra sus propios demonios personales. Cuando Erika comienza a indagar en el pasado de la víctima, todo parece apuntar que su asesinato está conectado con el homicidio de otras tres mujeres que han sido encontradas con signos de estrangulación, las manos atadas y, sospechosamente, también bajo las aguas congeladas de otros lagos en Londres.

Poco a poco, Erika se aproxima a la verdad, sin sospechar que el asesino quizá también la observa y se acerca cada vez más a ella.

El *thriller* que ha sorprendido a más de 1.000.000 de lectores.



Robert Bryndza

Te veré bajo el hielo

Erika Foster - 1

ePub r1.2
Titivillus 12.11.2017

Título original: *The Girl in the Ice*
Robert Bryndza, 2016
Traducción: Santiago del Rey

Editor digital: Titivillus
ePub base r1.2



A Ján, que comparte mi vida a través de la comedia
y, ahora, del drama

Prólogo

La acera relucía a la luz de la luna mientras Andrea Douglas-Brown se apresuraba por la calle desierta. Sus altos tacones resonaban en el silencio con frecuentes cambios de ritmo, a causa del abundante vodka que había ingerido. El ambiente de enero era helado, y sentía pinchazos en las piernas desnudas. Ya habían pasado Navidad y Año Nuevo y habían dejado un vacío frío y aséptico. Los escaparates se sucedían junto a ella, bañados en una espesa oscuridad únicamente interrumpida por el rótulo parpadeante de una mugrienta tienda de licores. Había un indio dentro, inclinado sobre el resplandor de un portátil, pero parecía tan absorto que no llegó a ver cómo la chica pasaba dando airadas zancadas.

Estaba tan furiosa, tan decidida a dejar atrás el pub, que solo se preguntó dónde estaba cuando los escaparates desaparecieron y se vieron reemplazados por grandes casas situadas a cierta distancia de la acera. Las esqueléticas ramas de un olmo se extendían hacia lo alto hasta desvanecerse en el cielo sin estrellas. Se detuvo y se apoyó contra un muro para tomar aliento. La sangre le rugía en las venas y el viento helado le ardía en los pulmones. Al volverse, vio que se había alejado bastante y que ya se

hallaba a mitad de la cuesta. A su espalda, la calle, como una franja de melaza bañada en la luz anaranjada de las farolas, descendía hasta la estación del tren, ahora sumida en las tinieblas. El silencio y el frío le producían una sensación opresiva. Lo único que se detectaba era la nube de vapor de su aliento hendiendo el gélido ambiente. Se puso el bolsito de mano de color rosa bajo el brazo, y, tras echar una ojeada y comprobar satisfecha que no había nadie, alzó la parte delantera de su diminuto vestido y se sacó un iPhone de las bragas. Los cristales Swarovski de la funda brillaron débilmente bajo la luz anaranjada. La pantalla indicaba que no había cobertura. Soltó una maldición, volvió a meterse el móvil en las bragas y abrió la cremallera del bolsito. En su interior, había un iPhone más antiguo, también con funda Swarovski, aunque le faltaban muchos cristales. Tampoco este tenía cobertura.

Le subió por el pecho una sensación de pánico mientras miraba en derredor. Las casas estaban alejadas de la calle, ocultas tras altos setos y verjas de hierro. Si seguía andando hasta la cima de la colina, seguramente tendría cobertura. Y qué coño, pensó, llamaría al chófer de su padre. Ya se le ocurriría algo para explicar por qué estaba al sur del río. Abotonándose la diminuta chaqueta de cuero y abrigándose con los brazos cruzados sobre el pecho, echó a andar cuesta arriba, todavía sujetando el viejo iPhone como un talismán.

El motor de un coche resonó a su espalda. Volvió la cabeza, entrecerrando los ojos, y se sintió más y más expuesta a medida que la luz de los faros jugueteaba en sus piernas. Sus esperanzas de que fuese un taxi se vieron defraudadas de inmediato, porque vio que el coche era de techo bajo y que no llevaba ningún rótulo. Le dio la espalda y siguió caminando. El ruido del motor aumentó y enseguida la enfocaron de lleno los faros, que dibujaban un amplio círculo de luz en la calzada. Transcurrieron unos segundos,

pero los faros seguían iluminándola; casi notaba su calor. Echó un vistazo. El coche redujo la marcha y avanzó lentamente, apenas a un metro de distancia.

Se enfureció al descubrir de quién era el coche. Revoleando la larga melena, se giró y continuó su camino. El coche avanzó un poco, poniéndose a su altura. Tenía las ventanillas tintadas. El equipo de música atronaba de tal modo que notó el cosquilleo de la vibración en la garganta y los oídos. Se detuvo bruscamente. El vehículo frenó unos segundos después y retrocedió un poco marcha atrás hasta que la ventanilla del conductor quedó junto a ella. El equipo de sonido enmudeció. El motor seguía ronroneando.

Se agachó para mirar por la ventanilla tintada, pero no vio más que el reflejo de su rostro. Trató de abrir la puerta, pero estaba bloqueada. Golpeó el cristal con el bolsito de color rosa y volvió a tironear de la manija.

—No estoy para jueguecitos. ¡Lo que te he dicho antes iba en serio! —gritó—. Abre la puerta o… o…

El coche permaneció inmóvil, con el motor al ralentí.

«¿O qué?», parecía decir.

Se puso el bolso bajo el brazo, hizo un gesto obsceno con el dedo frente al cristal polarizado y recorrió hecha una fiera el final de la cuesta hasta lo alto de la colina. Había un árbol enorme junto a la acera. Se situó detrás de su recio tronco para evitar los faros del coche y volvió a echar un vistazo al móvil, sujetándolo en alto para obtener cobertura. El cielo estaba encapotado y la nube de un naranja amarronado que lo cubría parecía estar tan baja que tuvo la impresión de que podía rozarla con el brazo extendido. El coche se aproximó lentamente y se detuvo junto al árbol.

El miedo empezó a apoderarse de Andrea. Guarecida bajo las ramas, echó una ojeada a los alrededores. A ambos lados de la calle había setos espesos que se prolongaban hasta perderse en la penumbra de una zona suburbana.

Vislumbró algo al otro lado: un callejón entre dos grandes casas. Distinguió un cartel pequeño, que decía: «DULWICH $1^{1/4}$».

—Atrápame si puedes —masculló.

Inspiró hondo y cruzó corriendo, pero se le trabó el pie en una de las gruesas raíces que sobresalían en la acera. Notó un doloroso tirón en el tobillo y perdió el equilibrio, y el bolso y el móvil se le escaparon de las manos mientras se desplomaba en la calzada. Se golpeó la cadera con el bordillo y la cabeza impactó en el asfalto con un golpe sordo; se quedó aturdida bajo el resplandor de los faros.

Casi de inmediato, estos se apagaron con un parpadeo y la dejaron a oscuras.

Oyó que se abría una puerta. Trató de incorporarse, pero todo le daba vueltas. Vio las perneras de unos vaqueros… Dos zapatillas deportivas caras se dibujaron borrosamente hasta convertirse en cuatro. Extendió el brazo, esperando que la sombra conocida la ayudara a levantarse. Pero no fue así. Con un veloz movimiento, una mano enfundada en un guante de piel le tapó la nariz y la boca; el otro brazo la rodeó e inmovilizó con idéntica velocidad. La piel era blanda y cálida, pero la fuerza de los dedos la sorprendió. Sintió que la sombra la alzaba de un tirón, que la arrastraba hasta la puerta trasera y la arrojaba dentro del coche, en cuyo asiento aterrizó boca abajo. El frío cesó al cerrarse la puerta de golpe. Permaneció tendida, totalmente desconcertada, sin entender lo que acababa de ocurrir.

El vehículo osciló cuando la sombra subió al asiento de delante y cerró la portezuela. Sonó el clic del cierre centralizado. Andrea oyó el ruido de la tapa de la guantera al abrirse, una mano hurgando en ella y otra vez el chasquido de la tapa, cerrándose. Notó que el coche se bamboleaba, y entonces la sombra se coló entre los asientos delanteros y, sentándose brutalmente sobre su

espalda, le vació de aire los pulmones. Al cabo de unos instantes, una fina brida de plástico le ciñó las muñecas con fuerza, clavándose en la piel e inmovilizándole las manos en la espalda. La sombra se deslizó ágilmente hacia la parte inferior de su cuerpo; unos muslos recios le aplastaban las muñecas atadas. Oyó el ruido característico de un rollo de cinta al desenrollarse, y sintió una punzada de dolor en el tobillo torcido mientras las manos enguantadas se lo ataban con la cinta al otro tobillo. Percibió un penetrante aroma a ambientador de pino mezclado con un olor a cobre, y comprendió que le sangraba la nariz.

Un acceso de cólera le disparó la adrenalina y le despejó la mente.

—¿Qué coño estás haciendo? —barboteó—. Me pondré a gritar. Ya sabes lo fuerte que grito.

Pero la sombra se giró, se le arrodilló sobre la espalda y le vació otra vez de aire los pulmones. Andrea captó un movimiento fulgurante con el rabillo del ojo y recibió el impacto de un objeto duro y pesado en la nuca. Vio un montón de estrellas mientras la recorría un dolor nuevo. El brazo se alzó otra vez y descendió brutalmente. Todo se volvió negro.

La calle seguía vacía y silenciosa mientras las primeras motas de nieve caían girando poco a poco, hasta depositarse en la calzada. El coche, impecable con sus vidrios tintados, arrancó casi sin ruido y se perdió en la noche.

1

Lee Kinney salió de la pequeña casa adosada donde aún vivía con su madre y contempló la calle principal cubierta con un manto de nieve. Sacó un paquete de cigarrillos de los pantalones del chándal y encendió uno. Había nevado todo el fin de semana y seguía cayendo nieve todavía, lo que purificaba el revoltijo de pisadas y roderas de neumáticos. La estación de Forest Hill, al pie de la colina, estaba muy tranquila; los madrugadores de los lunes que solían entrar corriendo para tomar el tren y llegar a las oficinas del centro de Londres debían de seguir bien arropados en la cama con sus medias naranjas, aprovechando esta mañana imprevista.

«Afortunados cabrones».

Lee estaba desempleado desde que había dejado la escuela seis años atrás, pero los viejos y buenos tiempos de apalancarse cobrando el paro se habían terminado. El nuevo gobierno conservador estaba tomando enérgicas medidas contra los desempleados de larga duración, y ahora tenía que trabajar a jornada completa para cobrar el subsidio. Le habían dado un trabajo bastante fácil de jardinero municipal en el museo Horniman, que quedaba a diez minutos a pie de su vivienda. Habría preferido quedarse esta mañana en

casa, como todo el mundo, pero no había recibido ninguna llamada de la oficina de empleo para decirle que la actividad quedaba cancelada. Su madre, en la violenta discusión que habían mantenido, le había dicho que dejarían de pagarle el subsidio si no iba y que debería buscarse otro lugar donde vivir.

Sonó un golpe en la ventana delantera y apareció la aterida cara de su madre, haciéndole gestos para que se largara. Él le hizo el gesto del dedo medio y echó a andar por la cuesta de la colina.

Cuatro guapas adolescentes caminaban hacia él. Iban con la chaquetita roja, la falda corta y los calcetines hasta las rodillas de la escuela femenina Dulwich. Comentaban excitadas, con acento engolado, que las habían mandado a casa, y al mismo tiempo tecleaban sin parar en sus iPhone; los auriculares blancos de marca les asomaban por los bolsillos de las chaquetas. Ocupaban totalmente la acera y no se apartaron cuando él llegó a su altura, así que se vio obligado a bajar del bordillo y a pisar el espeso lodo que había dejado en la cuneta la máquina quitanieves. Notó que el agua helada se le filtraba en las zapatillas deportivas nuevas y les lanzó una mirada rabiosa y lasciva, pero ellas estaban demasiado absortas en sus cotilleos, sus grititos y sus risas.

«Malditas zorras ricas y presumidas», pensó. Al llegar al último repecho de la colina, apareció entre las peladas ramas de los olmos la torre del reloj del museo Horniman. Los copos de nieve se habían adherido a los ladrillos de terracota amarilla y sobresalían como grumos de papel higiénico mojado.

Lee dobló a la derecha por la calle residencial paralela a las rejas de hierro de los jardines del museo. La calle se empinaba abruptamente, las casas se veían más lujosas. Al llegar arriba, se detuvo para tomar aliento. La nieve, fría y

rasposa, se le metía en los ojos. Desde ahí, en un día despejado, podías ver cómo se extendía Londres a lo largo de kilómetros y kilómetros hasta el London Eye, a orillas del Támesis; pero esa mañana habían descendido unas densas nubes blancas, y solamente se distinguía el imponente despliegue de la urbanización Overhill en la colina de enfrente.

La pequeña verja de las rejas del museo estaba cerrada. El viento ahora soplaba casi horizontalmente, y Lee, en chándal, temblaba. Había un viejo y miserable cretino a cargo del equipo de jardinería. Se suponía que él debía esperarlo para que le abriera, pero la calle estaba desierta. Echó un vistazo alrededor para comprobarlo, trepó por la pequeña verja y, una vez dentro, siguió un estrecho sendero entre los altos setos.

Guarecido del ulular del viento, el mundo a su alrededor quedó sumido en un misterioso silencio. La nieve caía sin cesar y volvía a cubrir rápidamente sus pisadas mientras avanzaba entre los setos. El museo Horniman y sus jardines ocupaban siete hectáreas, y los cobertizos de jardinería y mantenimiento se hallaban en la parte trasera, junto a un alto muro de borde curvo. Todo estaba envuelto en un deslumbrante borrón blanco, y el chico, desorientado, se adentró más de lo que pretendía en los jardines y acabó junto a la Orangerie. La aparición del edificio de cristal y hierro forjado lo pilló por sorpresa. Volvió sobre sus pasos, pero pronto se encontró de nuevo en territorio desconocido, frente a una bifurcación del sendero.

«¿Cuántas veces habré recorrido estos malditos jardines?», pensó. Tomó el sendero de la derecha, que llevaba a un jardincillo situado en un nivel inferior. Unos querubines de mármol blanco posaban sobre plintos de ladrillo. El viento emitía entre ellos un ronco aullido, y Lee, mientras pasaba, tuvo la sensación de que los ojillos vacíos

y lechosos de los querubines lo observaban. Se detuvo y, protegiéndose la cara de la nieve con una mano, trató de averiguar cuál sería el camino más rápido para llegar al Centro de Visitantes. Normalmente, a los miembros del equipo de mantenimiento no se les permitía la entrada en el museo, pero hacía un frío glacial y el café tal vez estuviera abierto. Qué cojones, entraría a calentarse un poco, como cualquier ser humano.

Notó el zumbido del teléfono móvil y lo sacó del bolsillo. Era un mensaje de la oficina de empleo, diciendo que «debido a la adversas condiciones meteorológicas, no es necesario que se presente en su lugar de trabajo». Volvió a guardarlo en el bolsillo. Parecía que todos los querubines habían vuelto la cabeza hacia él. ¿Antes también estaban colocados así? Imaginó que sus perladas cabecitas se desplazaban lentamente, observando cómo caminaba por el jardín. Apartó la idea de la mente, pasó a toda prisa frente a aquellos ojos vacíos, concentrándose en el sendero cubierto de nieve, y fue a dar a un silencioso claro en torno a un lago para botes, actualmente en desuso.

Se detuvo un momento y atisbó a través de los copos que caían girando poco a poco en el aire. Había un descolorido bote de remos azul en el centro de un óvalo perfecto de nieve que se había formado en el lago helado. En la orilla opuesta, se alzaba un pequeño cobertizo medio podrido, y distinguió bajo sus aleros otro viejo bote de remos.

La nieve se le estaba filtrando en las zapatillas deportivas ya humedecidas y, pese al chaquetón que llevaba, el frío le penetraba en las costillas. Le avergonzó advertir que estaba asustado. Tenía que encontrar la salida. Si volvía sobre sus pasos por el jardincillo del nivel inferior, podía encontrar el sendero que discurría alrededor y salir a

London Road. La gasolinera estaría abierta; podría comprar más cigarrillos y chocolate.

Ya iba a dar media vuelta cuando un ruido quebró el silencio. Era un sonido metálico, distorsionado, y provenía del cobertizo.

—¡Eh! ¿Quién anda ahí? —gritó con voz aguda y nerviosa. Cuando el ruido se interrumpió y, tras unos segundos, volvió a repetirse, comprendió que era el timbre de un móvil. Quizá era de alguno de sus compañeros.

A causa de la nieve, no sabía dónde terminaba el sendero y dónde empezaba el agua congelada. Así pues, sin apartarse de la fila de árboles que bordeaba la orilla del lago, fue avanzando hacia el sonido del teléfono. Era un tono muy débil, y al acercarse, comprobó que procedía del cobertizo de los botes.

Llegó al tejadillo bajo de dicho cobertizo y, agachándose, vio un resplandor que iluminaba la penumbra por detrás del viejo bote de remos. El tono del teléfono cesó y la luz se apagó con rapidez. Se sintió aliviado al comprobar que se trataba de un móvil. Los drogatas y vagabundos solían colarse por la noche, y el equipo de jardinería siempre andaba encontrándose las billeteras que arrojaban allí, una vez despojadas del dinero y de las tarjetas de crédito, así como condones y agujas hipodérmicas. El teléfono también debían de haberlo tirado… «Pero ¿por qué tirarlo? Solo lo tirarías si fuese un teléfono de mierda, ¿no?», pensó.

Rodeó el cobertizo. Los postes de un diminuto embarcadero asomaban entre la nieve, y las tablas de este se prolongaban bajo el tejadillo del cobertizo. Allí donde no llegaba la nieve, vio que las tablas estaban podridas. Caminó por ellas y, agachándose, se metió bajo los aleros del tejadillo, cuya madera también estaba podrida y astillada, y donde colgaban largas telarañas. Al situarse

junto al bote, vio que, al otro lado del cobertizo, sobre un pequeño reborde de madera, había un iPhone.

Sintió un espasmo de excitación. Podía venderlo en el pub sin problemas. Empujó el bote con el pie, pero no se movió; el agua estaba totalmente congelada alrededor. Pasó junto a la proa y se detuvo en el extremo opuesto del embarcadero. Poniéndose de rodillas, se inclinó hacia delante y, con la manga de la chaqueta, apartó el polvo de nieve y dejó a la vista la gruesa capa de hielo. El agua de debajo estaba muy clara; al fondo, distinguió dos peces con motas rojas y negras que nadaban perezosamente; una hilera de burbujas diminutas les ascendió desde la boca, llegó a la cara interior del hielo y se dispersó en direcciones contrarias.

El móvil sonó de nuevo. Lee dio un respingo y a punto estuvo de resbalar por el extremo del embarcadero. El tono *kitsch* del teléfono resonó bajo el tejadillo. Ahora veía claramente el iPhone iluminado en el otro lado del cobertizo, sobre un reborde de madera que quedaba justo por encima de la superficie helada. Tenía una reluciente funda enjoyada. Se acercó al bote, pasó una pierna por encima de la borda, puso el pie en el asiento de madera y lo tanteó, apoyándose con todo el peso, aunque manteniendo aún el otro pie en el embarcadero. El bote no se movió.

Pasó la otra pierna y subió al bote, pero incluso desde allí el iPhone quedaba fuera de su alcance. Espoleado por la visión del fajo de billetes que iba a ganar, pasó una pierna por el lado opuesto del bote y situó el pie con cuidado sobre el agua congelada. Se sujetó a la borda y la presionó, arriesgándose a mojarse completamente el pie. El hielo resistía con solidez. Salió del bote, colocando el otro pie sobre la superficie helada, y aguzó el oído por si sonaba algún crujido. Nada. Dio un pequeño paso, luego otro. Era como andar por un suelo de hormigón.

Los aleros del tejadillo se inclinaban mucho en esa parte. Para alcanzar el iPhone tendría que ponerse en cuclillas.

Mientras se agazapaba, la luz del móvil iluminó el interior del cobertizo. Lee vio un par de botellas de plástico viejas, trozos de basura asomando entre el hielo y algo que lo obligó a detenerse… Algo que parecía… la punta de un dedo.

Con el corazón acelerado, extendió el brazo y lo tocó. Estaba frío y parecía de goma. Tenía escarcha pegada a la uña: una uña pintada de morado oscuro. Se cubrió la mano con la manga de la chaqueta y restregó el hielo de alrededor. La luz del iPhone arrojó un turbio tono verdoso a la superficie congelada y, por debajo, distinguió una mano a la que pertenecía el dedo que asomaba a través del hielo. Lo que debía de haber sido el correspondiente brazo se desvanecía en las profundidades.

El teléfono cesó de sonar y dejó un silencio ensordecedor. Entonces la vio. Justo debajo de donde se hallaba acuclillado, distinguió la cara de una chica. Los hinchados ojos castaños lo miraban con vacuidad. Un enmarañado mechón de pelo oscuro se había fundido con el hielo. Pasó un pez lentamente, rozando con la aleta los labios de la chica, que se hallaban ligeramente entornados, como si estuviera a punto de hablar.

Lee retrocedió gritando y, al incorporarse, se golpeó brutalmente la cabeza con el tejadillo del cobertizo. A causa del impacto, resbaló y se derrumbó sobre el hielo.

Quedó aturdido unos momentos. Pero oyó un débil crujido debajo de él. Llevado por el pánico, moviéndose torpemente, intentó levantarse, alejarse lo máximo posible de la chica muerta, pero volvió a resbalar, y esta vez atravesó la capa helada y se hundió en el agua. Sintió que los flácidos miembros de la muerta se enredaban con los suyos, notó el tacto viscoso y frío de su piel. Cuanto más

forcejeaba, más se enredaban los miembros de ambos. El frío era terrible, abrumador. Tragó agua fétida mientras pataleaba y agitaba brazos y piernas. De algún modo, consiguió zafarse y agarrarse a la borda del bote. Sufrió un acceso de arcadas y lamentó no haber logrado alcanzar el teléfono. Pero todas sus intenciones de venderlo se habían desvanecido.

Ahora lo único que quería era llamar para pedir ayuda.

2

Erika Foster llevaba esperando media hora en la mugrienta recepción de la comisaría de policía de Lewisham Row. Cambió de posición, incómoda, en una de las sillas de plástico verde atornilladas al suelo. Los asientos estaban descoloridos y relucientes, pulidos a lo largo de los años por culos ansiosos o culpables. Por el ventanal que daba al aparcamiento se distinguían apenas entre la ventisca la carretera de circunvalación, un edificio de oficinas y el centro comercial. Un reguero de nieve medio derretida discurría en diagonal desde la entrada principal hasta el mostrador, tras el cual se hallaba el sargento de recepción, concentrado en su ordenador con ojos adormilados. Tenía una cara grandota y mofletes colgantes, y se hurgaba los dientes distraídamente, sacando el dedo de vez en cuando para examinar sus hallazgos antes de volver a metérselo en la boca.

—El jefe ya no tardará —dijo.

Recorrió el cuerpo de Erika con la vista, evaluando su delgada figura enfundada en unos descoloridos vaqueros, un jersey de lana y una chaqueta de cuero morada. Detuvo la mirada en la pequeña maleta con ruedas que tenía a sus pies. Ella lo miró con irritación y ambos desviaron la vista.

En la pared que Erika tenía al lado había un amasijo de carteles informativos. «¡NO SE CONVIERTA EN VÍCTIMA DE UN CRIMEN!», decía uno de ellos: una recomendación realmente estúpida —pensó— para ponerla en la entrada de una comisaría de las afueras de Londres.

Sonó el zumbido de una puerta situada junto al mostrador y apareció en recepción el comisario jefe Marsh. El rapado pelo se le había vuelto gris en los años transcurridos desde la última vez que lo había visto. Pero a pesar de su expresión de agotamiento, todavía era atractivo. Erika se levantó y le estrechó la mano.

—Inspectora jefe Foster, perdone la espera. ¿Qué tal el vuelo? —le preguntó examinando su atuendo.

—Retrasado, señor… De ahí la ropa de civil —respondió ella, a modo de disculpa.

—Esta maldita nieve no podía haber llegado en peor momento —dijo Marsh. Y añadió—: Sargento Woolf, esta es la inspectora jefe Foster. Viene de Mánchester a trabajar con nosotros. Quiero que le asigne un coche lo antes posible…

—Sí, señor.

—Y necesitaré un teléfono —solicitó Erika—. Mejor si encuentra uno antiguo. Preferiblemente, con botones de verdad. No soporto las pantallas táctiles.

—Vamos a trabajar —indicó Marsh. Pasó su tarjeta de identificación, y la puerta zumbó y se abrió con un clic.

—Zorra engreída —musitó Woolf cuando desaparecieron.

Erika siguió a Marsh por un largo pasillo de techo bajo. Sonaban teléfonos por todas partes y pasaba en dirección contraria personal auxiliar y agentes uniformados, todos ellos con expresión tensa en sus paliduchas caras propias del mes de enero. Vio un cartel de la liga de *fantasy-football* clavado en la pared y, un poco más adelante, otro idéntico

con hileras de fotos bajo el título: «MUERTO EN ACTO DE SERVICIO». Cerró los ojos y volvió a abrirlos cuando estuvo segura de que ya había pasado de largo. A punto estuvo de chocar con Marsh, que se había detenido ante una puerta con un rótulo que decía: CENTRO DE COORDINACIÓN. A través de la persiana entreabierta de la mampara de cristal, se percató de que la sala estaba llena de agentes. El miedo le atenazó la garganta. Bajo el grueso jersey, estaba sudando. Marsh asió el pomo.

—Señor, iba usted a informarme primero… —insinuó.

—No hay tiempo —dijo él. Y antes de que Erika pudiera responder, abrió la puerta y le indicó que pasara.

El centro de coordinación era una sala grande, sin tabiques; las dos docenas de agentes enmudecieron y los miraron con un aire expectante en los rostros iluminados por la cruda luz de los fluorescentes. Las mamparas de cristal de ambos lados daban a sendos pasillos, y en uno de ellos había una hilera de impresoras y fotocopiadoras. El continuo desgaste había dibujado pistas perfectamente definidas en la zona de la fina moqueta frente a las máquinas, y también entre los escritorios y las pizarras alineadas en la pared del fondo. Mientras Marsh recorría la sala para situarse al frente, Erika se apresuró a dejar su maleta junto a una fotocopiadora que no paraba de escupir papeles, y se sentó en la esquina de una mesa.

—Buenos días —dijo Marsh—. Como todos saben, hace cuatro días fue denunciada la desaparición de la joven Andrea Douglas-Brown, de veintitrés años. Desde entonces se ha armado en los medios un jaleo de mil demonios. Esta mañana, poco después de las nueve, se ha hallado el cuerpo de una joven, que responde a la descripción de Andrea, en el museo Horniman, en Forest Hill. La identificación preliminar se ha hecho gracias a un teléfono registrado a su nombre, pero todavía estamos pendientes

de una identificación oficial. Los forenses están en camino, pero todo se ha retrasado por esta maldita nevada… —Sonó un teléfono. Marsh se calló, pero el teléfono siguió sonando —. ¡Vamos, por Dios! Esto es un centro de coordinación. ¡Que alguien coja el maldito teléfono!

Un agente situado al fondo lo descolgó y habló en voz baja.

—Si la identificación es correcta, nos las tenemos que ver con el asesinato de una joven de una familia muy poderosa e influyente, de modo que debemos espabilar de verdad con este caso. La prensa y demás, ya me entienden. Nos jugamos el trasero.

Los periódicos del día estaban desplegados en el escritorio que Erika tenía delante. Los titulares decían con letras mayúsculas: «Desaparecida la hija del dirigente laborista de la Cámara de los Lores» y otro rezaba: «¿Complot terrorista para secuestrar a Andie?». El tercero era el más llamativo, con una fotografía a toda plana de Andrea bajo el titular: «¿Secuestrada?».

—Esta es la inspectora jefe Foster. Viene de la policía metropolitana de Mánchester para trabajar con nosotros —concluyó Marsh. Erika sintió que todas las miradas se volvían hacia ella.

—Buenos días a todos, me alegra estar… —Un agente de pelo largo, negro y grasiento la interrumpió.

—Jefe, yo he estado trabajando en el caso de la desaparición de Douglas-Brown y…

—¿Y qué, inspector Sparks? —preguntó Marsh.

—Y mi equipo está funcionando como un reloj. Estoy siguiendo varias pistas. Me he puesto en contacto con la familia…

—La inspectora Foster tiene una enorme experiencia en este tipo de casos delicados…

—Pero…

—Sparks, no hay discusión que valga. La inspectora jefe Foster va a hacerse cargo del caso… Habrá de ponerse al día rápidamente, pero estoy seguro de que contará con toda su ayuda —dijo Marsh. Se produjo un silencio incómodo. Sparks se repantigó en la silla y miró a Erika con desagrado. Ella le sostuvo la mirada, negándose a bajarla.

Marsh prosiguió:

—Y que todo el mundo cierre el pico. Hablo muy en serio. Ni prensa ni chismorreos. ¿Entendido?

Los agentes asintieron emitiendo un murmullo.

—Inspectora jefe Foster, a mi despacho.

Mientras Marsh rebuscaba entre los montones de papeles de su mesa, Erika permaneció de pie en el despacho, situado en el último piso. Echó un vistazo por la ventana, que ofrecía una vista un poco más imponente de Lewisham. Algo más lejos del centro comercial y la estación de tren, se extendían hacia Blackheath hileras irregulares de casas adosadas de ladrillo rojo. El despacho de Marsh difería de la norma habitual en un comisario jefe: no había modelos a escala de coches en el alféizar de la ventana, ni fotos familiares en los estantes; la mesa era un desbarajuste de papeles amontonados en grandes pilas, y los estantes que había junto a la ventana parecían destinados al material sobrante, pues estaban llenos de abultadas carpetas, sobres sin abrir, felicitaciones navideñas y notas adhesivas, curvadas por los bordes y garrapateadas con su letra diminuta. En un rincón, sobre una silla, pendían el uniforme y la gorra. Encima de los arrugados pantalones, parpadeaba el piloto rojo de su Blackberry mientras se cargaba. En conjunto, aquello parecía una mezcla de dormitorio de adolescente y de guarida de un alto cargo.

Marsh localizó finalmente un pequeño sobre acolchado y se lo entregó. Ella desgarró la solapa y sacó una cartera con la placa y la identificación.

—¿Por tanto, de repente, paso de apestada a reina del mambo? —dijo dándole vueltas a la placa.

—No se trata de usted, inspectora. Debería sentirse satisfecha —replicó Marsh, rodeando la mesa y desplomándose en la silla.

—Señor, me dijeron sin ninguna ambigüedad que cuando me reincorporase al servicio, me asignarían tareas administrativas durante, al menos, seis meses, ¿no es cierto?

El comisario jefe le indicó que se sentara en la silla de enfrente.

—Mire, Foster, cuando yo la llamé, esto solo era un caso de desaparición. Ahora lo que tenemos es un asesinato. ¿Debo recordarle quién es el padre?

—Lord Douglas-Brown. ¿No fue él uno de los principales contratistas gubernamentales durante la guerra de Irak al mismo tiempo que tenía un cargo en el Gobierno?

—Esto no es un asunto político.

—¿Desde cuándo me ha importado a mí la política, señor?

—Andrea Douglas-Brown desapareció en mi zona, y su padre ha ejercido una presión enorme. Es un hombre muy influyente, capaz de destrozar una carrera. Esta misma mañana tengo una reunión con el subcomisario general y con alguien de la maldita oficina del Gobierno…

—Ah, ¿se trata de su carrera?

Marsh le lanzó una mirada y le dijo:

—Necesito una identificación de ese cuerpo y un sospechoso. Rápidamente.

—Sí, señor. —Erika titubeó—. ¿Puedo preguntarle por qué yo? ¿El plan es ponerme a mí como víctima propiciatoria? ¿Y

dejar que Sparks arregle el entuerto y quede como un héroe? Porque me merezco saber si…

—La madre de Andrea es eslovaca. Y usted también… Se me ocurrió que ayudaría disponer de una agente con quien la madre pueda sentirse identificada.

—¿O sea que ponerme en el caso es un gesto de relaciones públicas?

—Si quiere mirarlo así. También sé que es usted una agente extraordinaria. Ha tenido problemas recientemente, es verdad, pero sus logros superan con diferencia lo que…

—No me dore la píldora, señor.

—Foster, lo que no ha dominado usted nunca es la política interna del cuerpo de policía. De lo contrario, tal vez ahora estaríamos sentados en lugares opuestos.

—Sí, bueno, yo tengo principios —dijo Erika lanzándole una dura mirada. Silencio.

—Erika… la he puesto en el caso porque creo que merece un respiro. No vaya a perder esta ocasión antes de empezar.

—Sí, señor.

—Y ahora, vaya al escenario del crimen. Llámeme en cuanto tenga información. Al minuto. Si realmente es Andrea Douglas-Brown, necesitaremos una identificación oficial de la familia.

Erika se levantó y se dispuso a salir. Marsh continuó, ahora con tono más suave:

—No tuve ocasión de decirle en el funeral lo mucho que sentí lo de Mark… Era un agente magnífico. Y un amigo.

—Gracias, señor. —Ella miró fijamente la moqueta. Aún le resultaba muy duro escuchar su nombre. Se concentró para no llorar. Marsh carraspeó y retomó el tono profesional:

—Sé que puedo confiar en usted para conseguir una acusación rápida en este asunto. Quiero que me informe de cada paso de la investigación.

—Sí, señor.

—Y otra cosa, inspectora Foster.
—¿Señor?
—Quítese esa ropa informal.

3

Erika encontró el vestuario de mujeres y se apresuró a ponerse el conjunto —casi olvidado, pero familiar— de pantalones negros, blusa blanca, suéter oscuro y chaqueta de cuero larga.

Estaba embutiendo sus ropas de civil en una taquilla cuando reparó en un ejemplar arrugado del *Daily Mail* que estaba en el extremo de uno de los largos bancos de madera. Se lo acercó y lo alisó. Bajo el titular «Desaparecida la hija del dirigente laborista de la Cámara de los Lores», había una gran foto de Andrea Douglas-Brown. Una chica guapa y refinada, de larga melena castaña, labios carnosos y ojos castaños chispeantes. Lucía una piel bronceada y llevaba un minúsculo top de bikini, echando los hombros hacia atrás para realzar sus pechos. Miraba a la cámara con expresión resuelta y aplomada. La foto había sido tomada en un yate y, por detrás de la chica, el cielo era de un azul intenso y el sol centelleaba en el mar. Dos brazos masculinos de vigorosos hombros la rodeaban desde ambos lados, aunque habían recortado el cuerpo restante de los dos hombres, uno alto y otro bajo.

El *Daily Mail* catalogaba a Andrea como «figura menor de la alta sociedad», lo cual, pensó Erika, no le habría gustado a ella si lo hubiese leído, pero por lo menos se abstenían de llamarla «Andie» como habían hecho otros tabloides sensacionalistas. El periódico había hablado con sus padres, lord y lady Douglas-Brown, y con su prometido, y los tres habían rogado que Andrea se pusiera en contacto con ellos.

La inspectora hurgó en su chaqueta de cuero y encontró el bloc de notas. Todavía seguía ahí después de tantos meses. Anotó el nombre del prometido, un tal Giles Osborne y escribió: «¿Andrea se escapó de casa?». Contempló un momento la frase, la tachó furiosamente y desgarró el papel. Se metió la libreta en el bolsillo trasero del pantalón; iba a guardar la placa de identificación en el otro bolsillo, pero se detuvo un momento y la palpó, sopesándola, pasando los dedos por la gastada funda de cuero, que se había ido curvando después de tantos años embutida contra su trasero.

Se acercó al espejo que había sobre la hilera de lavamanos, abrió la funda de cuero y la sostuvo ante ella. La foto de identificación mostraba a una mujer segura de sí misma, de pelo rubio echado hacia atrás, que miraba desafiante a la cámara. La mujer que le devolvía la mirada en el espejo, sujetando la placa de identificación, estaba pálida y demacrada. Llevaba el pelo corto, de rubios mechones erizados y un atisbo canoso en las raíces. Observó un momento su tembloroso brazo y cerró la funda.

Haría una solicitud para que le sacasen otra foto.

4

El sargento de recepción, Woolf, estaba esperando en el pasillo cuando Erika salió del vestuario de mujeres. La siguió con andares de pato, advirtiendo que ella le sacaba una cabeza.

—Aquí tiene el teléfono; ya está cargado y a punto —dijo, y le dio una bolsa de plástico transparente con el aparato y el cargador—. Habrá un coche preparado para usted después del almuerzo.

—¿No tiene ningún modelo con botones? —le espetó Erika, al ver a través del plástico que era un *smartphone*.

—Tiene un botón de encendido y apagado —replicó él.

—Cuando llegue el coche, ¿puede meter esto en el maletero? —le dijo Erika señalando la maleta con ruedas. Lo dejó atrás y entró en el centro de coordinación. Todas las conversaciones se interrumpieron en el acto. Una mujer baja y rolliza se le acercó y se presentó:

—Soy la inspectora Moss. Estamos tratando de conseguirle un despacho. —La mujer tenía el pelo hirsuto y rojizo, y tantas pecas en la cara que se fundían entre sí formando manchas—. Toda la información se pone en las pizarras a medida que llega. Haré que le lleven copias impresas a su despacho cuando…

—Con una mesa me basta —dijo Erika, y se acercó a las pizarras acrílicas, donde había un gran mapa de los jardines del museo Horniman y, debajo, una imagen de Andrea obtenida por una cámara de vigilancia.

—Esa es la última imagen de ella, tomada en la estación de London Bridge cuando subía al tren a las nueve menos trece minutos con dirección a Forest Hill —dijo Moss, siguiéndola. En la foto de la cámara de vigilancia, se la veía en el momento de subir al vagón y se apreciaba una pierna bien torneada. Tenía una expresión de rabia. Iba de punta en blanco, con una ceñida chaqueta de cuero sobre un vestido corto negro. Llevaba zapatos de color rosa de tacón alto y un bolsito de mano a juego.

—¿Estaba sola cuando subió al tren? —preguntó Erika.

—Sí, tengo aquí el vídeo de la cámara de vigilancia de donde sacamos la fotografía —contestó Moss, y fue a buscar un portátil. Lo colocó en equilibrio sobre un montón de carpetas y maximizó la ventana del vídeo. Miraron la filmación tomada a intervalos, que ofrecía una vista ladeada del andén. Andrea cruzaba el encuadre y subía al vagón. La secuencia duraba unos segundos, por lo cual Moss la reprodujo sucesivamente.

—Parece cabreada de verdad —comentó Erika.

—Sí. Como si fuera a cantarle las cuarenta a alguien —asintió Moss.

—¿Dónde estaba el prometido?

—Tiene una sólida coartada. Asistía a un evento en el centro de Londres.

Miraron varias veces más cómo cruzaba Andrea el andén y subía al vagón. Era la única persona que aparecía en el vídeo; el resto del andén estaba vacío.

—Ese es nuestro jefe, el sargento Crane —dijo Moss señalando a un joven de pelo rubio rapado que estaba simultáneamente hablando por teléfono, mientras

rebuscaba entre unas carpetas, y metiéndose una barrita Mars entera en la boca. Intentó tragárselo todo de una sola vez. Con el rabillo del ojo, Erika vio que Sparks colgaba el teléfono, se ponía el abrigo y se dirigía a la puerta.

—¿A dónde va? —le preguntó.

Sparks se giró y replicó:

—Los forenses nos acaban de dar autorización para que vayamos a la escena del crimen. Necesitamos una identificación rápida. Por si se le ha olvidado.

—Prefiero que se quede aquí, Sparks. Inspectora Moss, usted me acompañará hoy; y usted… ¿cómo se llama? —le preguntó a un agente negro, alto y guapo, que estaba atendiendo una llamada en un mesa cercana.

—Inspector Peterson —dijo él tapando el auricular.

—Bien, inspector Peterson. Usted viene conmigo también.

—¿Qué se supone que he de hacer, entonces? ¿Quedarme aquí de brazos cruzados? —preguntó Sparks.

—No. Necesito todas las imágenes de las cámaras de vigilancia que cubren el museo Horniman y las calles colindantes.

—Las tenemos —la interrumpió Sparks.

—No. Quiero que amplíe la búsqueda a todas las imágenes existentes desde las cuarenta y ocho horas previas a la desaparición de Andrea en adelante; y quiero interrogatorios puerta a puerta en los alrededores del museo. También necesito absolutamente todo cuanto pueda encontrar sobre Andrea: familia, amigos, extractos bancarios, historial médico, registro de llamadas, correos electrónicos, redes sociales… ¿A quién caía bien? ¿Quién la odiaba? Quiero saberlo todo. ¿Tenía un ordenador, un portátil? Seguro que debía tenerlo, y lo quiero.

—Me dijeron que no nos podían dar el portátil. Lord Douglas-Brown fue muy preciso… —comentó Sparks.

—Bien, pues yo le digo que lo consiga. —El centro de coordinación se había quedado en silencio. Erika prosiguió —: Y nadie… lo repito, nadie, puede hablar con la prensa o contar nada por su propia cuenta. ¿Me han oído? Ni siquiera pueden decir «sin comentarios». La boca bien cerrada… ¿Le basta con esto para mantenerse ocupado, inspector Sparks?

—Sí —dijo él mirándola con furia.

—Y usted, Crane, ¿se ocupará de que todo vaya sobre ruedas en el centro de coordinación?

—Ya estoy en ello —dijo el aludido, y engulló el resto de su barrita de chocolate.

—Bien. Nos volveremos a reunir a las cuatro.

Salió, seguida de Moss y Peterson. Sparks tiró el abrigo al suelo.

—Zorra —mascculló, y volvió a sentarse frente a su ordenador.

5

Moss atisbaba la calle nevada por encima del volante. Erika iba sentada a su lado y Peterson en la parte trasera. El incómodo silencio se veía interrumpido a intervalos regulares por los limpiaparabrisas, que rechinaban al pasar sobre el cristal como si los retuviera una crujiente arenilla.

El sur de Londres era una paleta de sucios matices del gris. Junto a las ventanillas desfilaban casas adosadas decadentes, cuyos jardines delanteros se habían pavimentado para aparcar coches. Los únicos toques de color procedían de los cubos apelotonados fuera, en grupos tricolores de negro, verde y azul.

La calle doblaba bruscamente a la izquierda. Se detuvieron al final de una fila de coches que se prolongaba a lo largo de la primera curva de Catford Gyratory, que era de una sola dirección. Moss encendió la sirena, y los coches se fueron subiendo a la acera para dejar paso. La calefacción del coche patrulla estaba estropeada, lo cual le daba a Erika una buena excusa para mantener sus temblorosas manos metidas en los bolsillos de la chaqueta de cuero. Confiaba en que fuera el hambre lo que le provocaba el temblor, en lugar de la tensión de la tarea que

tenía por delante. Entrevió un paquete de tiras de regaliz rojo metido en una ranura por encima de la radio.

—¿Puedo? —preguntó, rompiendo el silencio.

—Sí, adelante —dijo Moss. Pisó a fondo y aceleraron a través de un hueco entre el tráfico, aunque las ruedas traseras dieron un bandazo en la calle helada. Erika sacó una tira del paquete, se la metió en la boca y masticó. Miró a Peterson por el espejo retrovisor. Estaba concentrado en su iPad. Era alto y delgado, de cara ovalada y juvenil. Le recordaba a un soldadito de juguete. Alzó la vista y ella le sostuvo la mirada.

—Bueno. ¿Qué puede decirme sobre Andrea Douglas-Brown? —inquirió y, tragándose la cinta de regaliz, cogió otra.

—¿No la ha informado el comisario, jefa? —preguntó Peterson.

—Sí. Pero imagínese que no lo ha hecho. Yo abordo cada caso como si partiera de cero. Le sorprendería la cantidad de cosas nuevas que surgen.

—Tiene veintitrés años —informó Peterson.

—¿Trabajaba?

—No hay historial laboral…

—¿Por qué?

Peterson se encogió de hombros y añadió:

—No le hace falta trabajar. Lord Douglas-Brown es el dueño de SamTech, una empresa militar privada. Desarrollan dispositivos GPS y sistemas de *software* para el Gobierno. Según los últimos datos, tiene una fortuna de treinta millones.

—¿Hermanos o hermanas?

—Sí, un hermano menor, David, y una hermana mayor, Linda.

—¿O sea que podría decirse que Andrea y sus hermanos son unos hijos de papá que viven de las rentas?

—Sí y no. La hermana, Linda, trabaja, aunque sea para su madre. Lady Douglas-Brown tiene una empresa de floristería. David está haciendo un máster en la universidad.

Habían llegado a Catford Hight Street, por la que había pasado la quitanieves, y el tráfico avanzaba con normalidad. Aceleraron frente a bazares, locales de préstamos a corto plazo y supermercados independientes en los que había grandes pilas de productos exóticos, que amenazaban con desparramarse por las aceras cubiertas de aguanieve.

—¿Qué me dice del prometido, Giles Osborne?

—Van… bueno, iban a celebrar una gran boda en verano —dijo Moss.

—¿A qué se dedica él? —preguntó Erika.

—Dirige una empresa de eventos de alto nivel: la regata Henley, lanzamientos de productos, bodas de alta sociedad…

—¿Andrea vivía con él?

—No, vivía con sus padres, en Chiswick.

—Eso queda en el oeste de Londres, ¿no? —Peterson le hizo por el retrovisor un gesto de asentimiento.

Moss prosiguió:

—Debería ver la mansión familiar. Juntaron cuatro casas y excavaron el sótano. Debe de valer millones.

Pasaron junto a una sucursal de Topps Tiles, que parecía cerrada (el aparcamiento se había convertido en un gran cuadrado vacío cubierto de nieve fresca), y frente a un restaurante Harvester, donde un hombre con orejeras estaba metiendo poco a poco un gran árbol de Navidad en una trituradora. El zumbido del motor hizo que el coche vibrara unos momentos, pero al poco rato el ruido quedó atrás, mientras aparecía un grupo de pubs muy venidos a menos. Frente a uno de estos, llamado The Stag, una vieja demacrada fumaba un cigarrillo, apoyada en una puerta verde con desconchones. A su lado, había un perro con la

cabeza metida en un cubo de basura y restos de comida esparcidos por la acera nevada.

—¿Y qué demonios hacía por aquí, sola, Andrea Douglas-Brown? —planteó Erika—. Esto queda un poco a trasmano para la hija de un millonario que vive en Chiswick, ¿no?

Una ráfaga de nieve envolvió fugazmente el coche. Cuando se despejó, apareció a la vista el museo Horniman. El edificio de arenisca estaba flanqueado por yucas y palmeras que, embadurnadas de nieve, parecían totalmente fuera de lugar.

Moss redujo la marcha al acercarse a la verja de hierro y paró junto a un joven agente uniformado. Erika bajó el cristal y él se agachó y puso una mano enguantada de piel en el marco de la ventanilla. La nieve entró en el coche y se adhirió al tapizado del interior de la puerta. Erika le enseñó su placa.

—Tome la siguiente a la izquierda —dijo el agente—. Es una cuesta muy pronunciada. Hemos mandado una quitanieves para allá, pero suban despacio.

La inspectora asintió y subió la ventanilla. Moss dobló a la izquierda y empezaron a subir la cuesta. Al acercarse a la cima, apareció a la vista un control de policía con otro agente uniformado. A su izquierda, aguardaba en la acera un grupo de periodistas equipados con prendas invernales. La llegada del coche policial los puso en alerta; los *flashes* destellaron frente al parabrisas.

—A tomar por culo —gruñó Moss mientras trataba de meter la tercera. El cambio rechinó, y el coche patrulla dio una sacudida y se caló—. ¡Mierda! —gritó sujetando el volante. Se apresuró a poner el freno de mano, pero el coche se deslizaba por la pendiente. A través del retrovisor, Erika vio cómo descendía la calle a su espalda. Los fotógrafos reaccionaron ante el espectáculo disparando más *flashes*.

—¡Vire todo a la izquierda! ¡Ahora! —gritó Peterson bajando el cristal de su ventanilla y mirando hacia atrás. Erika se agarró del salpicadero mientras Moss, sujetando el volante con energía, lograba que el coche dejara de deslizarse y lo guiaba hasta una plaza de aparcamiento que acababan de despejar de nieve. Las ruedas se agarraron al asfalto desnudo y se detuvieron del todo.

—Eso sí que ha sido suerte —dijo Peterson con una tensa sonrisa. La nieve entraba por la ventanilla que acababa de abrir, adhiriéndose a sus cortas rastas.

—¡Maldito hielo de mierda! —soltó Moss inspirando hondo.

Erika se desabrochó el cinturón y notó, avergonzada, que le temblaban las piernas. Se bajaron los tres del coche. Los fotógrafos, mondándose de risa, les lanzaron preguntas sobre la identidad del cadáver. La nieve los azotaba horizontalmente mientras los tres sacaban sus placas y el agente alzaba la cinta para que pasaran. La inspectora jefe se sintió reconfortada por estar de nuevo en activo, por el mero hecho de que le levantaran la cinta y por el tacto de la placa de identificación en su mano. Otro agente uniformado les señaló la verja de hierro por la que se accedía a los jardines del museo.

El cobertizo de los botes se hallaba cubierto por una enorme tienda forense blanca, cuya base se confundía con la masa de nieve. Un ayudante estaba esperándolos provisto de monos de plástico, y los tres se los pusieron antes de entrar.

Dentro de la tienda, la luz de los focos se reflejaba en la nieve e iluminaba la madera podrida del tejado del cobertizo. Atisbaron por debajo. El jefe del equipo, junto con tres forenses, estaba peinando el interior centímetro a centímetro. Había un viejo bote de remos en el pequeño embarcadero de madera. Un buzo de la policía con un

reluciente traje negro emergió del agua helada entre un chapoteo, trayendo consigo un denso y nauseabundo olor a charca estancada. La basura y la mugre flotaban alrededor del hombre entre pedazos de hielo que se iban fundiendo bajo el calor de los focos.

—Inspectora jefe Foster —dijo una grave voz masculina. Por una vez, Erika tuvo que alzar la cabeza para mirar a la persona de elevada estatura que apareció por detrás del cobertizo. El recién llegado se levantó la mascarilla, dejando al descubierto un rostro apuesto e imponente de grandes ojos oscuros y cejas perfectamente depiladas, que dibujaban dos líneas impecables.

—Soy Isaac Strong, patólogo forense —se presentó—. Ya conozco a Moss y a Peterson —añadió. Ambos lo saludaron con un gesto. El forense los guio alrededor del cobertizo; detrás, pegada al fondo de la tienda, había una camilla metálica con el cadáver de la chica. El cuerpo yacía desnudo, exceptuando los restos de un vestido embarrado, enrollados alrededor de la cintura, y las tiras desgarradas de un tanga negro. Los carnosos labios, levemente entornados, dejaban ver que se le había partido un incisivo cerca de la encía. Los ojos estaban totalmente abiertos, mostrando una empañada mirada asesina; y entre las hebras de la larga cabellera había hojitas y detritos del agua.

—Es ella, ¿verdad? —apuntó Erika en voz baja.

Moss y Peterson asintieron.

—Bueno —dijo Isaac, rompiendo el silencio—. Se encontró el cuerpo en el hielo. Aunque es pronto todavía, me arriesgo a decir… me arriesgo, repito… que llevaba en el agua al menos setenta y dos horas. La temperatura cayó por debajo de cero hace tres días. Además, su teléfono seguía funcionando cuando la hallaron. Un joven que trabaja aquí lo oyó sonar.

Le pasó a Erika un iPhone guardado en una bolsa de plástico. La funda estaba salpicada de cristales Swarovski.

—¿Sabemos quién estaba llamando? —preguntó Erika, atisbando la posibilidad de una primera pista.

—No. La batería se agotó al poco de que lo sacáramos del agua. Lo hemos examinado para ver si había huellas, pero todas las marcas están embarulladas.

—¿Dónde está el tipo que la encontró?

—En una ambulancia con los paramédicos. Junto al Centro de Visitantes. Estaba en pleno ataque de nervios cuando los agentes llegaron aquí. Se cayó y atravesó el hielo justo encima del cadáver; vomitó, orinó y defecó a causa de la conmoción, de manera que estamos tratando ante todo de eliminar los rastros de su ADN —dijo Isaac.

Se acercó al cuerpo tendido en la camilla.

—La hinchazón de la cara y las marcas de ligadura en el cuello podrían ser signos de estrangulación; además, tiene el esternón roto —informó. Con una mano cubierta con un guante de látex, ladeó delicadamente la cabeza del cadáver —. Faltan mechones de pelo, más o menos en torno a la misma zona de cada sien.

—Es posible que el asesino estuviera detrás y que le hubiera tirado del pelo —opinó Moss.

—¿Hay signos de violencia sexual? —preguntó Erika.

—Necesitaré tiempo para examinarla mejor. Tiene verdugones y arañazos en la cara interna de los muslos, en las costillas y los pechos…

Señaló una serie de rayas rojas debajo de cada pecho y puso la mano encima con cuidado para mostrar las marcas de dedos en la caja torácica.

—Las muñecas están laceradas, lo que podría indicar que le ataron las manos, pero no tenía ninguna ligadura cuando cayó al agua. También se observan morados en la nuca, y hemos hallado fragmentos de diente incrustados en el poste

de la esquina delantera del embarcadero… Aún estamos buscando los restos del diente. Podría habérselo tragado; quizá lo encuentre en la autopsia.

—Cuando desapareció llevaba unos zapatos de color rosa de tacón alto y un bolso a juego. ¿Los han encontrado? —preguntó Moss.

—Solo llevaba el vestido y las bragas, pero ni sujetador… ni zapatos. —Isaac alzó los pies del cadáver con cuidado—. Tiene los talones muy lacerados.

—La arrastraron descalza —dijo Erika retrocediendo al ver los pies arañados y agrietados, prácticamente en carne viva.

—Uno de los buzos ha sacado esto del agua. —Isaac le tendió a Erika una bolsita de plástico transparente que contenía un permiso de conducir. Los tres miraron la fotografía en silencio.

—Es una foto muy intensa. Parece como si nos estuviera mirando desde más allá de la tumba —opinó Peterson.

Erika pensó que llevaba razón. En las fotos de carnet, los ojos tenían con frecuencia un aspecto vidrioso, o parecían deslumbrados por los focos. Andrea, en cambio, mostraba una expresión resuelta y segura.

—¡Por Dios! —murmuró pasando la vista de la fotografía al mugriento cadáver de ojos desorbitados que yacía en la camilla—. ¿Cuánto tardará en establecer la causa exacta de la muerte?

—Ya le he dicho lo suficiente para que continúe investigando. Tendré que practicar la autopsia —dijo Isaac con irritación.

—Lo cual será hoy —replicó Erika mirándolo a los ojos.

—Sí. Hoy.

Los jardines, fuera de la tienda, estaban en silencio. Había dejado de nevar, y un grupo de agentes uniformados patrullaban alrededor del lago, levantando nubes de polvo blanco a medida que avanzaban entre los montones de nieve.

Erika sacó su móvil y llamó a Marsh.

—Señor, es Andrea Douglas-Brown —anunció.

Silencio.

—Mierda.

—Ahora voy a hablar con el chico que la encontró. Cuando acabe, iré a informar a los padres —dijo Erika.

—¿Cuál es su impresión, Foster?

—No cabe duda de que estamos ante un asesinato; tal vez la violaron y luego la estrangularon o ahogaron. Todos los datos que tengo van de camino hacia el equipo de la comisaría.

—¿Algún sospechoso a la vista?

—No, señor. Pero estoy trabajando a tope. Hemos de organizar una identificación oficial con la familia. Los forenses practicarán la autopsia en cuanto salgan de aquí; le mantendré informado de las novedades.

—Si pudiera decir a los medios que tenemos un sospechoso… —insinuó Marsh.

—Sí, señor, lo sé. Hablar con la familia es ahora nuestra primera línea de investigación. Es muy probable que la chica conociera al asesino. Cuando desapareció, no hubo testigos, nadie presenció cómo la secuestraban. Ella misma podría haberse reunido con su asesino aquí.

—Calma, Foster. No se apresure a asumir la hipótesis de que ella se disponía a echar un polvo en plan sórdido.

—Yo no he dicho que hubiera quedado para echar…

—Recuerde que se trata de una familia muy respetable…

—He investigado casos parecidos, señor.

—Sí. Pero tenga presente con quién tiene que vérselas.

—Sí, ya. Con una familia desconsolada. Y yo habré de hacerles las preguntas habituales, señor.

—Sí, pero con mucho tiento. Es una orden.

Al concluir la llamada, Erika se sentía irritada por la actitud de Marsh. Si algo le inspiraba desprecio de Gran Bretaña era su sistema de clases. Incluso en medio de una investigación por asesinato, parecía como si Marsh pretendiera que la familia recibiera una especie de tratamiento VIP.

Moss y Peterson salieron de la tienda acompañados de un agente uniformado. Ella se sumó al grupo y los cuatro dejaron atrás el lago y atravesaron el jardincillo del nivel inferior. Mientras pasaban por allí, Erika se preguntó si esas estatuas sin ojos habrían presenciado cómo arrastraban a Andrea, gritando a voz en cuello para salvar la vida.

El transmisor que llevaba en la solapa el agente uniformado emitió un silbido de interferencias.

—Acabamos de encontrar un bolsito de color rosa en un seto de London Road —dijo una voz.

—¿Dónde queda London Road? —preguntó Erika.

—Es la calle principal —respondió el agente señalando más allá de una hilera de árboles.

Tras meses de inactividad, Erika tenía que hacer un esfuerzo para volver a poner el cerebro en marcha. Cada vez que cerraba los ojos, veía el cuerpo de Andrea, su piel desgarrada y amoratada, sus ojos abiertos de par en par. Existían muchas variables en una investigación por asesinato: una casa de tamaño medio podía mantener ocupado al equipo forense algunos días, pero el escenario de este crimen se extendía a lo largo de siete hectáreas, y las pruebas estaban esparcidas por unos jardines públicos, y ocultas bajo una gruesa capa de nieve.

—Tráigalo al Centro de Visitantes, junto a la ambulancia —le indicó Erika al agente, que se alejó a toda prisa. Al cabo

de unos momentos, ella, Moss y Peterson emergieron entre los setos. Al final de una suave cuesta nevada se hallaba el edificio de cristal futurista del Centro de Visitantes. El patio había quedado invadido por una ambulancia aparcada en medio, con las puertas traseras abiertas. Había un joven de poco más de veinte años sentado en la parte de detrás bajo un montón de mantas. Tenía la piel de la cara grisácea y tiritaba sin parar. Una mujer menuda permanecía junto a las puertas de la ambulancia, observando al miembro del equipo forense que estaba procesando con todo cuidado las ropas del joven y rotulando con una mano enguantada las bolsas de pruebas que contenían el chándal, el jersey y las zapatillas deportivas del joven. La mujer tenía las mismas cejas pobladas que este, pero la cara era más pequeña y afilada.

—Quiero un recibo —estaba diciendo—, y que quede por escrito todo lo que se llevan. Esos pantalones de chándal se los compró Lee en noviembre; y las zapatillas deportivas también son nuevas: aún quedan pendientes trece semanas de pago por catálogo. ¿Cuánto tiempo se los van a quedar?

—Todo esto ahora son pruebas de una investigación criminal —dijo Erika al llegar junto a la ambulancia—. Soy la inspectora jefe Foster; estos son los inspectores Moss y Peterson. —Le mostraron sus placas, y la mujer atisbó las fotos guiñando los ojos.

—¿Cómo se llama? —la apremió Erika.

—Grace Kinney. Y mi Lee no ha hecho más que presentarse en el trabajo. Pero ahora, como ha tenido que esperar en medio de la nevada, cogerá la baja y dejarán de darle el subsidio…

—Lee, ¿puedes contarnos qué ha ocurrido exactamente?

El chico asintió; estaba lívido y angustiado. Les explicó que había llegado para trabajar, que había seguido el sonido de un teléfono y descubierto el cuerpo de Andrea bajo el

hielo. Lo interrumpió un agente que apareció junto a las puertas de la ambulancia con un bolsito de mano de color rosa en una bolsa transparente. En otra bolsa había más cosas: seis billetes de cincuenta libras, dos tampones, rímel, un pintalabios y un perfumador.

—¿Esto era de la chica muerta? —preguntó Grace atisbando. El agente se apresuró a ocultar las bolsas a su espalda.

—Ahora ya lo ha visto —dijo Erika, riñendo al agente—. Señora Kinney, debe comprender que esto es una prueba de una investigación muy delicada…

—Mantendré el pico cerrado, no se apure —afirmó Grace —. Pero solo Dios sabe lo que andaba haciendo aquí una joven con un bolso de diseño y un fajo de billetes de cincuenta.

—¿Usted qué cree? —preguntó Erika.

—Yo no voy a hacerle el trabajo. Pero no hay que ser Sherlock Holmes para deducir que la chica hacía la calle. Seguramente, trajo a un cliente y la cosa se complicó —aventuró la mujer.

—Lee, ¿tú reconociste a la chica muerta?

—¿Por qué iba a conocer mi Lee a una prostituta?

—Nosotros… no creemos que fuera una prostituta.

Grace parecía ajena a la angustia de su hijo. Él se envolvió en la manta y frunció el entrecejo, juntando las tupidas cejas.

—Era preciosa —dijo en voz baja—. Incluso muerta, bajo el hielo… Qué forma tan horrible de morir, ¿no?

Erika asintió.

—Se le veía en la cara —dijo—. Perdón, ¿cuál era la pregunta?

—¿La reconociste, Lee? ¿La habías visto por aquí? —repitió Erika.

—No. Nunca la había visto —aseguró él.

—Creemos que podría haber ido a uno de los pubs de la calle principal cuando desapareció. ¿Qué pubs frecuenta la gente joven? —preguntó Peterson.

Lee se encogió de hombros y dijo:

—The Wetherspoon’s está a tope el fin de semana… The Pig and Whistle. Ese queda justo después de la estación.

—¿Sales mucho, Lee? —preguntó Peterson. El chico se encogió de hombros otra vez. El inspector prosiguió—: Bien, The Wetherspoon’s, The Pig and Whistle. ¿Otros pubs?

—Él no se acerca a los otros ¿verdad? —dijo Grace, lanzándole una mirada a su hijo.

—Sí, sí. Así es. O sea, a esos no me acerco —corroboró Lee.

Grace continuó:

—Este barrio antes estaba bien. No era refinado, pero estaba bien. El viejo y baqueteado Wetherspoon’s había sido un teatro musical encantador. Los peores son The Glue Pot y The Stag. Se lo digo: aunque el mundo se inundara de meados y esos tugurios estuvieran por encima del nivel del agua, usted no me vería ahí dentro. Además, están a reventar de malditos inmigrantes: sin ánimo de ofender, cariño —añadió mirando a Peterson. Erika advirtió que Moss reprimía una sonrisa.

Grace siguió hablando, todavía ajena a la angustia de su hijo.

—Se lo aseguro, cuando recorro la calle principal, me siento como una extranjera en mi propio país: polacos, rumanos, ucranianos, rusos, indios, africanos… Y Lee me dice que están todos allá, en la oficina de empleo, aceptando cualquier cosa. Deberían hacer una redada en esos pubs de la calle principal. Hay un montón que trabajan en la barra y se escabullen para firmar a la hora del almuerzo. Pero no, señor. Para eso hacen la vista gorda. Es mi pobre Lee el que ha de salir con lluvia o nieve y trabajar

cuarenta horas semanales para cobrar un subsidio de sesenta libras. Es indecente.

—¿Cuánto tiempo llevas trabajando en los jardines del museo? —preguntó Erika.

Lee se encogió de hombros una vez más y contestó:

—Trabajé cuatro semanas antes de Navidad.

—Y supongo que ahora será culpa suya si no puede trabajar porque una estúpida prostituta fue y se metió…

—Ya basta —ordenó Erika.

Grace bajó la cabeza, escarmentada.

—Bueno, supongo que no dejará de ser hija de alguien. ¿Ustedes saben quién es?

—Aún no lo podemos asegurar.

Eso despertó la curiosidad de Grace.

—¿No será esa niña rica que desapareció? ¿Cómo se llamaba, Lee? ¿Angela? ¿La que tú has visto se parecía a la del periódico?

El chico miraba abstraídamente a lo lejos, al parecer recordando el momento en que se había encontrado con Andrea cara a cara a través de una lámina de hielo.

—Como le digo, todavía hemos de identificar el cuerpo —dijo Erika—. Nosotros, Lee, contactaremos con la oficina de empleo en tu nombre y les explicaremos lo que ha ocurrido. Tú no te muevas del barrio. Quizá tengamos que volver a hablar contigo.

—Se cree que va a largarse del país, ¿no? —le soltó Grace—. No estaría mal, ahora que lo dice. Aunque seríamos los únicos de por aquí en largarnos.

Erika, Moss y Peterson se alejaron mientras los paramédicos preparaban la ambulancia para marcharse también.

—Menuda lata esa mujer —comentó Moss.

—Pero nos ha dado más información que Lee —dijo Erika —. Hay que echar un vistazo a esos dos pubs: The Glue Pot

y The Stag. ¿Podría ser que Andrea hubiera estado en uno de ellos la noche de su desaparición?

6

Como la nevada se había recrudecido cuando salieron del museo, se deshicieron del coche patrulla y tomaron el tren hasta London Bridge y luego el metro a Chiswick. El vagón del metro estaba atestado y hacía un calor sofocante, y tuvieron que hacer la mayor parte del viaje de pie, apretujados los tres juntos. Erika iba emparedada entre sus nuevos colegas. La delgadez de Peterson contrastaba con la rechoncha corpulencia de Moss, que la presionaba por el otro lado. Habría deseado tener unos minutos para ella sola, disponer de un poco de espacio y de aire para ordenar sus pensamientos. En veinticinco años de investigaciones policiales, se había visto obligada a informar a infinidad de personas de la pérdida de sus seres queridos, pero desde que ella misma había experimentado la pérdida, todo le resultaba distinto. El dolor aún seguía en carne viva. Y ahora iba a tener que hablar con los padres de Andrea y presenciar cómo los consumía ese mismo pesar.

Cuando salieron de la estación de Turnham Green, había dejado de nevar. Chiswick High Road era una zona refinada en comparación con el sur de Londres. Las calles estaban limpias; los buzones, recién pintados; las carnicerías, de calidad, y las tiendas ecológicas se alternaban con casas

victorianas adosadas, provistas de impecables ventanas de guillotina. Los bancos y los supermercados tenían un aspecto vistoso y reluciente. Hasta la nieve parecía más blanca.

La casa de los Douglas-Brown se ubicaba en una espaciosa calle sin salida que quedaba apartada del ajetreo de la vía principal. Habían limpiado la inmensa casa georgiana con chorro de arena y, al sacar la mugre y el hollín de décadas, había quedado a la vista un ladrillo de color mantequilla. La mansión resaltaba entre las demás, pese a estar parcialmente oculta por los grandes árboles del pequeño parque situado en el centro de la calle sin salida. Había un rastro de pisadas en la nieve hasta la zona donde se apiñaban varios fotógrafos, que llevaban las cámaras terciadas sobre los anoraks acolchados y unas tazas humeantes de café en las manos. Al ver que Erika, Moss y Peterson se acercaban y cruzaban la verja, se disparó su interés de inmediato y sonó el chasquido de los obturadores. Mientras los *flashes* destellaban sobre la reluciente pintura negra de la recia puerta de los Douglas-Brown, Erika inspiró hondo y tocó el timbre. Una elegante campanilla sonó en el interior de la casa.

—¿Son policías? —gritó una voz detrás de ellos.

—¿El cuerpo que han encontrado es el de Andie? —gritó otra.

Erika cerró un momento los ojos, sintiendo la presencia de los fotógrafos como un peso en la espalda. ¿Qué derecho tenían a llamarla Andie? Ni siquiera sus padres la llamaban así.

La puerta se entreabrió un poco, y una viejecita encogida de pelo oscuro los atisbó por la rendija. Alzó una mano para protegerse los ojos mientras se redoblaban los *flashes*.

—Buenos días. Tenemos que hablar con Simon y Diana Douglas-Brown —dijo Erika, y los tres policías mostraron sus

placas. Pensaban que la señora los haría pasar, pero ella siguió escrutándolos. Los destellos de las máquinas de fotos se le reflejaban en los oscuros ojitos de párpados caídos.

—¿Preguntan por lord y lady Douglas-Brown?

—Sí. Es sobre la desaparición de su hija Andrea —explicó Erika en voz baja.

—Soy el ama de llaves de los Douglas-Brown. Hagan el favor de darme sus documentos, y esperen aquí mientras confirmo quiénes son.

Recogió las placas de identificación y cerró la puerta. Los *flashes* volvieron a destellar en la pintura de la puerta.

—¿Pueden confirmar si fue violada? —gritó una voz.

—¿Pueden confirmar si se trata de un asesinato? Y si lo es, ¿creen que tiene una motivación política? —gritó otra.

Erika miró de soslayo a Moss y a Peterson, que seguían con la vista fija en la puerta. Transcurrieron los segundos. Casi notaban el calor de los destellos en la espalda.

—¿Qué creerá esa vieja que queremos, joder? ¿Venderle una oferta de ventanas de doble vidrio? —siseó Moss por lo bajini.

—Lord Douglas fue víctima de un montaje con cámara oculta el año pasado —informó Peterson casi sin mover los labios—. Los de *News of the World* lo filmaron intentando sobornar a un contratista del Departamento de Defensa de Teherán.

—¿El falso jeque? —murmuró Erika. Iba a añadir algo cuando la puerta se abrió de nuevo, esta vez un poco más que antes. Los chasquidos de las cámaras se intensificaron.

—Sí, parece que está todo en orden —dijo la viejecita y, devolviéndoles las placas, les indicó que pasaran por la pequeña abertura. Entraron los tres, y ella se apresuró a cerrar la puerta frente al frío y a los fotógrafos.

El estrecho recibidor se abría a un vestíbulo, desde donde una elegante escalera alfombrada ascendía en

espiral a lo largo de tres plantas. Arriba, una claraboya redonda de vidriera reflejaba un dibujo de suaves colores sobre las paredes de tono cremoso. Al pie de la escalera, había un lustroso reloj de pie cuyo péndulo oscilaba silenciosamente. El ama de llaves los guio por un pasillo. Pasaron junto a una puerta por la que atisbaron una amplia cocina de acero y granito, y junto a un enorme espejo dorado, bajo el que reposaba un jarrón igualmente espectacular de flores frescas. Llegaron frente a una puerta de roble y entraron en el estudio desde el que se dominaba el jardín trasero nevado.

—Esperen aquí, por favor —dijo el ama de llaves, observándolos a los tres mientras salía y cerraba la puerta. Bajo una ventana de guillotina, había un recio escritorio de madera oscura. Su superficie de piel estaba vacía, con la excepción de un estilizado portátil plateado. Una librería ocupaba toda la pared de la izquierda; a la derecha, había un gran sofá de cuero capitoné y dos sillones y, sobre ellos, la pared se hallaba cubierta de fotografías enmarcadas de Simon Douglas-Brown, a quien Erika reconoció en el acto por los reportajes sobre la desaparición de Andrea. Era un hombre de baja estatura, pero aspecto viril, y de intensos ojos castaños.

Las fotografías reflejaban todos sus logros, empezando por una imagen (en la que lucía una gran mata de pelo) tomada cuando su empresa de tecnología entró en 1987 en la bolsa de Londres, y continuando (a medida que iba perdiendo pelo) con una serie de retratos con la reina, Margaret Thatcher, John Major y Tony Blair. Erika observó que su majestad le sacaba unos centímetros a lord Douglas-Brown. Había cuatro fotografías con Tony Blair, lo que demostraba el estrecho vínculo que había llegado a tener con el gobierno laborista.

Dos fotos más grandes que las demás ocupaban un lugar de honor en el centro del *collage*. La primera era un retrato oficial en el que Douglas-Brown posaba entre alfombras rojas y artesonados, ataviado con una capa de armiño. Un rótulo en la parte inferior indicaba que la foto se había tomado el día de su investidura, al ser nombrado caballero y convertirse en el barón Simon Douglas-Brown de Hunstanton. En la segunda foto adoptaba la misma pose, pero esta vez acompañado de su esposa, Diana, una mujer menuda y delgada ataviada con un elegante vestido blanco. La dama tenía una larga melena morena y parecía una versión envejecida y demacrada de Andrea.

—¿Dónde está Hunstanton? —preguntó Erika.

—En la costa de Norfolk. Tiene un Centro de Biología Marina muy bonito —dijo Moss examinando la foto con aire inexpresivo.

—Así que su esposa se convirtió en «lady Diana» —comentó Peterson.

—Sí —afirmó Moss—. Y no parece que tampoco a ella le haya dado mucha suerte el título…

—¿Les parece que hay motivos para burlarse? —les soltó Erika—. Porque no recuerdo que hubiera nada gracioso en el cadáver que han sacado del hielo.

Moss y Peterson se apresuraron a disculparse. Los tres miraron, en medio de un tenso silencio, la última foto: lord y lady Douglas-Brown con el presidente Barack Obama y su esposa, Michelle. Los Obama sobrepasaban con creces en altura a los Douglas-Brown, que sonreían con un rictus rayano a la demencia. Indudablemente, fuera del encuadre, debía de haber una larga cola de lores, damas, diplomáticos y magnates acompañados de sus estilizadas esposas, esperando su turno para sacarse una fotografía idéntica. Un encuentro de unos segundos preservado eternamente en aquella pared consagrada al ego.

Una tos los arrancó de la contemplación y, al volverse, vieron a Simon y Diana Douglas-Brown en el umbral. Erika se sintió culpable en el acto por haberlos juzgado de antemano, pues las dos personas que tenía ante sí, aguardando expectantes, no eran más que unos padres aterrorizados.

—Por favor, díganos lo que sucede. ¿Se trata de Andrea? —preguntó Diana. Erika captó un leve acento bajo su inglés impecable: un acento muy parecido al suyo.

—Siéntense, por favor —dijo Erika.

Diana se percató de la expresión de los policías y se tapó la cara con las manos.

—¡No, no, no, no! No puede ser ella. Mi pequeña, no. ¡Por favor, mi pequeña, no!

Simon rodeó a su esposa con el brazo.

—Lamento mucho informarles de que el cuerpo de su hija ha sido encontrado esta mañana en los jardines del museo Horniman, en el sur de Londres —les notificó Erika.

—¿Está segura de que es ella? —preguntó Simon.

—Sí. Hemos encontrado el permiso de conducir junto… junto a ella, y también ha aparecido en la escena un móvil registrado a su nombre —explicó Erika—. Estamos haciendo todo lo posible para determinar la causa de la muerte, pero debo decirles que nos parece sospechosa. Creemos que Andrea fue asesinada.

—¿Asesinada? —Diana se apartó de su marido y se desplomó en el sofá junto a la librería, todavía tapándose la cara. La piel olivácea de Simon se había descolorido y adquirido una palidez levemente verdosa—. ¿Andrea, asesinada? —repitió la mujer—. Pero ¿quién iba a asesinarla?

Erika guardó silencio un instante y añadió:

—Me temo que será necesario que vengan a identificar oficialmente el cuerpo.

Hubo otro silencio. Las campanadas de un reloj sonaban en las profundidades de la casa. Diana se retiró las manos de la cara y alzó la vista hacia Erika, estudiándola.

—*Odkial ste?* —dijo.

—*Naroldila som sa v Nitre* —respondió Erika.

—No, en eslovaco, no. Hablemos en inglés —dijo Simon.

—¿Cómo es posible que sea una mujer de Nitra la que venga a informarme de la muerte de mi hija? —dijo Diana mirando a Erika con aire desafiante.

—Igual que usted, yo he vivido más tiempo en Inglaterra que en Eslovaquia —explicó Erika.

—¡Usted y yo no tenemos nada que ver! ¿Dónde está el otro agente, el que vino la otra vez… Sparks? No quiero que el destino de mi hija quede a merced de las habilidades profesionales de una eslovaca cualquiera.

—Señora Douglas-Brown… —dijo Erika, sintiendo un acceso de furia.

—Es *lady* Douglas-Brown.

—He sido agente de policía durante veinticinco años —le espetó Erika—. E inspectora jefe durante…

—Le aseguro que estamos haciendo todo lo posible para encontrar al responsable de este crimen —terció Peterson, interponiéndose y lanzándole una mirada a Erika.

Esta recobró la serenidad, sacó su cuaderno de notas y pasó varias páginas hasta encontrar una en blanco.

—Con su permiso, lady Diana, me gustaría hacerle unas preguntas.

—No, no tiene permiso —dijo Simon, endureciendo la mirada—. ¿Es que no ve que mi esposa está… que estamos…? Debo hacer unas llamadas. ¿De dónde ha dicho usted que era?

—De Nitra, en la Eslovaquia oriental; pero como he explicado, llevo viviendo en Inglaterra más de veinte años.

—No le pregunto por su historia personal, diantre. Le pregunto si pertenece a la policía metropolitana.

—Sí, somos de la comisaría de Lewisham Row.

—Bien. Ahora quiero hacer unas llamadas. Averiguar cuál es la situación. He estado en contacto directo con el subcomisario general Oakley…

—Señor, soy yo quien dirige la investigación…

—Y yo he trabajado con el comandante Clive Robinson en varios comités de dirección de la policía y…

—Aun respetando todo eso, tiene que comprender que soy yo quien dirige esta investigación, ¡y que necesito hacerles a ambos algunas preguntas! —Demasiado tarde, Erika advirtió que había alzado la voz y estaba gritando. Hubo un silencio.

—Jefa, ¿podemos hablar un minuto? —intervino Peterson, mirando de reojo a Moss, que asintió de forma casi imperceptible.

Erika notó que se ruborizaba.

—Solo un minuto, jefa. Vamos —dijo Peterson. Erika se levantó y lo siguió al pasillo.

Él cerró la puerta. Ella se apoyó en la pared e intentó calmar su agitada respiración.

—Ya, ya lo sé —musitó.

—Mire, no pretendo decirle lo que debe hacer, jefa. Se ha visto metida en un jaleo de mierda, ya lo entiendo, pero no puede ponerse agresiva con los padres de la víctima. Porque eso es lo único que son, ahora mismo. Unos padres. Deje que él se dé todos los aires de grandeza que quiera; nosotros ya sabemos cómo van a funcionar las cosas a partir de ahora.

—Ya lo sé. Mierda —exclamó Erika—. ¡Ah, mierda…!

—¿Por qué quería saber ella de qué parte de Eslovenia es usted?

—Eslovaquia —lo corrigió Erika—. Es una actitud eslovaca típica. Los de Bratislava se consideran mejores que los demás… Supongo que es de ahí de donde procede ella.

—Y cree por eso que es mejor que usted —concluyó Peterson. Erika inspiró hondo y asintió, tratando de aplacar su ira.

Dos hombres, vistiendo mono, venían desde el otro extremo del pasillo, cargados con un enorme árbol de Navidad. Erika y Peterson se apartaron para dejarles paso. El árbol se había secado y tenía algunos trechos de color marrón. Las ramas rozaban las paredes e iban sembrando de agujas de pino la gruesa alfombra azul y verde.

Peterson fue a añadir algo, pero se lo pensó mejor y cambió de tema.

—Ya ha pasado la hora del almuerzo hace rato. Da la impresión de que no le vendría mal una dosis de glucosa —dijo estudiando la pálida cara de Erika—. Usted es la jefa, ya lo sé, jefa, pero ¿qué le parece si sale ahora y nos espera en el pub de la esquina o en un café?

—Entraré primero a disculparme.

—Jefa, dejemos que se calmen las cosas, ¿vale? Nosotros sacaremos toda la información que sea posible y luego iremos a buscarla.

—De acuerdo. Pero si puede…

—Lo dejaré arreglado para que hagan la identificación. Sí.

—Y necesitaremos el portátil de Andrea… y… Bueno. Consigan todo lo que puedan por ahora.

Peterson asintió y volvió a entrar en el estudio. Erika aguardó unos momentos. La había pifiado por completo e iba a salir con las manos vacías.

Ya se disponía a echar un vistazo por la casa cuando reapareció la viejecita de párpados caídos.

—La acompañaré a la puerta —dijo con firmeza.

Siguieron el rastro de agujas secas de pino hasta la puerta principal. Cuando Erika se encontró fuera, en el escalón de entrada, frente a los *flashes* de las cámaras, tuvo que morderse el labio para no echarse a llorar.

7

Empezaba a oscurecer cuando Moss y Peterson se reunieron con ella en un café de Chiswick High Road. Erika estuvo más de una hora sentada junto a la ventana, frustrada, mirando cómo se iba extinguiendo la luz de un día que le había resultado muy largo y en el que sentía que no había conseguido nada. No era propio de ella ponerse a gritar y cagarla en una entrevista preliminar; mucho menos aún con los padres de la víctima.

El café estaba tranquilo cuando ella había llegado, pero en ese momento rebosaba de clientes solitarios y refinados, a los que se añadía un grupo de mamás despampanantes que habían cercado un rincón formando una barrera de cochecitos de lujo.

Peterson y Moss compraron café y sándwiches y se instalaron en la mesa de Erika.

—Gracias por intervenir; no sé qué me ha pasado. He perdido los estribos —se excusó la inspectora, avergonzada.

—No importa —dijo Peterson abriendo el envase de un sándwich y dando un gran bocado.

—Diana Douglas-Brown se ha pasado un montón, pero, por otro lado, este no era el mejor día de su vida, ¿no? —asintió Moss, y dio un mordisco a su sándwich.

—Ya, pero yo tampoco debería haber… En fin. ¿Qué más pueden contarme? —preguntó Erika. Esperó unos instantes mientras ambos terminaban de masticar.

—Simon y Diana ignoran qué hacía Andrea en el sur de Londres —informó Moss—. Ella había quedado para ir al cine con sus hermanos, David y Linda. Estuvieron esperándola en el Odeon de Hammersmith, pero no se presentó.

—¿Los hermanos estaban ahora en casa?

—Sí. David estaba durmiendo arriba. Lady Diana no ha querido despertarlo.

—¿Despertarlo? ¿No tiene veintitantos? —preguntó Erika.

—Llevaba levantado desde la madrugada, al parecer —explicó Moss—. Se han ido turnando para estar pendientes del teléfono toda la noche, por si llamaba Andrea. Por lo visto, había desaparecido otras veces.

—¿Cuándo? ¿Tenemos los informes?

—No. No lo denunciaron. Hace un par de años, Andrea se ausentó sin permiso durante un largo fin de semana. Resultó que se había ido a Francia con un tipo al que había conocido en un bar. Volvió cuando se le agotó la tarjeta de crédito.

—¿Han sacado el nombre del tipo con el que se largó?

—Sí. Un tal Carl Michaels, que era estudiante. Pero no fue nada turbio. Un simple fin de semana de sexo, con el añadido de que Andrea tenía una Visa platino —añadió Moss.

—¿Y a Linda, la hermana, la han visto?

—Ha aparecido con una bandeja de té. Creíamos que era la doncella. Tiene un aspecto muy distinto al de Andrea. Una chica desaliñada, un poco gorda. Trabaja en la floristería de la madre —dijo Peterson.

—¿Cómo ha reaccionado ante la noticia? —inquirió Erika.

—Se le ha caído la bandeja, aunque… —Moss titubeó.

—¿Qué? —le instó Erika, deseando de nuevo que no hubiera tenido que conocer todo aquello de segunda mano.

Moss miró a Peterson.

—Su forma de reaccionar parecía un poco de pega —dijo él.

—¿De pega? —repitió la inspectora jefe.

—Ya me entiende, como una mala interpretación. No sé. La gente reacciona de las formas más extrañas. Pero toda la familia parece un poco desquiciada, en mi opinión —comentó Peterson.

—Aunque, por otro lado, ¿qué familia no lo está? —terció Moss—. Y si añades dinero al cóctel, la cosa se agrava todavía más.

Sonó un móvil, pero pasaron unos momentos antes de que Erika se diera cuenta de que era el suyo. Lo sacó y respondió. Era Isaac. Le explicó que el mal tiempo lo había retrasado todo. Los resultados de la autopsia estarían listos a la mañana siguiente.

—Yo quería que identificaran el cuerpo esta noche —dijo Erika, una vez que hubo colgado.

—Quizá el retraso redunde en su favor. Así, sir Simon tendrá tiempo para calmarse —opinó Peterson.

—¿Ha comentado algo más? —quiso saber Erika.

—Sí, quiere que Sparks vuelva a asumir el caso —dijo Moss.

Siguieron masticando en silencio. Ya había oscurecido. Los faros de los coches pasaban lentamente, iluminando la nieve que continuaba cayendo sin cesar.

8

Erika, Moss y Peterson llegaron a Lewisham Row cuando acababan de dar las siete de la tarde. Fueron directamente al centro de coordinación, que estaba lleno de agentes, todos deseosos de conocer las novedades de la jornada. Erika se deshizo de su chaqueta larga de cuero y se acercó a la enorme serie de pizarras blancas alineadas al fondo.

—A ver, todos. Ya sé que ha sido un día muy largo, pero ¿qué es lo que tenemos?

—¿Cómo le ha ido con la familia? ¿Qué tal le ha caído a sir Simon, inspectora? —preguntó Sparks con una sonrisita, repantigándose en la silla.

Justo en ese momento, el comisario jefe Marsh abrió la puerta del centro de coordinación.

—Foster. Venga un momento.

—Señor, estoy informando a todos de las novedades…

—Está bien. Pero venga a mi despacho en cuanto termine —ladró Marsh, y cerró de un portazo.

—¿Humm, ha ido bien, deduzco? —la pinchó Sparks con una sonrisa desagradable que el resplandor de la pantalla de su portátil teñía de un tono blanco azulado. Erika no le hizo caso y se volvió hacia la pizarra. Junto a la fotografía de Andrea, había otras de Linda y David. Observó con interés

que Andrea y su hermano eran muy atractivos, mientras que Linda era una chica gruesa, con aspecto de matrona, nariz afilada y de tez más blanca.

—¿Los tres son hijos de los mismos padres? —preguntó señalando la pizarra con el rotulador.

Esta observación pilló a todo el mundo desprevenido. El sargento Crane miró alrededor con sorpresa.

—Suponíamos que sí…

—¿Por qué lo daban por supuesto? —preguntó Erika.

—Bueno, parecen bastante…

—¿Pijos? —aventuró Erika—. No olviden nunca que consideramos a los familiares ante todo como sospechosos. No se dejen cegar por el hecho de que vivan en un barrio caro de Londres o porque tengan poder e influencia. Crane, ocúpese de hacer averiguaciones sobre los hijos; con discreción, obviamente. Bien, sabemos que Andrea había quedado en encontrarse en el cine con David y Linda el pasado jueves, día ocho, pero que no se presentó. ¿A dónde fue? ¿Iba a reunirse con un amigo, con un amante secreto? ¿Quién estaba investigando la vida privada de la muerta?

Una mujer india bajita de veintitantos años se puso de pie.

—Agente Singh —se presentó.

Se acercó a la pizarra, y la inspectora jefe le pasó el rotulador.

—Andrea mantuvo durante los últimos ocho meses una relación con Giles Osborne, de veintisiete años; se habían prometido recientemente. Él es dueño de Yakka Events, una sofisticada empresa de organización de eventos y fiestas que tiene su sede en Kensington.

—Yakka Events. ¿Qué significa «Yakka»? —preguntó Erika.

—Es un término aborigen, significa «trabajo». Según la página web de la empresa, él pasó su año sabático en Australia.

—¿Aprender a servir canapés y *champagne* de los aborígenes? —comentó Erika. Todos esbozaron una sonrisa.

—Ha estudiado en colegios privados y proviene de una familia adinerada. Tiene coartada para la noche de la desaparición.

—Yo ya lo he interrogado. Todo esto lo averiguamos la semana pasada —la interrumpió Sparks.

—¿Qué se ha averiguado del registro de llamadas de Andrea y de su rastro en las redes sociales? Supongo que los han solicitado.

—Sí —afirmó Singh.

—¿Dónde están?

—Estoy en ello —dijo Crane—. Los he pedido esta mañana, así que esperamos recibirlos en las próximas veinticuatro horas.

—¿Por qué no los solicitaron antes, cuando se la dio por desaparecida? —inquirió Erika.

Hubo un silencio.

—¿Temían fisgonear en la vida de una familia tan rica e influyente?

—Recibí una llamada para que no cursáramos esa solicitud —confesó Sparks—. La familia seguía creyendo que la chica se había largado a alguna parte. Ellos se ocuparon de supervisar sus cuentas en las redes sociales y de mantenernos informados.

Erika puso los ojos en blanco.

—Quiero esos registros en cuanto lleguen, y todo lo que pueda sacarse del disco duro del móvil —le dijo a Crane—. A ver, Sparks, usted que parece de tan buen humor, ¿qué ha conseguido sacar de las cámaras de vigilancia?

Sparks se arrellanó en su silla y provocó un crujido.

—No son buenas noticias, me temo. Hasta hace un par de días, tres de las cámaras de London Road estaban estropeadas. De modo que no tenemos nada de la entrada

de la estación ni del tramo que sube por la calle principal hasta el museo Horniman. Por supuesto, las calles secundarias tampoco tenían cobertura, por lo cual estamos completamente a ciegas sobre lo ocurrido la noche del ocho.

—Mierda —soltó Erika.

—Tenemos imágenes de la chica al bajarse del tren en la estación de Forest Hill… —Sparks hojeó sus notas—… a las nueve y seis minutos de la noche. Se baja del vagón, recorre el andén y sale, pasando junto a la taquilla. No había ningún empleado dentro, y solo se bajaron al mismo tiempo otras dos personas.

—¿Podemos averiguar su identidad? Tal vez caminaron con ella por la calle.

—Estoy en ello —concluyó Sparks.

—¿Qué hay de los interrogatorios puerta a puerta?

Manteniéndose sentado, el sargento Crane se inclinó hacia delante y respondió:

—Poca cosa, jefa. La gente en general o estaba fuera aún, después de las vacaciones de Navidad, o estaba durmiendo.

—¿Y qué me dicen de los pubs?

—The Wetherspoon’s y The Pig and Whistle tienen cámara de vigilancia, y Andrea no entró en ninguno de los dos. Hay otros cuatro pubs en la calle principal.

—Grace Kinney mencionó dos: The Glue Pot y The Stag.

—Hemos estado en todos. Son tugurios bastante turbios, jefa, pero ninguno de los empleados recuerda haberla visto.

—Revise los turnos del personal, investigue quiénes son los clientes. Vuelva a comprobarlo todo. Ella iba vestida para salir de juerga. Es muy probable que entrase en uno de esos pubs.

—¿Y si resulta que iba a una fiesta particular? —sugirió Singh.

—De acuerdo, pero ¿qué sabemos de las tiendas de licores? ¿Entró en alguna para comprar cigarrillos o alcohol?

—Lo mismo: las tiendas de licores tienen cámara de vigilancia, aunque suele ser de mala calidad, pero no la vieron en ninguna de ellas —replicó Crane.

—¿Y la casa frente a la cual apareció su bolso?

—Sí, el número cuarenta y nueve, y tampoco nada, por desgracia. La dueña es una vieja gagá que vive con su cuidador; ninguno de los dos vio ni oyó nada.

Se produjo un silencio incómodo.

—Quizá debería dejar que su equipo descansara un poco. Ha sido un largo día —insinuó Sparks.

—Sí, de acuerdo. Volvamos a reunirnos mañana a las nueve. Para entonces ya deberíamos tener los resultados de la autopsia, y los registros de llamadas y de las redes sociales.

Dio las buenas noches a sus agentes. Cuando se quedó sola en el centro de coordinación, contempló las pizarras en silencio, deteniéndose en la fotografía de Andrea.

—Mírate; solo veintitrés años. Tenías toda la vida por delante.

Andrea le devolvía la mirada, desafiante, casi burlona.

Erika dio un respingo al sonar el teléfono.

—¿Piensa tenerme esperando mucho más? —ladró Marsh.

—Mierda… Perdón, señor. Subo ahora mismo.

9

—¿Lo que me está diciendo es que no tiene nada? —dijo Marsh, deambulando por el despacho con la cara congestionada. Erika acababa de subrayar los progresos realizados durante el primer día de investigaciones.

—Es el día número uno, señor. Y como he dicho, la víctima ya está identificada, aunque he evitado que eso trascendiera a la prensa. Hay uno o dos pubs donde, probablemente, podríamos situar a Andrea la noche de su desaparición.

—«Probablemente podríamos situar…». ¿Eso qué significa?

—Significa que la investigación se ve entorpecida por un punto negro en las cámaras de vigilancia a lo largo de todo London Road y en los alrededores de la estación. Necesitamos tiempo y recursos para interrogar a la gente. Todo el mundo ha hecho un esfuerzo tremendo, especialmente teniendo en cuenta que las condiciones meteorológicas han ralentizado el proceso…

—¿Y qué demonios creía que estaba haciendo cuando se ha enzarzado en una discusión con los Douglas-Brown?

Erika inspiró hondo para conservar la serenidad.

—Reconozco, señor, que debería haber manejado mejor la conversación con los padres de la víctima.

—Ya lo creo que debería haberlo hecho, maldita sea. Yo pensaba que lady Diana sentiría que tenían algo en común por el hecho de ser usted eslovaca.

—Sí, bueno, esa ha sido la cuestión. Digamos que le he parecido demasiado «común». Vamos, que no era lo bastante buena para dirigir una investigación por asesinato.

—Ya, bueno, usted tampoco decidió hacerse policía para que la trataran con amabilidad, inspectora Foster. Podría mandarla a un curso para aprender a tratar con la gente.

—Ahí está el problema. Que no los estamos tratando como a la gente normal. De hecho, ¿debo entender que sir Simon dirige la investigación? Él parece creerlo así… En cualquier caso, ¿quién le ha informado a usted de lo sucedido? Él lo ha llamado, ¿no? ¿Es que tiene su número directo?

—Está pisando terreno peligroso, Foster —advirtió Marsh—. Sir Simon ha llamado a Sparks, y él me ha transmitido el mensaje.

—Qué amable de su parte.

Marsh le lanzó una severa mirada.

—Me he jugado el cuello para meterla en este caso…

—¡No necesito su compasión, señor!

—… y si no se anda con cuidado, tendrá que dejarlo antes de empezar siquiera. Debe aprender a mantener la boca cerrada. La he metido en el caso porque es usted una magnífica policía, maldita sea. Una de las mejores que conozco. Aunque, ahora mismo estoy comenzando a dudar de mi criterio.

—Lo lamento, señor. Ha sido un largo día, en condiciones adversas y sin haber dormido. Pero ya me conoce: yo no busco excusas y averiguaré quién ha cometido este crimen.

—De acuerdo —aceptó Marsh, calmándose—. Pero debe presentarles sus sinceras disculpas a los Douglas-Brown.

—Sí, señor.

—Y dormir una noche entera. Tiene un aspecto penoso.

—Gracias, señor.

—¿Dónde se aloja?

—En un hotel.

—Bien. Ahora lárguese; y venga mañana a trabajar con la cabeza en su sitio —dijo Marsh ahuyentándola con un gesto.

Erika estaba furiosa al salir del despacho; furiosa por haber recibido un rapapolvo y furiosa consigo misma por haberla pifiado. Bajó al centro de coordinación y recogió su chaqueta. Volvió a mirar fijamente la foto de Andrea desde el centro de la pizarra. Las notas escritas a mano sobre el caso se veían borrosas bajo las destellantes luces. Erika se frotó los ojos; los notaba cansados. Tenía la sensación de que lo estaba viendo todo a través de un cristal sucio. No lograba encajar los detalles. El cansancio y la rabia la abrumaron de nuevo. Se puso la chaqueta y, cerrando la luz, salió. En el pasillo, se encontró al sargento Woolf de recepción.

—Venía a avisarla. Ya le hemos encontrado un coche. Es un Ford Mondeo azul —dijo tendiéndole un mando a distancia. Su expresión parecía más huraña que antes.

—Gracias —dijo Erika, y cogió el mando.

Caminaron juntos hacia la entrada; Woolf se esforzaba para mantenerse a su altura.

—Pero no he metido dentro la maleta. Me operaron de la espalda hace unos años. Me sacaron un disco. La he dejado detrás de mi mesa…

Llegaron a la zona de recepción. Una mujer flaca y desaliñada estaba inclinada sobre la mesa de Woolf, usando

el teléfono. Llevaba unos mugrientos vaqueros rajados y una vieja parka cubierta de quemaduras de cigarrillo. El largo pelo canoso lo llevaba recogido en una cola con una goma y destacaban sus pronunciadas ojeras. A su lado, dos niñas desgreñadas animaban a gritos a un crío, de pelo rapado, que estaba montado sobre la maleta de Erika. El niño llevaba unos sucios pantalones de chándal blancos y meneaba las caderas —con una mano en el asa y la otra en el aire— como si estuviera domando a un potro salvaje. Woolf echó a correr hacia la mesa y, poniendo un dedo sobre la horquilla del teléfono, cortó la llamada.

—¡Estaba hablando, joder! —gritó la mujer, indignada, mostrando unos torcidos dientes marrones.

—Ivy. Este es el teléfono de la policía —dijo Woolf.

—Bueno, no ha sonado en los últimos diez minutos. Considérate afortunado, ¡los criminales están descansando!

—¿A quién quieres llamar? Yo puedo hacer la llamada —le espetó Woolf.

—¡Yo ya sé cómo usar un puto teléfono!

—¿Quién es esta mujer? —preguntó Erika.

Ivy sujetó el auricular lejos de Woolf y le echó un buen vistazo a la inspectora, mientras decía:

—Droopy y yo tenemos una larga historia, ¿verdad Droopy? Yo lo llamo Droopy. Un cabrón feo de verdad, ¿no cree?

—Tú. Apártate de mi maleta —le dijo Erika al niño, que no tendría más de siete u ocho años. Él no le hizo caso y siguió gritando y cabalgando sobre la maleta. Woolf forcejeó con Ivy para quitarle el auricular y, finalmente, consiguió arrancárselo.

—Debería poder usar este maldito teléfono. Es una llamada local. Y además, ¡yo pago tu sueldo!

—¿Cómo que pagas mi sueldo? —se extrañó Woolf.

—Tengo dinero. Y pago mis impuestos. ¡De ahí sale tu sueldo!

Erika se acercó para levantar al niño en brazos y apartarlo de su equipaje, pero el crío se inclinó y le hundió los dientes en el dorso de la mano. La intensidad del dolor la pilló por sorpresa.

—¡Suelta! —exclamó Erika, tratando de conservar la calma. El niño alzó la vista exhibiendo una fea sonrisa y le mordió con más fuerza. Un dolor agudo le recorrió la mano. Erika le dio una fuerte bofetada en la cara. Él pegó un grito, le soltó la mano y se cayó de la maleta al suelo con un golpe sordo.

—¿Quién coño te has creído que eres? —rugió Ivy lanzándose sobre ella.

La inspectora trató de esquivarla, pero se quedó acorralada contra la pared. Woolf agarró a Ivy a tiempo, justo cuando una larga y afilada hoja destellaba a unos centímetros de la cara de Erika.

—Ivy, vamos, cálmate… —pidió Woolf, agarrándola por debajo de las axilas, pero todavía luchando para frenarla.

—¡A mí no me digas que me calme, gordo y repulsivo cabrón! —dijo ella forcejeando peligrosamente—. ¡Y tú, puta, ponles las manos encima a mis niños y te rajo la cara! Yo ya no tengo nada que perder.

Erika procuró controlar la respiración al ver que la navaja automática se le acercaba un poco más al rostro.

—Suelta la navaja. Te digo que la sueltes —ordenó Woolf y, asiéndole finalmente la muñeca, se la retorció hasta que cayó el arma con un tintineo. Enseguida le puso un pie encima.

—No tenías que ponerte tan bruto, Droopy —dijo Ivy frotándose la muñeca. Sin apartar la mirada de ella, Woolf se agachó y recogió la navaja. Encontró el botón que la accionaba y la hoja desapareció en el interior del mango.

Los tres niños habían dejado de alborotar. No eran más que unos críos, y sobre todo parecían asustados por lo que pudiera hacer Ivy. Erika no era capaz de imaginarse siquiera la vida que debían de llevar. Miró al crío, que se agarraba la nuca con ambas manos.

—Lo siento, lo siento… ¿Cómo te llamas?

Él se apartó. ¿Qué podía decirle? ¿Que había tenido un mal día? Erika observó las ropas mugrientas, los cuerpos malnutridos de los tres niños.

—Quiero poner una denuncia —dijo Ivy con entusiasmo.

—¿Ah, sí? —replicó Woolf mientras la arrastraba hacia la puerta.

—Sí, por «brutalidad policial», y quítame las manos de encima. Brutalidad policial contra un menor.

—Tendrás que llenar un formulario —observó Woolf—, antes de pasar la noche en una celda por amenazar con una navaja a un policía.

Ivy entornó los ojos.

—No, joder, no tengo tiempo… ¡Vamos, niños! ¡YA! —Le lanzó una última mirada a Erika; los tres críos la siguieron por la puerta principal y pasaron apresuradamente frente al ventanal: apenas una mancha borrosa de abrigos.

—Mierda —murmuró Erika, y se sentó sobre el escritorio frotándose el dorso de la mano—. No debería haberlo abofeteado.

Tenía un cerco de marcas de dientes profundamente impresas en la piel, y un ribete de sangre mezclada con la saliva del niño. Woolf se acercó a una caja con un rótulo que decía FUERA NAVAJAS y tiró dentro el arma de Ivy. Rodeando el escritorio, sacó un botiquín de primeros auxilios. Lo colocó encima, junto a Erika, y abrió la tapa.

—¿La conoce? —preguntó ella.

—¡Uy, sí! Ivy Norris. O Jean McArdle, Beth Crosby… A veces se hace llamar Paulette O’Brien también. Una especie

de celebridad local. —Vertió un poco de alcohol en una gasa estéril y se la aplicó a Erika en la mano, sobre las marcas del mordisco. El desagradable picor quedaba compensado por un agradable aroma a menta. Woolf prosiguió—: Es drogadicta y prostituta desde hace mucho. Tiene un historial delictivo más largo que la Muralla China. Antes se dedicaba a la especialidad madre-hija, si usted me entiende, hasta que la hija se murió de una sobredosis.

—¿Y el padre de los niños?

—Son sus nietos, de hecho. Y vaya usted a saber. Podría ser cualquiera.

Woolf retiró la gasa y le limpió la marca ensangrentada con otra gasa limpia.

—No tienen casa, ¿verdad?

Woolf asintió.

—¿Podríamos meterlos en un albergue de los servicios sociales de urgencias? —preguntó Erika. Aún veía a Ivy, fumando en el aparcamiento y hablando sola bajo la cruda luz de las farolas. Los críos se le apretujaban alrededor, acurrucándose ante los aspavientos que hacía con los brazos.

Woolf soltó una risotada sombría.

—La han expulsado de la mayoría de los albergues por ejercer la prostitución.

El agente le retiró la gasa y le puso una gran tirita cuadrada.

—Gracias —dijo Erika flexionando los dedos.

El sargento recogió el botiquín.

—Ya sabe lo que voy a decirle ahora. Debe ir a que le vean el mordisco, ponerse la inyección del tétanos y demás… Los niños de la calle no están sanos.

—Ya.

—Y yo debo registrar el incidente. Todo lo sucedido. Ella ha sacado una navaja. Y el chaval la ha mordido…

—Sí, y yo lo he pegado. He pegado a un crío, maldita sea… Está bien. Haga lo que deba, y gracias.

Él asintió, se sentó y sacó unos impresos. Erika se volvió hacia el ventanal, pero Ivy y los niños ya habían desaparecido.

10

Afuera hacía un frío cortante. La entrada principal de la comisaría Lewisham Row estaba iluminada, pero el aparcamiento era un gran charco de oscuridad. Las largas hileras de coches relucían de escarcha en la penumbra; a lo lejos, el tráfico circulaba lentamente bajo la luz de las farolas. Aún le dolía la mano. Pulsó el botón del mando a distancia apuntando a la izquierda y luego a la derecha. Un coche situado al fondo emitió dos parpadeos de luz anaranjada. Erika soltó una maldición y echó a andar, arrastrando la maleta por la densa capa de nieve.

Al llegar, la metió en el maletero y subió al vehículo. Estaba helado, pero olía a nuevo. Encendió el motor y activó el cierre centralizado. Cuando la calefacción hubo caldeado un poco el interior, arrancó y condujo poco a poco hacia la salida.

Ivy estaba en la acera, y los niños se apretujaban bajo sus brazos, temblando de forma incontrolada. Erika se detuvo a su altura y bajó la ventanilla.

—¿A dónde va, Ivy? —preguntó.

La mujer se giró; el viento alzó un mechón de su largo cabello canoso y se lo pegó a la cara.

—¿A usted qué le importa?

—Puedo llevarla, si quiere.

—¿Por qué iba a subirme al coche de una poli maltratadora de niños?

—Lo siento. Me he pasado un montón. He tenido un mal día.

—Conque ha tenido un mal día. Intente ponerse en mi lugar, cariño —dijo Ivy con un bufido.

—Puedo llevarla adonde quiera, y así los niños se calentarán —ofreció Erika, mirando las piernas desnudas de las niñas bajo sus ligeros vestidos.

Ivy entornó los ojos y cuestionó:

—¿Y qué habré de hacer a cambio?

—Lo único que ha de hacer es sentarse en el coche —indicó Erika sacando un billete de veinte libras. Ivy hizo ademán de cogerlo, pero la inspectora apartó la mano—. Se lo daré cuando bajen, siempre que no haya más navajas ni más mordiscos.

Ivy le lanzó al crío una mirada y este asintió, obediente.

—Muy bien —aceptó. Abrió la puerta trasera y los niños subieron y se acomodaron, gateando por el asiento de atrás.

Cuando la mujer ocupó el asiento del copiloto, Erika percibió un tufo repugnante, el hedor típico de un vagabundo; aun así, procuró sacudirse el temor que le inspiraba su proximidad.

—Cinturones —dijo, pensando que estaría más segura si todos iban bien atados.

—Sí, claro, no queremos infringir la ley —dijo la mujer con una risotada, tirando del cinturón y fijándolo con un chasquido.

—¿A dónde la llevo?

—A Catford.

Erika sacó el móvil y abrió la aplicación de Google Maps.

—Joder —exclamó la mujer—, ya le indico yo. Gire a la izquierda.

El coche funcionaba como una seda y, mientras las luces de las farolas bailaban en el parabrisas, los cinco ocupantes (ese grupo insólito formado por Ivy, sus nietos y Erika) se sumieron en un silencio casi confortable.

—Bueno, bueno… ¿Usted tiene hijos? —preguntó Ivy.

—No —contestó Erika. Puso en marcha el limpiaparabrisas porque el polvo de la nieve se adhería al cristal.

—¿Es bollera?

—No.

—A mí no me importa. No me molestan las bolleras. Te puedes tomar una buena copa con ellas; y se les dan bien las manualidades… Yo misma lo probé una vez. Pero no me gustó el sabor.

—¿De qué? ¿De la cerveza? —bromeó Erika.

—Muy graciosa. Hablando de eso, estoy pensando en pasarme al rollo lésbico. Tendré que repartir la pasta, pero ya me estoy hartando del sabor a polla.

Erika le lanzó una mirada.

—Vamos, cariño. ¿No me dirá que creía que trabajaba en Marks and Spencer?

—¿Dónde vive?

—¿Por qué coño habría de decirle dónde vivo? —Ivy se inclinó bruscamente hacia ella, pero el cinturón se tensó con el tirón y la retuvo en su sitio.

—Muy fácil… Acaba de explicarme que está «harta del sabor a polla». No me ha parecido que preguntarle su dirección pudiera resultar muy maleducado.

—No pretenda pasarse de lista conmigo. Conozco a la gente como usted. Le gusta su trabajo, ¿verdad? ¿Tiene algún amigo? —Hubo un silencio—. No, ya me lo parecía.

Nunca está fuera de servicio, ¿cierto? Ustedes delatarían a su propia madre… A la izquierda.

Erika puso el intermitente y giró.

—En realidad no vivo en ninguna parte —dijo Ivy.

—Yo tampoco, en estos momentos —dijo Erika, pensando que bien podía ofrecer cierta información sobre sí misma—. Mi marido murió hace poco, y he pasado un tiempo fuera…

—Y se le fue la olla, ¿eh?

—No, pero poco me faltó.

—A mi marido lo apuñalaron. Hace años. Se me desangró en los brazos… A la derecha. Pero usted ahora ya está recuperada ¿no? Bien hecho. Yo también habría podido ser policía; o algo mejor —dijo Ivy con tono burlón.

—Entonces, ¿conoce bien esta zona?

—Sí. He pasado aquí toda mi vida.

—¿Y qué bares recomienda?

—«¿Qué bares recomienda?» —dijo, imitando a Erika.

—Vale, ¿qué bares conoce?

—Los conozco todos. Como acabo de decirle, llevo un montón de años aquí. He visto cómo abrían y cerraban muchos de ellos. Los más cutres son los que duran más.

Pasaron frente al teatro Catford Broadway, cuya fachada iluminada anunciaba todavía una comedia musical navideña.

—Déjenos aquí —indicó Ivy.

Catford High Street estaba desierta. Erika paró junto a un paso de peatones, cerca de una casa de apuestas Ladbrokes y de una sucursal del banco Halifax, y observó:

—Ahí no hay ninguna casa.

—¡Ya le he dicho que no tengo casa!

—¿Y dónde se refugia?

—Ahora tengo cosas que hacer —dijo la mujer secamente. Se volvió hacia al crío—. Vamos, despiértalas.

Erika miró por el retrovisor. Las dos niñas estaban dormidas con las cabezas juntas. El crío, pálido, le devolvió la mirada.

—Siento haberte pegado —se disculpó Erika.

Él siguió mirándola impasible.

—Déjelo ya. Deme el dinero y basta —soltó Ivy, que se desabrochó el cinturón y abrió la puerta. La inspectora hurgó en la chaqueta y sacó el billete de veinte. Ivy lo cogió y se lo guardó entre los pliegues de la parka.

—Antes de que se vaya, Ivy, ¿qué sabe de los pubs de Forest Hill? ¿The Stag, por ejemplo?

—Hay una *stripper* allí capaz de hacer cualquier cosa cuando tiene la jarra llena de monedas de una libra.

—¿Y qué me dice de The Glue Pot?

El lenguaje corporal de la mujer cambió totalmente. Abrió los ojos de par en par.

—No sé nada de ese sitio —aseguró con voz ronca.

—Pero si acaba de decirme que conoce todos los bares de la zona… Vamos, hábleme de The Glue Pot.

—Yo nunca entro ahí —susurró la mujer—. Y no sé nada, ¿me oye?

—¿Por qué no?

Ivy la miró un momento en silencio, y mascculló:

—Yo, en su lugar, procuraría que me mirasen esa mano. El pequeño Mike es seropositivo…

Se bajó del coche, cerró de un portazo y desapareció por un hueco entre las tiendas, seguida de los niños. Erika estaba tan perpleja por la reacción de Ivy al oír el nombre del pub que no fue consciente de lo que la mujer acababa de decirle. Abrió a toda prisa la portezuela y los siguió hasta la entrada de un lóbrego callejón. Echó un vistazo, pero estaba demasiado oscuro y no los vislumbró entre las sombras.

—Ivy —gritó—. ¡Ivy! ¿Qué significa que nunca entra allí? ¿Por qué no?

Se internó en el callejón; el resplandor de las farolas se desvaneció enseguida. Notó algo blando y cenagoso bajo los pies.

—Ivy, le daré más dinero. Solo ha de contarme lo que sabe…

Sacó su móvil y encendió la luz. El callejón estaba lleno de agujas, condones, envoltorios y etiquetas con el precio del artículo.

—Estoy investigando un asesinato —continuó—. The Glue Pot fue el último lugar donde vieron a esa chica…

No hubo respuesta, solo se oyó el eco de su voz. Llegó a una valla de eslabones metálicos que debía de medir tres metros de altura y estaba rematada con pinchos. Tras ella no distinguió más que un patio cubierto de maleza en el que había varias bombonas de gas vacías. Miró alrededor.

—¿Dónde demonios han ido? —murmuró entre dientes. Volvió sobre sus pasos por el callejón, pero no vio ninguna salida: únicamente, los altos muros de ladrillo de los edificios colindantes.

Regresó al coche. La puerta seguía abierta, la luz de la alarma parpadeaba suavemente. Miró en derredor y se subió de nuevo. ¿Habrían sido imaginaciones suyas? Por unos instantes la inquietó la idea de que todo el episodio —Ivy, los niños…— hubiera sido una alucinación; en ese momento sintió una punzada de dolor en el dorso de la mano y vio la tirita cuadrada.

Accionó el cierre centralizado y arrancó con un chirrido de neumáticos. La recorrió una nueva oleada de adrenalina. Había algo sospechoso en la reacción de Ivy ante la mención de The Glue Pot. Parecía aterrorizada. ¿Por qué?

Era muy tarde y llevaba muchas horas sin dormir, pero no le importaba. Iba a echar un vistazo a ese pub.

11

Regresó a Forest Hill y aparcó a un par de manzanas de la calle principal, en una zona residencial tranquila. El pub quedaba hacia la mitad de la calle, en un edificio de ladrillo de dos plantas con la fachada de color vino. El nombre, *The Glue Pot*, aparecía en letras blancas, y la te final, medio difuminada dentro del dibujo de una brocha y un pote de cola blanco. Era un rótulo más bien irritante: ordinario y absurdo al mismo tiempo. Había cuatro ventanas, dos en cada piso, con gruesos alféizares de piedra. Las del segundo piso estaban a oscuras. En el primero, había una tapiada; la otra dejaba escapar una turbia claridad a través de un visillo.

Pese al frío, mantenían la puerta exterior abierta con una cuña. Un cartel anunciaba que por el precio de dos vasos del vino de la casa, podías tomarte el resto de la botella gratis. Erika cruzó el umbral y vio que se accedía al bar por una puerta interior con el cristal totalmente resquebrajado.

El local estaba casi vacío; había dos hombres jóvenes fumando en una de las mesas de formica. Ambos levantaron la vista cuando pasó, demorándose en sus largas piernas, y volvieron a concentrarse en las cervezas. A un lado, había una pequeña pista de baile llena de sillas viejas

amontonadas. A través de los altavoces se oía la sintonía de una emisora FM, y empezaron a sonar los compases de *Careless Whisper*. Erika se acercó a una extensa barra que estaba al fondo, rodeada de vasos colgados. Detrás, una chica regordeta veía *Gran Hermano VIP* en una minúscula televisión portátil.

—Un vodka doble con tónica, por favor —pidió.

La camarera se levantó del taburete, cogió una copa, la colocó frente al dispensador y empujó, todo ello sin apartar la vista de la pantalla. Llevaba una descolorida camiseta de la gira *Showgirl*, de Kylie Minogue, estirada hasta el límite sobre el voluminoso busto y el corpulento torso. Se ajustó la parte posterior por encima del enorme trasero.

—¿Busca una *au pair*? ¿Una niñera? —preguntó la chica que, seguramente, había captado el acento de Erika. Esta, por su parte, también detectó en ella un deje peculiar. ¿Polaco?, ¿ruso? No lo situaba. La chica volvió a empujar el dispensador con la copa.

—Sí —dijo Erika, optando por seguirle la corriente.

La camarera sacó una botella de plástico de agua tónica, llenó la copa hasta el borde y la depositó sobre la barra. Luego le pasó un recuadro de cartulina y un bolígrafo.

—Puede poner una tarjeta en el tablón por veinte libras. Las tarjetas se renuevan cada martes. Veintitrés cincuenta por el anuncio y la copa —informó.

Erika pagó, se sentó en un taburete y dio un sorbo a la bebida. Estaba caliente y desbravada.

—¿Por qué no ha enviado a su marido? —preguntó la camarera, mirando atentamente para ver qué escribía en la tarjeta.

—¡Solo me falta que beba todavía más!

La chica asintió con complicidad. La inspectora se acercó al tablón de corcho, clavado en la pared junto a la barra. Estaba cubierto de centenares de tarjetas, unas encima de

otras, escritas en eslovaco, polaco, ruso y rumano, todas de gente que se ofrecía para trabajar en la construcción o cuidando niños.

—¿Esto siempre está tan tranquilo? —le preguntó Erika recorriendo con la vista el local vacío.

—Estamos en enero. —La camarera se encogió de hombros, mientras se ponía a limpiar ceniceros—. Y hoy no hay fútbol.

—Una amiga mía encontró a su *au pair* poniendo un anuncio aquí —dijo Erika, volviendo al taburete—. ¿Vienen muchas mujeres a este pub? ¿Chicas jóvenes buscando trabajo?

—A veces.

—Mi amiga me dijo que había visto a una chica que buscaba trabajo y que quizá la encontraría aquí.

La camarera dejó de restregar un cenicero y la miró fríamente. Erika dio otro sorbo a su bebida y sacó el móvil. Pasó varias fotos hasta encontrar la de Andrea y se la mostró.

—Es esta.

—No la he visto nunca —dijo la camarera, un poco demasiado deprisa.

—¿De veras? Mi amiga me aseguró que estuvo aquí hace pocos días…

—Yo no la vi. —La camarera cogió una bandeja llena hasta la mitad de copas vacías, dispuesta a marcharse.

—Aún no he terminado —dijo Erika, y puso su placa sobre el mostrador.

La camarera vaciló, pero volvió a dejar la bandeja. Al girarse y ver la placa, mostró una expresión de pánico.

—No, tranquila, solo necesito que respondas a unas preguntas. ¿Cómo te llamas?

—Kristina.

—¿Kristina, qué?

—Kristina. Nada más —insistió.

—Vale. Kristina. Te lo pregunto otra vez. ¿Has visto aquí a esta chica?

La camarera bajó la vista hacia la pantalla, miró la fotografía de Andrea y negó con la cabeza con tanta energía que le temblaron los mofletes.

—¿Estabas trabajando aquí la noche del día ocho? Era un jueves, hace una semana.

Ella pensó un momento y volvió a negar con la cabeza.

—¿Estás segura? La han encontrado muerta esta mañana.

La camarera se mordió el labio.

—¿Tú eres la dueña?

—No.

—¿Solo trabajas aquí?

—Sí.

—¿Quién es la dueña, o el dueño?

Kristina se encogió de hombros…

—Vamos, Kristina. Lo puedo averiguar fácilmente a través del proveedor de cerveza. Y esos dos tipos estaban fumando aquí dentro, a pesar de la prohibición. ¿Sabes a cuánto ascendería la multa? A varios miles de libras. Y, además, está la agencia ilegal de colocación. Me has cobrado veinte libras por un anuncio. Me bastaría una llamada para que se presentara un equipo de agentes en cinco minutos. Y tú serías la responsable…

Kristina se echó a llorar. Se había puesto colorada y el enorme pecho le subía y bajaba agitadamente. Se limpió los relucientes ojitos con la punta de un trapo.

—Si respondes a un par de preguntas —dijo Erika—, yo me encargaré de que quedes como una empleada inocente.

La camarera dejó de llorar y recobró el aliento.

—Tranquila… No te preocupes. No va a pasar nada malo. Ahora, por favor, vuelve a mirar la foto. ¿Viste a esta chica

aquí la noche del día ocho, o sea, el jueves pasado? La secuestraron y asesinaron. Si puedes contarme algo, quizá me ayudes a averiguar quién lo hizo.

Kristina, que ahora tenía los ojos hinchados, miró la foto.

—Se sentó ahí, en la esquina —dijo al fin. Erika se giró y vio la mesita situada junto a la pista de baile. También observó que los dos hombres se habían largado, dejando a la mitad sus pintas de cerveza.

—¿Estás segura de que era esta chica? —Le acercó la pantalla del móvil.

—Sí. Me acuerdo de lo guapa que era.

—¿Estaba sola? ¿Se encontró con alguien?

Kristina asintió.

—Sí. Con una mujer joven. De pelo rubio corto.

—¿Tan corto como lo llevo yo?

Ella asintió de nuevo.

—¿Algo más?

—Tomaron una copa, o dos. No sé. Fue una noche muy movida… y… y…

Erika notó que estaba cada vez más nerviosa y asustada.

—Vamos, Kristina. No pasará nada, te lo prometo.

—No sé a dónde se fue su amiga, pero cuando volví a mirar, había un hombre sentado con ella.

—¿Qué aspecto tenía?

—Alto, pelo oscuro… Discutían.

—¿Qué quieres decir con «alto y pelo oscuro»? ¿No puedes ser más precisa? —pidió Erika, tratando de ocultar su frustración. Aquello era una pista importante, pero Kristina se expresaba con demasiada vaguedad. Tomó una decisión y sacó su móvil.

—Kristina, quiero que vengas a la comisaría y hagas un retrato robot de la mujer y del hombre que viste con Andrea.

—No, no, no —balbuceó la camarera retrocediendo.

Erika marcó el número del agente de guardia en la comisaría Lewisham Row. El timbre sonó.

—Tu testimonio podría servirnos para averiguar quién mató a esta chica.

—Pero yo estoy trabajando… y…

—Puedo ordenar que los agentes vengan aquí. Podemos hacerlo ahora. —El agente de guardia se puso al teléfono—. Soy la inspectora jefe Erika Foster. Necesito que acuda un agente y un coche patrulla al pub The Glue Pot, en London Road, Forest Hill. ¿A quién tenemos de guardia para hacer un retrato robot?

Hubo un movimiento repentino, y Erika advirtió que Kristina había salido corriendo por la parte trasera.

—¡Mierda! Espere, volveré a llamar.

Saltó por encima de la barra, entró en una inmunda cocina. La puerta trasera había quedado abierta. Salió al callejón, que se extendía, largo y desierto, a uno y otro lado. Empezaba a caer un ligero polvo de nieve. El silencio resultaba inquietante.

Recorrió el callejón entero en ambas direcciones. Las casas que daban allí atrás se hallaban a oscuras, y las calles de ambos extremos estaban desiertas. La nieve caía con más fuerza. El viento silbaba entre los edificios. Erika se ciñó la chaqueta para protegerse del frío helado.

No podía quitarse de encima la sensación de que la estaban observando.

12

Acudieron dos agentes uniformados a The Glue Pot y llevaron a cabo un registro exhaustivo, pero no sacaron nada. Kristina había desaparecido. El apartamento de encima del pub estaba desocupado; lo único que contenía era un amasijo de trastos viejos. Ya pasaba de medianoche cuando los agentes le dijeron a Erika que lo dejara correr y que se fuera a dormir un poco. Ellos permanecerían apostados en el local y, en cuanto amaneciera, localizarían al propietario. Si Kristina reaparecía, la llevarían a comisaría.

Erika aún seguía asustada cuando volvió a buscar el coche, aparcado a unas manzanas. Las calles estaban silenciosas y cada ruido parecía amplificado: el gemido del viento entre los edificios, el tintineo de un móvil de campanillas en un porche… Casi sentía la mirada de las oscuras ventanas de las casas.

Con el rabillo del ojo, captó en una de ellas el movimiento de una sombra. Se dio la vuelta, pero no era nada. Se trataba de una ventana-mirador. ¿La estaba observando alguien desde las sombras? Comprendió que necesitaba descansar con urgencia. Pararía en el primer hotel y reservaría una habitación. Abrió la portezuela del

coche, se subió y activó el cierre centralizado. Se hundió en el confortable asiento, apoyó la cabeza y cerró los ojos.

* * *

Hace un calor asfixiante en una desvencijada calle de Rochdale. A Erika se le pega a la piel el equipo de protección policial. Se desplaza con incomodidad, agachada junto al muro exterior de una casa adosada que se alza amenazadora en medio del bochorno. Tiene junto a ella a dos agentes, y hay tres más al otro lado de la verja. Mark es uno de ellos; el segundo.

Después de semanas de vigilancia, lleva la imagen de la casa grabada a fuego en el cerebro: fachada de hormigón desnudo, cubos de basura rebosantes, contadores de gas y electricidad en la pared, ambos con la tapa arrancada.

Cruzando la entrada principal y subiendo la escalera, hay una puerta a la izquierda del rellano que conduce al cuarto trasero. Ahí es donde cocinan la meta. Se ha visto entrar ahí a una mujer con un niño pequeño. Es un riesgo, pero están preparados. Erika ha repasado una y otra vez la operación con su equipo de ocho agentes. Pero ahora están apostados frente a la casa. Es algo real. El temor amenaza con dominarla, pero ella lo ahuyenta con energía.

Hace un gesto con la cabeza y los agentes vestidos de negro avanzan sigilosamente y recorren en tropel el sendero hasta la puerta principal. El disco del contador destella al sol al girar. Una vez, dos: casi a la vez que el golpe seco del ariete. Al tercer intento, la madera se astilla y la puerta se abre bruscamente hacia el interior con gran estrépito.

Entonces se desata un auténtico pandemonio.

Suenan disparos. La ventana que hay sobre el contador eléctrico explota hacia dentro. Los disparos vienen de la

casa que tienen detrás. Erika gira la cabeza. La bonita casa de enfrente. Ventanas de guillotina. Números de latón en la puerta. Pintura de Farrow & Ball en las paredes del interior. La pareja que vive ahí les había parecido amable y sencilla mientras realizaban las labores de vigilancia.

Todo acaba de encajar cuando alza los ojos hacia la ventana superior de la casa y vislumbra una forma oscura. Nota una explosión de dolor en la nuca y el gusto de la sangre en la boca. Mark está de repente agachado a su lado para ayudarla. Ella intenta hablar, decirle: «¡Detrás de ti!», pero la sangre le llena la garganta. En medio de la histeria general, resulta casi gracioso. Suena otro fuerte chasquido y un lado de la cabeza de Mark vuela por los aires…

* * *

Se despertó jadeando mientras trataba de tomar aliento. Estaba rodeada de un resplandor espeluznante, opresivo. Exhaló prolongadamente. Al ver el volante ante ella recordó dónde se encontraba. Estaba otra vez en el presente. Sentada en el coche. Había caído una nueva capa de nieve y cubierto por completo los cristales.

Ese sueño se había vuelto recurrente. Siempre se despertaba en el mismo punto. A veces era en blanco y negro, y la sangre de Mark parecía chocolate deshecho.

Inspiró y exhaló, mientras se serenaban las palpitaciones y se le asentaba en la mente la realidad. Oyó voces y pasos amortiguados; gente pasando junto al coche. El ruido subió de volumen y luego se alejó.

Miró el reloj digital del salpicadero. Eran casi las cinco de la mañana. Había dormido varias horas, aunque no se sentía mejor. Cambió de posición en el asiento, con el cuerpo

helado y entumecido, y encendió el motor. Salió un chorro gélido de los respiraderos de la calefacción.

Una vez se hubo calentado el coche, accionó el limpiaparabrisas y aguardó unos momentos hasta que apareció de nuevo la calle, toda blanca a causa de la capa fresca de nieve. Reparó en la tirita que tenía en el dorso de la mano y recordó que debía ir al médico. Lo ocurrido anoche, sin embargo, la impulsaba a seguir adelante por ahora.

«Andrea estaba en ese pub… ¿Quiénes eran el hombre y la mujer con los que estuvo hablando? ¿Y por qué había desaparecido la camarera?».

Como tenía un problema que resolver, le fue más fácil apartar el sueño de la mente. Puso la primera y se dirigió directamente a la comisaría.

13

La comisaría de policía Lewisham Row se hallaba en silencio a las cinco y media de la mañana. Solo se oía el runrún lejano del corredor de las celdas. El vestuario de mujeres estaba vacío. Erika se despojó de sus ropas sucias, entró en las enormes duchas comunitarias y puso el agua caliente al máximo que podía aguantar. Permaneció largo rato bajo el chorro, saboreando el calor. A medida que el vapor ascendía, las paredes de azulejos victorianos se iban desvaneciendo, igual que su propia figura.

A las seis, vestida con ropa limpia, estaba en el centro de coordinación, ella sola, con una taza de café y una barrita de chocolate de la máquina. Andrea Douglas-Brown le devolvió la mirada desde la pizarra con aire presuntuoso.

Fue a la mesa que le habían adjudicado, recuperó su clave de acceso y entró en la intranet de la policía. Habían pasado ocho meses desde la última vez que había revisado su correo del trabajo: no se debía a un ejercicio de abstinencia, sino porque le habían denegado el acceso. Ojeó la lista y vio mensajes de antiguos colegas, circulares, correo basura y la notificación de una sesión disciplinaria oficial. Eso casi le dio risa: le habían informado de la sesión

disciplinaria a través de un sistema de correo interno al que le habían prohibido acceder.

Pasando el ratón de arriba abajo, marcó todos los mensajes antiguos y pulsó «Eliminar».

Ahora quedaba únicamente un mensaje del sargento Crane, enviado la noche anterior a última hora:

> Le adjunto el perfil histórico completo de Andrea DB desde 2007 hasta 2014. También el registro de llamadas del móvil encontrado en la escena del crimen.
>
> CRANE

Abrió el documento anexo y marcó «Imprimir». La impresora que había junto a la puerta cobró vida con un ronroneo y empezó a escupir papel. Cogió el montón de páginas y se las llevó a la cantina del personal, con la esperanza de encontrarla abierta y tomarse un café decente. Pero resultó que estaba a oscuras. Encendió las luces, se instaló en una mesa del fondo y hojeó el perfil de Facebook de Andrea Douglas-Brown.

Constaba de doscientas diecisiete páginas, casi nueve años de actividad que iban desde la adolescente de cara limpia y juvenil de catorce años hasta la sirena sensual de veintitrés. En sus primeros *posts* era una chica bastante conservadora, pero en cuanto los chicos habían entrado en escena, se vestía de forma más provocativa.

Los *posts* de Facebook de sus últimos siete años eran una sucesión interminable de *selfies* y fotos de fiestas. Cientos de fotos con hombres atractivos y chicas preciosas; raramente las mismas personas aparecían más de dos o tres veces. Daba la impresión de que era una adicta a las fiestas, una adicta interesada en las juergas más caras. Frecuentaba esa clase de clubs donde debías reservar mesa

y, a juzgar por las fotos, nunca escaseaban las botellas de *champagne*.

A lo largo de los años, se observaba muy poca interacción con sus hermanos a través de Facebook. La hermana mayor, Linda, había marcado con un «me gusta» algunos *posts* de tema familiar, y lo mismo el hermano menor, David; pero solían estar relacionados con las vacaciones anuales que los Douglas-Brown pasaban en Grecia, y, posteriormente, en una casa de campo de Dubrovnik, Croacia.

Las vacaciones fueron lo que más despertó el interés de Erika. Todos los meses de agosto se iban tres semanas, y seguían siempre un patrón similar. Al inicio de cada período, Andrea colgaba algunas fotos familiares simpáticas: una imagen de grupo durante una comida en un bonito restaurante, o de la familia reunida alrededor de una cabaña, tomando un almuerzo informal en traje de baño. En esos almuerzos, Andrea lucía siempre bikini y adoptaba una pose estudiada: la oscura melena le caía sobre los hombros mientras picoteaba afectadamente la comida. Linda, en cambio, aparecía encorvada sobre un plato enorme, y algo irritada por el hecho de que la interrumpieran mientras zampaba. A cada verano que pasaba se la veía más gruesa, y siempre iba tapada con mallas y camisetas largas. David, por su parte, aparecía como un chico de trece años extremadamente flaco, con gafas, acurrucado bajo el brazo de su madre, y, poco a poco, se iba transformando en un joven apuesto.

Andrea parecía tener una relación más estrecha con David; en muchas fotografías lo abrazaba exageradamente, cosa que él aceptaba a regañadientes y como consecuencia las gafas le quedaban medio torcidas. Apenas había imágenes de Linda y David juntos. Sir Simon y lady Diana no revelaban nada en las fotos; año tras año ponían la misma

cara: una amplia y vacua sonrisa. Por un lado estaba lady Diana con traje de baño y un pareo; y por otro lado, sir Simon con unas holgadas bermudas de surf, subidas un poquito demasiado por encima de la peluda barriga.

A medida que se sucedían los veranos, Andrea iba perdiendo interés por su familia y se dedicaba a colgar fotos tomadas a chicos de la zona. Al principio, las había hecho un poco al acecho: el típico grupito de chicos que ignoraban que estaban siendo fotografiados mientras fumaban o jugaban al fútbol en la playa sin camiseta. Más adelante, Andrea se concentraba en uno de ellos en particular y se pasaba la última semana de las vacaciones obsesionada en apariencia por él, sacándole innumerables fotos. Por lo visto, le gustaban los chicos malos: los tipos mayores y de peor calaña, de torso musculoso y que lucían tatuajes y *piercings*. En una fotografía tomada durante el verano de 2009, ella aparecía con un bikini diminuto sobre una gigantesca Harley Davidson, fingiendo que la conducía, mientras que el individuo moreno que la acompañaba, seguramente el dueño de la moto, se veía relegado a ir de paquete. Él la sujetaba con una mano por la parte inferior del bikini y sostenía en la otra un cigarrillo, cuya brasa relucía cerca de la bronceada piel de Andrea. Ella miraba fijamente a la cámara con una expresión que parecía decir: «Lo tengo todo controlado».

Erika escribió al margen: «¿Quién sacó esta fotografía?».

Apenas prestó atención cuando subieron las persianas de la ventanilla de la cocina y empezaron a entrar agentes de ojos adormilados para desayunar. Ella continuó leyendo, fascinada por la vida de la joven.

En 2012, apareció en escena una nueva amiga, una chica llamada Barbora Kardosova.

«¿Nombre eslovaco?», escribió Erika al margen.

Barbora era una chica morena y preciosa como Andrea y, al parecer, se convirtió rápidamente en su amiga íntima, sumándose incluso a las vacaciones familiares de 2012 y 2013. Parecía que Andrea había encontrado en ella a la cómplice ideal en la caza de chicos. Aunque ahora los buscaban de una forma más sofisticada y se fotografiaban las dos juntas con tíos cachas, de pelo moreno, en discotecas carísimas o en las tumbonas de algún solárium igualmente lujoso.

Daba la impresión de que Andrea se había hecho amiga de verdad de Barbora. Colgaba fotos donde se las veía pasar las horas muertas, ella sin maquillaje y mucho menos pendiente de la cámara. En muchos sentidos, estaba más guapa sin sus pinturas de guerra, haciendo tonterías con una sonrisa auténtica. En una imagen, estaban juntas ante un espejo, vestidas con unos enormes jerséis que les llegaban hasta las rodillas. Eran jerséis de señora mayor. El de Barbora llevaba bordados unos gatitos persiguiendo ovillos de lana; el de Andrea, un gigantesco gato rojizo echado en su cesta. El *flash* de la cámara del móvil se reflejaba en la esquina superior del espejo. Linda, la hermana de Andrea, había comentado: «¡Sal de mi habitación, vaca asquerosa!».

A Andrea le había gustado el comentario y puso ☺

A finales de 2013, Barbora desapareció bruscamente sin ninguna explicación, y borró a Andrea de su lista de contactos. Erika retrocedió varias páginas para comprobar que no faltaba nada. Barbora no volvía a aparecer en una sola foto a partir de entonces. Ni siquiera puso nunca un «me gusta». Unos seis meses más tarde, en junio de 2014, el perfil de Andrea en Facebook fue desactivado. No había explicaciones ni ningún mensaje a sus amigos anunciando que iba a dejarlo.

La inspectora se centró a continuación en el registro de llamadas. En comparación, resultaba más bien pobre e insulso. Crane había anotado los números: llamadas regulares a su prometido, Giles Osborne; a un restaurante de comida china, un sábado; y votos telefónicos enviados a *Factor X* durante los siete sábados previos a las Navidades. Las restantes comunicaciones iban dirigidas a su familia, a la floristería que tenía su madre en Kensington y a la secretaria de su padre. No había llamadas la noche de su desaparición, a pesar de que el móvil había aparecido a su lado en la escena del crimen. Este registro abarcaba ocho meses, remontándose solamente hasta junio de 2014.

Sonó un estrépito: una taza se había caído y hecho añicos en el suelo. Erika levantó la vista y advirtió que ya había amanecido y que la cantina se estaba llenando. Consultó el reloj y vio que eran las 08:50. Como no quería llegar tarde a la reunión, recogió el montón de papeles y salió. En el pasillo, se encontró al comisario jefe Marsh.

—He leído el registro de la noche —comentó él arqueando una ceja.

—Sí, señor. Ya se lo explicaré. Tengo una pista importante.

—¿Cuál?

—Ahora se lo cuento en la reunión —dijo, mientras llegaban al centro de coordinación. Al entrar, Erika observó que los miembros del equipo al completo estaban en sus mesas. Todos callaron.

—Bien. Buenos días a todos. Empezaré diciendo que el sargento Crane ha conseguido sacar el historial completo de Andrea en Facebook, así como el registro de llamadas telefónicas. Un trabajo excelente y rápido. Esa chica era muy activa en la red social, pero el pasado mes de junio desactivó su perfil. Además, el registro de llamadas se

remonta solo a junio de 2014. ¿Por qué? ¿Cambió de número?

—En junio conoció a Giles Osborne —aportó el inspector jefe Sparks.

—Sí. Pero ¿por qué razón cambió de número y desactivó su perfil en esa misma época?

—Quizá estaba pasando página. Algunos tíos se ponen celosos si una mujer tiene exnovios y un historial —dijo Singh.

—Obviamente utilizaba Facebook para conocer tíos; cuando se prometió, dejó de necesitarlo —terció Sparks.

—Pero el registro de llamadas es… no sé, demasiado robótico. ¿Me está diciendo que conoció al hombre de sus sueños y sintió que ya no necesitaba otras relaciones?

—Yo no he dicho eso —replicó Sparks.

—No, ya, pero aquí hay gato encerrado. No hizo ninguna llamada la noche de su desaparición. Hay que indagar. Busquen su antiguo teléfono, consigan el registro de llamadas y averigüen si poseía otro teléfono del que no tengamos constancia. Averigüen también todo lo que puedan sobre una chica llamada Barbora Kardosova; se pronuncia «kardosh-ova». Fue su amiga íntima entre 2012 y 2013. Posteriormente, se esfumó. ¿Se pelearon? ¿Dónde está ahora? ¿Podemos hablar con ella? Hay que investigarla. Y encontrarla, así como a cualquier antiguo novio. Andrea tenía mucho éxito entre los hombres; miren a ver qué podemos averiguar.

—Pero con discreción en ese terreno —añadió Marsh desde el fondo de la sala.

Erika prosiguió:

—Hice una visita anoche al pub The Glue Pot. Conseguí que una camarera llamada Kristina identificara a Andrea, y reconociera que estuvo allí la noche de su desaparición.

Según ella, Andrea estaba con una mujer rubia de pelo corto y, más tarde, con un hombre de pelo oscuro.

—¿Piensa traer a esa camarera para que haga un retrato robot? —preguntó Sparks.

—Se asustó cuando se lo propuse.

—De acuerdo, ¿cuál es su apellido? —preguntó Sparks.

—Bueno, no llegué hasta ese punto…

Sparks esbozó una sonrisita y asintió.

Erika continuó:

—Otra mujer con la que hablé, Ivy Norris…

Sparks la interrumpió:

—¡Por Dios! Yo no me creería nada de lo que le haya dicho Ivy Norris. Esa vieja putilla es una conocida mentirosa y siempre anda creando problemas.

—Sí, pero esa mujer tuvo una reacción muy extraña cuando le pregunté por The Glue Pot. Pareció asustarse. Bueno, quiero que averigüen todo lo que puedan sobre ese pub. Localicen a la camarera e interroguen al dueño. Creo que ahí hay una relación con Andrea, y hemos de descubrirla deprisa, antes de que el rastro se evapore.

—Inspectora jefe Foster. ¿Tiene un momento? —dijo Marsh.

—Sí, señor… Moss y Peterson, quiero que vengan hoy conmigo. Vamos a recoger los resultados de la autopsia; y los Douglas-Brown van a hacer la identificación del cadáver.

El runrún de las conversaciones se reanudó en el centro de coordinación. Erika siguió a Marsh hasta su despacho, cerró la puerta y se sentó frente a él.

—¿Los Douglas-Brown van esta mañana a la morgue para la identificación del cadáver?

—Sí. A las diez y media.

—A esa hora yo estaré haciendo público el comunicado oficial de la policía. Nuestra encargada de prensa, Colleen, es muy eficiente, y nosotros, por supuesto, queremos

subrayar que estamos ante el asesinato de una chica inocente. Sin embargo, debemos estar preparados, porque la prensa le buscará al caso un aspecto político —dijo Marsh, cariacontecido.

—Bueno, ellos han de vender periódicos —replicó Erika.

Hubo un silencio. Marsh tamborileó sobre la mesa.

—Tengo que saber qué enfoque está adoptando su investigación —dijo finalmente.

—Estoy buscando al asesino, señor.

—Déjese de agudezas conmigo.

—Bueno, usted estaba ahí, en el centro de coordinación. Esa testigo, Kristina, vio a Andrea en The Glue Pot la noche de su desaparición. Dice que estaba con una mujer rubia y con un hombre moreno. Estoy buscando a esas personas.

—¿Y dónde está esa Kristina?

—Salió corriendo y no pude sacarle más información.

—¿Ella sabía que usted es policía?

—Sí.

—¿No cree que podría haber intuido que lo que más le convenía era identificar a Andrea?

—¿Cómo dice, señor?

—A ver, Erika. Es más que probable que esa mujer sea inmigrante ilegal y que la aterrorice la posibilidad de ser deportada. Seguramente, habría sido capaz de declarar que había visto a Elvis si hubiera creído que le serviría para salvar el culo.

—No, señor. Yo creo que ahí tenemos una pista. Y esa otra mujer del barrio, Ivy Norris, cuando le hablé de The Glue Pot tuvo una reacción…

—He leído el registro de esta noche, Erika. Dice que pegó usted al nieto de Ivy Norris y que ella le sacó una navaja.

—Sí, el niño me mordió y yo reaccioné de mala manera. Pero eso no tiene importancia. Señor, Ivy Norris conoce bien

la zona y hay algo en ese pub que parece darle mucho miedo.

—¿Sabía que el mes pasado decapitaron a cuatro personas en el Rambler's Rest de Sydenham? Seguro que a Ivy tampoco le apetecería tomarse allí un trago…

—¡Señor!

Marsh prosiguió:

—He tenido al subcomisario general tocándome los cojones, y debo informar regularmente a una persona de la maldita oficina del Gobierno sobre las novedades de la investigación. Quieren garantías de que no saldrán a la luz ni se expondrán en los medios detalles desagradables o infundados sobre la familia Douglas-Brown.

—Yo no controlo a los medios. Ni tampoco filtro detalles de la investigación. Ya lo sabe, señor.

—Sí, pero necesito que usted…

—Señor, yo he de hacer mi trabajo. Sea sincero. ¿Me está diciendo que hay cosas que no puedo investigar?

Marsh torció el gesto.

—¡No!

—Pues, ¿qué me está diciendo?

—Le estoy diciendo que se atenga a los hechos. Hace mucho que sospechamos que The Glue Pot está relacionado con una trama para dar trabajo a inmigrantes ilegales, y también que es un punto de reunión habitual de prostitutas. Tiene que disponer de datos concretos antes de decir que Andrea Douglas-Brown estuvo allí la noche de su desaparición.

—¿Y si encuentro a esa camarera y consigo que me haga un retrato robot?

—Bueno, le deseo mucha suerte porque, seguramente, ya está embutida en la trasera de un camión, camino de Calais.

—¡Señor! Tenemos grabada a Andrea en las cámaras de vigilancia. Ella se subió a un tren en dirección a Forest Hill la noche de su desaparición, y su cuerpo fue encontrado cerca de la calle principal. Por Dios, ¿no es evidente que yo podría tener razón?

Marsh parecía exasperado.

—De acuerdo. Pero vaya con mucho cuidado; sea sutil en su investigación. La prensa nos observa.

—Así lo haré, señor.

—Y quiero que me mantenga informado. De todo, ¿entiende?

—Sí, señor.

Marsh le lanzó una mirada severa y ella salió del despacho.

14

La morgue acabó de sustraer a Erika las pocas reservas de calor que tenía en el cuerpo mientras recorría con Moss y Peterson el largo pasillo iluminado por fluorescentes. Llegaron a una puerta metálica. Moss llamó al interfono; el forense Isaac Strong respondió, y la puerta se abrió con un zumbido.

—Buenos días —dijo Isaac en voz baja; el hombre proyectaba un aura de orden y serenidad. La bata blanca que le cubría el espigado cuerpo estaba impecablemente planchada y limpia; una funda de móvil de cuero oscuro asomaba por el bolsillo de la pechera. Llevaba vaqueros negros ceñidos y zuecos de goma; el oscuro cabello peinado hacia atrás le dejaba despejada la amplia frente. Una vez más, Erika se sintió atraída por los ojos de color castaño claro del forense, que le resaltaban bajo las finas y arqueadas cejas.

La sala de autopsias era una mezcla agobiante de acero y azulejos de porcelana. A lo largo de una pared, había una hilera de puertas de acero inoxidable y, en el centro de la sala, tres mesas de disección, también de acero inoxidable, rodeadas de desagües. Andrea Douglas-Brown yacía bajo una sábana blanca en la mesa más próxima a la entrada.

Ahora tenía los ojos cerrados. Le habían lavado y peinado hacia atrás el pelo. Los morados se habían oscurecido; la cara aún se veía hinchada. Por el bien de la familia, Erika había albergado la esperanza de que la joven pareciera dormida. Pero a pesar de los esfuerzos que habían hecho para adecentar el cadáver, todavía ofrecía un aspecto desagradablemente magullado.

Isaac rodeó el carrito y retiró la sábana con delicadeza. Además de los morados y laceraciones que se veían por todo el cuerpo, ahora tenía la tosca sutura de la incisión en forma de «Y» que le habían practicado: una incisión que partía de uno y otro hombro para converger en el centro y descender entre sus grandes pechos hasta el esternón.

—No había fluidos en los pulmones; por consiguiente, ya estaba muerta cuando cayó al agua —informó Isaac—. El hielo impidió la descomposición, pero podrán apreciar el blanqueamiento de la piel debido a la exposición prolongada al agua. Las marcas de ligadura en el cuello, así como la fractura de la clavícula, indican muerte por estrangulamiento. Como conjeturé, los morados alrededor del cuello son de una mano de tamaño medio, sin características singulares como la falta de algún dedo.

Hizo una pausa.

—Los resultados de toxicología muestran un elevado nivel de alcohol en sangre, además de una pequeña cantidad de cocaína. Llevaba varias horas sin comer y tenía el estómago vacío, dejando aparte el fragmento de su incisivo roto que, probablemente, se tragó sin querer durante el ataque.

Cogió un pequeño frasco de plástico que contenía el trozo de diente y lo sostuvo frente a la luz.

—He hallado en la boca y en los dientes residuos de un adhesivo químico que se encuentra en la mayoría de las marcas de cinta adhesiva.

—¿Entonces la amordazaron? —preguntó Erika.

—Eso es lo que indicaría. No había signos de que hubiera sido violada. Sí parece que había practicado sexo anal cerca de la hora de su muerte, aparentemente de forma consentida. He buscado también en el ano restos de semen y de sangre, y no he encontrado nada. Pero había residuos de látex y pequeñas cantidades de lubricante.

—¿Usó un condón?

—El que practicó sexo anal con ella usó un condón —la corrigió Isaac.

—Pero ¿cómo puede estar tan seguro de que la relación anal fue consentida?

Se produjo un silencio incómodo.

Isaac se explicó:

—Hay una marcada diferencia entre el sexo con penetración consentido y el no consentido. En el primer caso, el cuerpo suele estar relajado. El sexo no consentido va acompañado de tensión extrema, pánico y resistencia, lo cual hace que los músculos se tensen y agarroten; y eso puede provocar, a su vez, magulladuras internas y abrasiones en la piel. En el tejido del recto no había ninguna lesión. Claro, otra posibilidad es que la relación se hubiera producido *post mortem*.

—¡No, por Dios! —exclamó Erika—. Espero que no.

—Cabe la posibilidad, pero más bien lo dudo. Esto parece un ataque frenético y enloquecido. El asesino se lanzó sobre ella como una fiera. Le arrancó el cabello a la altura de ambas sienes. ¿Habría tenido la sangre fría y el dominio de sí mismo necesario para detenerse y ponerse un condón?

—¿Se encontraron condones en el lugar del crimen? —preguntó Erika.

—Toda esa zona alrededor del cobertizo y del lago estaba sembrada de condones. Estamos trabajando para analizarlos todos, pero llevará su tiempo.

Permanecieron en silencio un momento.

—¿Cree que Andrea era la clase de chica que practicaba ese tipo de cosas, quiero decir, el sexo anal? —preguntó Peterson.

—Eso suena un poco moralista —comentó Isaac.

—Ya, bueno. A ver, podemos ponernos políticamente correctos o decir las cosas como son. ¿No es verdad que solo cierto tipo de chica está dispuesta a practicar sexo anal? —preguntó Peterson.

—No me gusta esa asociación de ideas —opinó Erika.

—Pero tenemos que pensar algo así —dijo Peterson.

—A ver —intervino Moss—, ¿estás diciendo que únicamente quieren que les den por el culo las chicas emputecidas, o sea, aquellas que suelen meterse en situaciones peligrosas?

—¿Usted cree que esto fue un polvo loco al aire libre que acabó complicándose? —le preguntó Erika a Isaac.

—Como ya he dicho, no es función mía hacer conjeturas sobre cómo era cada persona. Cuando llegan a mis manos, mi única misión es averiguar de qué forma murieron. Continuemos. Aquí se puede apreciar que le ataron las manos con una brida de plástico. Se le clavó en la piel a bastante profundidad. También le ataron las piernas, y tiene una pequeña fisura en el tobillo izquierdo.

—No. Esto no fue un polvo salvaje que acabó yendo demasiado lejos. Fue un secuestro —afirmó Erika, pensativa —. Es posible que unas horas antes hubiera mantenido relaciones sexuales con su prometido y que luego… ¡Santo Dios! Vamos a tener que preguntárselo a él… ¿Hay algún otro resto de ADN?

—Si lo hubo, lo más probable es que quedara destruido por el agua mientras el cuerpo estuvo bajo el hielo —informó Isaac.

Al acabar, quedaban unos cuantos minutos para que llegaran los Douglas-Brown a identificar el cuerpo de Andrea. Moss y Peterson aprovecharon para fumarse un cigarrillo, y Erika se sorprendió a sí misma aceptando la invitación que le hicieron, pese a que lo había dejado hacía años. Los tres se quedaron en el umbral de la salida de incendios que daba a la parte trasera de un taller mecánico. Desde allí veían la hilera de coches levantados con elevador hidráulico y los fosos iluminados donde trabajaban los mecánicos.

Erika ya ni recordaba el número de casos de violación y asesinato que había manejado. Mientras fumaban en silencio, observó a los mecánicos que trabajaban enfrente. Eran jóvenes y vigorosos. ¿Cuántas veces un hombre corriente, en el curso de su vida, estaba cerca de violar y hasta de matar a una mujer? ¿Cuántos se contenían? ¿Cuántos lo hacían impunemente?

—La clave es Andrea. ¿Fue alguien a quien ella conocía? —planteó la inspectora Foster mientras dejaba escapar una bocanada de humo en el aire gélido, sintiendo en las venas el olvidado subidón de la nicotina.

—¿Cree que la atrajeron con artimañas a los jardines del museo, o que fue allí por propia voluntad? —preguntó Peterson.

—Tenemos muy pocos datos para seguir adelante. Ningún resto de ADN. Las cámaras de vigilancia estaban estropeadas.

—¿Eso no podría haber sido planeado? —cuestionó Moss —. El fallo de las cámaras, digo. ¿No podría haber sido alguien de dentro del sistema? ¿Alguien que le guardara rencor a sir Simon, o a la familia?

—El sistema de videovigilancia es chungo a causa de los recortes del Gobierno. Y si se tratara de un secuestro y ejecución profesionales, ¿habrían dejado su teléfono y su

identificación en el lugar? Parece muy chapucero —dijo Peterson.

—Podrían haberlo hecho para que la identificasen rápidamente. Como si quisieran enviar un mensaje —sugirió Moss.

—Tenía a un montón de hombres detrás. ¿Qué tal un amante despechado? —aventuró Erika.

—Es posible. Pero ¿quién? Estaba prometida. Parecía haberse convertido en una monja desde que había conocido a Giles Osborne. Tenemos que hablar con él —propuso Moss.

Isaac apareció en la salida de incendios y anunció:

—Los Douglas-Brown acaban de entrar en el aparcamiento.

—Detesto esta parte del trabajo —dijo Moss. Apagó el cigarrillo fumado a medias con el tacón del zapato y volvió a meterlo en el paquete.

Simon y Diana Douglas-Brown llegaron con sus hijos Linda y David. A Erika la sorprendió constatar que estaba viendo a los dos hermanos por primera vez. Tenía la sensación de saber mucho de ellos gracias al perfil de Andrea en Facebook.

Los padres iban impecablemente vestidos de negro. Daba la impresión de que ella necesitaba sostenerse en su marido y en su hijo. David era muy alto y delgado, llevaba gafas y un estiloso traje negro muy ajustado. Linda iba junto a su padre, y parecía una mujer corpulenta, ataviada con falda negra acampanada y un grueso abrigo. Todos tenían los ojos enrojecidos.

—Buenos días. Estamos a su disposición para acompañarlos —dijo Erika, y los condujo hasta la puerta de la sala de identificación.

Simon le puso a su esposa una mano en el hombro, e indicó:

—Tú quédate aquí, David. Y tú también, Linda. Yo me encargaré de esto.

—Papá, estamos aquí todos juntos —dijo David. Su voz tenía un tono intenso y enérgico, como la de su padre, lo que contrastaba con su aspecto de empollón. Linda se mordió el labio y asintió. Erika los hizo pasar. La sala de identificación era reducida y anodinamente oficial; había un par de sillas y una mesa decorada con un patético ramito de narcisos de plástico.

—No tengan prisa, por favor —dijo Erika mientras los acompañaba hasta un ventanal de cristal. Al otro lado había una cortina cerrada. Observó que no la habían colgado del lado correcto, de modo que quedaba a la vista el amarillento dobladillo y un tramo descosido de la costura en la parte superior. Era irónico que se mostrara a los muertos el lado correcto de la cortina y que los parientes y amigos, en cambio, tuvieran que esperar viendo el lado contrario, como entre los bastidores de un teatro.

Diana se puso tensa cuando un ayudante del depósito retiró la cortina y dejó a la vista el cuerpo de Andrea, que yacía cubierto con una sábana blanca hasta la barbilla. Una suave luz brillaba sobre los paneles de madera de la sala de exposición. Erika siempre había tenido la sensación de que examinar un cadáver era algo casi abstracto, teatral. A veces, los parientes permanecían impasibles; otras veces, lloraban de modo incontrolable. En una ocasión, recordó, un hombre había golpeado el cristal con tanta fuerza que lo había resquebrajado.

—Sí. Es ella, es Andrea —dijo Diana. Tragó saliva, los ojos se le humedecieron. Aplicó la punta de un pañuelo blanco a su mejilla impecablemente maquillada. Linda no parpadeó ni se estremeció. Ladeó la cabeza y abrió los ojos con morbosa curiosidad. David miraba con aire sombrío, conteniendo las lágrimas.

Fue Simon quien perdió el dominio y, soltando un gemido, rompió a llorar. David trató de abrazar a su padre, pero este lo apartó violentamente. El chico se echó a llorar también, inclinándose hacia delante; sus sollozos lo agitaban y estremecían de pies a cabeza.

—Voy a dejarlos solos. Tómense todo el tiempo que necesiten —dijo Erika.

Diana asintió, agradecida.

A los cinco minutos, salieron de la sala con los ojos inyectados en sangre. La inspectora jefe los esperaba en el pasillo con Moss y Peterson.

—Gracias —les dijo en voz baja—. ¿Sería posible que habláramos con todos ustedes esta tarde?

—¿De que quieren que hablemos? —le preguntó Simon. Sus enrojecidos ojos parecían ahora cautelosos y avergonzados.

—Nos gustaría saber más cosas sobre Andrea. Para que podamos averiguar si conocía al asesino.

—¿Por qué debería haberlo conocido? ¿Cree que una persona como ella iba a mezclarse con asesinos? —inquirió Simon.

—No, señor. No lo creo. Pero debemos hacer esas preguntas.

—¿Dónde está el prometido de Andrea? —intervino Moss.

—Giles ha comprendido que queríamos estar en familia. Seguro que vendrá a presentar sus respetos cuando… —La voz de lady Diana se apagó de golpe, quizá porque cayó en la cuenta de que ahora tenía que organizar un funeral.

Observaron cómo la familia atravesaba lentamente el aparcamiento nevado hasta el coche que los estaba esperando. Mientras se instalaban, Simon Douglas-Brown miró de lejos a Erika. Sus llorosos ojos taladraron los de la

inspectora jefe. Al fin subió al vehículo, que arrancó y se alejó por la calle nevada.

15

Yakka Events tenía su sede en un edificio de oficinas futurista situado en una calle residencial de Kensington. El edificio se elevaba entre las hileras de casas adosadas corrientes como si fuera una pretenciosa escultura que hubiera sido enviada a la dirección errónea. Erika, Peterson y Moss tuvieron que pulsar el interfono de cada una de las dos puertas de cristal ahumado para poder acceder al mostrador de recepción. La joven recepcionista, que llevaba unos auriculares puestos, tecleaba ante el ordenador. Los vio entrar, pero no dijo ni una palabra y continuó tecleando. Erika se inclinó y le quitó uno de los auriculares.

—Soy la inspectora jefe Foster. Estos son los inspectores Moss y Peterson. Nos gustaría hablar con Giles Osborne, por favor.

—El señor Osborne está ocupado. Esperen a que acabe lo que estoy escribiendo y les daré hora para una cita —dijo la recepcionista gesticulando con afectación para volver a ponerse el auricular.

Erika se inclinó de nuevo sobre ella y tiró de los dos cables de los auriculares, arrancándolos.

—No le estoy solicitando nada; le estoy diciendo que nos gustaría ver a Giles Osborne.

Le mostraron las placas de identificación. La chica no cambió de actitud, pero cogió el teléfono.

—¿Motivo de la visita?

—La muerte de su prometida —dijo Erika.

La chica marcó un número.

—¿Para qué coño creía que veníamos? ¿Para rescatar a un gato encaramado a un árbol? —murmuró Peterson.

Erika lo fulminó con la mirada.

La recepcionista colgó el teléfono.

—El señor Osborne saldrá enseguida. Pueden esperarlo ahí.

Pasaron a una zona *chill-out* con sofás y una mesita de café de madera, sobre la que se hallaban desplegadas en abanico varias revistas de diseño. En el rincón, había un pequeño bar equipado con un gigantesco frigorífico lleno de cervezas y con una máquina de café plateada, también gigante. A lo largo de la pared, se exhibía un gran montaje de fotografías tomadas en eventos de la empresa, que en su mayor parte parecían consistir en un montón de chicos y chicas despampanantes repartiendo copas de *champagne*.

—A mí, con este culo, jamás me contrataría —mascullló Moss. Erika la miró de soslayo y vio que la inspectora, por primera vez, le estaba sonriendo. Ella le devolvió la sonrisa.

Giles Osborne no tardó en aparecer por una puerta de cristal ahumado que quedaba junto al bar. Era un tipo bajo y rollizo, de cabello oscuro y grasiento peinado con raya al lado. Tenía los ojos brillantes y un poco juntos, nariz enorme y una barbilla huidiza, casi inexistente. Iba embutido en unos vaqueros ceñidos, y llevaba la camiseta con cuello de pico demasiado ajustada para su prominente barriga. Unos extraños botines en punta, que le daban un cierto aire a Humpty-Dumpty, completaban su atuendo.

A Erika le sorprendió que ese fuera el hombre con el que Andrea había decidido casarse.

—Hola, soy Giles Osborne. ¿En qué puedo ayudarles? —dijo con un tono seguro y engolado.

Erika hizo las presentaciones.

—En primer lugar —añadió— quisiéramos darle el pésame.

—Sí. Gracias. Ha sido un golpe terrible. Todavía estoy tratando de asimilarlo. No sé si lo conseguiré nunca…

Parecía dolido, pero no se extendió más sobre su congoja ni tampoco los invitó a proseguir en el tema.

—¿Podríamos hablar en un sitio más discreto? Nos gustaría hacerle unas preguntas —dijo Erika.

—Ya hablé largo y tendido con el inspector jefe Sparks ayer mismo —contestó entornando los ojos con suspicacia.

—Sí, y le agradecemos su tiempo, pero entienda que esto es una investigación por asesinato y que hemos de asegurarnos de tener toda la información…

Giles los observó unos momentos. Finalmente, pareció que desechaba sus suspicacias.

—Desde luego. ¿Puedo ofrecerles algo? ¿Un capuchino?, ¿un expreso?, ¿un *macchiato*?

—Yo tomaré un capuchino —escogió Moss. Peterson se apuntó también con un gesto.

—Sí, gracias —dijo Erika.

—Michelle, estaremos en la sala de reuniones —le dijo Giles a la recepcionista al abrir la puerta de cristal. Atravesaron una oficina comunitaria, donde había seis o siete jóvenes de ambos sexos trabajando con ordenadores. Ninguno de ellos parecía superar los veinticinco años. Giles abrió otra puerta de cristal que daba a una sala de reuniones donde había una larga mesa, asimismo de cristal, rodeada de sillas. En la pared, una gran pantalla de plasma reproducía una página web con hileras de fotos en miniatura. Al mirarla mejor, Erika advirtió que eran imágenes de ataúdes. Osborne se apresuró a acercarse al

portátil que tenía sobre la mesa, minimizó la ventana y, en su lugar, apareció en la televisión el logo de Yakka Events.

—No puedo ni imaginarme lo terribles que deben de ser estos momentos para lord y lady Douglas-Brown. He pensado que tal vez podría echarles una mano en la organización del funeral de Andrea —explicó.

—Andrea ha sido identificada oficialmente hace solo una hora —indicó Moss.

—Sí, pero ustedes ya la habían identificado, ¿correcto?

—Sí —afirmó Erika.

—Uno nunca sabe cómo reaccionar ante una pérdida repentina. Debe de parecerles extraño… —Rompió a llorar bruscamente y se tapó la cara con una mano—. Perdón. Necesito centrarme, hacer algo… Y organizar eventos es una actividad que llevo en la sangre, supongo. No puedo creer lo que ha ocurrido…

Erika sacó un pañuelo de la caja que había sobre la mesa y se lo pasó.

—Gracias —dijo él y, cogiéndolo, se sonó la nariz.

—Deduzco que su empresa tiene éxito, ¿no es así? —comentó Erika, cambiando de tema, mientras tomaban asiento alrededor de la mesa.

—Sí, no puedo quejarme. Siempre hay gente que quiere presentar públicamente su nuevo producto. Las recesiones van y vienen, pero nunca deja de existir la necesidad y el deseo de dar a conocer un concepto, una marca, un evento. Y yo estoy aquí para ayudar a transmitir ese mensaje.

—¿Qué mensaje espera transmitir al organizar el funeral de Andrea? —preguntó Moss. Antes de que él pudiera contestar, la recepcionista apareció con los cafés y los dejó sobre la mesa.

—Gracias, Michelle, eres un ángel —dijo Giles cuando la chica ya se retiraba—. Humm… es una buena pregunta. Quiero que la gente recuerde a Andrea por lo que era: una

chica joven y preciosa, pura, sana, inocente, con toda la vida por delante…

Erika reflexionó acerca de estas palabras unos momentos. Observó que Moss y Peterson hacían lo mismo.

—Este café es bueno de verdad —dijo Moss.

—Gracias. Nosotros hicimos el lanzamiento del producto. Es cien por cien «comercio justo». Los agricultores reciben un pago muy superior al valor de mercado de lo que cultivan y obtienen plazas escolares para sus hijos. Cuentan con medidas de salubridad, agua potable y atención sanitaria completa.

—No sabía que estaba haciendo tanto bien simplemente por tomarme un capuchino —masculló Peterson con el tono cargado de sarcasmo. Erika se dio cuenta de que Giles Osborne les inspiraba a sus inspectores tanto desagrado como a ella. Pero la cosa no iba a funcionar si también él se acababa dando cuenta.

—Hoy hemos venido sobre todo —dijo ella— para intentar elaborar una especie de retrato de Andrea. Creemos que el mejor sistema para atrapar a quien haya cometido el crimen es reconstruir su vida, sus últimos movimientos.

—Claro, claro —aceptó Giles—. Ha sido una conmoción… una conmoción terrible. —Se le volvieron a anegar los ojos de lágrimas. Se las enjugó con irritación con la bola del pañuelo estrujado y se sorbió la nariz un par de veces—. Íbamos a casarnos este verano. Ella estaba muy excitada. Ya había empezado a hacer las pruebas para el vestido. Deseaba un Vera Wang, y yo a mi Andrea siempre le daba todo lo que quería…

—¿Sus padres no querían pagárselo? —preguntó Erika.

—No. La tradición eslovaca es que cada familia paga la mitad… ¿Usted es eslovaca? Me parece detectar cierto acento, ¿no? —preguntó Giles.

—Sí, en efecto.

—¿Está casada?

—No. ¿Puedo preguntarle dónde se conocieron?

—Andrea vino a trabajar para mí, en el mes de junio.

—¿A trabajar… de qué?

—Como una de nuestras azafatas de imagen. Aunque no creo que ella conociera realmente el significado de la palabra «trabajo». Yo conocía a lady Diana desde hacía unos años. Colaboramos a menudo con su empresa de floristería para nuestros eventos. Ella me dijo que tenía una hija que buscaba trabajo; me enseñó una fotografía suya y no hubo más que hablar.

—¿Qué quiere decir? —preguntó Peterson.

—Bueno, era preciosa. El tipo de chica que a nosotros nos encanta contratar. Y claro, muy pronto me enamoré, ja, ja.

—¿Trabajó mucho tiempo para usted antes de que se iniciara la relación? —interrogó Peterson.

—No, bueno, digamos que el amor tardó en llegar un poquito más de lo que duró su empleo. En realidad, ella solo estuvo en una promoción, repartiendo muestras de Moët. Andrea era terrible: se comportó como si estuviera invitada a la fiesta, en vez de estar trabajando. ¡Y pilló una tremenda borrachera! Así que la cosa no fue bien. Pero, humm, lo nuestro sí… —Se interrumpió—. ¿Todo esto tiene alguna importancia? Yo he supuesto que ustedes más bien querrían ir en busca del asesino.

—Por tanto, fue un noviazgo rápido… Porque se conocieron hace ocho meses, ¿no?, el pasado mes de junio —dijo Erika.

—Sí.

—Y usted le propuso matrimonio enseguida.

—Como he dicho, fue amor a primera vista.

—¿Y cree que para Andrea también fue amor a primera vista? —preguntó Moss.

—Vamos a ver, ¿es que estoy bajo sospecha? —Giles se desplazó inquieto en la silla.

—¿Por qué cree que podría estar bajo sospecha? Hemos dicho que íbamos a hacerle unas preguntas —puntualizó Erika.

—Pero ya respondí a todas estas preguntas. Si quieren dejar de marear la perdiz, puedo demostrar dónde estaba la noche que Andrea desapareció. Desde las tres de la tarde del jueves, ocho de enero, hasta las tres de la madrugada del nueve, estuve dirigiendo el lanzamiento de un producto en el Raw Spice del Soho, en el ciento seis de Beak Street. Volví aquí, a la oficina, con mi equipo y tomamos unas copas para relajarnos. Lo tengo todo grabado en las cámaras de vigilancia. A las seis, salimos a desayunar al McDonald’s de Kensington Hight Street. Tengo a más de un docena de empleados que pueden verificarlo; y sin duda hay imágenes de videovigilancia de la mayoría de estos lugares. El portero de mi edificio me vio llegar a casa a las siete de la mañana; y no volví a salir hasta el mediodía.

—¿Qué es el Raw Spice? —preguntó Peterson.

—Es una experiencia de *sushi* fusión.

—¿*Sushi* fusión?

—Ya comprendo que una persona como usted no sepa lo que es —dijo Giles con impaciencia.

—¿Una persona como yo? —se extrañó Peterson, alzando una mano y retorciendo una de sus cortas rastas.

—No, no. Quería decir una persona que… quizá no se mueve en el mundillo del centro de Londres…

Erika se apresuró a intervenir:

—Sí, está bien. Escuche, señor Osborne…

—Llámeme Giles, por favor. En esta oficina nos llamamos todos por el nombre de pila.

—Bien, Giles. ¿Está usted en Facebook?

—Claro que estoy en Facebook —replicó, irritado—. Dirijo una empresa de eventos. Estamos muy activos en las redes sociales.

—¿Y Andrea?

—No. Ella era una de las pocas personas que he conocido en mi vida que no tenía un perfil en Facebook. Yo intenté… intenté iniciarla un par de veces en Instagram, pero ella es… ella era un desastre para la tecnología.

La inspectora Foster se levantó, sacó un par de hojas impresas con capturas de pantalla del perfil de Andrea en Facebook y las colocó sobre la mesa, frente a él.

—Andrea sí tenía un perfil en Facebook. Lo desactivó en junio de 2014. Deduzco que más o menos por la época en la que se conocieron ustedes, ¿no?

Giles cogió las hojas y las examinó.

—¿Tal vez quería empezar de cero? —farfulló, confuso, tratando a todas luces de no mostrar ninguna reacción ante la fotografía que tenía delante: Andrea estrechamente abrazada a un joven atractivo, que posaba la mano sobre su top blanco sin mangas, abarcando uno de sus pechos.

—Conque mintió al decirle que no estaba en Facebook.

—Bueno, «mentir» es una palabra muy fuerte, ¿no?

—Pero ¿por qué ocultárselo?

—Humm, no sé.

—Giles, ¿conoce The Glue Pot, en Forest Hill? —preguntó Peterson.

—No. No creo. ¿Qué es?

—Un pub.

—Ah, pues, seguro que no. No suelo frecuentar la zona del sur del río. Nunca, de hecho.

—Andrea fue vista por última vez en ese pub, la noche de su desaparición. Estaba en compañía de una chica rubia de pelo corto; y más tarde, de un hombre de pelo oscuro.

¿Tiene alguna idea de quiénes podrían haber sido? ¿Andrea tenía amigos en el sur de Londres, por la zona de Forest Hill?

—No. Bueno, que yo sepa.

—¿Se le ocurre alguna persona que pudiera querer hacerle daño? ¿Debía dinero a alguien?

—¡No, no! A ella, entre sir Simon y yo, nunca le faltaba de nada. La noche de su desaparición, me dijo que iba al cine con Linda y David. Yo la había animado a que se relacionara más con sus hermanos. No estaban muy unidos.

—¿Por qué?

—Ya sabe lo que pasa en las familias ricas. El cuidado de los hijos se deja en manos de institutrices y profesores. Y siempre hay competencia entre los hermanos para ganarse el afecto de los padres… Parecía que a David y a Andrea les hacían mucho más caso que a Linda. Yo he tenido suerte. Soy hijo único.

A Erika le vino a la cabeza otra vez la imagen de Humpty-Dumpty. Giles, bajito y regordete, sentado sobre una cerca, solo, sin que le llegaran los pies al suelo.

—¿Conoció usted a una chica llamada Barbora Kardosova? Era amiga de Andrea. —Le pasó una fotografía de Barbora por encima de la mesa.

Giles la examinó.

—No. Pero Andrea me habló de Barbora. Al parecer, esa chica rompió con ella de una forma muy cruel. Eso fue un poco antes de que yo la conociera.

—¿Hasta qué punto conocía usted a las amigas de Andrea?

—Ella no tenía muchas amigas. Trataba de estrechar su relación con otras chicas, pero ellas enseguida se ponían celosas. Andrea es… era guapísima.

—¿Llevaban ustedes una activa vida sexual? —preguntó Peterson.

—¿Cómo? Sí. Acabábamos de prometernos…

—¿Tuvo relaciones sexuales con ella el día que desapareció?

—¿Qué tiene eso que ver…? —protestó Giles.

—¿Puede responder, por favor? —pidió Erika.

—Humm. Creo que es posible que hubiéramos… ¿por la tarde? Oiga, no entiendo qué tiene esto que ver con su desaparición. ¡Vamos, hombre! ¡Preguntarme por nuestra vida sexual! No es asunto suyo, maldita sea. —Ahora se había ruborizado.

—¿Practicaron sexo anal, además de vaginal? —preguntó Peterson.

Giles se levantó tan bruscamente que derramó el café y la silla cayó hacia atrás.

—¡Se acabó! ¡Salgan de aquí! ¿Me han oído? Esto es una entrevista informal, ¿cierto? No estoy obligado a hablar con ustedes. Es voluntario.

—Claro que sí —dijo Erika—. Pero ¿podría responder, por favor? Andrea sufrió un prolongado y brutal ataque antes de morir. Tenemos motivos para hacer estas preguntas.

—¿Cómo? ¿Si mantuvimos… si practicamos un acto contra natura? No. ¡No! Yo no me casaría con una chica que… —Se estiró el cuello de la camiseta, incapaz de pronunciar las palabras—. Lo lamento, pero tienen que marcharse. Si quieren hacerme más preguntas, habrá de ser en presencia de un abogado. Esto es tremendamente doloroso y desagradable.

El café derramado había llegado al borde de la mesa de cristal y empezó a gotear audiblemente sobre la moqueta.

—¿La violaron?, ¿la maltrataron? —preguntó, ahora en voz baja, deshaciéndose en lágrimas. Se inclinó sobre la mesa y lloró sobre la manga de su camiseta.

—No creemos que Andrea fuese agredida sexualmente; pero se trató de un ataque prolongado y brutal —murmuró

Erika.

—¡Oh, Dios mío! —exclamó Giles, inspirando hondo y enjugándose otra vez los ojos—. No puedo ni imaginar lo que debió de sufrir.

Erika le dio un momento de respiro, y continuó.

—¿Podría decirme, Giles, si Andrea tenía más de un teléfono?

Él alzó la mirada, perplejo.

—No, no. Ella tenía un iPhone con funda Swarovski. La secretaria de sir Simon se ocupaba de la factura. Igual que con Linda y David.

Erika miró a Moss y a Peterson, y los tres se levantaron.

—Creo que vamos a dejarlo aquí, señor Osborne, gracias. Lamento el tipo de preguntas, pero sus respuestas a cuestiones tan delicadas como estas serán de gran ayuda para nuestra investigación. —Erika le puso la mano en el brazo—. Ya encontraremos nosotros la salida —añadió.

Se cruzaron con Michelle, que se dirigía a la sala de reuniones con un puñado de pañuelos de papel y les lanzó una mirada ceñuda.

—¿Qué opinan? —preguntó Erika cuando salieron a la calle.

—Lo voy a decir en voz alta, porque sé que todos lo estamos pensando. ¿Qué demonios hacía Andrea con este tipo? ¡Ella no estaba en absoluto a su alcance! —sentenció Peterson.

—Y no creo que la conociera en absoluto —dijo Moss.

—O ella solo le permitió conocer lo que le interesaba que supiera —añadió Peterson.

16

A la hora del almuerzo, la noticia oficial de la muerte de Andrea se había difundido en todos los medios. Cuando Erika, Moss y Peterson llegaron a la residencia de los Douglas-Brown, el pelotón de fotógrafos que se apostaban en el césped, chapoteando sobre la nieve fundida, había crecido considerablemente. Esta vez, sin embargo, los policías no tuvieron que esperar en el umbral y los hicieron pasar directamente a una enorme sala de estar que ofrecía tanto la vista del árbol de la parte delantera como la del espacioso patio trasero.

Dos grandes sofás de color claro y varios sillones rodeaban una larga mesita de café. Había una chimenea decorada con mármol blanco y, en un rincón, un piano de cola mignon con un surtido de fotos enmarcadas sobre la tapa.

—¡Ah, hola! —saludó Simon Douglas-Brown, levantándose del sofá para estrecharles la mano. Diana Douglas-Brown, que estaba a su lado, no se levantó; tenía los ojos rojos e hinchados, y no se había maquillado. David y Linda se hallaban sentados en los extremos del sofá, separados por sus padres. Simon, Diana y David todavía iban de negro, pero Linda se había cambiado y llevaba una

falda de tela escocesa y un holgado jersey blanco, con un bordado de gatitos persiguiendo ovillos de lana. Erika reconoció el jersey de la fotografía de Facebook. Era el que lucía Barbora en una de las fotos que se había hecho con Andrea.

—Gracias por recibirnos —dijo Erika—. Antes de empezar, quisiera disculparme ante ustedes por mi actitud de ayer, que quizá resultó grosera. No era en modo alguno mi intención y les ofrezco mis excusas sin reservas si llegué a ofenderlos.

Simon pareció sorprendido, pero dijo:

—Sí, claro. Ya está olvidado. Gracias.

—Sí, gracias —repitió Diana con voz ronca.

—Nos gustaría averiguar un poco más sobre la vida de Andrea —dijo Erika sentándose en el sofá de enfrente. Peterson y Moss se acomodaron a uno y otro lado—. ¿Podemos hacerles unas preguntas?

Ellos asintieron.

La inspectora Foster se dirigió a David y a Linda:

—Tengo entendido que Andrea debía reunirse con ustedes la noche de su desaparición, ¿no es así?

—Sí, habíamos quedado en el Odeon de Hammersmith para ver una película —afirmó Linda.

—¿Qué película?

David se encogió de hombros y miró a su hermana.

—*Gravity* —dijo ella—. Andrea no paraba de decir que tenía muchas ganas de verla.

—¿Les explicó por qué cancelaba la cita?

—No la canceló; simplemente, no se presentó —explicó Linda.

—Bien. Tenemos a un testigo que vio a Andrea en un pub del sur de Londres, The Glue Pot. ¿Les suena de algo?

Todos negaron con la cabeza.

—No parece el tipo de bar al que iría Andrea —opinó Diana, que hablaba como si estuviera mareada y ausente.

—¿Podría haber quedado allí con alguien? ¿Andrea tenía amigos en esa zona?

—¡No, por Dios! —exclamó Diana.

—Andrea cambiaba continuamente de amigas —informó Linda, meneando la cabeza para apartarse el flequillo de los ojos.

—Linda, eso no es justo —dijo su madre débilmente.

—Pero es la verdad. Siempre tenía nuevas amistades que había conocido en un bar o en un club. Era socia de muchos. Un día estaba entusiasmada con ellas y al otro día las repudiaba. Quedaban excomulgadas por algún motivo insignificante.

—¿Como cuál? —preguntó Erika.

—Como estar más guapas que ella, o hablar con el chico que le gustaba. O por hablar demasiado de sí mismas…

—Linda… —dijo su padre con tono de advertencia.

—¡Les estoy contando la verdad!

—No. Estás criticando a tu hermana, que acaba de morir. Que ya no está aquí y no puede discutir contigo… —La voz de Simon se quebró a media frase.

—¿Usted salía de bares con Andrea? —preguntó Moss.

—No —dijo Linda enfáticamente.

—Dice que era «socia» de muchos clubs, ¿a qué se refiere?

—Socia de muchos clubs. No creo que sean del tipo que usted frecuenta —añadió Linda mirando a Moss de arriba abajo.

—¡Linda! —gritó Simon.

Ella cambió de postura, incómoda. Su amplio trasero se desbordaba del sofá.

—Lo siento. Ha sido una grosería —dijo, y se apartó otra vez el flequillo. Erika se preguntó si sería un tic nervioso.

—No importa —dijo Moss con tono amigable—. Esto no es un interrogatorio oficial; solo queremos obtener información que nos ayude a atrapar al asesino de Andrea.

—Si quiere, puedo conseguirle la lista de todos los clubs de los que era socia. Hablaré con mi secretaria; ella se la mandará por correo electrónico —ofreció Simon.

—Linda, usted trabaja en una floristería, ¿no? —preguntó Peterson.

La chica lo examinó con aprobación de arriba abajo, como si reparase en él por primera vez.

—Sí, es la empresa de mi madre. Soy la subdirectora. ¿Usted tiene novia?

—Humm, no —dijo Peterson.

—Lástima. Tenemos cosas preciosas para el próximo Día de los Enamorados —comentó Linda de forma poco convincente.

—¿Y usted, David, a qué se dedica? —quiso saber Peterson.

David, totalmente hundido en el sofá, miraba abstraído al frente; el cuello del jersey le rozaba los labios.

—Estoy haciendo un máster en la universidad —dijo.

—¿Dónde?

—Aquí, en Londres. En la UCL.

—¿Qué estudia?

—Historia de la arquitectura.

—Siempre ha querido ser arquitecto —dijo su madre, orgullosa, poniéndole la mano en el brazo. Él la apartó enseguida, rehuyendo el contacto. Por un momento dio la impresión de que Diana iba a echarse otra vez a llorar.

—¿Cuándo fue la última vez que vio a Andrea? —preguntó Erika.

—Aquella misma tarde, antes de ir al cine —contestó David.

—¿Salía a menudo con su hermana?

—No. A ella le iba el rollo ostentoso, estilo Kardashian. A mí me va más el rollo Shoreditch[1], ¿entiende?

—¿Se refiere a los bares de Shoreditch? —inquirió Peterson.

David asintió.

—Yo vivo en Shoreditch —añadió el inspector—. Conseguí una hipoteca antes de que los precios se disparasen.

Linda miraba a Peterson ávidamente, como si fuese un pastel a punto de ser devorado.

—Sí, ya —prosiguió David—. Cuando por fin tenga acceso a mi fondo fiduciario, me compraré allí mi propio apartamento.

—David… —dijo su padre con tono admonitorio.

—Bueno, es así. Él me ha preguntado y yo he respondido.

Se produjo un cambio casi imperceptible en el ambiente. Simon y Diana se miraron, y se hizo un silencio.

—Así pues, Linda, usted es florista y David está estudiando. ¿Qué hacía Andrea? —preguntó Moss.

—Andrea se había prometido e iba a casarse —respondió Linda con un tono cargado de ironía.

—¡Ya basta! —rugió Simon—. No voy a permitir que continuéis hablando así de vuestra hermana y creando esta horrible atmósfera. Andrea ha muerto. ¡Brutalmente asesinada! ¡Y vosotros os dedicáis a lanzar pullas contra ella!

—Yo no, ha sido Linda —se defendió David.

—Ah, sí, siempre soy yo. Siempre Linda…

El padre hizo oídos sordos y añadió:

—Andrea era una chica preciosa. Pero no solo eso. Tenía el don especial de iluminar una habitación en cuanto entraba. Era preciosa, y vulnerable… y… y ahora una luz se ha apagado en nuestras vidas.

La tensión se aflojó. La familia entera pareció reacomodarse en el sofá para volver a presentarse unida.

—¿Qué nos pueden contar de Barbora Kardosova, la amiga de Andrea? —preguntó Erika.

—Creo que fue la amiga más íntima que llegó a tener mi hija —dijo Diana—. Incluso vino de vacaciones con nosotros. Estuvieron muy unidas un tiempo; pero Barbora desapareció. Andrea dijo que se había mudado.

—¿Saben a dónde fue?

—No. No dejó ninguna dirección ni respondió a los correos de Andrea —explicó Diana.

—¿No le parece extraño?

—Claro que es extraño. Creo que ella procedía de una familia desestructurada, no obstante. Su madre estaba enferma. Y por otro lado, la gente tiene la inevitable costumbre de fallarte…

—¿Se pelearon?

—Es posible, pero Andrea… no mentía sobre esta clase de cosas. Nos lo habría explicado. Andrea cree… creía… que Barbora había acabado teniendo celos de ella.

—El registro de llamadas del móvil de Andrea solo llega hasta junio de 2014 —dijo Erika.

—Sí, perdió su otro teléfono. Lo tenía desde los trece o catorce años —informó Simon.

—¿Y usted le compró uno nuevo?

—Sí.

—¿Tiene el número del antiguo?

—¿Para qué lo necesita?

—Es una rutina.

—¿Ah, sí? Yo habría supuesto que con ocho meses de registros telefónicos bastaría…

Los tres agentes notaron que el señor Douglas-Brown empezaba a sentirse incómodo.

—¿Andrea tenía un segundo teléfono?

—No.

—¿Sería posible que hubiera tenido un segundo teléfono sin que usted lo supiera?

—No. La familia maneja el fondo fiduciario de Andrea. Ella utilizaba sobre todo tarjetas de crédito. Si se hubiera comprado otro teléfono lo habríamos sabido. Pero ¿para qué iba a comprarlo?

—Nos resultaría muy útil conseguir su antiguo número.

—Bien. Hablaré con mi secretaria. Ella tendrá los datos.

Erika se disponía a hacer otra pregunta, pero intervino Diana:

—¡No comprendo por qué fue allí, al otro lado del río! Y entonces… entonces alguien se la llevó… y la mató. Mi pequeña… Mi pequeña. ¡Está muerta!

Diana se puso histérica. Jadeaba, se atragantaba. Simon y David intentaron consolarla; Linda, en cambio, volvió a apartarse el flequillo con su gesto nervioso y se quitó tranquilamente un hilo de su jersey de gatitos.

—Por favor. Ya basta de preguntas —dijo Simon.

A Erika le costó disimular su exasperación, y preguntó:

—¿Sería posible echar un vistazo a la habitación de Andrea?

—¿Cómo? ¿Ahora? Su gente ya le echó ese vistazo.

—Por favor. Nos sería de gran ayuda —insistió Erika.

—Yo los puedo acompañar, papá —se ofreció Linda—. Vengan conmigo, agentes.

La siguieron, pasando junto a Diana, que todavía estaba histérica. David le dirigió a su hermana una débil sonrisa y siguió consolando a su madre. Mientras iban hacia la puerta, vieron el piano cubierto con las fotos de familia de los Douglas-Brown y sus tres hijos: todos felices y sonrientes.

17

El dormitorio de Andrea era grande y, como el resto de la casa, estaba magníficamente amueblado. A lo largo de una pared había tres ventanas de guillotina que daban al tramo de césped donde se agolpaba la prensa. Linda, adelantándose, se apresuró hacia las persianas. Abajo, los fotógrafos dispararon sus cámaras; ella bajó las persianas de un tirón.

—Esas bestias. No podemos hacer nada. Estamos atrapados. David no para de lamentarse porque ni siquiera puede salir a fumar a la terraza. Papá dice que daría mala impresión.

Las persianas eran gruesas y dejaron la habitación en la penumbra. Linda encendió la luz. La ventana central era la más grande. Debajo de ella, había una enorme mesa de madera pulida, sobre la cual, cuidadosamente ordenada, había una asombrosa cantidad de elementos de maquillaje: un gran pote de pinceles y lápices de ojos, frascos de esmalte de uñas de numerosos colores, polveras apiladas, hileras de pintalabios en formación… Fijados en una esquina del espejo había montones de cintas colgantes y entradas de conciertos de Madonna, Katy Perry, Lady Gaga, Robbie Williams…

La pared de la derecha estaba enteramente ocupada por un armario. Erika deslizó las puertas de espejo y salió flotando un aroma a Chanel Chance. El armario albergaba un carísimo guardarropa de ropa de diseño, sobre todo de minifaldas y vestidos. La parte inferior estaba llena de cajas de zapatos.

—¿Andrea recibía una asignación? —preguntó Erika, mientras recorría con la mano las perchas.

—Cuando cumplió los veintiún años tuvo acceso a su fondo fiduciario, igual que yo. David aún tiene que esperar, cosa que ha provocado… problemas —dijo Linda.

—¿Qué quiere decir?

—Los hombres de la familia deben esperar hasta cumplir los veinticinco.

—¿Por qué motivo?

—David es como un chico de veintiuno. Quiere gastarse su dinero en chicas, coches y bebida. Aunque él es mucho más considerado que Andrea, a pesar de tener menos dinero. Me hace regalos de cumpleaños más bonitos. —Se apartó el flequillo otra vez y cruzó los brazos sobre el voluminoso pecho cubierto de gatitos bordados.

—¿En qué gasta usted su dinero? —preguntó Moss.

—Esa es una pregunta grosera y no tengo por qué responderla —dijo ella con aspereza.

A un lado del armario había una cama con dosel, hecha impecablemente, con una colcha azul y blanca y unos cuantos muñecos de peluche alineados sobre la almohada. En la pared, por encima del cabecero, había un póster de One Direction.

—Ahora ya no le gustaban, en realidad —comentó Linda, siguiendo la mirada de los agentes—. Decía que eran unos simples chicos y que a ella le gustaban los hombres.

—Pero ella estaba prometida, ¿no? —la pinchó Erika. La muchacha soltó una risotada—. ¿Dónde está la gracia,

Linda?

—¿Usted ha visto a Giles? Cuando alimentan a los gansos para producir fuagrás, él siempre es el primero de la cola…

—¿Por qué cree que Andrea estaba con él?

—Vamos, agentes, ¿es que no salta a la vista? Por dinero. Giles va a heredar una fabulosa hacienda en Wiltshire y una casa en Barbados. Sus padres poseen una fortuna de tropecientos millones y, además, están en las últimas. Lo tuvieron siendo ya muy mayores. Su madre, al quedar embarazada, creyó que era la menopausia.

—¿Andrea le era fiel a Giles? —preguntó Moss.

—Los chicos siempre se sentían atraídos por mi hermana. Delante de ella, se convertían en patéticas criaturas babeantes. A ella le encantaba la atención que suscitaba.

—Pero ¿tenía actualmente alguna aventura? —insistió Moss.

—Yo no sé lo que hacía la mayor parte del tiempo. No teníamos una relación muy estrecha. Pero la quería, aun así, y estoy destrozada por su muerte… —Por primera vez, pareció que quizá fuera a echarse a llorar.

—¿Y usted, Linda? —inquirió Moss.

—¿Y yo qué? ¿Me está preguntando si yo hago que los chicos babeen? ¿A usted qué le parece? —le espetó ella con tono cortante.

—Lo que quería preguntarle es si tiene novio —explicó Moss.

—No es asunto suyo. ¿Usted tiene novio?

—No. Estoy casada.

—¿Y él en qué trabaja? —preguntó Linda.

—Ella. Es profesora —explicó Moss con despreocupación.

Erika procuró no demostrar su sorpresa.

—No, no tengo novio —dijo Linda.

—¿Esas ventanas se pueden abrir del todo? —le preguntó Peterson y, acercándose a la ventana de guillotina central,

se inclinó para mirar con detenimiento por detrás de las persianas—. ¿Tienen cierre antisuicidio?

—No; se abren del todo —dijo Linda, admirando el trasero de Peterson mientras permanecía inclinado.

Erika se situó junto a él y observó que había una escalera de incendios que llegaba hasta la planta baja.

—¿Andrea se escabulló alguna vez por la ventana cuando estaba castigada? —preguntó.

—Mis padres nunca han tenido tiempo ni ganas de castigarnos. Nosotros, cuando queremos salir, lo hacemos por la puerta —sentenció Linda.

—¿Y entran y salen cuando quieren?

—Por supuesto.

Erika se arrodilló y miró debajo de la cama. Había tenues ovillos de polvo en el suelo de madera pulida, pero se veía claramente un trecho más limpio que el resto. A continuación se fijó en una cómoda y fue a abrir el cajón superior, pero se detuvo con la mano en el tirador.

—¿Le importaría esperar fuera, por favor? —le dijo a la joven.

—¿Por qué? Creía que solo habían venido a charlar.

—Linda, ¿tiene algunas fotos de Andrea que pueda mostrarme? —dijo Peterson, acercándose y tocándole ligeramente el brazo—. Quizá podría sernos de utilidad.

La blanca y redonda cara de la chica enrojeció.

—Humm, sí, me parece que tengo algunas —dijo mirándolo con una sonrisa. Cuando salieron los dos, Erika cerró la puerta.

—El bueno de Peterson, sacrificándose por el bien del equipo —dijo Moss con guasa. Y añadió—: ¿Qué sucede?

Erika volvió junto a la cama e inquirió:

—¿Los forenses entraron aquí cuando Andrea desapareció?

—No; vino Sparks y echó un vistazo. Pero creo que Simon o Diana estaban con él, por lo cual no pudo ser exhaustivo.

—Hay algo sospechoso debajo de la cama —murmuró Erika.

Se arrodillaron ambas, sacaron guantes de látex de las chaquetas y se los pusieron. Erika se tumbó boca abajo y se deslizó a rastras por debajo de la cama. Moss encendió una linterna y enfocó para iluminarla mientras examinaba la zona más limpia y trataba de delimitar sus bordes. Finalmente, la inspectora Foster sacó las llaves del coche, introdujo una de ellas entre las tablas e hizo palanca. La tabla era larga y la cama demasiado baja, de manera que no podía levantarla del todo. La colocó de nuevo y se deslizó fuera. Entre las dos mujeres, sujetando cada una la cama por un extremo, la desplazaron medio metro con mucho esfuerzo.

—Por Dios, esto no es un cachivache de IKEA —soltó Moss con una mueca. Erika rodeó la cama y levantó la tabla.

En el hueco, había una caja de teléfono móvil. La sacó con mucho cuidado y abrió la tapa. El molde de cartón aún estaba dentro, pero no había ningún teléfono. Sí había una bolsita de pastillas blancas, un pequeño bloque oscuro que parecía resina de cannabis, envuelto en film transparente, un paquete de papel de liar Rizlas y una caja de filtros Swan Vestas. También había un pequeño manual de instrucciones de un iPhone 5S, y un kit de manos libres todavía metido en su bolsita de plástico. Levantó el molde de cartón. Debajo de este, había un recibo blanco. Estaba impreso en un fino papel satinado, y en uno de los bordes tenía adherida una sustancia pegajosa amarilla que había borrado la tinta. El dorso estaba en blanco, aparte de unas palabras escritas en tinta azul con una letra infantil: «Tú eres mi amor, besos».

—Es un vale para la recarga del móvil —dijo Erika, y le dio la vuelta.

—Pero solo aparece la mitad del número de transacción —observó Moss—. ¿Qué es esa cosa pringosa?

Erika la olió y anunció:

—Yema de huevo seca.

—¿Y el alijo? —preguntó Moss volviendo a mirar la caja.

—No sé. Desgraciadamente, parece bastante vulgar. Las seis pastillas podrían ser de éxtasis. Y esto otro, una onza o dos de resina de cannabis, ¿no? Una cantidad para consumo personal. Vamos a guardarlo en bolsas y a llamar al equipo forense para que examinen el resto de la habitación.

Cuando bajaron, Simon y David estaban acompañando a un médico a la salida.

—¿Va todo bien? —preguntó Erika.

Simon le dio las gracias al médico y abrió la puerta. El doctor, asiendo con fuerza su maletín, recorrió a toda prisa el sendero bajo una lluvia de *flashes*, deseoso de salir cuanto antes de la línea de fuego. Peterson y Linda se les unieron cuando Simon cerró la puerta principal.

—No, no va todo bien. Mi mujer está sufriendo un grave trauma. Creo que debo pedirles que se vayan, por favor.

—Hemos encontrado esto debajo de la cama de Andrea —intervino Erika, y le enseñó una bolsa de pruebas con la caja del móvil y las drogas.

—¿Cómo? No, no, no, no —protestó—. ¡Mis hijos no consumen drogas! ¿Cómo sé que no lo han puesto ustedes?

—No nos interesan las drogas, señor. Lo que nos interesa es el hecho de que Andrea, según creemos, tenía un segundo teléfono. Esta caja contenía un vale de recarga de móvil fechado hace cuatro meses. ¿Conocía usted su existencia?

—No. Déjeme ver… —Sir Simon cogió la bolsa de plástico que contenía el recibo y lo estudió. David y Linda observaban con curiosidad—. ¿De quién es esta letra?

—No lo sabemos. ¿Podría ser de Giles?

—No, él estudió en Gordonstoun. No cometería dos faltas de acentuación en una sola frase. ¿Cómo pueden saber siquiera que esto es suyo? Podría tratarse de una caja vieja.

—¿Sería posible que su secretaria hubiera encargado un segundo móvil para Andrea?

—No. No sin informarme —aseguró Simon—. ¿Qué sabéis vosotros de esto? —añadió volviéndose hacia sus hijos—. ¿Andrea consumía drogas?

—Nosotros no sabemos nada, papá —respondió Linda, y se apartó el pelo de la cara. David también negó con la cabeza.

—De acuerdo, gracias, señor. Avísenos, por favor, si averigua algo más. Entretanto, he pedido que venga un equipo forense para examinar la habitación de Andrea.

—¿Cómo? ¿Está pidiéndome permiso?

—Estoy informándole de que, para avanzar en la investigación y averiguar quién mató a Andrea, necesito que un equipo de la policía forense eche un vistazo a la habitación de su hija, señor.

—Ustedes hacen lo que quieren, ¿no? —le espetó Simon.

Dicho lo cual, se fue a su estudio y cerró de un portazo.

Cuando llegaron al coche, que estaba aparcado en Chiswick High Road, sonó el móvil de Erika.

—Soy el inspector jefe Sparks. Estoy en The Glue Pot. La llamo por el retrato robot que intentó que hiciera esa testigo, Kristina.

—¡Ah, sí! ¿La ha encontrado? —le preguntó ella, sintiendo una oleada de esperanza.

—No. Y según el dueño, aquí no trabaja ninguna Kristina.

—¿Dónde ha localizado al dueño?

—Vive en un piso a dos puertas de aquí.

—¿Quién era la chica con la que hablé?

—He preguntado al personal del bar. Una chica que corresponde a su descripción y que se llama Kristina trabaja

esporádicamente, cobrando en efectivo, cuando alguno de los demás empleados necesita una noche libre. Uno de ellos tenía una dirección de la chica. La hemos comprobado. Es una habitación amueblada de alquiler junto a la estación, pero está vacía.

—¿Quién es el propietario? —preguntó Erika.

—El propietario vive en España, y, por lo que saben tanto él como el agente inmobiliario, la habitación lleva tres meses sin alquilarse. En consecuencia, esa Kristina o estaba de okupa, o dio una dirección falsa.

—Mierda. Que vayan los forenses a buscar huellas en la habitación. Esa chica es, hasta ahora, la única que vio a Andrea con ese hombre y esa mujer misteriosos.

18

Volvieron a la comisaría de Lewisham Row poco después de las cinco. El equipo parecía un tanto alicaído cuando entraron en el centro de coordinación, pero todo el mundo alzó la cabeza con interés al percibir el aroma del café.

—Cojan una taza. Y donuts —dijo Erika. Habían parado en un Starbucks, de camino a la comisaría. Todos se levantaron de sus mesas, desperezándose. Crane se acercó desde el rincón donde estaba revisando las imágenes de videovigilancia.

—Es usted un encanto, jefa. ¡Café decente! —exclamó restregándose los ojos.

—¿Ha encontrado algo en las cámaras de vigilancia de London Road? —preguntó ella, esperanzada, ofreciéndole la bolsa de donuts.

—Hemos cotejado las rutas y los horarios de los autobuses, y hemos pedido a la empresa de transportes las grabaciones de las cámaras de todos los autobuses que circularon por London Road, pasando junto al museo y la estación, la noche de la desaparición de Andrea. Además, ahora un montón de taxis tienen cámara de vigilancia, así que estamos trabajando para localizar esas grabaciones;

pero las de las cámaras de los autobuses no las tendremos hasta mañana, lo más pronto.

Crane vaciló antes de coger los donuts.

—Adelante, sírvase —lo invitó Erika, y él metió la mano en la bolsa—. Pero presiónelos, el tiempo apremia. Supongo que conocen las novedades sobre la camarera desaparecida, ¿no?

Los miembros del equipo asintieron, mientras masticaban los donuts y sorbían el café.

—¿Qué se sabe del teléfono y del portátil de Andrea? ¿Han encontrado algo interesante? —preguntó Erika.

—No. Bueno, hemos encontrado la mayoría de las fotos que ya habíamos visto en su antiguo perfil de Facebook, y hay una serie interminable de partidas de Candy Crush Saga. Parecía obsesionada con ese juego. Por lo visto, solo usaba el portátil para jugar y escuchar música en iTunes. El iPhone hallado en la escena del crimen está prácticamente vacío. No hay fotos ni vídeos, y casi ningún mensaje de texto.

El comisario Marsh asomó la cabeza por la puerta.

—Inspectora jefe Foster, ¿tiene un minuto?

—Sí, señor. Ustedes, Moss y Peterson, ¿pueden encargarse de informar a todos de lo que hemos encontrado en la habitación de Andrea? —solicitó Erika. Se metió el último trozo de donut en la boca, salió del centro de coordinación y siguió a Marsh hasta su despacho. Le resumió rápidamente las novedades: la caja del móvil hallada bajo la cama y la desaparición de la camarera de The Glue Pot.

Cuando terminó, Marsh contempló por la ventana la oscuridad de la noche.

—No vaya a quemar a su equipo ¿de acuerdo, Foster?

El comisario parecía algo más relajado. Erika se preguntó si se debía a los titulares de prensa, que habían desplazado

su interés de los progresos de la investigación a la tragedia de la muerte de Andrea. Al menos hoy, no hablaban más que de la preciosa joven a la que le habían arrebatado la vida.

—La oficina de prensa ha hecho un excelente trabajo para influir en el sesgo informativo —informó Marsh, como si le estuviera leyendo el pensamiento.

—¿Es así como se llama ahora? ¿«Influir en el sesgo informativo»? —preguntó ella con una sonrisa irónica.

—Mire, incluso hay un párrafo sobre usted —dijo, y leyó —: «La investigación la dirige la inspectora jefe Erika Foster, una agente con gran experiencia que puso en manos de la justicia al asesino en serie Barry Paton. También recibió muchos elogios por la cantidad de sentencias obtenidas en los delitos de honor cometidos en el seno de la comunidad musulmana de Mánchester…». Y además, han incluido una buena fotografía. La que nos sacaron en el juicio de Paton.

—Y ya puestos, ¿por qué no han dado también mi dirección? —le soltó Erika—. No he recibido ninguna carta de Barry Paton desde hace meses. Pero sí me mandó una para felicitarme por haber hecho que mataran a mi propio marido.

Se hizo un silencio.

—Lo siento —se excusó Marsh—. Creía que se sentiría complacida, pero no lo he pensado bien. Lo siento, Erika.

—No importa, señor. Ha sido un largo día.

—A mí me han estado persiguiendo los de Recursos Humanos. Me dicen que no les ha proporcionado aún una dirección —dijo Marsh, cambiando de tema.

—¿Ahora se dedica a hacer recados para el Departamento de Recursos Humanos?

—También tiene que ir a ver a un médico. Anoche estuvo expuesta a fluidos corporales de riesgo —añadió Marsh señalando la tirita, ya mugrienta, que llevaba Erika en la

mano. Ella recordó por primera vez lo que Ivy le había dicho: que el niño era seropositivo. Le asombró lo poco que le importaba.

—No he tenido tiempo, señor.

—¿De qué?, ¿de ver a un médico o de buscar un lugar donde vivir?

—De acuerdo, iré al médico.

—¿Y dónde se está alojando? Tenemos que saber dónde podemos localizarla.

—Tienen mi número de móvil…

—Erika. ¿Dónde se aloja?

Hubo un silencio incómodo.

—En ninguna parte aún.

—¿Qué hizo anoche?

—La pasé trabajando.

—Erika, está dirigiendo una investigación criminal muy importante. Dosifíquese. Hoy es el día número dos. Si sigue así, ¿cómo se encontrará cuando llegue el día número siete?

—No llegaremos al número siete: al menos si depende de mí —dijo ella, desafiante.

Marsh le entregó una tarjeta.

—Es para una clínica de atención inmediata. Otra cosa: nosotros tenemos el piso que Marcie heredó de sus padres. Los inquilinos acaban de abandonarlo. Está cerca de la estación y se ahorraría todo el papeleo del alquiler. Si le interesa, venga a mi casa a recoger las llaves.

—De acuerdo, gracias, señor. Pero primero tengo algunas cosas que hacer aquí.

—Antes de las nueve, si puede ser. Procuro acostarme temprano una noche a la semana.

Al volver al centro de coordinación, se le acercó triunfalmente la agente Singh con un papel.

—La secretaria de Simon Douglas-Brown acaba de mandarme por fax el contrato del antiguo teléfono de

Andrea: el que perdió en junio. Ya hemos pedido a la compañía el registro de llamadas. Deberíamos tenerlo a primera hora de la mañana.

—Creo que esto merece otro donut —replicó Erika y, sacudiendo la bolsa, la ofreció en derredor.

—Ah, y el recibo de esa caja que había debajo de la cama de Andrea era del supermercado Costcutter junto a London Bridge —dijo Crane—. Hay una fecha y un sello con la hora. Acabo de hablar con el encargado. Va a revisar la grabación de la cámara de vigilancia. Las guarda cuatro meses, de modo que será por los pelos si la tiene. Crucemos los dedos.

—Fantástico —exclamó Erika.

Crane sonrió y cogió un donut de la bolsa.

—¿No deberíamos guardar uno para el inspector Sparks? —preguntó Moss.

—No sé. Creo que Sparks ya es bastante dulce de por sí —contestó Erika sonriendo, lo que arrancó una carcajada general. Ahora se sentía cómoda en el centro de coordinación, por la atmósfera de camaradería reinante, pero era consciente de que sus agentes llevaban trabajando mucho tiempo sin parar y les dijo que lo dejasen por el momento.

—Buenas noches, jefa —dijeron, uno a uno, mientras recogían los abrigos y los bolsos. El centro de coordinación se fue vaciando lentamente hasta que se quedó sola. Cogió el teléfono de su mesa y marcó el número que Marsh le había dado. Una voz grabada le informó de que la clínica estaba cerrada y de que volvía a abrir a las siete de la mañana.

Colgó el auricular. Tiró del mugriento vendaje que llevaba en la mano, haciendo una mueca de dolor al arrancar la tirita de la piel. La herida estaba cicatrizando deprisa, sin dejar apenas ninguna magulladura: únicamente se

apreciaba el arco de pequeñas costras blanquecinas de las marcas que le había hecho el niño con los dientes.

Arrojó la tirita a la papelera y volvió a acercarse a las pizarras del fondo de la estancia. La oleada de entusiasmo que había sentido un rato antes ya se había desvanecido. Estaba exhausta. Empezaba a notar en la nuca el zumbido de un dolor de cabeza. Miró el despliegue de pruebas: mapas y fotografías; Andrea viva, en la foto de su permiso de conducir; Andrea muerta, con los ojos abiertos y el cabello lleno de hojas desparramado sobre un lado de la cara. Normalmente, conseguía orientarse pronto en la investigación de un caso, pero este parecía complicarse cada día más, y los hechos contradictorios no dejaban de multiplicarse como las células de un tumor.

Necesitaba dormir; y para eso, comprendió, debía encontrar una cama.

19

Como estaba muerta de hambre cuando salió de la comisaría, hizo un alto en un restaurante italiano de New Cross y se sorprendió a sí misma ventilándose un plato gigantesco de espaguetis a la carbonara, seguido de un buen pedazo de tiramisú. Acababan de dar las nueve cuando enfiló con el coche la calle donde vivía Marsh, que estaba en una zona frondosa y acomodada del sur de Londres.

Aparcó y localizó la puerta, el número once. Se alegró al ver que la casa estaba a oscuras. Prefería tomar una habitación de hotel unos días, mientras buscaba un piso, que permitir que Marsh se compadeciera de ella. Las cortinas de un ventanal de la planta baja estaban abiertas y, a través de él, se veía un gran salón que daba por el otro lado a Hilly Fields Park y, un poco más lejos, a las luces de las siluetas de los rascacielos de Londres.

Estaba a punto de dar media vuelta y volver al coche cuando salió un chorro de agua de una tubería de hierro de la parte delantera de la casa. Arriba se iluminó una ventanita, y Erika se vio obligada a guiñar los ojos porque el recuadro de luz caía justo sobre ella. Marsh se asomó y, al

verla, le dirigió un torpe gesto de saludo. Ella se lo devolvió y esperó junto a la puerta.

El comisario salió a abrir; llevaba una camiseta desteñida de Homer Simpson y unos pantalones de pijama de tela escocesa. Se estaba secando las manos con una toallita Barbie de color rosa.

—Perdón, señor, se me ha hecho un poco tarde —se disculpó ella.

—No, no, está bien. Es la hora del baño.

—Me gusta mucho su toalla.

—Bueno, no es la hora de mi baño…

—Ya, señor. Era un chiste.

—Ah, está bien —dijo él sonriendo. En ese momento sonó un grito, y dos risueñas niñitas de largo pelo oscuro llegaron corriendo al vestíbulo. Una llevaba un jersey también de color rosa, bragas y calcetines. La otra lucía el mismo atuendo, con el añadido de unos vaqueros diminutos apelotonados a la altura de los tobillos. Se tambaleó hacia delante, perdió el equilibrio y cayó sobre el suelo de madera con un golpe sordo. Por un momento, alzó hacia Marsh sus grandes ojos castaños tratando de averiguar si debía llorar. Una mujer de cabello oscuro y treinta y tantos años llegó corriendo detrás de las niñas. Iba vestida de modo informal, con unos pantalones azul claro y una blusa blanca, que realzaba sus prominentes pechos y su cintura de avispa. Tenía las mangas enrolladas y todavía algunos restos de espuma en los antebrazos. Era guapa, igual que sus hijas gemelas.

—¡Ay, cielo! —exclamó poniendo los brazos en jarras—. ¿Te has dado un coco?

La cría decidió que la cosa era más seria de lo que realmente parecía y, haciendo una mueca, soltó un gemido.

—Hola, Erika. Bienvenida a esta casa de locos —saludó la mujer.

—Hola, Marcie… Tienes un aspecto estupendo —contestó Erika.

Marsh cogió en brazos a la niña y le dio un beso en la carita, que ahora estaba colorada y reluciente de lágrimas. Marcie cogió a la otra cría, que no dejaba de mirar a Erika, y la colocó sobre su sinuosa cadera.

—¿De veras? Eres muy amable. Mi único régimen de belleza consiste en correr detrás de las gemelas. —De un soplido, Marcie se apartó un mechón de su inmaculada cara de tonalidad crema—. Si vas a quedarte, ¿podemos cerrar la puerta? Se está yendo todo el calor.

—Perdón, claro —se disculpó Erika y, entrando en el vestíbulo, cerró la puerta.

—Esta es Sophie —dijo Marsh meciendo a la cría sollozante.

—Y esta, Mia —añadió Marcie.

—Hola —dijo Erika. Las dos niñas la miraron—. Vaya, qué monas sois las dos.

Nunca había aprendido del todo a hablar con los niños. A los violadores y asesinos sabía cómo tratarlos, pero los niños le resultaban un poco intimidantes.

Sophie dejó de llorar y ambas niñas la observaron atentamente.

—Perdón, es evidente que llego en mal momento.

—No, no importa —dijo Marsh.

Marcie cogió a Sophie y la sostuvo en equilibrio sobre la otra cadera.

—Bueno, niñas, decidle buenas noches a Erika.

—Noches, noches —gorjearon las dos.

—¡Noches! —repitió ella.

—Ha sido un placer verte, Erika —añadió Marcie, y se alejó con las crías. Erika y Marsh contemplaron un momento su trasero respingón.

—¿Le sirvo una copa de vino? —preguntó él.

—No. He venido para aceptar su ofrecimiento, el piso…

—Sí, adelante. Pero sin zapatos.

Marsh se dirigió a la puerta del fondo mientras Erika manipulaba torpemente los cordones de las botas; hecho esto, lo siguió. El suelo de madera estaba frío, y se sintió extrañamente vulnerable al ir con calcetines. La puerta del fondo daba a una cocina de estilo rústico con una larga mesa de madera rodeada de sillas. En un rincón, una cocina Aga roja desprendía calor. Al lado de la puerta, había un enorme frigorífico cubierto de dibujos emborronados con manchas de colores escogidos al azar, todos ellos fijados con imanes. Un cuadro igualmente emborronado dominaba la pared por encima del aparador de madera.

—Es uno de los cuadros de Marcie —explicó Marsh siguiendo la mirada de la inspectora—. Posee un gran talento; lo que pasa es que ahora ya no tiene tiempo.

—¿Los de la nevera también son suyos? —preguntó Erika. Se arrepintió de sus palabras nada más pronunciarlas.

—No. Esos son de las gemelas.

Se produjo un silencio incómodo.

—Bueno, aquí está todo —dijo Marsh, y le entregó un sobre grande que había sobre la encimera—. El piso no está lejos: es en Foxberry Road, en Brockley, cerca de la estación de tren. Ahí dentro hay un contrato mensual de renovación automática. Así podemos decidir cuánto tiempo queremos que dure el arreglo. Usted solamente ha de darme un cheque en los próximos días.

Erika abrió el sobre y sacó un manojo de llaves, complacida por el hecho de que no se tratara de un regalo.

—Gracias, señor.

—Se hace tarde.

—Sí. Debo irme ya y empezar a instalarme.

—Ah, otra cosa. Sir Simon se ha puesto en contacto con Colleen, nuestra encargada de prensa. Desea hacer un

llamamiento a través de los medios, ahora que las imágenes de Andrea siguen frescas en la mente del público.

—Claro, es una buena idea.

—Sí. Vamos a organizarlo para mañana por la tarde. Así podremos salir en los noticiarios de la noche y en los periódicos.

—Muy bien, señor. Espero contar mañana con más información que pueda resultarnos útil.

Al cerrarse la puerta a su espalda, Erika echó a andar hacia el coche, alejándose del calor hogareño de la vida de Marsh. Bajó la cabeza y se mordió el labio, decidida a no llorar. Esa vida acogedora, con un marido y con niños, había estado a su alcance. Incluso la había aplazado varias veces, para desesperación de Mark.

Y ahora se le había escapado para siempre.

20

Foxberry Road estaba tranquila y silenciosa. Erika pasó con el coche junto a la estación Brockley, cuyo andén profusamente iluminado se hallaba desierto. Un tren corría a toda velocidad bajo un puente peatonal y se alejó hacia el centro de Londres. Ella siguió adelante, dejó atrás una larga hilera de casas adosadas y localizó el piso al fondo de todo, en una esquina donde la calle torcía bruscamente a la derecha. Había una plaza libre justo delante, pero su satisfacción no duró, porque enseguida advirtió que era zona de aparcamiento para residentes. Necesitaría un permiso. A la mierda, pensó, y aparcó el coche igualmente.

La puerta comunitaria se abrió con dificultad entre un crujido de folletos y volantes acumulados detrás. La luz del vestíbulo funcionaba con temporizador y zumbaba suavemente mientras ella subía por la angosta escalera, arrastrando a trompicones la maleta de ruedas.

El piso estaba en la última planta. Al llegar al rellano, vio que tenía un vecino: había otra puerta frente a la suya.

Daba la impresión de que la calefacción llevaba mucho tiempo apagada en el piso. No parecía haber electricidad. Inició una larga y gélida búsqueda, usando la luz del móvil como linterna. Finalmente, encontró el contador escondido

en el fondo de un armario del vestíbulo; pulsó un interruptor y se encendieron las luces.

La primera puerta del pasillo era la del baño: un baño pequeño, blanco y limpio, con una ducha de cabina. Al lado, había un exiguo dormitorio con una cama de dos plazas de pino y un tambaleante armario de IKEA. En la pared, sobre la cama, vio otro cuadro a base de manchas emborronadas. Encendió un cigarrillo y examinó la firma que figuraba en la parte inferior del lienzo: «Marcie St. Clair». Sujetando el cigarrillo con los labios, descolgó el cuadro y lo guardó en el armario del vestíbulo, detrás de unos cubos de plástico.

Al final del pasillo había una sala de estar con cocina integrada. Todo demasiado pequeño, pero moderno y amueblado con el estilo impersonal de IKEA. Que fuese impersonal resultaba perfecto en esos momentos. Abrió los armarios, buscando un cenicero. Al no encontrar ninguno, cogió una taza.

Junto a una ventana-mirador, había una mesita de café y un reducido sofá azul. Se desplomó en el sofá y reparó, enfrente, en un diminuto televisor con la pantalla cubierta de polvo. Estaba desenchufado; el cable y la antena yacían en el suelo, al lado del mueble que lo soportaba.

Se volvió hacia la ventana y contempló la oscuridad; la desnuda habitación y su propio reflejo le devolvieron la mirada. Al terminar el cigarrillo, lo apagó en la taza y encendió otro.

21

A unas casas de distancia del piso de Erika, justo donde la calle describía un brusco giro, una figura vestida de negro de pies a cabeza se agazapaba en la boca de un callejón, confundida con la oscuridad. Desde su escondrijo, observó cómo la mujer encendía otro cigarrillo junto a la ventana y soltaba una larga bocanada de humo, que ascendió en lentas volutas hacia la bombilla desnuda que había en el techo.

«Creía que sería más difícil localizarla —pensó la figura—. Pero ahí está, la inspectora jefe Foster en persona, con todas las luces encendidas, exhibiéndose ante la ventana como una puta del barrio rojo».

En la fotografía publicada en los periódicos, Erika tenía una tez más tersa y juvenil; ahí, en la ventana, se la veía demacrada, exhausta… Casi parecía un chico.

Ella miró hacia donde se encontraba la sombra, ladeando la cabeza y apoyando el mentón en el cristal. El cigarrillo le relucía apenas a unos centímetros del rostro.

«¿Me estará viendo?». La figura retrocedió un poco en la oscuridad del callejón. «¿Me observa tal como yo la observo a ella? No, imposible. No es tan buena, la muy zorra. Está

mirando su reflejo en el cristal iluminado desde dentro; y es evidente que la jode y la deprime lo que ve reflejado».

Que el asesinato de Andrea hubiera sido asignado a la inspectora Foster le había provocado una gran inquietud. Una búsqueda en Google mostraba que ella había sido considerada en su momento una estrella emergente de la policía metropolitana de Mánchester. La habían ascendido a inspectora jefe con solo treinta y nueve años, al atrapar a Barry Paton, un joven portero de discoteca que había asesinado a seis chicas.

«Pero Barry Paton quería que lo atraparan. A mí no me atrapará. Ahora está acabada y bien jodida. Oficialmente. Llevó a la muerte a cinco agentes, incluido al idiota de su marido. Le han asignado este caso porque saben que fracasará. Necesitan un chivo expiatorio».

La temperatura estaba bajando deprisa. Iba a hacer una noche gélida otra vez. Pero sentirse tan cerca de la inspectora y poder observarla le resultaba excitante.

Apareció un coche en lo alto de la calle, y la figura retrocedió aún más en el interior del callejón, esperando a que los faros pasaran de largo. Se oyó un suave ronroneo. Un gato negro se deslizó por el borde superior del muro, pero se detuvo repentinamente al percibir aquella presencia.

—Somos criaturas gemelas —susurró la sombra y, alzando una mano enguantada, la acercó lentamente al animal. El gato se dejó acariciar—. Así me gusta gatito… gatito lindo.

El felino miró fijamente a los ojos de la negra figura; saltó sin ruido del muro y desapareció por el otro lado.

La mirada de la sombra se detuvo en sus propias manos enguantadas; las giró y flexionó los dedos.

«Ya había soportado las cabronadas de Andrea demasiado tiempo, pero nunca habría imaginado que lo

haría. Vivir la fantasía de estrangularla, de apretar y apretar hasta exprimir toda la vida de su cuerpo…».

A medida que habían pasado los días, se había ido convenciendo casi con orgullo de que nunca encontrarían el cuerpo. Creía que quedaría congelado bajo el hielo. Pasaría el invierno y más adelante, con el calor de la primavera, se descompondría y se iría pudriendo hasta que la máscara de su belleza se desvaneciera por completo, y ella tendría por fin un aspecto más semejante a lo que era realmente.

Pero cuatro días después, la habían encontrado. Intacta.

Oyó el ruido de un portal que se cerraba. Alzó la mirada y vio que la luz de la ventana estaba apagada. La inspectora Foster había salido y caminaba por la acera hacia su coche.

La figura sonrió. Se agazapó y retrocedió rápidamente, fundiéndose con las sombras del oscuro callejón.

22

A Erika le gustaba conducir. No dependía del tipo de coche; no necesitaba ningún modelo en especial. Bastaba con que fuera seguro, cálido y acogedor. Mientras circulaba por las calles desiertas del sur de Londres, el coche venía a ser como un capullo que la envolvía y abrigaba: algo más parecido a un hogar que el piso desangelado y frío.

Volvió la cabeza al otro lado al pasar junto al cementerio Brockley, cuyas lápidas relucían bajo la luz de las farolas. El vehículo dio un bandazo hacia la derecha; comprendió que debía reducir la marcha. La nieve se había fundido un poco durante el día, pero por la noche había vuelto a helar y las calzadas resultaban otra vez peligrosas.

Puso el móvil en manos libres y llamó a comisaría. Respondió el sargento Woolf. Le pidió una lista de los pubs más chungos de la zona.

—¿Puedo preguntar para qué? —dijo el sargento. Su voz tenía un timbre metálico al otro lado de la línea.

—Me apetece una copa.

Hubo un silencio.

—De acuerdo. Está The Mermaid, The Bird in the Hand, The Stag, The Crown… no me refiero al de Wetherspoon: hay otro The Crown al que las cerveceras están a punto de

retirarle el suministro en lo alto de Gant Road. Y por supuesto, The Glue Pot.

—Gracias.

—Manténgame informado de su paradero, inspectora. Si necesitara refuerzos…

Ella colgó a media frase.

Se pasó las tres horas siguientes recorriendo algunos de los pubs más cutres que había visto en su larga carrera. No era ya la miseria, la suciedad y los borrachos lo que más la enfermaba; era la desesperación pintada en las caras de la gente acodada en la barra, el desaliento con el que se desmoronaban en el asiento de un rincón, la apatía con la que echaban sus escasas monedas en las máquinas tragaperras.

Y lo que resultaba todavía más inquietante era que esos locales no se hallaban lejos de los barrios adinerados. Un garito espantoso como The Mermaid estaba junto a un restaurante de cocina de fusión india, que anunciaba en la entrada que acababa de ganar una Estrella Michelin. El reluciente interior, que quedaba a la vista, rebosaba de gente bien vestida cenando en grupo alegremente. The Bird in the Hand, donde le dio un billete de veinte a una chica de aspecto angustiado que andaba pidiendo con un bebé, quedaba al lado de una coctelería repleta de mujeres rutilantes acompañadas de sus adinerados esposos.

¿Ella era la única que reparaba en estas cosas?

A medianoche llegó a The Crown, en Gant Road. Era un pub de aspecto anticuado, con lámparas de latón sobre una fachada roja. Estaba funcionando a puerta cerrada, pero logró colarse dándole al portero un billete nuevecito de veinte.

En el interior, totalmente abarrotado, había un gran bullicio. Las ventanas estaban empañadas; olía a cerveza, a sudor y a perfume barato. La gente parecía más bien

ordinaria, pero se veía que habían hecho un esfuerzo para ponerse sus mejores galas. Erika estaba preguntándose cuál sería el motivo del jolgorio, cuando divisó a la persona que andaba buscando.

Ivy estaba sentada sobre un taburete al fondo del local, junto a una tragaperras destellante. A su lado, en otro taburete, había una chica gruesa de pelo rubio pero extensas raíces negras, con un *piercing* en el labio. Erika avanzó lentamente, abriéndose paso entre corrillos de personas que parecían del todo borrachas. Al llegar junto a Ivy, vio que tenía las pupilas completamente dilatadas; sus ojos eran espantosos pozos de pura negrura.

—¿Qué coño hace usted aquí? —preguntó la mujer, haciendo un esfuerzo para enfocarla con la mirada.

—Quiero que hablemos un momento —dijo la inspectora a gritos, para hacerse oír en medio del alboroto.

—Todo esto lo he pagado yo —aclaró Ivy meneando el dedo vagamente. Erika vio que había varias bolsas de la compra alrededor de los taburetes.

—No me refiero a esto.

La chica rubia de al lado frunció el entrecejo.

—¿Va todo bien, Ivy? —dijo sin apartar los ojos de Erika.

—Sí —dijo Ivy—. Esta va a pagar la siguiente ronda.

La inspectora sacó otro billete de veinte, pensando que había repartido ya un montón de dinero esa noche, y se lo dio a la chica. Esta se levantó trabajosamente del taburete y desapareció entre la multitud.

—¿Dónde están los niños? —preguntó Erika.

—¿Mmm?

—¿Sus nietos?

—Arriba. Durmiendo. ¿Por qué?, ¿quiere pegarles?

—Ivy…

—Bueno, póngase en la cola, cariño. Hoy me han estado jodiendo a base de bien.

—Ivy. Necesito hablar con usted acerca de The Glue Pot. —Y se subió al taburete caliente que había dejado libre la otra chica.

—¿Cómo? —dijo Ivy, tratando de centrarse.

—¿Lo recuerda? Se trata del pub del que hablamos. The Glue Pot, en London Road.

—Yo no voy allí —farfulló la mujer.

—Ya sé que no. Pero ¿por qué no va?

—Porque…

—Por favor, necesito saber más. ¿Por qué no, Ivy?

—¡Que le den!

Erika sacó otro billete de veinte libras. Ivy intentó concentrarse un momento; lo cogió y se lo metió bajo la cinturilla de sus mugrientos vaqueros.

—Bueno, ¿de qué quiere hablar?

—De The Glue Pot.

—Mal rollo ahí. Un hombre malo… malo —dijo Ivy meneando la cabeza.

—¿Un hombre malo?

—Sí… —La mujer puso los ojos en blanco y parecía que veía cosas: cosas que no estaban allí. La cabeza se le cayó hacia un lado.

—Ivy. Ese hombre malo. ¿Cómo se llama?

—Es malo, te lo digo, cariño…

—¿Ha oído hablar de esa chica que mataron? —Sacó el móvil y buscó una foto de Andrea—. Es esta, Ivy. Se llamaba Andrea. Una chica preciosa, de pelo oscuro. ¿Cree que Andrea conocía a ese hombre malo?

Ivy consiguió fijar la vista un momento en la foto del móvil.

—Sí… preciosa.

—¿Usted la vio?

—Algunas veces.

—¿Vio a esta chica algunas veces en The Glue Pot? —preguntó Erika, sosteniendo el móvil para que lo viera bien.

—Yo también era preciosa… —Puso de nuevo los ojos en blanco y empezó a resbalar del taburete.

—Vamos, Ivy. Siga hablando conmigo —dijo Erika que la sujetó y la puso derecha—. Vuelva a mirar la fotografía, por favor.

Ivy la miró.

—Los malos son siempre los peores, pero también los mejores. Y tú les dejas hacer contigo lo que quieran, aunque te duela, aunque no quieras…

Erika giró la cabeza y vio que la chica gruesa del *piercing* no estaba comprando bebidas, sino hablando con un grupito de hombres. Ellos no paraban de lanzarles miradas.

—A ver, Ivy, esto es importante. ¿Se refiere a Andrea? ¿Ella se reunió con ese hombre malo en The Glue Pot? Él tenía el pelo oscuro. Por favor. Necesito algo, un nombre…

Ivy babeaba. Formó una burbuja de saliva, que acabó estallando; sacó la lengua y se lamió. Erika le entrevió los dientes podridos.

—Sí la vi. Con él y con una zorra rubia. Chicas idiotas. Las dos fueron demasiado lejos con él.

—¿Cómo? ¿Un hombre moreno y una mujer rubia?

—¿Esto es una visita oficial? —preguntó una voz.

Erika alzó la vista y vio a un hombre tan corpulento como un oso, de cabello ralo de color rubio cobrizo.

—Yo no la he invitado —dijo Ivy—. Es una jodida poli.

—No, no es una visita oficial —replicó Erika.

—Pues me gustaría que se largara —mascculló el hombre con una calma amenazadora.

—Ivy, si recuerda algo, si ve alguna cosa, aquí tiene mi teléfono. —Erika sacó un bolígrafo y un trozo de papel de la chaqueta, anotó su número y le metió el papel a la mujer en el bolsillo de los vaqueros.

El hombre sujetó del brazo a Erika.

—Disculpe —dijo ella—, ¿qué cree que está haciendo? ¿Quién se ha creído que es?

—Soy el dueño. Aquí todos son invitados; estoy ofreciendo unas copas gratis. Usted no ha sido invitada y, por tanto, debo pedirle que se vaya; si no, yo infringiría la ley.

—He dicho que no estoy de visita oficial. Pero podría volverse oficial en cualquier momento —advirtió ella.

—Esto es un velatorio —dijo el hombre—. Y tenemos prohibida la entrada a los cerdos de la pasma.

—¿Cómo me acaba de llamar? —preguntó la inspectora, procurando conservar la calma.

Se acercó un tipo bajito con rasgos de gnomo que inquirió con tono acusador:

—¿Usted conocía a mi madre?

—¿A su madre? —se sorprendió Erika.

—Sí. Eso he dicho. A mi madre, Pearl.

—¿Usted quién es?

—¡No se atreva a preguntarme quién soy en el puto velatorio de mi madre! ¿Quién coño es usted?

—Conque el velatorio de su madre… —murmuró Erika.

—Sí, qué cojones piensa hacer, ¿eh?

Ella echó un vistazo alrededor; la gente los miraba.

—Calma, Michael —aconsejó el dueño.

—No me gusta la actitud de esta zorra engreída y larguirucha —soltó Michael mirándola de arriba abajo.

—Tiene que calmarse, señor —dijo Erika.

—¿Señor? ¿Se está cachondeando?

—No. Soy agente de policía —replicó ella sacando la placa.

—¿Qué hace la pasma aquí? Me dijiste que le habías dado un toque…

—Y sí lo hice, Michael. Esta agente ya se va.

—¡Hay una jodida poli ahí! —gritó una esmirriada pelirroja que se había acercado tambaleándose sobre un solo zapato de color rosa. Sonó un estrépito de cristales y dos tipos se pelearon. La pelirroja le arrojó a Erika su pinta de cerveza y le hizo un gesto como diciendo: «Acércate si te atreves». La inspectora Foster notó que la agarraban de la cintura y la levantaban. Primero pensó que la estaban atacando, pero no: era el dueño sujetándola en volandas por encima de la gente, que había empezado a escupirle y a insultarla. Aprovechando su enorme estatura y la fuerza de sus músculos, el hombre la llevó entre el gentío y la depositó detrás de la barra.

—Lárguese de una puta vez. Salga por la cocina. La puerta trasera da a un callejón —dijo, conteniendo con una mano a la gente que intentaba colarse detrás de la barra por la estrecha trampilla. Un vaso estalló justo por encima de la cabeza de Erika, e hizo añicos un dispensador de vodka. La mujer que había tirado el vaso levantó la trampilla del otro extremo de la barra y la gente se coló y corrió hacia la inspectora.

—¡Salga de aquí! —gritó el dueño, y la empujó hacia unas roñosas cortinas. Erika atravesó a trompicones un pasillo débilmente iluminado, chocando con cajas de patatas fritas y tropezando con un cajón de botellas vacías. La música sonaba a tope, pero apenas lograba ahogar el alboroto general y el ruido de cristales rotos. Se percató de que la multitud embestía y daba empujones al dueño, cuyo corpachón bloqueaba a duras penas el umbral. Encontró una puerta, cruzó una sórdida y pringosa cocina y, al llegar al fondo, abrió de un empellón la salida de incendios. Sintió el mordisco helado del aire en su piel húmeda y pegajosa de cerveza, y vio que estaba en un callejón.

Corrió hasta la calle, pasó junto a las ventanas del pub cubiertas de vaho y llegó rápidamente al coche. Por suerte

lo había dejado aparcado delante.

Arrancó y se alejó con un chirrido de neumáticos. Se sentía aliviada y excitada a la vez, con la adrenalina disparada. Recordó que Ivy seguía aún en el pub. La mujer había visto a Andrea con el hombre moreno y la mujer rubia.

Así pues, ¿había estado en The Glue Plot la noche en que Andrea desapareció? ¿Eso significaba que Kristina, la camarera, había dicho la verdad?

23

Cuando llegó a la comisaría a la mañana siguiente, Erika fue convocada al despacho del comisario jefe. Llevaba preparado el cheque del alquiler y el contrato firmado. Al entrar, la sorprendió ver sentado frente a Marsh al inspector jefe Sparks. Este tenía una expresión engreída en la cara.

—¿Señor?

—¿Se puede saber a qué demonios juega metiéndose en The Crown a altas horas de la noche? —cuestionó Marsh.

La mirada de Erika osciló entre uno y otro. Replicó:

—Solo tomé zumo de naranja…

—¡No tiene gracia! Irrumpió en el velatorio de Pearl Gadd y provocó un caos enorme. ¿Sabe quién es la familia Gadd?

—No. ¿Debería?

—Son un puñado de escoria de los bajos fondos, dueños de una gran red de camiones de transporte en el sur de Inglaterra. Pero han estado trabajando con nosotros.

—¿Trabajando con nosotros, señor? ¿Quiere que le asigne una mesa a alguno de ellos en el centro de coordinación?

—No se pase de lista, Foster.

Sparks, procurando que no se notara cómo estaba disfrutando, los observaba con la barbilla apoyada en el

canto de una mano. Erika advirtió que se dejaba crecer la uña del índice.

—Señor, si me ha convocado para echarme la bronca, preferiría que lo hiciera en privado.

—Usted no está por encima del inspector jefe Sparks, y él se encuentra aquí porque forma parte de la investigación. Se supone que trabajan juntos. Deduzco que esa visita a The Crown fue para seguir indagando, ¿no?

Erika guardó silencio, se sentó junto a Sparks y le dijo:

—De acuerdo. Si es una reunión, perfecto. Hábleme de nuestros colegas en los bajos fondos del sur de Londres.

Sparks apartó la mano de la barbilla e, irguiéndose, le informó:

—La familia Gadd nos ha venido proporcionando información durante los últimos ocho meses: una información que, esperamos, conducirá a la incautación de un alijo de tabaco y alcohol adulterados por valor de millones de libras.

—¿A cambió de qué? —preguntó Erika.

Marsh la interrumpió:

—No tengo por que explicárselo con detalle, inspectora Foster. Estamos en el puto límite entre lo que podemos y no podemos hacer. ¿Tiene una idea del delicado ecosistema que hay aquí, en el sur de Londres? A cambio de esa información, nosotros hemos ido haciendo la vista gorda con… bueno, fiestas a puerta cerrada y otras cosas. Y va usted y entra a saco en ese pub con su placa y su actitud prepotente.

—Dijeron que era un velatorio, señor.

—¡Es que era un puto velatorio!

—Bueno, lo siento. Al parecer, aquí hacen las cosas de una forma un poco distinta de como las hacemos en Mánchester.

—No hacemos nada diferente —replicó Sparks con una calma irritante—. Aunque sí revisamos a fondo nuestras fuentes de inteligencia antes de lanzarnos a la carga.

—¿Qué ha pretendido decir con eso? —dijo Erika.

—Me refiero a lo de anoche.

—¿Seguro?

—¡Ya basta! —gritó Marsh dando un puñetazo en la mesa.

Erika se tragó la furia y el odio que Sparks le inspiraba.

—Señor, mi visita a The Crown tenía un objetivo. Me ayudó a sacar nueva información sobre el asesino de Andrea.

Marsh se arrellanó en su silla y ordenó:

—Continúe.

—Ahora dispongo de un segundo testigo que vio a Andrea en The Glue Pot, la noche de su desaparición, hablando con un hombre alto y moreno y con una mujer rubia. Ese nuevo testigo llegó a insinuar que Andrea podría haber mantenido una relación con ese hombre.

—¿Quién es el nuevo testigo?

—Ivy Norris.

Sparks puso los ojos en blanco, miró a Marsh y protestó:

—Por favor… ¿Ivy Norris? ¿La que se hace llamar también Jean McArdle, Beth Crosby y Paulette O’Brien?

—Señor, ella…

—Esa mujer es conocida por su capacidad para hacernos perder el tiempo —dijo Marsh.

—Pero, señor, yo saqué la impresión de que se asustaba mucho cuando insistí en que me hablara de ese hombre. Era miedo de verdad. También creo, sobre todo ahora que hemos encontrado esa caja de móvil, que Andrea disponía de otro teléfono que ocultaba a todo el mundo. Creo que tenía amigos de los que no quería que su prometido, Giles Osborne, supiera nada…

—El registro del teléfono antiguo de la muerta, el que perdió el año pasado, llegó anoche —informó Sparks.

—No, yo hablo de un segundo móvil. Uno que todavía utilizaba. Compró un vale de recarga hace cuatro meses; lo encontramos en esa caja, debajo de su cama —explicó Erika.

—Eso no quiere decir nada. Podría haber sido para una amiga —insinuó Sparks—. En todo caso, volviendo al registro del teléfono antiguo, cuya existencia es indiscutible, anoche aproveché para revisarlo y han salido algunos datos interesantes.

—¿Cuáles? —preguntó Erika.

—En el registro aparecen varios nombres que he cotejado con los mensajes de la cuenta de Andrea en Facebook. Uno de ellos es un tipo llamado Marco Frost… ¿Le suena?

Marsh interrogó con la mirada a Erika.

—Sí, es un camarero con el que Andrea, humm, salió hace un tiempo. Un italiano. Trabaja en un café del Soho, ¿no?

Sparks asintió.

—Ese tipo hizo centenares de llamadas al antiguo teléfono de Andrea. Las llamadas se produjeron en un período de diez meses, entre mayo de 2013 y marzo de 2014.

—¿Por qué nadie me dijo que habían llegado esos registros? —preguntó Erika.

—Llegaron muy tarde. Pensé que usted quizá desearía entregarse a un sueño reparador —dijo Sparks.

—Sparks, vaya al grano —ordenó Marsh.

—Muy bien. Repasé la entrevista que mantuve con los Douglas-Brown cuando su hija fue dada por desaparecida. Y ellos mencionaron a ese Marco Frost. Andrea, en efecto, salió con él un mes, a principios de 2013. Pero lo dejó y

empezaron las llamadas. El tipo se presentó en su casa varias veces. No aceptaba un «no» por respuesta. Al final, sir Simon hizo que un agente de policía fuera a verlo y hablase con él acerca de su malsano interés por la chica.

—¿Por qué no me habían contado esta historia hasta ahora? —inquirió Erika.

—Mis notas están disponibles en el expediente.

—Yo no las he recibido.

—Pues están disponibles.

—Bueno, bueno, bueno. Vamos a actuar como adultos —dijo Marsh con impaciencia—. Continúe, inspector Sparks.

—De acuerdo. Volví a revisar el teléfono nuevo de Andrea, en el que no hay mucho que rascar, como sabemos. Ella también revisaba su correo en ese móvil, y había un montón de invitaciones electrónicas a fiestas y eventos…

—Sí, el equipo las ha revisado, hay centenares. Tenía carnet de socia de un montón de clubs privados —aclaró Erika.

Sparks prosiguió:

—Había una invitación electrónica a un evento en el salón de baile Rivoli para el jueves, ocho de enero: la noche de su desaparición. Era un espectáculo de cabaret de lujo organizado por uno de los clubs de los que era socia.

—Sí, y esa misma noche disponía de invitaciones para varias fiestas más en Londres. Como digo, figuraba en montones de listados… Y ella ya había quedado con sus hermanos en el cine.

—Pero toda la familia ha declarado que era muy poco fiable. Que cambiaba de idea con facilidad. No hubiera sido impropio de ella decidir otra cosa a última hora —dijo Sparks.

Erika aceptó esa idea a regañadientes.

Sparks continuó:

—El salón de baile Rivoli está justo frente a la estación Crofton Park, que si se mira en un mapa queda bastante cerca de la de Forest Hill; para ser exactos, a menos de tres kilómetros. Para llegar a Forest Hill o Crofton Park hay que tomar el tren en London Bridge, pero esas estaciones pertenecen a líneas completamente distintas. ¿Y si resulta que Andrea se equivocó de tren? Ella raramente usaba el transporte público. Quizá por eso iba tan acicalada en un barrio como Forest Hill.

Erika y Marsh se quedaron callados.

—Y me he guardado lo mejor para el final —anunció Sparks—. Anoche contacté con el organizador de esa fiesta de cabaret en el salón Rivoli, y él me mandó su listado de envíos. Marco Frost también estaba en esa lista, y recibió la misma invitación por correo electrónico. Lo cual nos da la oportunidad…

Hubo un silencio. Erika se daba cuenta de que Marsh le estaba dando vueltas al asunto.

—Suena muy prometedor —dijo el comisario, que se puso en pie y deambuló por el despacho—. La siguiente pregunta es: ¿dónde está Marco Frost?

—No lo sé. Me he pasado toda la noche trabajando, reuniendo estos datos —dijo Sparks.

—Vamos a ver, Sparks, aunque hayamos tenido nuestras diferencias, me encantaría que esto constituyera una pista sólida. Pero difícilmente se sostiene. ¿Cuántas personas figuraban en esa lista de invitados? —inquirió Erika.

—Tres mil.

—Tres mil. ¿Y qué le induce a pensar que Andrea se acercó siquiera a ese salón Rivoli? Su cadáver apareció a un kilómetro de la estación de Forest Hill, donde ella se bajó del tren.

Marsh siguió deambulando de un lado para otro.

—Yo tengo ahora —continuó Erika— dos testigos que vieron a Andrea en The Glue Pot la noche de su desaparición.

—Una de las cuales se ha esfumado y la otra es sobradamente conocida como drogadicta, alcohólica y prostituta —le espetó Marsh.

—Pero, señor, yo creo que Ivy Norris es…

—Ivy Norris es escoria —bramó Sparks—. Una de sus especialidades es cagarse en el capó de los coches patrulla del aparcamiento.

—Señor, al menos admita que tenemos dos líneas de investigación —expuso Erika—. Si cree que la mía es poco fiable, ¡debe reconocer que la de Sparks es puramente circunstancial! Creo que podríamos utilizar el llamamiento público de esta tarde para informar de que Andrea fue vista en compañía de ese hombre y esa mujer en The Glue Pot.

Marsh negó con la cabeza y adujo:

—Inspectora Foster, estamos hablando de personas a quienes los medios se mueren de ganas de crucificar. Me refiero a lord Douglas-Brown, a su esposa y demás familia y, por supuesto, a Andrea, que no tiene la suerte de seguir aquí para defenderse de tales acusaciones.

—¡No es una acusación, señor!

—The Glue Pot es un punto de encuentro de prostitutas bien conocido, señor —terció Sparks—. Ha sido objeto de muchas redadas. Un tipo fue encarcelado por producir pornografía infantil en el piso que hay encima del local.

—Coincido con Sparks —dijo Marsh—. Cualquier dato que difundamos sobre Andrea Douglas-Brown será retorcido y triturado de inmediato por la prensa. Hemos de estar seguros de que se trata de un hecho.

—¿Y si traemos a Ivy Norris para que haga una declaración?

—No es de fiar. Ya ha hecho declaraciones falsas otras veces —dijo Marsh.

—¡Pero, señor…!

—Ya basta, inspectora Foster. Trabajará usted con el inspector Sparks para seguir la línea de investigación relacionada con el hecho de que Marco Frost y Andrea recibieran una invitación a esa fiesta en el salón Rivoli. ¿Queda claro?

—Sí, señor —sonrió Sparks.

Erika asintió.

—Bien, ya puede irse, Sparks. Y no se alegre demasiado. Todavía hay una chica muerta; eso no ha cambiado.

Sparks puso una expresión contrita y salió del despacho.

Marsh echó un vistazo a la inspectora un momento, y le dijo:

—Erika, intente llevar aunque sea una apariencia de vida privada. Estoy completamente a favor de que mis agentes tomen la iniciativa, pero tiene que actuar de acuerdo con las normas y mantenerme informado de lo que hace. Tómese una noche libre. Y aproveche quizá para lavarse la ropa.

Ella cayó en la cuenta de que aún llevaba la chaqueta pringada de cerveza de anoche.

—¿Ya ha ido al médico? —añadió Marsh.

—No.

—Cuando termine el trabajo esta noche, quiero que vaya a ver a nuestro médico de guardia. Es una orden.

—Sí, señor. Aquí tiene el contrato del piso.

—Bien, de acuerdo. ¿Cómo lo encontró? ¿Todo en orden?

—Sí.

Cuando salió del despacho, vio que Woolf la estaba esperando en el pasillo.

—Yo no di el chivatazo. El jefe recibió una llamada del dueño de The Crown. Y, además, pidió el libro de registro de recepción.

—No importa. Gracias.

Mientras Woolf se alejaba para cambiarse de ropa y volver a casa tras el largo turno de noche, Erika se preguntó qué otros miembros del mundillo criminal de Londres tenían la facultad de levantar el teléfono y llamar al comisario jefe Marsh.

24

A media mañana, el centro de coordinación de Lewisham Road estaba en plena ebullición. Sonaban los teléfonos, zumbaban los faxes e impresoras, y los agentes entraban y salían apresuradamente. Erika y Sparks se hallaban sentados en un rincón con Marsh y Colleen Scanlan, la severa y más bien corpulenta encargada de prensa de la policía. Estaban revisando los temas que iban a tratarse en el llamamiento público.

—De suerte que, yo termino mi introducción y a continuación damos paso a sir Simon —indicó Marsh—. Creo que él quiere usar un *teleprompter*. ¿Podemos arreglarlo?

—No debería haber ningún problema. Necesitaremos su texto en las próximas dos horas para que puedan enviarlo por correo electrónico y cargarlo en el programa —aclaró Colleen.

—De acuerdo —dijo Marsh—. Sir Simon dirá: «Andrea era una chica inocente de veintitrés años a la que le gustaba divertirse, una chica que tenía toda su vida por delante…». En ese momento aparecerá su foto en las pantallas a nuestra espalda. «Nunca hizo daño a nadie, nunca causó ningún dolor y, sin embargo, aquí estoy, convertido en un padre destrozado, suplicando que se presente a la policía

cualquier testigo de este crimen horrendo, del asesinato de mi hija…». ¿Horrendo no es un poco literario tal vez? ¿No sería mejor «horrible»?

—Son sinónimos, en realidad —dijo Colleen.

—Lo que queremos es que la conferencia de prensa abra una línea de comunicación con el público del modo más natural posible —saltó Erika—. No perdamos el tiempo con debates académicos.

—De acuerdo, «un crimen horrendo» —aceptó Marsh.

A Erika le dolía que la conferencia de prensa girase en torno a unas pruebas que ella consideraba circunstanciales, y también que el equipo con el que creía haberse acoplado a la perfección hubiera asumido la endeble teoría de Sparks con tanto celo. No dejaba de reconocer que, para alguien ajeno a la investigación, la teoría del salón Rivoli podía gozar de mayor credibilidad. Se maldecía a sí misma por haber sido tan idiota como para embarcarse por su propia cuenta en la búsqueda de la camarera de The Glue Pot y de Ivy Norris. Debería haberse llevado a Moss o a Peterson. Les echó un vistazo. Estaban en sus mesas, haciendo llamadas para tratar de localizar a Marco Frost.

Le dio unas cuantas vueltas a la teoría de Frost y, por un instante, la asaltó una sombra de duda. Pero su instinto enseguida hizo acto de presencia. Y el instinto le decía que ella estaba sobre la buena pista: que el encuentro de Andrea con el hombre moreno y la mujer rubia en The Glue Pot era un elemento clave. Aunque sus dos testigos no fuesen demasiado fiables, ¿cómo podía ser que sus testimonios coincidieran con tal exactitud? Ivy y Kristina eran personas que vivían con muchos problemas al margen de la ley. Habría resultado más fácil para ellas decir que no sabían nada, que nunca habían visto a Andrea…

De repente advirtió que Marsh le estaba hablando:

—¿Qué le parece, inspectora Foster? ¿Debemos mencionar el vídeo de Tina Turner? Colleen cree que sí.

—¿Cómo?

—Me refiero al salón de baile Rivoli. Es un viejo local con mucha fama, y Colleen dice que a la gente se le grabará en la memoria un hecho como ese; los ayudará a recordar el llamamiento, y podría contribuir a que se transmita de boca en boca.

Erika seguía mirándolo perpleja.

—Tina Turner filmó el vídeo de *Private Dancer* en el salón Rivoli, en 1984 —informó Colleen.

—¿En serio? —se sorprendió Erika.

—Sí. Entonces, ¿incluimos el dato junto con la foto del local?

Erika asintió y, volviendo a examinar el guion de la conferencia de prensa, preguntó:

—¿En qué momento vamos a decir que Andrea estaba en Forest Hill? Encontraron su bolso en London Road.

—En un llamamiento a través de los medios hemos de simplificar, ofrecer un mensaje claro y conciso. Si decimos que primero estaba en un sitio y luego en otro, la gente se confundirá. Necesitan una secuencia bien definida —le explicó Colleen con cierta condescendencia.

—Ya entiendo cómo funcionan estas cosas, gracias. Pero este acto es una gran oportunidad para recabar información. Y el guion pasa por alto ciertos datos clave sobre la desaparición de la muerta —protestó Erika.

—Sabemos que ella podría haber estado en la zona en cuestión, pero no tenemos pruebas sólidas que lo corroboren. No hay grabaciones de cámaras de vigilancia ni tampoco testigos. El asesino debió de usar un coche. Podría haber arrojado ese bolso por la ventanilla a la altura de London Road —aventuró Marsh.

—¡Conozco los detalles de mi caso, señor!

Terminaron al cabo de una hora, y Erika, de mala gana, acabó aceptando el plan de la rueda de prensa, en el que no se mencionaba siquiera que Andrea podría haberse acercado a The Glue Pot y se minimizaba el hecho de que habría podido andar por la zona de London Road.

Salió a tomar un café y encontró al sargento Crane echando monedas en la máquina y seleccionando un capuchino.

—¿Todo bien, jefa? Tenemos las grabaciones de los autobuses que nos ha mandado la compañía, y también el material de un par de taxis que pasaron por London Road —informó.

La máquina soltó un pitido; Crane se agachó, sacó el vasito de plástico y sopló sobre la espuma.

—Déjeme adivinarlo… ¿nada?

Crane dio un sorbo y negó con la cabeza diciendo:

—Pero ese Marco Frost parece bastante difícil de localizar. El último lugar de trabajo que nos consta es el Caffè Nero, en Old Compton Street, y ya no trabaja allí. Y su número de móvil ha sido desconectado.

—Siga intentándolo. Quizá se largó con Barbora Kardosova.

—¡Ja! Esa sería otra teoría, jefa.

—Bueno, añádala a la lista —dijo ella con tono sombrío, mientras echaba monedas y seleccionaba un expreso largo.

25

El centro de coordinación de Lewisham Row había sido habilitado como centro de recepción de datos para el llamamiento público que iba a emitirse en directo por la BBC, Sky y otros canales de noticias de veinticuatro horas. Habían reclutado a seis agentes uniformados para atender los teléfonos.

Erika, Sparks, Marsh y Colleen habían salido hacía una hora para el hotel Thistle, en los alrededores de Marble Arch, donde iba a tener lugar la conferencia de prensa.

Moss y Peterson estaban empleando el tiempo que quedaba antes de que empezara la emisión para tratar de averiguar el paradero del sospechoso principal, Marco Frost. Habían partido de los datos de la nómina del Caffè Nero, de Old Compton Street, donde había estado trabajando. Pero había quedado demostrado que eso era una vía muerta, porque Marco había dejado de trabajar para ellos hacía un año. Lo habían intentado también mediante la dirección de sus padres, y resultó que ambos habían fallecido el año anterior, con una diferencia de seis meses. Marco vivía con ellos en un piso de alquiler, pero al quedarse solo, se había mudado. Moss acababa de sacarle al propietario un número de teléfono. Al parecer, el chico vivía ahora con sus tíos.

Moss marcó el número y el tío, tras un par de timbrazos, respondió.

La sala de conferencias del hotel Thistle, en Marble Arch, era enorme y no tenía ventanas. Una moqueta con un inacabable estampado cubría el suelo. Las hileras de sillas situadas frente al pequeño estrado estaban prácticamente llenas. Los miembros de la prensa aguardaban con las cámaras a punto. Los focos ya estaban colocados, y un par de locutores de televisión ensayaban de pie frente a las cámaras. En un lado de la sala, había dos grandes pantallas planas que mostraban imágenes en directo del canal de noticias de la BBC y del de Sky News. Se había silenciado el sonido, pero ambos canales tenían en la parte inferior un rótulo móvil anunciando que en breve iba a comenzar una rueda de prensa en directo y un llamamiento de la policía sobre el asesinato de Andrea Douglas-Brown.

Encima del estrado había una mesa larga con pequeños micrófonos colocados a intervalos. Una mujer del personal del hotel la recorrió con una bandeja y fue dejando un vaso y una botella de agua frente a cada silla. Detrás, había tres pantallas de vídeo que mostraban el logo de la policía metropolitana recortándose sobre un fondo blanco.

A Erika siempre le provocaba una sensación de incomodidad la relación de la policía con los medios. En ocasiones los ahuyentaban y los acusaban de entrometerse y tergiversar los hechos, y en otras ocasiones los invitaban a una rueda de prensa que reunía todos los elementos de una representación teatral.

En ese preciso momento, Colleen apareció a su lado y le pidió que fuese a maquillarse cuando la avisara.

—Unos polvos nada más para eliminar los brillos de la cara —dijo. Pero a juzgar por la inquietud con que miró el reloj, quizá temía que fuera a llevar mucho más tiempo

lograr que la inspectora jefe tuviera un aspecto decente para la emisión en directo.

El hotel había reservado una pequeña sala contigua para la policía y para la familia. Habían juntado en el centro un grupo de sofás y montado una mesa con agua y zumo de naranja.

Marsh, luciendo el uniforme de comisario jefe, se hallaba sentado. Una chica estaba repasándole la cara con un tubo de maquillaje y una esponjita triangular. A su lado, otra joven maquillaba al inspector Sparks. Ambos estaban enfrascados en una conversación con Simon y Diana, que se hallaban sentados en el sofá de enfrente. Los padres de Andrea iban otra vez vestidos de negro. Él llevaba la voz cantante en la conversación; Diana le sujetaba la mano, asentía y se enjugaba los ojos. Cuando entró Erika en la sala, ambos la miraron. Ella los saludó con un gesto respetuoso. Diana le devolvió el saludo, pero Simon la ignoró y se volvió de nuevo hacia Marsh y Sparks.

—Ellos estarán a punto dentro de un momento; luego le toca a usted —le dijo Colleen. Erika fue a buscar un vaso de agua a la mesa, que estaba bajo una ventana desde la que se veía cómo discurría el tráfico trabajosamente alrededor de Marble Arch. Linda y David aparecieron por una puerta del fondo de la sala y se acercaron también a la mesa.

—Hola —saludó Erika, y se sirvió un poco de agua.

—¿Qué hay? —dijo David tendiéndole un vaso para que se lo llenase. Iba con vaqueros y un jersey azul marino, y se le veía muy pálido. Linda llevaba una larga falda negra y un suéter rojo en el que había estampada una hilera de gatos blancos, de pie sobre las patas traseras, con vestidos de cancán. Un rótulo encima decía: «¡BAILAMOS EL CAT-CAT!». Resultaba tan hortera como inapropiado.

Colleen reapareció y le dijo a Erika que ya casi estaban listos.

—Yo tampoco soporto llevar maquillaje —dijo Linda, y se sirvió un zumo de naranja.

—Tú no vas a salir en la tele —comentó David, y dio un sorbo de agua.

—¿Sabía que Jimmy Savile[2] siempre se negó a llevar maquillaje en la tele? Decía que quería que la gente lo viese tal como era… Qué terrible paradoja, ¿no cree? —dijo Linda apartándose el flequillo de los ojos con una sacudida.

Erika no sabía qué decir y se limitó a asentir.

—Yo escribí una carta a su programa cuando tenía siete años —continuó Linda—. Quería que me consiguiera un permiso para visitar los estudios Disney y poder dibujar un gato en alguna película de animación. Esas películas, ¿sabe?, se hacen con miles de dibujos ejecutados con pequeñísimas diferencias…

—Seguro que la inspectora jefe Foster ya sabe cómo funcionan las películas de animación —intervino David y, poniendo los ojos en blanco, miró a Erika con complicidad.

—Por supuesto, no me respondieron… Hasta Jimmy Savile me rechazó —se quejó Linda con una seca risotada.

—Dios mío. ¿No puedes intentar comportarte de forma normal aunque solo sea una vez? Te presentas con ese suéter absurdo y te pones a hacer chistes de mal gusto —le espetó David.

Linda dio un respingo cuando él dejó violentamente el vaso sobre la mesa y se alejó.

—No era ningún chiste. Yo realmente quería visitar los estudios Disney —adujo Linda, que se sonrojó y se apartó una vez más el pelo de la frente. Erika se alegró de que Colleen apareciera de nuevo y se la llevara para que la maquillasen.

Marsh y Sparks ya estaban junto a la puerta de la sala de conferencias con Simon y Diana. La maquilladora se apresuró con Erika y, justo cuando terminó, entró un joven con unos auriculares puestos y anunció que faltaban dos minutos para empezar. El móvil de Erika sonó en ese momento.

—Lo siento, pero necesito que lo apague. Interfiere con el sonido —dijo el joven.

—Solo esta llamada; será rápido —respondió Erika, que vio el nombre de Moss en la pantalla. Se fue hacia la ventana y contestó.

—Jefa, soy yo —dijo Moss—. ¿Está ahí con el comisario jefe y con Sparks? He marcado sus números…

—Han apagado los teléfonos. Por lo visto, interfieren con los micrófonos y el sonido, o algo así —informó Erika, no sin advertir que había sido la tercera en la lista de Moss.

—Hemos localizado a Marco Frost. Vive con su tío en el norte de Londres.

Mientras hablaban, la inspectora vio que la conferencia de prensa ya estaba a punto de empezar.

Moss prosiguió:

—Frost ha estado en Puglia, Italia, hasta hace dos días. Fue con sus tíos a ver a la familia, en una especie de prolongación de las vacaciones navideñas. Viajaron con el coche del tío, que tiene un colmado en la zona de Angel, y trajeron un cargamento de aceite de oliva, embutidos, etcétera.

—Así pues, tiene coartada —dijo Erika con creciente excitación.

—Sí. Incluso utilizó su tarjeta de crédito mientras estaba fuera. Él no puede haber matado a Andrea.

Colleen apareció junto a ella.

—Hemos de salir, inspectora Foster. Y debe apagar el móvil.

—Buen trabajo, Moss.

—¿Usted cree? Esto significa que seguimos en la inopia sobre quién mató a esa chica… Bueno, nos queda su teoría.

—Tengo que cortar, Moss; ya hablaremos —dijo Erika, y colgó. Apagó el móvil mientras miraba cómo desfilaban los demás hacia la sala de conferencias. Simon pasó primero, seguido de Marsh y Sparks.

«Por consiguiente, Marco Frost no mató a Andrea —pensó—. La teoría de Sparks acaba de desmoronarse». Recordó lo que le habían contado la camarera de The Glue Pot e Ivy Norris: «Andrea fue vista con un hombre de pelo oscuro y una mujer rubia… Y todavía andan por ahí. El que haya cometido el asesinato todavía anda suelto por ahí».

Marsh, Sparks y Simon ya habían salido. Diana permanecía en el sofá. Se había puesto a llorar otra vez, y David y Linda la consolaban.

—Tiene que entrar ahora mismo —le susurró Colleen.

En ese momento Giles Osborne irrumpió por la puerta trasera, enfundado en un gran abrigo. Se apresuró a acercarse a Diana, quitándose la bufanda, y se disculpó por el retraso.

—¿Me he perdido el llamamiento? —inquirió. Diana negó con la cabeza, todavía entre lágrimas.

—¡Ahora mismo, inspectora Foster! —urgió Colleen.

Erika tomó una decisión: una decisión que habría de tener consecuencias trascendentales… Inspiró hondo, se alisó el pelo y se dirigió a la sala de conferencias.

26

Moss, Peterson, Crane y el equipo restante estaban en Lewisham Row, en torno a una gran pantalla de televisión. El canal de noticias de la BBC empezó la cuenta atrás que daba paso al boletín informativo, y acto seguido apareció en pantalla un plano general de la conferencia de prensa. Sentados a lo largo de la mesa, estaban el inspector jefe Sparks, la inspectora jefe Foster y el comisario jefe Marsh. Junto a este, con aspecto demacrado y afligido, se hallaba Simon Douglas-Brown.

Simon leyó su declaración tal como estaba previsto. Aparecieron imágenes suyas intercaladas con la foto del permiso de conducir de Andrea que había circulado entre la prensa y con otra fotografía nueva: Andrea durante las últimas vacaciones en familia, con Linda, David y sus padres. Todos sonreían frente a la cámara, con el mar como telón de fondo. David lo hacía tímidamente; la mofletuda cara de Linda mostraba la expresión ceñuda de siempre.

—La inspectora Foster tenía razón, todo esto es muy conmovedor —comentó Crane—. Pero viene a ser como un espectáculo bien orquestado. ¿Servirá para que nos llame alguien?

En la pantalla, Simon Douglas-Brown terminó su declaración, y la cámara volvió a mostrar un plano general. El comisario jefe Marsh se disponía a tomar la palabra, pero Erika se le adelantó y giró el micrófono hacia ella. Mirando a cámara, empezó a hablar:

—Los hechos que rodearon la desaparición de Andrea son confusos y necesitamos que nos brinden su ayuda. Nos sentiremos muy agradecidos a quienquiera que la haya visto la noche del ocho de enero y se presente para informarnos. Era un jueves por la noche. Creemos que la joven estuvo un rato entre las ocho y las doce de la noche en un pub llamado The Glue Pot, en London Road, que queda en el sur de Londres, en el barrio de Forest Hill. Fue vista por una empleada del bar hablando con un hombre de pelo oscuro y una chica rubia. Puede que otros miembros de la población hayan visto a Andrea caminando por London Road entre las ocho y las doce de la noche, en dirección al museo Horniman, donde fue hallado su cuerpo. Si disponen de cualquier información, por ínfima que sea, hagan el favor de acudir a la policía. El número del centro de coordinación aparecerá enseguida en la pantalla.

—¿Esto era lo planeado? —preguntó Peterson, en comisaría.

—No —dijo Moss.

En la pantalla, el comisario jefe Marsh titubeó un momento, como si estuviera incómodo o no supiera qué decir. Le lanzó una mirada a Erika y se acercó el micrófono.

—Nos gustaría, humm, añadir que esto, humm… el hecho de que Andrea fuera vista es un simple indicio… También creemos que habría podido estar de camino a una fiesta celebrada en el salón de baile Rivoli, que se halla cerca de la estación de Forest Hill, donde ella se apeó la noche del ocho de enero —dijo Marsh con más energía.

Hubo un silencio. La cámara volvió a pasar a un plano general de la conferencia de prensa.

—¡Por Dios, ahora sí que lo ha liado bien! Es como si él, en vez de Foster, estuviera inventando sobre la marcha —dijo Moss.

Las cámaras ofrecieron varios planos generales de la sala de conferencias y de los miembros de la prensa, lo que no hizo más que aumentar la confusión, antes de centrarse de nuevo en el comisario jefe Marsh que, finalmente, retomó el hilo y concluyó con el guion previsto del llamamiento.

Terminó con estas palabras:

—Tenemos ya a un grupo de agentes preparados para responder a sus llamadas y correos electrónicos. Muchas gracias.

La imagen pasó de la conferencia de prensa a la locutora del estudio de la BBC. En el fondo de pantalla aparecieron el número y la dirección del correo electrónico del centro de coordinación. La locutora los leyó, volviendo a pedir que se presentara cualquier persona que tuviera alguna información, repitió los nombres de The Glue Pot y del salón de baile Rivoli, y se disculpó por disponer de una única foto de este último.

Los agentes del centro de coordinación se miraron entre sí con incomodidad. Pronto los teléfonos empezaron a sonar.

27

En cuanto concluyó la conferencia de prensa y las cámaras de la retransmisión se apagaron, Erika se levantó de la silla. El corazón le retumbaba. Los periodistas y fotógrafos se agolpaban ya hacia las salidas. Simon se volvió hacia Marsh con una expresión de furia en los ojos.

—¿A qué coño estaban jugando? —siseó en voz baja—. Creía que habíamos acordado el contenido y el funcionamiento de la comparecencia, ¿no? —Miró casi con desesperación cómo se retiraban los miembros de la prensa.

Marsh y Sparks se pusieron de pie.

—Inspectora jefe Foster, hemos de hablar. Ahora —ordenó Marsh.

Erika inspiró hondo y abandonó el estrado sin hacer caso de las voces, que resonaban a su espalda mientras recorría la sala enmoquetada y se apresuraba hacia las puertas de la parte trasera de la sala. Una vez las hubo cruzado, encontró una salida de incendios, bajó con estrépito tres tramos de escalones y salió disparada a una calle lateral.

Se detuvo para tomar aliento, mientras la lluvia le acribillaba la sudorosa piel. Sabía que lo que acababa de hacer tendría consecuencias, pero ¿acaso no se había mantenido siempre fiel a sus convicciones? Y sus

convicciones le habían indicado que esto era lo correcto. Había hecho algo bueno, algo por Andrea, que ya no tenía derecho a replicar.

Echó a andar sin notar la lluvia y se fundió entre los empujones y codazos de la multitud de Oxford Street, encerrada en una burbuja de pensamientos. Su corazonada, la certeza que había sentido en las entrañas, se desvanecía. Debería haberse quedado y afrontar las consecuencias. En su ausencia, estarían analizando lo que había hecho y se darían prisa en sacar conclusiones. Tomarían decisiones sin contar con ella y planearían lo que iban a hacer a continuación.

Titubeó y se detuvo. La lluvia repiqueteaba en la acera; la gente, provista de capuchas y paraguas y con la cabeza gacha, pasaba esquivándola. Chasqueaban la lengua y soltaban maldiciones porque les bloqueaba el paso en su camino hacia el autobús o el metro. Era la hora punta. Erika necesitaba pensar, planear bien lo que iba a hacer ahora. Si volvía, parecería débil. Echó a andar de nuevo, avanzando con la muchedumbre.

Detrás de ella, bastante cerca entre el gentío, la seguía una figura. La misma que la había observado fumando en la ventana. Esta vez no iba completamente de negro, pero se camuflaba con facilidad entre la infinidad de capuchas y paraguas. Daba la impresión de que la multitud se agolpaba y caminaba con mayor lentitud al aproximarse a la estación de metro de Marble Arch. Ahora la figura iba tras Erika mediando un par de personas entre ambos.

La inspectora era uno de los pocos transeúntes sin capucha y caminaba con la cabeza gacha y el cuello de la chaqueta levantado.

«Se ha convertido en un problema, no cabe duda. Ha estado en ese puto pub y ha hablado con gente. Sabe mucho más de lo que yo creía. ¿Era una comedia toda esa angustia y esa desesperación? Hasta la conferencia de prensa, pensaba que era un desecho emocional; los restos abrasados de una agente brillante en su día».

Ahora la figura estaba muy cerca de Erika. Se interponía un fornido ejecutivo que llevaba un abrigo claro salpicado de gotas de agua. Ella se ciñó aún más el cuello de la chaqueta de cuero sobre el pelo rubio de la nuca.

«Está soltera y totalmente sola. Sumida en la aflicción. Podría tener tendencias suicidas. Mucha gente las tiene. Me encantaría hacerle una visita a esta zorra flacucha, sorprenderla en la cama. Agarrar esa garganta esquelética justo por donde sobresalen los tendones y observar cómo se le nublan los ojos. Pero hay otra persona que merece ahora una visita…».

La multitud llegó a la estación de metro de Bond Street y se detuvo del todo. Erika se abrió paso lentamente para situarse bajo el enorme toldo mientras aguardaba a que la gente se pusiera en movimiento otra vez. La figura se aproximó un poco más entre el gentío apretujado y le deslizó un sobre blanco en el bolsillo de la chaqueta de cuero. A los pocos segundos, el atasco de la entrada de la estación se despejó. La figura se separó de Erika y siguió adelante, fundiéndose entre la gente, convertida en otra persona ansiosa por llegar cuanto antes a su destino.

28

Erika se quedó desconcertada al salir a la explanada de la estación de Brockley y contemplar su nuevo barrio a la luz del día. La calle estaba llena de gente. Una furgoneta de correos pasó de largo y se detuvo un poco más adelante junto a un buzón; un joven cartero se bajó, lo abrió y extrajo un saco repleto de cartas. En la terraza de un café frente a la estación, dos mujeres bien abrigadas con gruesas chaquetas, fumaban en una mesa y apuraban sus tazas de café, donde habían dejado un gran cerco de pintalabios rojo. Un guapo camarero, luciendo un *piercing* en el labio, se acercó y les dijo algo mientras retiraba las tazas vacías. Ellas se rieron estrepitosamente.

La inspectora revolvió en el bolso y sacó el paquete de tabaco. Las manos le temblaban mientras encendía un cigarrillo. Su ansiedad había aumentado durante el trayecto en tren. El corazón le palpitaba con fuerza. Era como si viera el mundo a través de un vidrio levemente empañado. El apuesto camarero seguía charlando con las mujeres y ellas, por su parte, le devolvían el coqueteo con desenvoltura.

—¡Oh… no, no, no, no! —dijo una voz.

Erika miró en derredor. Un hombre barrigón, de cabello y bigote canosos, con el uniforme de la compañía ferroviaria

había aparecido a su lado.

—¿Disculpe? —se sorprendió Erika.

—Quiere que le caiga una multa de mil libras, ¿no, cielo?

—¿Cómo? —dijo ella, aturdida.

—Está prohibido fumar en las estaciones de tren. Pero yo sé cómo podemos resolverlo. Lo único que tiene que hacer es dar un paso adelante. Vamos.

Desconcertada, dio un paso.

—Ahí, cielo. Todo arreglado. ¡Ya no está en el recinto de la estación! —dijo señalándole los pies, que se hallaban sobre la cinta de asfalto que discurría frente a la explanada de la estación.

—De acuerdo —aceptó ella, incómoda.

El hombre la miró con recelo. Erika comprendió que estaba intentando ser amable; pero ya era demasiado tarde, y él se alejó mascullando. Ella caminó tambaleante, con el corazón acelerado, dando ansiosas caladas al cigarrillo. Las mujeres del café miraban ahora la carta de vinos mientras seguían riendo y charlando con el camarero. Un viejo hacía girar el expositor de postales junto al quiosco de la esquina. Dos ancianas caminaban muy lentamente, cargadas con las bolsas de la compra, enfrascadas en una conversación.

La inspectora se agarró a la cerca de una casa para conservar el equilibrio. Pensó que no tenía la menor idea de cómo debía actuar para parecer una persona «normal». Era capaz de enfrentarse a un cadáver y de interrogar a un agresor sexual violento; había soportado sin inmutarse que le escupieran y la amenazaran con una navaja. Pero vivir en el mundo real como un miembro de la sociedad, la asustaba. No sabía cómo debía comportarse una persona soltera, sola y sin amigos.

La enormidad de lo que acababa de hacer la abrumó de nuevo. Se había atrevido a apropiarse de la conferencia de

prensa de una importantísima investigación por asesinato. ¿Y si resultaba que se equivocaba? Se apresuró a llegar al piso. La sensación de mareo iba en aumento; notaba un sudor frío bajo el cuello de la chaqueta.

Nada más entrar, se desplomó en el sofá. Todo le daba vueltas; los márgenes de su campo visual se emborronaban. Parpadeó, echó un vistazo alrededor de la reducida sala de estar. La imagen borrosa se desplazaba mirara donde mirase. Sintió que se le contraía el estómago y corrió al baño; llegó justo a tiempo para vomitar en el váter. Se arrodilló, dio una arcada y volvió a vomitar. Pulsó el botón de la cisterna y se lavó la boca en el lavabo. Tuvo que sujetarse de la pila porque el suelo parecía moverse y oscilarle bajo los pies. El reflejo que le devolvía la mirada en el espejo era lastimoso: los ojos hundidos, la piel lívida, de un tono verdoso. Los márgenes emborronados que antes veía a los lados se acrecentaban y se extendían hacia el centro de su visión. La cara se le había convertido en el espejo en una forma borrosa. ¿Qué le ocurría? Volvió tambaleante a la sala de estar, agarrándose del marco de la puerta y de la pared, y fue deprisa hasta el sofá. Lo veía todo empañado. Ladeó la cabeza. Con el rabillo del ojo localizó la chaqueta de cuero, que estaba colgada del apoyabrazos. Encontró el teléfono en uno de los bolsillos y, ladeando otra vez la cabeza, advirtió que seguía apagado desde el inicio de la conferencia de prensa.

La sangre le rugía en la cabeza y sintió una sensación de náusea y de pánico. Estaba muriéndose. Iba a morir allí sola. Encontró el botón de la parte superior del móvil y lo pulsó para encenderlo, pero un disco giratorio en la pantalla le indicó que estaba reiniciándose. Se desplomó boca abajo en el sofá. Estaba aterrorizada; un tremendo dolor de cabeza empezaba a taladrarle la nuca. Comprendió que podría tratarse del principio de una migraña. Le pareció que

la sala entera daba un vuelco repentino y todo se volvió negro.

29

Erika sentía que caminaba a través de la oscuridad, avanzando a tientas hacia un timbre lejano. El sonido parecía acercarse y, de improviso, se le destaparon los oídos y notó el timbre prácticamente junto a la cabeza. Tenía un lado de la cara aplastado contra algo blando que olía vagamente a fritanga y a cigarrillos. Sentía las rodillas clavadas en el duro suelo de madera. Se puso en cuclillas, alzó la cabeza y advirtió que estaba en su nuevo piso. Era su móvil lo que sonaba. Afuera, había oscurecido. La luz de las farolas relucía en la ventana.

El móvil se iluminó, vibró un par de veces más sobre la mesita de café y enmudeció. Tenía la boca seca y un espantoso dolor de cabeza. Se incorporó tambaleante, se acercó al fregadero y se bebió un gran vaso de agua. Al dejar el vaso, le vino todo de golpe a la memoria. Al menos había recuperado la visión normal, lo cual le daba un resquicio de esperanza. El teléfono volvió a sonar. Respondió, pensando que era Marsh y dispuesta a terminar de una vez.

Una voz conocida dijo:

—Erika, ¿eres tú?

Ella contuvo las lágrimas. Era el padre de Mark, Edward. Había olvidado hasta qué punto sonaba igual que Mark, con su cálido acento de Yorkshire.

—Sí, soy yo —dijo al fin.

—Sé que ha pasado mucho tiempo… pero, bueno, he llamado para pedir perdón.

—¿Perdón, por qué?

—Dije cosas. Cosas que lamento.

—Tenías todo el derecho, Edward. Yo no soporto mirarme a la cara la mayor parte de las veces… —Se le contrajo el diafragma y sollozó entre jadeos e hipidos. Las palabras le salieron trabucadas mientras intentaba decirle al hombre al que había querido como a un padre cuánto lo sentía, cuánto sentía no haber sabido proteger a su hijo.

—Erika, no fue culpa tuya, cariño… Leí una copia de la transcripción de la sesión disciplinaria.

—¿Y eso?

—La solicité, apelando a la ley de Libertad de Información… Te arrojaron a las brasas.

—Me lo merecía. Debería haber investigado más a fondo. Podría haberlo comprobado todo tres veces… —farfulló.

—No puedes vivir a base de «debería» y «podría», Erika.

—Nunca me lo perdonaré. Ojalá pudiera volver atrás, ojalá. Nunca… —dijo enjugándose las ardientes lágrimas con la mano.

—Bueno, ya basta. No quiero oír una palabra más. O esto me va costar un ojo de la cara —bromeó Edward.

El chiste sonó forzado. Hubo un silencio.

—¿Cómo estás? —quiso saber Erika. «Estúpida pregunta», pensó.

—Bueno, procuro mantenerme ocupado… Ahora juego a los bolos. Nunca habría creído que llegaría a hacerlo, pero, bueno, algo hay que hacer para mantenerse ocupado. Aunque soy bastante malo jugando… —Volvió a quedarse

callado—. Erika, cariño. Ahora hay una lápida. Hice que pusieran una lápida para Mark. Tiene un aspecto magnífico.

—¿De veras? —Erika cerró los ojos. Pensó en Mark bajo tierra; sintió el deseo morboso de saber qué aspecto tendría. Huesos, simplemente huesos, envueltos en un traje elegante.

—Puedes venir a verla cuando quieras. Puedes venir cuando quieras, cielo. ¿Cuándo crees que vendrás a casa?

«A casa, ha dicho. A casa». Ella ya no tenía ni idea de dónde estaba su casa.

—He vuelto al trabajo. Estoy en Londres —le informó.

—¡Ah! Está bien.

—Iré algún día. Pero por ahora debo trabajar.

—Eso es bueno, cariño. ¿Qué clase de trabajo estás haciendo? —preguntó Edward. Erika pensó que no debía decirle que estaba persiguiendo a un asesino brutal. Se preguntó si habría visto la conferencia de prensa en las noticias.

—Estoy en la policía metropolitana, con un nuevo equipo.

—Eso es bueno, cielo. Procura estar ocupada… Y cuando tengas unos días libres, me encantaría verte.

—A mí también me gustaría.

—Paso por delante de vuestra casa muy a menudo. La ha alquilado una pareja joven. Parecen simpáticos, aunque no he entrado, ni he llamado a la puerta ni nada. No sé cómo les explicaría quién soy.

—Está todo guardado en un almacén, Edward. Yo no tiré nada. Deberíamos revisar las cajas. Seguro que hay cosas que…

—Vamos a hacerlo paso a paso.

—¿Cómo has conseguido mi número? —preguntó Erika, dándose cuenta de que estaba hablando con su nuevo móvil.

—He llamado a tu hermana. Me ha dicho que habías estado instalada una temporada en su sofá y me ha dado tu número. Espero que no te importe…

—Claro que no. Perdona. Se trata del policía que llevo dentro; siempre queriendo averiguarlo todo…

—Quería que supieras, Erika, que no estás sola. Sé que la gente de por aquí no fue nada amable, y a la mayoría de ellos no se les puede culpar, pero tú también lo perdiste a él… —La voz de Edward se quebró—. Simplemente, no soporto pensar que estás sola. Me tienes a mí, cariño, por si te sirve de algo.

—Gracias —dijo Erika en voz baja.

—Bueno, esto va a costarme una fortuna. Voy a dejarte… Me alegra oír tu voz, Erika. No desaparezcas.

—A mí también. Quiero decir que no, no lo haré.

Sonó un clic y un pitido, y se cortó la llamada. Erika se puso la mano en el pecho e inspiró hondo. Una oleada de calor se le difundió por todo el cuerpo. Tuvo que parpadear para mantener a raya las lágrimas.

El móvil volvió a sonar en su mano. Vio que era Moss.

—Jefa, ¿dónde está? —dijo la agente.

—En casa.

—No va a creerlo. Ha aparecido otro cuerpo. Esta vez en la piscina de Brockwell Park.

—¿Ha sido identificada la víctima?

—Sí. Es Ivy Norris.

30

El Brockwell Park, en Dulwich, quedaba a menos de cuatro kilómetros del museo Horniman, donde habían encontrado el cuerpo de Andrea. Erika pasó a toda velocidad junto a la torre del reloj, que se hallaba iluminada y marcaba las 22:15. Caían gruesos goterones que enseguida se convirtieron en un fuerte aguacero. Puso en marcha el limpiaparabrisas, inclinándose para ver a través de la cortina de agua. Vislumbró a dos agentes apostados junto a un cordón de cinta policial en la entrada de la piscina descubierta. Frenó dando un bandazo y salió; la lluvia repiqueteaba sobre los vehículos aparcados.

—Inspectora jefe Foster —gritó, para que la oyeran entre el fragor del aguacero, y sacó la placa. Los agentes levantaron la cinta; ella pasó y siguió adelante.

El parque y la piscina descubierta eran muy populares en verano para nadar e ir a almorzar allí, pero en la oscuridad de una noche de enero azotada por la lluvia tenían un aspecto desolado y deprimente. Moss y Peterson cruzaron también el control y alcanzaron a Erika. Llevaban una potente linterna que los iluminó al recorrer los senderos de cemento. Dejaron atrás un puesto de helados cerrado y unos vestuarios con la pintura desconchada, y llegaron a un

claro. No veían prácticamente nada. Tronaba a lo lejos, y los relámpagos iluminaban fugazmente la enorme piscina descubierta. Al fondo, distinguieron la luz de una gran tienda forense blanca. A lo largo del borde embarrado de la piscina había un sendero marcado con polietileno. Tres ayudantes del equipo forense, enfundados en monos blancos, trabajaban a toda prisa, arrodillados en el barro, para sacar impresiones de una serie de pisadas. Fuera de la tienda los recibió un agente de la policía científica. Los tres se equiparon rápidamente con los correspondientes monos blancos, mientras la lluvia seguía cayendo con estrépito sobre la lona.

Entraron. Un potente foco halógeno iluminaba el cuerpo inmóvil de Ivy Norris. Yacía boca arriba en el suelo, con las ropas y el cuerpo manchados de barro por todas partes.

—Por favor, caminen sobre los cajones —pidió un forense señalando una serie de plataformas colocadas en torno al cadáver para preservar cualquier prueba entre el barro de debajo.

Pasaron de una plataforma a otra hasta llegar junto al cuerpo de Ivy. Le habían apartado el grasiento pelo de la cara, que ya presentaba un tono amarillento. El rostro se le había quedado petrificado, con los ojos abiertos de par en par, expresando un terror idéntico al de Andrea. Tenía la nariz aplastada entre un amasijo de coágulos de sangre. Llevaba el abrigo y el jersey que Erika le había visto el último día que la vio, pero estaba desnuda de cintura para abajo. Resultaba angustioso mirarle las macilentas piernas, cubiertas de cicatrices, morados y marcas de pinchazos. Tenía el vello púbico canoso y enmarañado.

Un fotógrafo forense sacó una foto y el destello del *flash* y el chasquido del obturador inundaron la tienda. Isaac Strong, de pie sobre una de las plataformas, los saludó con un gesto.

—¿Quién la ha encontrado? —preguntó Erika.

—Un grupo de chicos que han trepado por la valla por una apuesta.

—¿Dónde están ahora?

—Con los agentes de su equipo, en el centro cívico que queda al otro lado de la calle. Ya les hemos sacado muestras de ADN.

—¿Lo han visto todo? —inquirió Erika.

—No. Estaba muy oscuro. Uno de los chicos ha tropezado con el cuerpo y se ha caído.

—Se habrá quedado aterrorizado —murmuró Moss mirando a Ivy.

—Tiene la nariz rota. También el pómulo, creo. Hay amplias marcas de ligaduras en el cuello —indicó Isaac, que se agachó y bajó con delicadeza los pliegues del suéter—. Me parece que tiene rotas también cuatro costillas. Me haré una idea más clara de las lesiones internas cuando haga la autopsia. Llevaba cien libras encima; estaban dobladas dentro del sostén.

—¿O sea que podemos descartar un asalto al azar o un robo? —preguntó Moss.

—No quiero pronunciarme hasta hacer la autopsia. Pero obviamente, cuando un cuerpo es abandonado con el dinero encima, todo indica que el robo no era el objetivo del asaltante. El sexo sí, en cambio. En una primera exploración, hay restos de semen en la vagina.

—Ivy era una prostituta bien conocida —explicó Moss.

—Quizá el asesino la engatusó con ese dinero, ¿no? —añadió Peterson.

—No por eso hemos de dar por supuesto que el sexo fuese consentido —dijo Isaac con severidad—. Hay muchas magulladuras en torno a la región pélvica.

—¿Dónde tiene los brazos? —preguntó Erika, temiendo por un momento que se los hubieran seccionado.

—Están atados detrás —informó Isaac.

Uno de sus ayudantes se aproximó y levantó a Ivy del barro con cuidado. Los brazos, en efecto, se los habían amarrado firmemente a la espalda, y estaban cubiertos de barro y piedras. Isaac le limpió las muñecas con un dedo enguantado.

—¿Lo ven? Se las han atado con una de esas bridas de plástico que se usan para juntar cables o empaquetar productos.

—¿Y los zapatos? —inquirió Erika mirando los pies de Ivy, salpicados de barro, hinchados, con todo un mapa de venitas rotas y rematados con unas uñas largas y sucias.

—Los hemos encontrado entre el barro —dijo Isaac—. También le faltan mechones de pelo en las sienes. Da la impresión de que se los han arrancado de raíz.

Ladeó la cabeza del cadáver y señaló una gran zona enrojecida, con puntitos de sangre seca. El fotógrafo se agazapó y sacó otra foto. Iluminada por el *flash*, la piel de Ivy adquirió por un momento un aspecto casi translúcido, con trazos venosos azules surcándole la frente.

—A Andrea también le arrancaron el pelo —murmuró Erika.

—¿Hora aproximada de la muerte? —preguntó Peterson.

—La temperatura interna del cuerpo me indica que no lleva mucho tiempo muerta, pero ha estado expuesta al frío gélido y a la lluvia, de manera que habré de precisarlo mejor.

—Tenemos a varios agentes interrogando puerta por puerta y registrando toda la zona —informó Peterson.

Observaron cómo trabajaba el fotógrafo, sacando imágenes del cuerpo desde todos los ángulos. Una joven ayudante cubrió las manos de Ivy con bolsas de plástico para preservar cualquier rastro de ADN. Isaac se acercó a

una mesa montada en un rincón de la tienda y volvió con una bolsa de pruebas.

—Esto es lo que llevaba encima: un manojo de llaves, seis condones, cien libras en billetes, una tarjeta de crédito a nombre de Matthew Stephens y un número apuntado en un papel.

—Es su número, jefa —dijo Moss mirándola.

—Estuve hablando con Ivy la otra noche sobre el asesinato de Andrea. Ella me había dado información, pero creo que estaba muy asustada. Le dije que podía llamarme… —Le falló la voz al caer en la cuenta de que toda esa información se la había llevado Ivy consigo.

—¿Y la llamó? —preguntó Peterson.

—No lo sé. Tendré que revisar mi móvil.

No había revisado los mensajes desde antes de la conferencia de prensa. Se disculpó, salió de la tienda y se quedó en la entrada. Una persona caminaba junto a la piscina. Al acercarse, vio que era el inspector Sparks.

—¿Qué está haciendo aquí? —preguntó ella—. Usted no forma parte de la unidad de emergencias.

—El comisario jefe Marsh me ha pedido que asuma el caso como inspector jefe de la investigación —dijo Sparks. Pese a la gravedad de la situación, apenas podía ocultar su alegría.

—¿Qué? ¿A las once de la noche, en el escenario de un crimen? —se extrañó Erika.

—Debería responder al teléfono. El comisario ha estado tratando de localizarla.

—Yo todavía no he acabado aquí. Discutiré la cuestión con Marsh mañana por la mañana.

—Tengo instrucciones bien claras. He sido nombrado inspector jefe de la investigación y me gustaría que se retirase.

—¿Le gustaría…?

—No. Le ordeno que se retire.

—Inspector Sparks. Acabo de ver la escena del crimen y hay algunas cosas… —murmuró Erika.

—¡He dicho que ahora soy yo quien dirige el caso y le ordeno que salga de aquí! —gritó Sparks, perdiendo los estribos.

—Si tiene un mínimo conocimiento de las normas que rigen en un escenario criminal, sabrá que es el patólogo forense quien está al frente y dicta las órdenes en último término —intervino Isaac, apareciendo detrás de Erika, seguido de Moss y Peterson—. La inspectora Foster ha entrado aquí en calidad de inspectora jefe de la investigación, y yo pienso terminar mi informe y mi examen del terreno contando con ella como tal. Por lo demás, inspector Sparks, está a punto de contaminar la escena. Si quiere seguir observando, debo pedirle que se atenga a las normas, que se vista con un mono y cierre el pico.

Sparks abrió la boca para decir algo, pero Isaac, dada su elevada estatura, lo dominó con la mirada, y arqueó una ceja impecablemente delineada, desafiándolo a que lo contradijera.

—Mañana a las ocho habrá una sesión informativa en Lewisham Row en la que replantearemos esta investigación. Asegúrense de ser puntuales —advirtió Sparks dirigiéndose a Moss y a Peterson. Le dedicó a Erika una prolongada y dura mirada y se alejó con paso enérgico, acompañado por un agente.

—Gracias —le dijo Erika a Isaac.

—No lo he hecho para que me diera las gracias. A mí no me interesa la política policial. Lo único que me interesa es preservar el lugar del asesinato para que ustedes puedan hacer su trabajo y encontrar al responsable —replicó Strong.

Erika se despojó del mono forense y lo dejó en una bolsa para que lo llevaran al laboratorio. Encontró dónde cobijarse

de la lluvia bajo la fachada desconchada de los vestuarios; encendió un cigarrillo y escuchó los mensajes de voz. Había cuatro de Marsh, cada uno más airado que el anterior. Al parecer, Simon y Diana Douglas-Brown se habían quedado «horrorizados» al ver que ella se «apropiaba del llamamiento público en favor de sus propias tesis», y Marsh estaba completamente de acuerdo. Le ordenaba que se presentara en su despacho a primera hora de la mañana. Y concluía con estas palabras: «Hacer caso omiso de mis llamadas será considerado un acto adicional de insubordinación y un desafío directo a mi autoridad».

El último de los mensajes del buzón se iniciaba con muchas interferencias. Se oía una voz soltando un juramento y el ruido de las monedas al ser tragadas por un teléfono público.

—Sí, soy Ivy… Ivy Norris. Si puede darme un poco de dinero, le contaré todo lo que necesita saber. Me hacen falta cien pavos. —Sonaron tres pitidos, algunas maldiciones más y la llamada se cortó. Erika volvió a escuchar el mensaje. Había sido enviado hacía siete horas.

Llamó al sargento Crane, que respondió con tono cansado.

—Hola, Crane, soy la inspectora Foster. ¿Aún está en comisaría?

—Sí, jefa.

—¿Cómo ha ido la reacción al llamamiento?

—Hemos recibido veinticinco llamadas, jefa. Pero han dejado de telefonear desde hace un par de horas. Estamos esperando a ver si vuelven a pasarlo en las noticias de la noche.

—Dígame que ha aparecido algo útil —le pidió Erika, esperanzada.

—De los veinticinco que han telefoneado, catorce eran chalados conocidos, especialistas en hacernos perder el

tiempo. Son los que suelen confesar cada vez que hay un llamamiento público. Uno de ellos todavía sostiene que mató a la princesa Diana. Aún hemos de comprobarlos y descartarlos a todos, lo cual lleva su tiempo. Otros diez eran periodistas tratando de pescar algo.

—Van veinticuatro.

—La última era de Ivy Norris. Llamó un par de horas después de que terminara la conferencia de prensa. Hemos rastreado la llamada. La hizo desde un teléfono público del pub The Crown. Hablaba de forma incoherente, pero dejó su nombre y dijo que quería hablar con usted en persona. ¿Ha revisado sus mensajes? Yo la he llamado, pero no respondía.

—Sí, y ella también intentó telefonearme. Acabamos de encontrar su cuerpo.

—Mierda —exclamó Crane.

—Sí. Mierda, ya lo creo. Escuche, llegaré a primera hora. Avíseme si averigua algo más.

—Humm, jefa…

—¿Qué?

—Me han dicho que le pase toda la información nueva al inspector jefe Sparks.

—Está bien, pero el asunto Ivy es más bien personal.

—Por supuesto, jefa.

Erika colgó justo cuando se acercaban Moss y Peterson. Les contó lo del mensaje de Ivy.

—Ella había dado falsas alarmas muchas veces —comentó Moss—. Y era cuestión de tiempo que apareciera muerta.

—Están a punto de trasladar el cuerpo. Necesitan clausurar el lugar cuanto antes para dejar trabajar a los forenses. Van a tener que moverse deprisa con esta lluvia —dijo Peterson—. Entiendo que ahora debemos informar al inspector Sparks, ¿no?

—Sí, eso parece —mascculló Erika.

Hubo un silencio. Moss y Peterson parecían decepcionados.

—Bueno, nos veremos pronto —dijo la inspectora.

Volvió al coche y se quedó sentada en la oscuridad, mientras la lluvia repiqueteaba en el techo. El coche de Moss y Peterson pasó por su lado, iluminando con sus faros el interior del vehículo, que enseguida volvió a sumirse en las sombras. La muerte de Ivy le producía una horrible sensación. Encendió la luz del espejo y se examinó la mano: las marcas del mordisco habían cicatrizado deprisa y comenzaban a desaparecer. ¿Qué había ido a hacer Ivy allí? ¿La habían engatusado para que fuese al parque? ¿Había acudido por su propia voluntad? ¿Y qué pasaría con sus nietos, ahora que ella había muerto?

Arrancó y circuló bajo la lluvia.

31

La sombra se agachó, se arrancó el grueso pasamontañas y vomitó violentamente. El vómito salpicó el agua negra con un chapoteo repugnante y más ruidoso incluso que la lluvia, que caía torrencialmente sobre la superficie del estanque. Era algo normal purgarse después de matar. Cuando hubo terminado, se desplomó sobre la tierra mojada, disfrutando de la sensación de la lluvia.

Había resultado sencillo localizar a Ivy Norris. A su edad, esa mujer era un animal de costumbres y, efectivamente, andaba merodeando bajo una farola al final de Catford High Street. Tenía un aspecto más asqueroso de lo habitual, con un reguero de algo que olía a vómito seco en la capucha del abrigo y varias costras de sangre en torno a los orificios nasales.

—Me llamo Paulette. ¿Quieres sexo oral o completo? —había dicho ella con los ojos relucientes cuando el lujoso coche se detuvo a su lado. En realidad, no había visto quién iba al volante hasta que se subió al asiento del acompañante y sonó el clic del cierre centralizado.

—Hola, Ivy… Sí que quiero algo de ti —había dicho la sombra en voz baja.

Ivy había empezado a suplicar, a disculparse muerta de pánico, jurando que no volvería a suceder. Hablaba trabucándose, regando de saliva el salpicadero del coche.

—Te lo estoy diciendo: tuve que hablar con esa poli. Me amenazó. Me amenazó con quitarme a los niños… Lo único que sabe es que la tal Andrea estuvo con un tipo de pelo oscuro y con una chica rubia… ¡Y yo no voy a decir nada más!

La sombra había extendido una mano enguantada, ofreciéndole dos billetes de cincuenta libras.

—¿Qué quieres que haga? —había preguntado la mujer, vacilante.

«No sé si habrá sido porque ya estaba tan hecha polvo a estas alturas, o porque se ha creído que era posible que la dejara marchar, pero lo cierto es que ha cogido el dinero».

Ivy no se había quejado al ver que iban a un sitio tan apartado y, cuando hubieron llegado allí, había permitido que le atara las manos a la espalda. Ni siquiera había sugerido que pactaran una palabra clave para interrumpir el juego.

—En la cara, no —había dicho—. Ya sé que no estoy de buen ver, pero las cosas me resultan más fáciles si no es en la cara…

«Ha sido entonces cuando le he dado, cuando le he pegado un puñetazo en plena cara. Ella no parecía sorprendida, sino decepcionada. Y cuando he vuelto a pegarla con más fuerza, ya daba la impresión de estar resignada a su destino. Otra decepción que añadir a la lista. Le he arrancado mechones enteros… Le he partido la nariz… Ha parecido realmente sorprendida cuando le he apretado el cuello con las manos más de un minuto. Y ha comprendido que iba a morir».

A lo lejos, al otro lado del césped de Peckham Rye Common, pasó a toda velocidad un coche de policía con la sirena aullando. La sombra yacía en el espesor de la maleza, disfrutando de la sensación purificadora de la lluvia.

«El coche está a unas pocas calles de aquí, pero aún no puedo ir a buscarlo.

»Todavía no.

»Cuando amanezca.

»Cuando la lluvia me haya limpiado».

32

Erika pasó mucho tiempo sin conciliar el sueño. Yacía despierta, escuchando cómo la lluvia azotaba incansablemente los cristales de la ventana. No lograba quitarse de la cabeza la imagen de Ivy, ni la de sus ojos abiertos con horror, como si aún estuviera viendo la cara del asesino. Se preguntó cómo sería esa cara. ¿Joven o vieja? ¿Morena o rubia? ¿Era una persona de aspecto amenazador o una persona vulgar y corriente que pasaba desapercibida entre la gente?

No recordaba cuándo se había dormido. Al abrir los ojos, la luz se filtraba suavemente entre las cortinas de la habitación. Ya había amanecido y, por primera vez desde hacía mucho, había dormido sin soñar. Corrió la cortina y vio que había dejado de llover, aunque el cielo seguía de un gris pálido. Se inclinó hacia la mesita de noche y cogió el móvil para mirar la hora. Estaba enchufado en el cargador, pero totalmente muerto.

Soltó una maldición, se fue a la sala de estar y se percató de que el reloj digital del horno estaba apagado. Abrió el pequeño armario del contador eléctrico, sacó furiosamente

el cuadro emborronado de Marcie y probó varias veces el interruptor principal. En vano. Atisbando la calle desierta por la ventana-mirador, no logró sacar ninguna conclusión sobre la hora que era. Abrió la puerta principal, cruzó el descansillo y llamó a la puerta de enfrente. Al cabo de unos segundos, oyó girar una llave en la cerradura y a continuación el chasquido de un cerrojo y el tintineo de una cadena. La puerta se entreabrió unos centímetros y apareció en la rendija una anciana bajita de melifluo pelo blanco.

—Perdone que la moleste —se disculpó Erika—. ¿Podría decirme qué hora es?

—¿Quién es usted? ¿Para qué quiere saber la hora? —preguntó la mujer con recelo.

—Soy su nueva vecina. Creo que ha habido un corte de luz; mi único reloj es el del teléfono, y tampoco funciona.

La anciana se subió la manga de la chaqueta de punto y escudriñó un diminuto reloj de oro hendido en la muñeca.

—Son las diez y veinte.

—¿Las diez y veinte… de la mañana?

—Sí.

—¿Está segura? —repitió Erika con horror.

—Sí, querida, soy yo la que lleva reloj. Y aquí la corriente funciona —dijo pulsando el interruptor del pasillo—. Me parece que ha de echar monedas en el contador, querida. Los inquilinos que había antes tenían muchas facturas atrasadas. Incluso vino una vez la policía. No entiendo por qué perdían el tiempo por unas facturas impagadas. Aunque el propietario de su piso es un alto cargo de la policía, según parece. Por tanto, yo en su lugar me andaría con cuidado…

Erika llegó jadeando a Lewisham Row a las 10:45. Woolf estaba en el mostrador de recepción. Al verla, lo rodeó y

salió a su encuentro.

—Inspectora jefe Foster, me han pedido que la acompañe al despacho del comisario jefe Marsh. Es urgente.

—Ya sé dónde es.

Fue al despacho y llamó. El propio Marsh le abrió la puerta.

—Pase y siéntese —le dijo fríamente.

Oakley, el subcomisario general, se hallaba sentado en el sitio de Marsh. Este se había visto relegado a una silla junto a su propio escritorio. Se notaba que el despacho había sido ordenado apresuradamente. La esquina de una felicitación navideña asomaba por la puerta de un armario.

—Buenos días, inspectora jefe Foster. Haga el favor de sentarse —dijo Oakley con tono calmado y cortante. Iba impecablemente vestido: el uniforme almidonado y el canoso cabello peinado con raya, sin un solo pelo fuera de lugar. Estaba bronceado y con la piel brillante. Era como un zorro lustroso. No en un sentido sexual, sino como un zorro astuto y perfectamente acicalado. Erika recordó haber leído en alguna parte que si se alimenta a los zorros con la mejor comida, tienen el pelaje más lustroso. Tomó asiento y observó que Marsh sacaba unos guantes de látex.

—Por favor, ¿podemos ver su teléfono móvil? —pidió Oakley.

—¿Por qué?

—Usted es la última persona que recibió una llamada telefónica de la víctima, Ivy Norris. Su teléfono y el buzón de voz son ahora una prueba de la investigación.

Su tono era terminante; no iban a hacerle ninguna pregunta. Ella sacó el móvil y se lo dio a Marsh.

—No se enciende —dijo el comisario pulsando el botón.

—Está sin batería —informó Erika.

—¿Es su teléfono de contacto para el trabajo y está descargado? —preguntó Oakley.

—Puedo explicarlo…

—Mire el número de serie, por favor —le ordenó Oakley a Marsh, ignorándola.

Marsh sacó rápidamente la tapa posterior y leyó en voz alta el número, que Oakley procedió a anotar.

—Se puede acceder a mi buzón de voz de modo independiente, sin necesidad del aparato —dijo Erika, mientras Marsh metía el móvil en una bolsa de pruebas y la sellaba.

Oakley volvió a ignorarla y abrió una carpeta.

—Inspectora jefe Foster, ¿sabe por qué está aquí?

—Me parece que sí, señor. Lo que no sé es por qué está usted aquí.

—Hace tres días, el sargento Woolf de recepción redactó un informe oficial que describe un incidente entre usted y el nieto de Ivy Norris, de siete años, Matthew Paulson. Me refiero a la Ivy Norris cuyo cadáver apareció anoche.

—Estoy al corriente, señor. Fui uno de los primeros agentes en llegar a la escena del crimen.

—Según el informe del sargento Woolf, durante el incidente en la recepción de esta comisaría usted golpeó físicamente al niño en el cogote. ¿Qué tiene que decir al respecto?

El subcomisario general levantó la vista de la carpeta.

—¿También se menciona en el informe que el niño me había clavado los dientes en la mano? —preguntó Erika.

—¿Qué hacía usted en una posición tan próxima al niño?

—Él estaba sentado encima de mi maleta, señor. Y se negaba a bajarse.

—Estaba sentado encima de su maleta… —repitió Oakley, arrellanándose en la silla. Se golpeó los dientes con el bolígrafo—. ¿Resultó usted herida en ese ataque perpetrado por un niño de siete años?

—Sí, en la mano.

—Sin embargo, no hay ninguna otra entrada en el informe. La normativa estipula que debía ser examinada por un médico que pudiera verificar los hechos. ¿La examinó un médico?

—No.

—¿Por qué?

—No era una herida que implicara un riesgo mortal. A diferencia de otros, estoy más interesada en las tareas policiales que en los trámites burocráticos.

—No implicaba un riesgo mortal, dice. No obstante, estas cosas pueden entrañar fácilmente un riesgo laboral —observó Oakley.

Erika miró a Marsh, pero este no dijo nada.

Oakley pasó unas páginas del informe y continuó diciendo:

—He obtenido imágenes de las cámaras de vigilancia de recepción, que muestran en efecto todo el altercado. Ivy Norris la amenazó con una navaja, y la situación fue resuelta finalmente por el sargento de recepción. Sin embargo, seis minutos después, aparece usted en el aparcamiento y se ve que Ivy Norris y sus tres nietos suben a su coche.

Le acercó por encima de la mesa una foto grande y extremadamente nítida de Ivy y los niños junto a su coche. La siguiente fotografía mostraba a Erika sacando algo por la ventanilla; y la siguiente, a Ivy subiendo al coche con los niños.

—Hacía un frío glacial. Me compadecí y me ofrecí a llevarlos.

—¿Y qué era lo que le ofreció a Ivy por la ventanilla?

—Dinero.

—Dice que los llevó en coche. ¿A dónde?

—A Catford High Street.

—¿Y qué más ocurrió?

—Los dejé donde me pidieron.

—¿Dónde?

—Junto a una casa de apuestas Ladbrokes. Ella no quería que viera dónde vivía. Se bajaron del coche y desaparecieron entre las tiendas.

—¿Bajaron o huyeron del coche? ¿Qué sucedió mientras estaban dentro? ¿Hubo más violencia física por alguna de ambas partes?

—No.

—Veinticuatro horas más tarde, fue vista usted de nuevo con Ivy Norris, esta vez acosándola en un velatorio privado.

—Era una fiesta a puerta cerrada con un pretexto piadoso, señor. Esa mujer estaba en un lugar público, y yo no la acosé.

—¿Sabía que el dueño de The Crown puso una denuncia por acoso policial?

—¿Ah, sí? ¿Y eso lo hizo aparte de su trabajo como informador policial? ¿O formaba parte de sus labores de informador?

—Yo me andaría con mucho cuidado, inspectora jefe Foster —dijo Oakley con tono gélido—. Las acusaciones contra usted se están amontonando de forma alarmante. Su número de teléfono ha aparecido en la escena del crimen, entre las pertenencias de la muerta; además, se le encontraron cien libras en metálico. Y aparece usted en esta foto ofreciéndole dinero…

—Es que yo le di mi número y le pedí que me llamara si recordaba cualquier dato.

—Tenemos aquí la transcripción del mensaje de voz que dejó en su móvil en el que dice, y cito: «Si puede darme un poco de dinero, le contaré todo lo que quiere saber. Me hacen falta cien pavos. Con eso bastará».

—Un momento, ¿han sacado una transcripción de los mensajes privados de mi teléfono? ¿Acaso están insinuando

que yo he asesinado a Ivy Norris?

Erika se volvió hacia Marsh, que tuvo la decencia de desviar la mirada.

—No, no insinuamos que haya asesinado a Ivy Norris, inspectora jefe Foster. El examen de todas estas pruebas, sin embargo, ofrece una imagen preocupante, para hablar con franqueza: la imagen de una agente de policía que se encuentra tal vez un poco fuera de control —dijo Oakley.

—Señor, usted sabe muy bien que todos tenemos nuestros soplones. Informadores con los que vamos a tomar una copa y charlamos. Intercambiamos un poco de dinero por un poco de información, pero desde luego yo no le di cien libras a Ivy Norris.

—Inspectora jefe Foster, ¿puedo recordarle que pagar a cambio de información no es una política oficial en el cuerpo de policía? —dijo Marsh, tomando la palabra por fin.

Erika se rio de una afirmación tan ridícula.

La voz de Marsh subió una octava:

—Usted, además, desafió directamente mis órdenes en la declaración oficial que hicimos durante el llamamiento público. Intervino sin mi aprobación y sin seguir el guion acordado. Empleó un micrófono para lanzar a los cuatro vientos una simple corazonada. Quién sabe qué daños habrá causado…

—¿Corazonada? Señor, estoy siguiendo una pista muy sólida sobre un hombre que fue visto con Andrea Douglas-Brown muy pocas horas antes de que fuera asesinada. Tanto la camarera como Ivy Norris presenciaron la escena.

—Sí, una camarera que no parece existir y una testigo poco fiable que ahora está muerta —dijo Oakley, manteniendo una calma irritante—. ¿Tiene usted un interés personal en perjudicar a lord Douglas-Brown?

—¡No!

—El papel de lord Douglas-Brown como contratista del Departamento de Defensa no ha estado exento de polémica, y ha tenido un impacto en la política de todos los departamentos de policía y de las fuerzas armadas.

—Señor, mi único interés personal es atrapar al asesino de Andrea, y de Ivy Norris. ¿Voy a ser yo la primera en decir que las circunstancias de ambos asesinatos son extraordinariamente similares?

—¿Ahora cree que ambos asesinatos están relacionados? —inquirió el subcomisario general.

—¿Puedo añadir, señor, que no es esta la línea de investigación que estamos siguiendo? —dijo Marsh débilmente.

—Sí, creo que están relacionados —afirmó Erika tras una pausa—. Creo que seguir mi línea de investigación sería lo más conveniente para atrapar al asesino.

—Repito que no es esa la línea que estamos siguiendo —insistió Marsh.

—¿Cuál es la línea que seguimos, pues? —preguntó Erika, clavándole la mirada—. El inspector Sparks tuvo un sospechoso principal durante tres horas exactas… ¡hasta que resultó que este contaba con una coartada!

—Si se hubiera molestado en asistir a la sesión informativa celebrada esta mañana a las ocho, sabría cuál es la línea de investigación, inspectora Foster —le espetó Marsh.

—Me habían cortado la luz en casa y mi móvil no estaba cargado. Así pues, no he podido recibir mensajes ni ninguna alerta. Pueden comprobar en mi expediente que nunca en toda mi carrera me ha ocurrido nada semejante.

Hubo un silencio.

—Dígame, ¿cómo se encuentra? Personalmente, quiero decir, inspectora jefe Foster —preguntó Oakley.

—Estoy bien. ¿Qué importancia tiene eso?

—Las experiencias que ha pasado usted en los últimos meses habrían resultado estresantes para cualquiera. Usted dirigía un equipo de doce agentes durante una redada contra el narcotráfico en Rochdale; solo siete de ustedes salieron vivos…

—No hace falta que me lea mi propio expediente.

Oakley prosiguió:

—Ordenó la redada sin disponer de suficiente información… Al parecer, estaba deseosa de lanzarse sin mayor dilación, igual que ahora. ¿Se da cuenta de que todo esto podría interpretarse como un comportamiento impulsivo de su parte?

Erika asió con fuerza los brazos de la silla, procurando conservar la calma.

El subcomisario general continuó:

—Cinco agentes murieron aquel día, incluido, trágicamente, su propio marido, el inspector Mark Foster. Usted fue suspendida. Se diría que tuvo la oportunidad de aprender una valiosa lección, pero no fue así…

Sin poder contenerse, Erika se levantó de un salto, se inclinó sobre el escritorio y, cogiendo el expediente, lo rompió en dos pedazos y lo volvió a arrojar sobre el escritorio.

—Todo esto son chorradas. Si tomé la iniciativa ayer fue porque creo que Andrea fue vista con dos personas que podrían proporcionar información sobre el asesino. Pero a Simon Douglas-Brown no le gustó, ¡y ahora es él quien decide cómo debe dirigirse esta investigación!

Se quedó de pie, consternada por su propio arranque.

Oakley se irguió en la silla y dijo con tono ensayado:

—Inspectora jefe Foster, la relevo formalmente del servicio, a la espera de una investigación sobre su conducta y de una nueva evaluación psiquiátrica sobre su capacidad para servir en el cuerpo de policía. Debe entregar sus

armas, su identificación y su coche oficial, y aguardar a que se la convoque. Seguirá recibiendo su paga completa, en espera del resultado de nuestra investigación, y se presentará cuando se le indique para ser examinada por un psiquiatra oficial de la policía.

Erika se mordió la mejilla por dentro, decidida a no decir una palabra más. Dejó la placa sobre el escritorio.

—Lo único que yo quiero es atrapar al asesino. Por lo visto, ustedes dos tienen otras prioridades.

Dio media vuelta y salió del despacho.

Woolf la estaba esperando fuera, con dos agentes uniformados.

—Lo siento. Hemos de acompañarla a la puerta —dijo Woolf, evidenciando un rictus de culpabilidad.

Erika se dirigió con él hacia la entrada principal, pasando junto al centro de coordinación. Sparks estaba frente a las pizarras informando al equipo. Moss y Peterson echaron un vistazo. Al ver cómo la acompañaban hasta la salida, miraron para otro lado.

—Borrada del mapa —masculló Erika entre dientes.

Llegaron al mostrador de recepción. Woolf le pidió las llaves del coche.

—¿Ahora?

—Sí, lo lamento.

—Vamos, Woolf. ¿Cómo voy a volver?

—Puedo ordenar a uno de los agentes que la lleve a casa.

—¿Llevarme a casa? A la mierda.

Puso las llaves del coche encima del mostrador y salió de la comisaría de Lewisham Row.

Ya en la calle, miró alrededor buscando una parada de autobús o un taxi, pero no había nada a la vista a lo largo de

la carretera de circunvalación y echó a andar hacia la estación de Lewisham. Abrió el bolso para ver si tenía dinero suelto, pero solo llevaba tarjetas de crédito. Estaba hurgando entre los pañuelos de papel y los desperdicios acumulados en los hondos bolsillos de la chaqueta de cuero, cuando su mano tropezó con algo rígido y cuadrado. Lo sacó y vio que era un sobrecito blanco. Un sobre grueso, de aspecto refinado. No había escrito nada en el dorso. Le dio la vuelta, metió el dedo bajo la solapa y lo abrió. Había una hoja doblada dentro.

Se detuvo en seco junto a la calzada, por donde pasaban los coches a toda velocidad. Era la fotocopia de un artículo de periódico sobre la redada en la que Mark y otros cuatro compañeros habían perdido la vida. Había una foto del sendero de acceso a la casa de Rochdale, donde yacían los cuerpos cubiertos con plásticos y rodeados de charcos de sangre y cristales rotos; y otra foto de los helicópteros de la policía planeando sobre la casa mientras izaban a dos de sus compañeros, que murieron posteriormente en el hospital. En una tercera imagen granulada en blanco y negro aparecía un agente apenas reconocible, tendido en una camilla y empapado con sangre, con una mano flácida colgando a un lado. Era la última fotografía que le habían sacado vivo a Mark. Encima, unas letras escritas con rotulador rojo decían: «USTED ES IGUAL QUE YO, INSPECTORA FOSTER. HEMOS MATADO A CINCO».

33

En los días siguientes hubo un cambio en la cobertura mediática del asesinato de Andrea. La declaración de Erika durante el llamamiento público desató una reacción todavía más negativa entre la prensa. Se inició con alusiones a antiguas relaciones sentimentales de Andrea y cobró impulso al proporcionar detalles picantes sobre sus numerosos amantes e insinuar que le gustaban tanto los hombres como las mujeres. Hacia el final de la semana, los tabloides encendieron la mecha de una serie de revelaciones explosivas. Un antiguo novio de Andrea, que se describía a sí mismo como artista de *performance*, vendió su historia a uno de los diarios sensacionalistas. Salieron a la luz fotogramas de un vídeo de ambos practicando sexo oral y anal, así como imágenes de Andrea, con un vestido de plástico transparente, ligaduras y una mordaza, siendo azotada en una mazmorra de sado. Los tabloides, con falsa mojigatería, habían presentado las imágenes con píxeles, pero para los lectores no cabía la menor duda de lo que estaba haciendo. Los periódicos respetables, por su parte, condenaban a los sensacionalistas y al mismo tiempo ofrecían sus propios comentarios y opiniones, atizando el fuego. Los diarios de derechas habían encontrado nueva

munición para atacar a Simon Douglas-Brown y, desde su punto de vista, Andrea quizá —solo quizá— se lo había buscado.

Erika pasó cuatro largos y solitarios días en su nuevo piso, tratando de instalarse. Consiguió que le arreglaran la electricidad y siguió con atención el despliegue de la prensa en torno al caso. Fue a hacerse una revisión médica, tomando el autobús hasta el hospital Lewisham, donde explicó que era agente de policía y que había estado expuesta a sangre y fluidos orgánicos de riesgo. Le tomaron muestras de sangre y orina, y le dijeron que debería volver para que le practicaran otro análisis al cabo de tres meses. La revisión, en conjunto, resultó fría y clínica, y ella se sintió como un ser insignificante.

Sola en su piso, no dejaba de observar con atención la nota anónima y de preguntarse cómo se la habrían metido en el bolsillo. ¿Estaba perdiendo la cabeza? ¿Cómo era posible que no lo hubiera notado? Repasó mentalmente los días previos y todos los lugares en los que había estado… Pero podría haber sido cualquiera, y en cualquier parte. Por el momento, la tenía guardada en una bolsa de pruebas de plástico transparente. Era consciente de que al final debería entregarla, pero algo en su interior le decía que la mantuviera entretanto en su poder.

En la mañana del quinto día, al llegar al quiosco que quedaba frente a la estación de Brockley para comprar los periódicos, vio en la portada del *Daily Mail* el siguiente titular: «Jefa de policía suspendida por el caso Andrea».

El diario explicaba que, tras una serie de errores y meteduras de pata de suma gravedad en la investigación del asesinato de Andrea Douglas-Brown, la inspectora jefe Erika Foster había sido apartada del servicio y se encontraba a la espera de una investigación interna. Aseguraba que Foster había sido acusada de conducta

errática, de filtrar a la prensa información relativa al caso y de manejar de forma negligente datos confidenciales sobre los informadores de la policía, lo que había provocado «con toda probabilidad» la muerte de Ivy Norris.

Había una fotografía de Erika tomada a través de la ventanilla del acompañante de un coche: aparecía con los ojos muy abiertos y la boca torcida haciendo una mueca, con una mano apoyada en el salpicadero. El pie decía: «*La inepta agente Erika Foster*». La fotografía la habían sacado los reporteros agolpados en la entrada del museo Horniman, cuando el coche de Moss había resbalado en el hielo.

Arrojó el periódico con rabia y se alejó del quiosco sin comprar nada.

Al llegar a casa, se preparó un café bien fuerte y encendió la televisión. El canal de noticias de la BBC inició la cuenta atrás que precedía al boletín informativo y, enseguida, apareció en pantalla la cara de Andrea Douglas-Brown y un titular anunciando que la policía había detenido a un hombre llamado Marco Frost en relación con el asesinato.

La cámara enfocó al locutor: «El joven de veintiocho años Marco Frost había sido descartado al principio en la investigación de la policía, pero se ha descubierto posteriormente que había mentido al afirmar que estaba en el extranjero cuando Andrea Douglas-Brown fue asesinada».

El reportaje mostraba a Marco, un joven apuesto de pelo oscuro, saliendo esposado de la entrada de un bloque de apartamentos. Andaba cabizbajo, y dos agentes uniformados lo llevaban hasta un coche patrulla y le sujetaban la cabeza mientras subía; luego el coche se alejaba a toda velocidad.

De inmediato aparecieron en pantalla Simon Douglas-Brown y Giles Osborne, en compañía del comisario Marsh,

frente al símbolo giratorio de Scotland Yard.

—Esta mañana la policía ha efectuado un registro en el domicilio de Marco Frost, y ha descubierto un material de inquietante naturaleza relacionado con la víctima. Se cree que el sospechoso había desarrollado una malsana obsesión por Andrea Douglas-Brown en los meses que precedieron a su secuestro y asesinato —informó Marsh.

Simon se adelantó con aire dolido, retorciéndose las manos en los bolsillos de la chaqueta, y proclamó:

—Quiero dar las gracias a la policía metropolitana por su diligencia y sus constantes esfuerzos en lo que ha sido una investigación compleja y problemática. Me gustaría decir que tengo plena confianza en el nuevo equipo policial y que les agradezco sus incesantes esfuerzos para localizar al asesino de mi hija. Seguiremos, por supuesto, trabajando estrechamente con la policía. Muchas gracias.

Mientras volvía a aparecer el locutor y el informativo pasaba a otra noticia, Erika cogió el móvil de prepago que se había comprado el día anterior y llamó a la comisaría de Lewisham Row. Respondió Woolf.

—Soy Foster, ¿puede pasarme con el sargento Crane?

—Jefa, se supone que no debo…

—Por favor, es importante.

Sonó un pitido y se puso Crane.

—No es posible que haya suficientes cargos sobre Marco Frost para justificar un arresto, ¿no? —dijo Erika, yendo directa al grano.

—Deme su número y yo la llamaré —contestó Crane.

Pasaron diez minutos. Cuando la inspectora ya estaba pensando que el sargento se la había quitado de encima, sonó el móvil.

—Perdone, jefa, tengo que darme prisa porque estoy hablando con el móvil en el aparcamiento y se me están congelando las tetas. Marco Frost mintió cuando alegó que

estaba en Italia. Lo descubrimos al revisar horas de grabaciones de videovigilancia, filmadas en la estación de London Bridge la noche de la desaparición de Andrea. Frost subió a un tren en Forest Hill veinte minutos después de que lo hiciera Andrea. Naturalmente, no hay grabaciones que lo sitúen en la escena del crimen, pero el tipo se ha condenado al mentir sobre su paradero y al convencer a sus tíos para que confirmaran su falsa coartada.

—Podría haberse tratado de una desafortunada coincidencia —insinuó Erika.

—Su novia, que vive en Kent, le ha proporcionado otra coartada, pero ahora que ha mentido tenemos un motivo para detenerlo. Lo vamos a retener los próximos tres días.

—¿Y qué hay del asesinato de Ivy Norris?

—Se ha hecho cargo la brigada antivicio. Mire, jefa, la cosa no pinta demasiado bien para su teoría.

—Ah, ¿ahora es una teoría?

Crane no dijo nada. Ella oyó el ruido del tráfico que circulaba junto al aparcamiento de la comisaría.

—¿Se encuentra bien, jefa?

—Perfectamente. Y por favor, haga correr la voz de que estoy bien. Seguro que todo el mundo ha leído los periódicos.

—Yo no sabía lo de su marido. Lo siento.

—Gracias.

—¿Puedo hacer alguna cosa?

—Mantenerme informada. Aun a riesgo de que se le congelen las tetas en el aparcamiento.

Crane se echó a reír.

—La mantendré tan informada como pueda, jefa, ¿de acuerdo?

—Gracias, Crane.

Nada más colgar, cogió la chaqueta. Ya era hora de hacerle una visita a Isaac Strong.

34

Era media tarde. Isaac Strong estaba en su despacho junto a la morgue. Sonaba el disco *Performance* de Shirley Bassey en el equipo de música, y él se disponía a escribir el informe de la autopsia de Ivy Norris. Le gustaba saborear esos momentos de tranquilidad, con su música favorita y las luces del despacho atenuadas. Unos momentos de calma que contrastaban radicalmente con la violencia que implicaba abrir un cuerpo, pesar sus órganos, analizar el contenido de los intestinos y del estómago, sacar muestras para buscar restos de ADN y reconstruir los actos violentos infligidos a la víctima para poder elaborar por fin un relato: la historia de su muerte.

Tenía una taza humeante de té de menta junto al ordenador. Acababa de prepararlo y las delicadas hojas verdes aún giraban en la infusión. Sonó un pitido y se abrió una ventana en la pantalla: vio la imagen gris azulada de videovigilancia de la inspectora jefe Erika Foster. Estaba aguardando en el pasillo de acceso al laboratorio y miraba directamente a la cámara. El forense vaciló un momento, pero pulsó el botón para abrir.

—¿Esto es una visita oficial? —preguntó Isaac al salir a recibirla a la puerta del laboratorio.

—No —dijo ella acomodándose el bolso sobre el hombro. Llevaba vaqueros y un suéter, y nada de maquillaje en el cansado rostro. Echó un vistazo a las lustrosas e impecables superficies de acero inoxidable.

—Oficialmente —dijo Isaac—, usted no tiene autoridad para estar aquí. Ha sido apartada del caso.

—Sí. No tengo placa ni coche. Soy una simple ciudadana.

Él permaneció un momento en silencio, examinándola.

—¿Le apetece una taza de té? —dijo al fin.

La condujo a su despacho. Ahora sonaba suavemente *The Girl from Tiger Bay*. Erika escogió un cómodo sillón junto al escritorio, mientras Isaac encendía el calentador de agua. El despacho, pulcro y ordenado, estaba lleno de estanterías con libros de texto y manuales médicos. En uno de los estantes había un iPod conectado a un sistema de sonido Bose; en el contiguo también había libros, pero eran de ficción, básicamente *thrillers* y relatos de misterio.

—¿No me diga que lee novelas policíacas en su tiempo libre? —preguntó Erika.

Isaac pulsó el interruptor del calentador de agua y soltó una risita irónica.

—No. Son ejemplares de obsequio que me envía la editorial. Fui el asesor de un par de libros del inspector jefe Bartholomew… ¿Le gusta el té con menta? Yo procuro evitar la cafeína.

—Suena bien. También yo debería haberla evitado hoy, pero es lo que suelo decir cuando llevo cuatro cafés.

Había una pequeña planta de menta junto a un ventanuco alto. Isaac giró la maceta y escogió un par de hojitas.

—Mi exnovio es Stephen Linley, autor de las novelas del inspector jefe Bartholomew —explicó.

—¡Ah!

—¿Ah, porque soy gay?, ¿o ah, qué raro resulta estar con alguien que escribe novelas criminales?

—Ah, ninguna de las dos cosas.

Isaac puso las hojitas en una taza y esperó a que hirviera el agua.

—En realidad es un poco raro que haya salido con un autor de novelas criminales —opinó Erika.

El calentador silbó, e Isaac sirvió agua en la taza.

—Uno de sus psicólogos forenses está inspirado en mí. Cuando terminó nuestra relación, mató al personaje.

—¿Cómo?

—Un gay apaleado y arrojado al Támesis.

—¡Ay! La pluma, según dicen, es más poderosa que la espada —comentó Erika cogiendo la humeante taza.

Isaac se sentó detrás del escritorio, giró la silla para mirarla de frente y dijo:

—Ivy Norris presentaba dos tipos de semen en la vagina. Tenía atados los brazos y fue estrangulada. No hacía mucho que el atacante había abandonado el lugar, porque llevaba muerta menos de una hora.

—¿Alguna coincidencia en la base de datos de ADN?

—Hemos cotejado ambas muestras de semen, pero sin resultado.

Ella asintió. Casi de forma inconsciente se miró la mano.

—¿Eso es la marca de un mordisco?

—Sí. Fue el nieto de Ivy.

—Ya he recibido el análisis de sangre de Ivy. Era adicta a la heroína y seropositiva. Es posible que le transmitiera el virus a su nieto.

—Cuando el crío me mordió, me salió sangre —dijo Erika, y dio un sorbo de té.

—En ese caso yo le recomiendo que se haga la prueba del sida. —Isaac anotó un número en un pedazo de papel y se lo pasó—. Aquí tiene, es una clínica de atención

inmediata donde pueden hacerle la prueba. Es rápido, limpio y anónimo. Pero el virus tarda entre seis y nueve meses en manifestarse, por así decirlo, o sea que deberá hacerse la prueba otra vez.

—Gracias. Ya acabo de hacerme unos análisis.

—¿Qué planes tiene ahora?

—Debo asistir a una sesión disciplinaria. Y también someterme a una evaluación psiquiátrica.

—Si le diagnostican el sida…

—Ya me ocuparé del asunto si se da el caso. Por ahora, el temor a la muerte no figura entre mis prioridades.

El disco había concluido y un agradable silencio se había instalado en el despacho. Isaac la miró, titubeando.

—No deje el caso por imposible —dijo al fin.

—Me temo que el caso me ha dejado a mí por imposible —replicó ella.

—He estado repasando mis archivos y he encontrado tres casos, tres autopsias de las que me encargué, cuyas víctimas eran chicas de Europa del Este, todas ellas sospechosas de tráfico de drogas en el Reino Unido. Las tres fueron violadas, estranguladas y arrojadas al agua en los alrededores de Londres. Aparecieron con mechones de pelo arrancados y sin ropa de cintura para abajo.

—¿Cómo? ¿Cuándo? —preguntó Erika.

—La primera, en marzo de 2013; la segunda, en noviembre de ese mismo año y la tercera, en febrero de 2014. Hace menos de un año.

—¿Por qué no ha dado nadie la alarma? —preguntó Erika incorporándose en el sillón.

—Las circunstancias impiden a menudo que se relacionen las pruebas de cada asesinato. Desgraciadamente, las tres chicas eran prostitutas, ya fuese por propia voluntad o no. Sus casos quedaron perdidos entre los demás crímenes. Es casi de esperar que una

prostituta acabe perdiendo la vida. Nadie relacionó a las tres chicas entre sí, y los casos siguen abiertos.

—Una roñosa y pobre prostituta de Europa del Este aparece estrangulada, y claro, ya se sabe, es lo que pasa… En cambio, estrangulan a la hija de un aristócrata millonario…

—Sí. Se interpreta de otra forma, ¿verdad? —asintió Isaac.

—¿Por qué no lo había mencionado antes?

—No había caído. Pero alguna cosa de la muerte de Ivy me alertó. Desde luego, el caso de Andrea difiere de los demás porque a ella no la violaron. Pero aun así… Las otras tres chicas fueron halladas en avanzado estado de descomposición, y las tres se dedicaban al comercio sexual. Es posible que hubieran sido violadas, pero no cuando las mataron. Ivy Norris también era prostituta, y tenía dos clases de semen en la vagina. Cabe la posibilidad de que su asesino tampoco la violara.

—¡Por Dios! —exclamó Erika, y se levantó del sillón—. Esto es un hallazgo crucial. Ahora tenemos cuatro muertes relacionadas con la de Andrea.

—Naturalmente, le pasé esta información al inspector Sparks en cuanto la descubrí.

—¿Cuándo?

—Ayer por la mañana.

—¿Qué dijo?

—No he sabido nada más. Creo que él está concentrado en su principal sospechoso, ese chico italiano.

—Al menos debería estar cotejando las fechas y comprobando dónde estaba Marco cuando se cometieron los asesinatos. ¡Por Dios! ¿Puedo ver el expediente?

—No.

—¿No?

—Estuve pensando si debía contárselo. Y no iba a hacerlo. Pero se ha presentado usted y… No sé, yo tengo buen olfato para la gente… —Dirigió la mirada hacia el estante de las novelas policíacas—. Quiero decir, buen olfato para la gente, aunque no para los amantes.

—¿Puedo ver el expediente, por favor?

—No. Lo lamento. Considero tremendamente injusto cómo la ha tratado la prensa, pero tiene que tranquilizarse. Debe pensar con mente estratégica. ¿No puede proporcionarle la información alguno de sus colegas?

—Posiblemente. ¿De veras no va a contarme nada más?

Isaac cogió un bloc de papel.

—Le daré los nombres y las fechas de nacimiento. Pero eso no debe saberlo nadie, ¿me oye?

—Se lo prometo.

El forense observó a través del monitor de vigilancia cómo Erika se alejaba rápidamente por el pasillo, con la lista de nombres, y confió en que mantuviera su promesa.

35

Al llegar a la estación de Brockley, Erika fue directamente al café. Pidió un expreso, encendió su portátil y se dedicó a buscar en Internet. Armada con los nombres y las fechas, no tardó en encontrar información sobre las tres chicas. La primera víctima era Tatiana Ivanova, de diecinueve años, procedente de Eslovaquia. Un nadador solitario encontró su cuerpo en los estanques de Hampstead Heath en marzo de 2013. Como el comienzo de la primavera había sido bastante cálido, el cuerpo estaba muy descompuesto. La prensa publicó una foto de Tatiana tomada en un concurso de baile. Llevaba un leotardo negro con relucientes flecos plateados y adoptaba una pose de *ballet*, apoyando la mano en la cadera. Debía de formar parte de un grupo de danza, pero las demás chicas habían sido eliminadas de la imagen. Tenía el pelo oscuro y era muy guapa. Parecía incluso más joven de lo que indicaba su edad.

La segunda víctima era Mirka Bratova, de dieciocho años. Procedía de la República Checa y fue encontrada en noviembre de 2013, ocho meses después de su desaparición. Uno de los guardas del Serpentine Lido descubrió su cuerpo flotando, entre hojas y desperdicios, junto a las esclusas del lago. También ella era morena y muy

guapa. En la fotografía que publicaron los periódicos, aparecía en un balcón soleado con un gatito negro en brazos; por detrás, se extendía una larga hilera de bloques de apartamentos.

La tercera víctima era Karolina Todorova, de dieciocho años también. Su cuerpo fue descubierto en febrero de 2014. Un hombre que paseaba a su perro a primera hora de la mañana encontró el cuerpo cerca de la orilla de uno de los lagos de Regent's Park. Karolina procedía de Bulgaria. La prensa había empleado una foto tomada en una cabina pública, en la que aparecía arreglada para salir de noche, con un top blanco escotado y una mecha de color rosa en su oscuro pelo. A su lado había otra chica que la abrazaba, presumiblemente una amiga, pero cuyo rostro había sido difuminado.

A Erika le resultó frustrante no poder ver nada más. Las descripciones que ofrecían las noticias de los diarios eran escuetas y casi despectivas.

Otro detalle mencionado sobre las tres chicas era que habían llegado a Inglaterra para trabajar como niñeras y que, posteriormente, «habían caído» en la prostitución. Erika se preguntaba si realmente había sido algo gradual. ¿Habían atraído a las chicas al Reino Unido con la promesa de una vida mejor y un buen empleo, o la oportunidad de aprender inglés?

Levantó la vista y miró por la ventana del café. Afuera, caía un fuerte aguacero. La lluvia acribillaba el toldo de la entrada, bajo el que se habían guarecido varias personas. Dio un sorbo a su café, pero ya estaba frío.

Ella también había abandonado Eslovaquia con dieciocho años y por el mismo motivo, para trabajar de *au pair*. Había salido de la estación de autobuses de Brastislava una mañana inhóspita de noviembre, y viajado hasta Mánchester sin tener apenas nociones de inglés.

La familia para la que había trabajado había resultado aceptable. Los niños eran un encanto, aunque la madre la trataba con gran frialdad, como si los europeos del este no fuesen seres humanos de la misma categoría. La calle suburbial donde vivían le parecía siniestra, y la atmósfera que reinaba en la casa entre el marido y la esposa estaba siempre cargada de tensión. Durante las primeras Navidades, cuando la madre de Erika sufrió una cirrosis, se habían negado a darle permiso para volver a su país; y al año y medio, cuando decidieron que ya no necesitaban niñera, la habían despedido dándole tres días para marcharse. Ni siquiera se molestaron en preguntarle si tenía algún sitio adonde ir.

Cayó en la cuenta de que ella, aun así, había sido afortunada en comparación. Le hubiera gustado saber si Tatiana, Mirka y Karolina se habrían despedido de su familia igual que ella. Todavía recordaba la desvencijada terminal de autobuses de Bratislava, con innumerables hileras de andenes. En cada andén había unos postes de metal oxidado que sostenían las largas marquesinas. Hacía un día muy húmedo. Ella se había preguntado si la humedad no procedería de las lágrimas de todos aquellos adolescentes que debían despedirse y abandonar un país tan bello, en el cual, sin embargo, no había otra forma de progresar que marcharse.

¿Habían llorado los padres de las tres chicas muertas? Ellos no podían saber que sus hijas no regresarían. ¿Y qué les había ocurrido al llegar a Londres? ¿Por qué habían acabado trabajando de prostitutas?

Las lágrimas le resbalaron por las mejillas. Cuando el camarero se acercó para llevarse la taza, volvió la cabeza y se apresuró a secarse la cara con rabia.

Ella ya había derramado lágrimas suficientes para toda una vida. Ahora era momento de pasar a la acción.

36

A la tarde siguiente, Erika tuvo la sensación de que ya había agotado todas las posibilidades que tenía como simple ciudadana. Estaba tomándose otra taza de café y considerando las alternativas cuando oyó un timbre. Tardó un momento en comprender que era el del portal. Salió del piso y bajó a la entrada comunitaria. Al abrir, se encontró a Moss esperando en el escalón. Su expresión no revelaba nada.

—¿Ahora hace visitas a domicilio? —le preguntó.

—Si lo dice así, voy a sentirme como una maldita chica Avon —dijo Moss con una sonrisa irónica.

Erika se hizo a un lado y le indicó que pasara. No esperaba recibir ninguna visita en el piso y tuvo que despejar el sofá para que su visitante pudiera sentarse. Recogió de la mesita de café los platos sucios de varios días, así como la taza rebosante de colillas. Moss se quitó la mochila que llevaba a la espalda y tomó asiento sin hacer comentarios.

—¿Una taza de té? —ofreció Erika.

—Sí, gracias, jefa.

—Ya no soy su jefa. Llámeme Erika —dijo ella volcando todos los platos en el fregadero.

—Prefiero seguir llamándola jefa. Los nombres de pila me resultarían extraños. Y a mí no me gustaría que me llamase Kate.

Erika se quedó paralizada, con la mano sobre una caja de bolsitas de té.

—¿De veras se llama Kate Moss? —Se volvió para comprobar si era una broma, pero Moss asintió con tristeza—. ¿Su madre la llamó Kate Moss?

—Cuando me pusieron Kate, esa otra Kate ligeramente más delgada…

—¡Ligeramente! —rio Erika sin poder evitarlo.

—Sí, la Kate Moss ligeramente más delgada aún no era una famosa supermodelo.

—¿Quiere leche? —preguntó Erika sonriendo.

—Sí, y dos terrones.

Terminó de preparar el té, mientras su exsubordinada sacaba unos papeles de la mochila, y se acercó con las tazas y unas galletas.

—¡Qué rico! —exclamó Moss, en cuanto dio un sorbo—. ¿Dónde ha aprendido a preparar un té tan bueno? Supongo que no habrá sido en Eslovaquia…

—No, fue Mark, mi marido, el que me inició en los rituales del té. Y también mi suegro…

Moss la miró incómoda por haber llevado la conversación por esos derroteros.

—Mierda, lo siento, jefa. Escuche, a ningún miembro del equipo le gustó leer en los diarios sobre… bueno, ya sabe. Y nosotros no sabíamos nada de…

—De Mark. En algún momento tendré que hablar de él. Cuando pierdes a una persona, no es solo que ya no esté, sino que la gente que te rodea se abstiene de mencionarla. Eso me volvía loca. Era como si hubiera sido borrado… En fin, ¿para qué ha venido, Moss?

—Creo que usted va bien encaminada, jefa. Isaac Strong nos ha enviado unos expedientes. El inspector Sparks se niega a ver la relación, pero resulta que hubo tres chicas asesinadas en circunstancias similares a las de Andrea e Ivy. Las tres aparecieron flotando en el agua con las manos atadas y varios mechones de pelo arrancados. Las tres habían sido estranguladas. Había indicios de violación, pero eran prostitutas.

—Sí, conozco esos casos.

—Bueno, pues todavía hay más. ¿Recuerda la caja del teléfono que encontramos debajo de la cama de Andrea? Pues bien, Crane pidió que rastrearan el código IMEI[3] impreso en esa caja. Y resulta que coincide con el IMEI del antiguo iPhone de Andrea: el que dijo que había perdido. Crane se puso en contacto con la compañía telefónica y les dio el IMEI. Ellos le han confirmado que el aparato continúa activo.

—¡Lo sabía! Andrea dijo que lo había perdido, pero en realidad lo conservó y compró una tarjeta SIM nueva —dijo Erika con tono triunfal.

—Sí. La señal de ese móvil fue rastreada por última vez el doce de enero, cerca de London Road —informó Moss.

—¿Alguien lo robó y todavía está usándolo?

—No. —Y sacando un gran mapa del servicio estatal de cartografía, lo desplegó—. La señal procedía de un colector del alcantarillado que discurre a seis metros de profundidad. Al parecer, pasa por London Road y sigue la vía del tren de la estación de Forest Hill hacia la estación siguiente, Honor Oak Park.

Erika escudriñó el mapa.

—Ese colector es un ramal importante —continuó Moss—, y en los últimos días ha habido gran cantidad de agua de nieve y lluvia que se ha filtrado a través del terreno y ha circulado por ese ramal.

—Arrastrando cualquier cosa a su paso, incluido un teléfono móvil —concluyó Erika.

—Sí.

—Pero ahora la batería del móvil está descargada, claro.

—No se ha captado nada más. Es un iPhone 5S, y la compañía nos dice que, una vez descargada la batería, sigue emitiendo su localización a las antenas telefónicas durante cinco días. Un período, por supuesto, que ya ha concluido.

Erika volvió a examinar el mapa y observó que Moss había trazado una línea roja de London Road a Honor Oak Park que cubría una distancia de unos dos kilómetros y medio.

—Entonces, ¿cuál sería la idea?, ¿que arrojaron el móvil a una alcantarilla cuando secuestraron a Andrea?

—Sí. Pero Sparks y el comisario jefe Marsh no quieren ni oír hablar de esta teoría. Están convencidos de que ya tienen a su hombre, Marco Frost, y, además Oakley y demás autoridades los presionan para que lo acusen formalmente. Han revisado a fondo su portátil y hay un montón de material sobre Andrea: fotos, cartas que él le escribió, historial de Google sobre los sitios donde ella había estado o iba a estar…

—Lo que me ha contado es un gran avance, pero ¿por qué ha venido exactamente, Moss? —preguntó Erika levantándose para preparar más té.

—Yo estaba presente cuando interrogamos a Marco, y es evidente que el tipo está… estaba, obsesionado con Andrea. Pero no parece capaz de algo así, la verdad. Además, tiene las manos muy grandes. Isaac nos enseñó las marcas de dedos que presentaba Andrea. Y bueno, no sé… Es una corazonada.

—Usted no cree que haya sido él.

—Tengo dudas, pero no dejan de ser una corazonada. Y creo que ese teléfono podría facilitar la investigación.

—Bueno, ha de enviar un equipo de búsqueda a ese colector, al menos para echar un vistazo —aconsejó Erika.

—Sí, pero ¿con qué autoridad, jefa? Yo no tengo ninguna. Usted tiene las manos atadas. Podría resultar carísimo, sin hablar de la cantidad de personal que se necesitaría… ¿Quién estaría dispuesto a asumir esos costes? El equipo está concentrando todos sus recursos en la acusación contra Marco Frost.

Erika reflexionó unos momentos e inquirió:

—¿Alguien más comparte sus dudas sobre Frost?

Moss asintió.

—¿Peterson?, ¿Crane?

—Y otros. Mire, le hemos hecho copias de los expedientes de Tatiana Ivanova, Mirka Bratova y Karolina Todorova.

Se las dio a Erika, que las hojeó. Miró las fotos de las chicas: todas yacían de espaldas en el suelo, desnudas de cintura para abajo, con el pelo pegado sobre el lívido rostro. Los ojos reflejaban terror.

—¿Cree que el asesino les deja expresamente los ojos abiertos? —preguntó Erika.

—Es posible.

—Si es el mismo asesino, ¿cómo demonios encaja Andrea en esa historia?

—Quien haya sido, parece haberse aventurado fuera de su terreno, ¿no? Ella era otra clase de chica —opinó Moss.

—Porque era rica. Las chicas como tales son muy parecidas: pelo oscuro, guapas, buen tipo…

—¿Cree que Andrea estaba trabajando como prostituta? ¿Ha visto las cosas que han publicado los periódicos?

—Ella no necesitaba el dinero. Yo creo que veía el sexo ante todo como una fuente de emociones fuertes.

—La excitación de la caza.

—¿Y si Andrea se había enamorado del hombre que está cometiendo esos crímenes? A ella le atraían los hombres guapos de pelo oscuro.

—Pero ¿qué me dice de Ivy Norris? Su muerte tiene todos los rasgos de los asesinatos anteriores, pero ella no encaja en el patrón. No era joven ni atractiva como las demás chicas.

—¿Quizá porque esa no era la cuestión? Tiene en común con las demás que era prostituta. ¿Y si es verdad que vio a Andrea en el pub con el asesino? Tal vez la mataron para silenciarla.

Moss no encontró una respuesta a esa observación.

Erika se dio cuenta de que estaban a oscuras. El sol ya se había puesto. Encendió la luz y fue al armario de la cocina, de donde sacó la nota que había recibido. Volvió al sofá y la puso sobre la mesita, delante de Moss.

—Mierda. ¿De dónde ha sacado esto?

—Me lo encontré en el bolsillo.

—¿Cuándo?

—En cuanto fui apartada del servicio.

—¿Por qué no nos la entregó?

—Es lo que estoy haciendo ahora.

Moss miró a Erika, consternada.

—Sí, ya lo sé. Esto quiere decir que tenemos que vérnoslas con un asesino en serie —dijo Erika.

—Un asesino en serie que se le ha acercado lo bastante como para meterle esto en el bolsillo. ¿Quiere que le ponga un coche de vigilancia en la puerta?

—No. Ya consideran que estoy bastante loca. Me han pedido que me someta a una evaluación psiquiátrica. Solo me falta echar más leña al fuego y decir que hay un asesino acechándome… —Se percató de la expresión de Moss—. He

recibido a lo largo de los años montones de cartas amenazadoras e insultantes.

—Pero ¿entregadas en mano como esta?

—Estoy bien, Moss. Vamos a concentrarnos en lo que podemos hacer ahora.

—De acuerdo… Crane está cotejando las fechas de los asesinatos de las tres chicas con los movimientos de Marco Frost, pero no conocemos el momento exacto de las muertes.

—Hemos de encontrar ese móvil. Andrea podría haber estado en contacto con el asesino. Y ahí podría estar su número, sus mensajes de voz, su correo electrónico. Incluso podría haber fotos. Ese móvil es la clave —sentenció Erika.

—No tenemos los recursos para recuperarlo.

—Voy a hacer un intento con Marsh.

—¿Está segura? ¿No es algo arriesgado?

—Lo conozco desde hace mucho.

—¿Es un ex?

—¡No, por Dios! Me formé con él. Y yo le presenté a su mujer. Eso todavía debería contar. Y si no, bueno, ¿qué tengo que perder?

37

El comisario jefe Marsh estaba comiéndose una segunda ración de crema quemada. Ya tenía el estómago lleno, pero estaba tan buena… Cogió el cuenco y hundió la cuchara, resquebrajando el caramelo crujiente. Marcie le había estado dando la lata para que le comprara por Navidades un soplete de cocina, prometiendo que le prepararía crema quemada todas las semanas. Y casi había cumplido su promesa.

Marsh miró a su esposa, iluminada por la luz de las velas del comedor. Estaba sentada a su lado en la larga mesa, enfrascada en una conversación con un hombre de cara redonda y pelo oscuro cuyo nombre no había logrado retener. Se había pasado la noche aguzando el oído por si ella volvía a mencionarlo, pero hasta ahora no lo había hecho. Olvidar cómo se llamaba el director de las clases de arte de Marcie era una falta lo bastante grave como para garantizarle que más tarde no sucedería nada en el dormitorio; y la verdad era que Marsh la deseaba con ganas. Ella llevaba la morena melena suelta sobre los hombros y se había puesto un largo y vaporoso vestido blanco cuya tela se le ceñía sobre los pechos. Marsh echó un vistazo a los otros tres invitados que había alrededor de la mesa, y pensó

en lo poco atractivos que eran en comparación: una mujer de media edad con pintalabios carmesí, que lograba parecer a la vez elegante y mugrienta; un viejo de barba desgreñada y largas uñas que Marsh estaba seguro de que había venido solo porque la comida era gratis, y un tipo afeminado, de cabello pardusco recogido en una coleta. Todos se hallaban enfrascados en una sesuda conversación sobre Salvador Dalí.

Marsh estaba planteándose si sería maleducado ofrecerles café mientras aún estaban terminando el postre, cuando sonaron unos ligeros golpes de picaporte en la puerta principal. Marcie lo miró, frunciendo el entrecejo.

—No te preocupes, ya voy yo —dijo él.

Erika asió de nuevo el picaporte y volvió a llamar. Se notaba que había gente en la casa; las cortinas de la gran ventana-mirador estaban corridas, pero se colaba a través de ellas un suave resplandor y un eco de risas. Por fin se encendió la luz del vestíbulo, y Marsh abrió la puerta.

—Inspectora Foster. ¿En qué puedo ayudarla?

Ella observó que estaba bastante atractivo con los pantalones de color beis y la camisa azul arremangada.

—Señor, no ha respondido a mis llamadas y necesito hablar con usted.

—¿Tan urgente es? Tenemos invitados. —Marsh observó que Erika sujetaba un montón de expedientes.

—Señor, creo que los asesinatos de Andrea Douglas-Brown e Ivy Norris están relacionados con otros tres asesinatos: tres chicas encontradas en circunstancias muy parecidas. Los asesinatos se han sucedido regularmente desde 2013. Todas fueron arrojadas al agua en la zona del Gran Londres…

—No puedo creerlo, inspectora Foster…

—Señor, las tres eran jóvenes de Europa del Este —dijo Erika. Abrió un expediente y le mostró una fotografía de

Karolina Todorova tomada en la escena del crimen—. Mire. Esta chica solo tenía dieciocho años; fue estrangulada, tenía las manos atadas a la espalda con una brida de plástico y le habían arrancado el pelo de las sienes. La tiraron al agua como si fuera un montón de basura.

—Quiero que se vaya, inspectora.

Ella no hizo caso y sacó otras dos fotos.

—Tatiana Ivanova, diecinueve años, y Mirka Bratova, dieciocho. También estranguladas, con las manos atadas del mismo modo y mechones de pelo arrancados, y asimismo arrojadas al agua. Todas ellas halladas en un radio de quince kilómetros en torno al centro de Londres. Incluso el tipo de chica coincide: pelo largo y oscuro, cintura de avispa… Señor, el inspector jefe Sparks tiene estos expedientes desde hace dos días. Las semejanzas son demasiado evidentes incluso para un policía recién salido…

Se abrió una puerta del pasillo, que dejó escapar una oleada de risas. Marcie se aproximó al vestíbulo.

—¿Quién es, Tom?

Al acercarse, vio a Erika y también la foto que sostenía: la de Karolina semidesnuda y medio descompuesta en el agua.

—Pero ¿qué ocurre aquí? —dijo mirándolos a ambos.

—Marcie, vuelve adentro, por favor. Yo me ocupo de esto…

—Vamos a ver qué piensa Marcie —soltó Erika abriendo otro expediente y mostrando una gran fotografía del cuerpo tendido de Mirka Bratova, con los ojos abiertos expresando terror. Tenía hojas y hierbas pegadas sobre la cara lívida; su vello púbico estaba enmarañado con restos de sangre seca.

—¡Cómo te atreves! ¡Esta es mi casa! —gritó Marcie, tapándose la boca con la mano. Erika se negó a cerrar la carpeta.

—Esta chica solo tenía dieciocho años, Marcie, dieciocho. Vino a Inglaterra creyendo que tenía un trabajo de *au pair*, pero la obligaron a prostituirse; sin duda la violaban regularmente, y acabó brutalmente estrangulada. El tiempo pasa deprisa, ¿no es así? ¿Cuántos años tienen ahora tus dos hijitas? Cumplirán los dieciocho antes de que puedas darte cuenta…

—¿Por qué ha venido Erika a casa? —preguntó Marcie mirando a su marido—. ¿Por qué no te ocupas de esto en el trabajo?

—¡Basta, inspectora Foster! —gritó Marsh.

—¡Es que no se ocupa de esto en el trabajo! —exclamó Erika—. Señor, por favor. Me consta que se ha rastreado un teléfono que pertenecía a Andrea Douglas-Brown. Deme los recursos para encontrarlo. Ese teléfono contiene información sobre la vida de Andrea. Información que mantenía en secreto. Estoy convencida de que podría servirnos para atrapar al que la mató, a ella y a esas chicas. Vuelva a mirar las fotos. ¡Mírelas!

—¿Qué es todo esto, Tom? —preguntó Marcie.

—Vuelve adentro, Marcie. Ahora mismo.

Ella echó un último vistazo a las fotografías y volvió a entrar en el salón. Les llegó una oleada de risas que se extinguió enseguida al cerrarse la puerta.

—¿Cómo se atreve, Erika?

—No, señor, es más bien cómo nos atrevemos. No se trata de mí. Sí, yo me estoy pasando al presentarme en su casa. Es algo totalmente fuera de lugar. Pero puedo soportar la idea de ser una hija de puta. Lo que no puedo soportar es lo que les sucedió a estas chicas. ¿Usted podrá dormir esta noche sin saber que al menos lo hemos intentado? Recuerde la época en la que entramos en el cuerpo. En aquella época no teníamos ningún poder. Usted ahora puede tomar esta decisión, señor. Usted. A la mierda lo

demás. Si quiere, puede pasarme factura por el equipo de búsqueda, puede destrozarme ante el tribunal. A mí ya me da completamente igual… ¡Pero mire estas fotos, eche un vistazo! —Erika sostuvo otra vez las fotografías en alto.

—¡Ya basta! —gritó Marsh, y cerró la puerta violentamente. Erika oyó el chasquido de los cerrojos.

—Bueno. Al menos lo he intentado —les dijo a las fotos.

Cerró los expedientes, volvió a guardarlos en el bolso y echó a andar hacia la calle.

38

La figura se había materializado en el callejón frente al piso de Erika en cuanto había oscurecido, apenas unos momentos antes de que la inspectora Moss saliera por el portal y se alejara con el coche.

«¿Qué andaba haciendo ahí esa gorda lesbiana de mierda? Esto es una novedad».

Espiar los movimientos de la inspectora Foster se había convertido casi en una adicción. Gracias a la lluvia torrencial, le había resultado fácil seguirla llevando la capucha calada, la cabeza gacha y tres impermeables distintos en la mochila.

«El secreto para confundirse entre la gente es no hacer ningún esfuerzo. Todo el mundo va ensimismado».

La mirada de la sombra se sintió atraída hacia la ventana de Erika, junto a la cual ella se había puesto a fumar.

«¿Qué estará pensando? ¿Qué hacía ahí la otra poli, esa tal Moss? Se supone que han apartado a Foster del caso…».

De pronto Erika se levantó y cerró las persianas. Se marchó de casa. Llevaba el bolso en bandolera y caminaba hacia la estación. La figura retrocedió y cruzó corriendo el callejón hasta un coche. Arrancó y salió a la calle principal,

procurando circular despacio, con normalidad, confundiéndose con los demás vehículos.

La inspectora estaba entrando en la estación de Brockley. La sombra giró y se metió en el acceso de la estación. Un coche se disponía a salir de su aparcamiento frente a la entrada. La sombra aprovechó para frenar y mirar cómo cruzaba Erika el puente peatonal hacia el andén opuesto. El conductor del otro coche acabó de maniobrar y le dio las gracias con una seña. La figura sonrió y le devolvió el gesto; se apresuró a volver a la calle de Erika, dejó atrás su piso ahora vacío y aparcó a un par de manzanas.

Cuando el motor enmudeció, la sombra dedicó un momento a examinar la parte trasera del edificio de la inspectora Foster. Un alto muro la rodeaba, y había un callejón que discurría por un lado. Cuando habían dividido en apartamentos aquella casa enorme, la parte posterior había quedado convertida en un barullo de ventanas viejas y nuevas, de bajantes y canalones.

La sombra bajó del coche y sacó una mochila del maletero.

«No pensaba hacer esto ahora, pero parece que las cosas se han acelerado. Observar desde fuera ya no basta…».

Mientras se acercaba al edificio, se cruzó con un par de viandantes, enfrascados en una conversación y totalmente abstraídos. Al llegar, trepó el muro circundante. Ya tenía planeado cómo llegar al último piso.

«Hay que recorrer poco a poco el muro hasta la parte trasera, subirse a un alféizar, agarrarse del bajante, poner un pie en el alféizar siguiente y trepar utilizando la tubería».

Los alféizares eran de piedra pulida. La sombra, jadeante por el esfuerzo, hizo un alto. Hasta el momento había

funcionado…

«Tienes que usar el pararrayos y el canalón más grueso para hacer palanca; seguidamente, hay otras tres ventanas escalonadas. Es como jugar a tres en raya…».

Sudando profusamente, llegó al alféizar del baño de Erika. La ventana estaba cerrada, circunstancia que ya esperaba. Junto a ella, sin embargo, había un pequeño extractor: un artilugio barato y mal instalado. Con una mano enguantada, sujetó por los bordes la rejilla de ventilación y dio un fuerte tirón. La rejilla se desprendió, emitió un crujido y dejó a la vista un conducto de ventilación con revestimiento plateado. Introdujo el brazo; sus nudillos, protegidos por el guante de cuero, entraron en contacto con la parte trasera del ventilador adosado a la pared del baño. Bastó con un puñetazo. El ventilador saltó y, oscilando colgado del cable, raspó la pared por dentro.

Acto seguido sacó del bolsillo de la mochila un trozo largo de alambre y lo insertó por el conducto de ventilación. Moviéndolo a tientas, solo necesitó unos intentos: el alambre se enganchó en la manija y la ventana se abrió con un chasquido. La figura actuó a toda prisa. Pasó primero la cabeza, metió las manos, estiró los brazos y se sujetó del asiento del váter.

«Ya estoy dentro».

La sensación era excitante después de tanto tiempo espiando a la inspectora de lejos. El baño era pequeño y funcional. La sombra abrió el armarito y vio una caja de tampones, una crema vaginal y un polvoriento paquete de bandas de cera depilatoria. La fecha de caducidad ya había expirado.

«Qué patético. Conserva un paquete de bandas de cera caducado».

Recogió el contenido del armarito y entró en el exiguo dormitorio. No olía a nada. El olor de algunas mujeres

resultaba interesante y exótico. El de otras podía llegar a ser repulsivo…

«Lo único que noto aquí es olor a tabaco revenido… a fritura. Y un atisbo de perfume barato».

Apartó el edredón, dejó sobre la cama los objetos del armarito del baño pulcramente alineados y volvió a cubrirlo todo antes de adentrarse en la sala de estar. Estaba oscura, dejando aparte el resplandor anaranjado de las farolas de la calle. Esparcidas sobre la mesita, entre las tazas sucias y el cenicero, estaban las copias de los expedientes de la policía.

Cogió uno con la mano enguantada, sintiendo un acceso de rabia. Había fotografías de Mirka Bratova. Fotos de Mirka viva y luego muerta y descompuesta, flotando en el agua.

«¡Ella lo sabe! Ha conectado los hilos. ¡Y esa zorra gorda y lesbiana la está ayudando!».

Se oyó un ruido en el rellano, un crujido de escalones. La figura fue lentamente hasta la puerta y atisbó por la mirilla.

Una vieja de pelo blanco llegó al rellano y se aproximó a la puerta. Su rostro inundó obscenamente la mirilla. La mujer escuchó unos momentos, pero dio media vuelta y se dirigió a la puerta de enfrente.

La sombra sintió el impulso acuciante de salir de allí, de alejarse para poder hacer planes.

«La inspectora Foster no me deja otro remedio.

»Voy a tener que matarla».

39

Al volver a casa, Erika se dio una larga ducha bien caliente y se envolvió en una toalla. Entró en la habitación y se sentó sobre la cama, mientras repasaba mentalmente lo ocurrido esa noche. Que no sonaba mucho mejor ahora que cuando había sucedido realmente.

Iba a enchufar el móvil, pero se detuvo. Apartó el edredón. Debajo, sobre la cama, estaban extendidos todos los objetos del armarito del baño.

Se levantó de golpe, entró en el baño y comprobó la ventana. Estaba cerrada, y se hallaba a gran altura sobre el callejón de abajo. Fue a la sala de estar y encendió la luz. Estaba exactamente igual a como la había dejado: las persianas bajadas, los expedientes y las tazas sobre la mesita de café… Pasó junto a la puerta principal, que no tenía buzón. ¿La había cerrado con llave? «Claro que sí», pensó. Volvió al baño y abrió el armarito de encima de la pila. Estaba vacío.

Mientras se duchaba, había mantenido la ventana cerrada. Y al acabar, no la había abierto. No, pensó; estaba cansada y se había olvidado de ventilar, simplemente. Ella misma debía de haber sacado las cosas del armarito. Notó

que el baño aún estaba lleno de vapor y tiró del cordón del pequeño ventilador. Volvió a tirar. Nada.

—Mierda —masculló, y limpió el espejo empañado con el dorso de la mano. ¿Por qué habría de ser Marsh su casero? Lo último que quería era contactar de nuevo con él. Apagó la luz, volvió al dormitorio y quitó las cosas de la cama con una sensación de incomodidad. ¿De veras las había sacado del armarito del baño? Además, estaba la nota que había recibido.

Pero ¿cómo podían haber entrado? Habrían necesitado una llave, ¿no?

A la mañana siguiente, ordenó un poco el piso. Estaba considerando la idea de llamar a la comisaría para informar de que, posiblemente, había entrado un intruso —esa debía de ser la palabra más acertada—, cuando oyó que tiraban el correo a través del buzón del portal. Bajó y recogió el montón de la esterilla. Entre las facturas de sus vecinos, que dejó sobre la mesita del vestíbulo, encontró una carta para ella. La primera que recibía en su nuevo piso. Era una citación de la policía metropolitana para que se presentara la semana siguiente a un examen psiquiátrico.

—No estaré loca, ¿no? —se dijo medio en broma. Al volver al piso, sonó el teléfono.

—Erika, soy Marsh. Dispone de seis horas con un equipo de Thames Water. Si no encuentra el móvil, se acabó. ¿Entendido?

Sintió una oleada de esperanza.

—Sí. Gracias, señor.

—No hay prácticamente ninguna posibilidad de que esté ahí abajo. ¿Ha visto la cantidad de agua que está cayendo?

Echó un vistazo a la ventana acribillada por la lluvia, y replicó:

—Ya lo sé, señor. Pero me arriesgaré; he resuelto casos con mucho menos.

—Pero este no lo resolverá usted. Está suspendida, ¿recuerda? Cualquier prueba que aparezca se la entregará al inspector jefe Sparks. Inmediatamente.

—Sí, señor.

—Moss la llamará para darle los detalles restantes.

—Muy bien, señor.

—Y si vuelve a montar un espectáculo como el de ayer, presentándose en mi puerta y esgrimiendo ante mi esposa fotografías repulsivas tomadas en la escena de un crimen… no solo quedará suspendida, sino que se habrá terminado su carrera.

—No volverá a ocurrir, señor.

Sonó un clic, Marsh había colgado. Erika sonrió.

—Detrás de cada hombre poderoso hay una mujer que sabe manejarlo. Buen trabajo, Marcie.

Se dirigió a pie al lugar donde había quedado con Moss y Peterson. La boca de alcantarilla por la que se accedía al colector se hallaba junto al cementerio de la iglesia de Honor Oak Park, a escasos tres kilómetros de su piso. La iglesia, encaramada en una colina, quedaba a menos de cien metros de la estación. Había dejado de llover, y empezaba a abrirse un claro entre las nubes cuando se reunió con los dos inspectores junto a una furgoneta con el logo de la compañía de aguas, Thames Water. Peterson había traído una bandeja de cafés y estaba repartiendo los vasos entre un grupo de tipos vestidos con mono.

—Este es Mike —dijo Moss, haciendo las presentaciones —. Su equipo va a coordinar la búsqueda.

—Yo soy Erika Foster —dijo ella, estrechándoles la mano a todos. Los tipos no perdieron el tiempo. Apuraron los cafés

y en unos minutos levantaron la enorme tapa de la alcantarilla, la hicieron rodar y la dejaron a un lado.

—Me alegro de verla, jefa —saludó Peterson ofreciéndole un café con una sonrisa.

Mike los hizo pasar al interior de la furgoneta. Estaba equipada con una batería de monitores y contaba incluso con una pequeña ducha. Había emisoras de radio para todos los hombres que iban a bajar al colector. En uno de los monitores, un mapa del tiempo, actualizado continuamente vía satélite, mostraba líneas de color gris oscuro por todo el Gran Londres.

—Ahí está la diferencia entre la vida y la muerte —dijo Mike apuntando la pantalla con un bolígrafo—. Las alcantarillas recogen las aguas residuales y el agua de lluvia. Un chaparrón repentino puede llegar a inundarlas, y se forma rápidamente una oleada gigantesca hacia el Támesis.

—¿Cómo se las arreglaban cuando no tenían toda esta tecnología? —preguntó Peterson señalando las pantallas y el mapa.

—Por el viejo sistema del tam-tam —contestó Mike—. Si llegaba una tormenta, levantábamos quince centímetros la tapa de la boca más cercana y la dejábamos caer de golpe. El eco del estrépito se propagaba por los túneles y, con suerte, advertía a los tipos que estaban abajo que debían subir a toda leche.

—¿Solo trabajan hombres ahí? —preguntó Moss.

—¿Por qué? ¿Quiere solicitar un puesto? —bromeó Mike.

—Muy gracioso —dijo ella.

Salieron de la furgoneta y observaron el cielo. Las nubes que había justo encima parecían estar despejándose, pero el horizonte se veía cada vez más negro.

—Será mejor que empecemos ya —dijo Mike, y se acercó a la boca de la alcantarilla, donde los cuatro hombres

habían montado un cabestrante y estaban ciñéndose los arneses de seguridad. Erika se acercó también y atisbó el pozo: unos peldaños de hierro descendían hasta perderse en la oscuridad.

—¿Lo que buscamos es un móvil? —preguntó Mike.

—Un iPhone 5S; creemos que es blanco, pero podría ser negro —especificó Moss mostrándoles a todos una foto plastificada.

—Ya sabemos que lleva ahí abajo casi dos semanas, pero si lo encuentran no lo toquen, por favor. Debemos preservar cualquier evidencia forense. Voy a darles unas bolsas de pruebas, para que lo guarden inmediatamente —indicó Erika.

Cada uno cogió una bolsa transparente de pruebas, aunque todos parecían más bien escépticos.

—¿Se supone que hemos de conseguir que ese móvil salga levitando de entre la mierda? —observó uno de los tipos.

—A ver, amigos, les agradecemos mucho su ayuda —dijo Peterson—. Estamos en la fase crucial de un caso espeluznante en el que han sido asesinadas varias chicas jóvenes. Recuperar ese teléfono significaría encontrar una pieza clave del puzle. Procuren no tocarlo con las manos desnudas.

La actitud de los hombres cambió radicalmente. Se pusieron enseguida los cascos y revisaron las luces y las radios. Una vez listos, se reunieron en torno a la boca de la alcantarilla y aguardaron mientras Mike bajaba una sonda.

—Estamos comprobando si hay gases venenosos —explicó—. No es solo de la mierda y del pis de lo que debemos preocuparnos ahí abajo. Hay ácido carbónico, que los mineros solían llamar «gas mofeta»; metano, que es explosivo; y sulfuro de hidrógeno, el producto de la

putrefacción… ¿Lleváis todos en el traje los detectores de productos químicos, chicos?

Todos asintieron.

—Jo, ¿no preferiríais trabajar en un súper? —preguntó Moss.

—Esto está mucho mejor pagado —dijo el más joven, mientras pasaba primero y lo bajaban lentamente por la boca de la alcantarilla.

Observaron cómo descendían los demás hombres hacia la oscuridad. Sus luces iluminaban la mugre pardusca de las paredes del colector. Mientras permanecían allí agachados observando, Erika echó un vistazo a Moss y Peterson. Los tres se miraron con expresión tensa.

—Es como buscar una aguja en un pajar —murmuró Peterson.

Abajo, las luces de las linternas fueron alejándose hasta que reinó el silencio. Mike entró en la furgoneta para seguir el avance de sus hombres.

Pasada una hora, no había novedad. Los tres policías se habían quedado en la calle y pateaban el suelo para combatir el frío. A todo esto, llegó un aviso a través de la emisora policial: había un incidente en un supermercado de Sydenham. Un hombre había sacado una pistola y, al parecer, se habían producido disparos.

—Nosotros estamos de guardia —observó Moss mirando a Peterson—. Será mejor que corramos. Marsh nos ha dicho que esto no era alta prioridad.

—Váyanse; yo esperaré aquí —dijo Erika.

Moss y Peterson se alejaron y la dejaron sola. Y ella cayó en la cuenta de que no tenía placa ni la menor autoridad. Era solo una mujer apostada junto a la boca de una alcantarilla. Entró en la furgoneta y le preguntó a Mike cómo iba la cosa.

—Nada. Ya estamos llegando al punto del que no quiero que pasen. El colector se divide a continuación en varios ramales que van hacia el centro de Londres.

—Está bien. ¿Y dónde desemboca todo?

—En las plantas de tratamiento de residuos situadas alrededor de Londres.

—O sea…

—O sea que las posibilidades de que aparezca un pequeño móvil son ínfimas. No es como un perro que se ha tragado un diamante y al que…

—Ya, ya capto el mensaje —dijo Erika. Salió de la furgoneta, se apoyó en el tocón de un árbol y se fumó un cigarrillo. La iglesia se alzaba ante ella en medio del frío; un tren pasó traqueteando a lo lejos. Los cuatro hombres emergieron al cabo de una hora y media, cubiertos de barro, exhaustos y empapados de sudor. Negaron con la cabeza.

—Tal como yo pensaba —comentó Mike—, ahora puede estar en cualquier parte. Incluso en el mar. Las esclusas de los colectores se han abierto dos veces desde el doce de enero, y muchos restos habrán sido arrastrados. No hay nada que pueda permanecer ahí abajo frente a la enorme presión del agua.

—Gracias —susurró Erika—. Lo hemos intentado.

—No, ellos lo han intentado —replicó Mike señalando a los hombres—. Ya le dije a su jefe que era casi una misión imposible.

Erika se preguntó si no sería ese el verdadero motivo de que Marsh hubiera organizado la operación. Mientras volvía a casa a pie bajo la lluvia, seguía convencida de que había que encontrar el móvil de Andrea. Pensó en la nota que había recibido y en los objetos colocados sobre su cama.

Tenía la sensación de ser la única persona que sabía que la policía había detenido al hombre equivocado.

40

Pasaron tres días sin que tuviera noticias de Moss ni de Peterson. Todo el entusiasmo de Erika se desvaneció; y el hecho de no tener nada que hacer empeoraba las cosas. Al tercer día, cuando estaba armándose de valor para llamar a Edward y visitar la lápida de Mark, le sonó el teléfono en la mano.

—Jefa, no va a creerlo —dijo Moss—. Acaba de aparecer el móvil de Andrea.

—¿Qué? ¿En las alcantarillas? —exclamó Erika.

—No. En una tienda de móviles de segunda mano. En la zona de Anerley.

—Eso queda cerca, a unos pocos kilómetros.

—Sí. Crane hizo circular el número IMEI entre los vendedores locales de móviles de segunda mano, diciéndoles que si recibían en su tienda un aparato con ese número debían contactar inmediatamente con el centro de coordinación.

—¿Y ha funcionado?

—Crane añadió que les pagaría el aparato como si fuera un iPhone 5S nuevo desbloqueado, lo que debe de haber ayudado lo suyo, me imagino.

—¿Cómo fue a parar el móvil a Anerley?

—Una mujer se lo encontró. La gran cantidad de agua de lluvia y nieve de la semana pasada provocó que se desbordaran los desagües en la parte baja de Forest Hill Road. Las alcantarillas estaban tan rebosantes que el agua a presión reventó los conductos y abrió boquetes en el asfalto. Suponemos que fue así cómo salió el móvil. La mujer lo vio y, a pesar de los desperfectos que presentaba, pensó que podía sacar unos pavos.

—¿Y cómo está? ¿Funciona?

—No. La pantalla está muy resquebrajada, pero lo hemos llevado al equipo de informática y le han dado máxima prioridad. Van a tratar de sacar todo lo posible de la memoria interna.

—Moss, voy para allá.

—No, jefa, quédese donde está. Si ha de venir aquí, espere a tener motivos para entrar furiosa y cantarles las cuarenta.

Erika protestó.

—En serio, jefa. Prometo llamarla en cuanto sepa algo.

Y colgó.

Tras seis largas y tensas horas de espera, Moss volvió a llamar y le dijo que los informáticos habían extraído una cantidad considerable de datos del móvil de Andrea.

Erika tomó un taxi y se reunió con ella frente a la central de la Unidad de Delitos Informáticos de Londres, que tenía su sede en un anodino edificio de oficinas cerca de Tower Bridge. Subieron a la última planta con el ascensor y accedieron directamente a una enorme oficina diáfana. En cada mesa, un agente de aspecto cansado leía atentamente la pantalla, con un móvil o un portátil desmontado al lado, o bien con un barullo de cables y placas de circuitos impresos.

Al fondo se alineaban los cubículos de visionado con paneles ahumados. Erika se estremeció al pensar en las

cosas que debían de tener que mirar los agentes detrás de aquellos paneles.

Un hombre bajo y guapo, que llevaba un raído jersey de lana, las esperaba junto al dispensador de agua. Se presentó como Lee Graham y las guio por la oficina hasta un gran almacén con infinidad de estanterías llenas de ordenadores, teléfonos y tabletas, todos guardados herméticamente en bolsas de plástico selladas. En un estante bajo había un portátil envuelto en plástico con grandes salpicaduras de sangre seca.

Lee las condujo hasta un desordenado escritorio en el rincón del fondo, sobre el cual estaba el móvil de Andrea, abollado y resquebrajado. Le habían quitado la tapa posterior y lo tenían conectado a un ordenador grande con pantallas gemelas.

—Hemos sacado mucha información de este móvil —dijo Lee, que se sentó y ajustó una de las pantallas—. El disco duro estaba en buenas condiciones.

Moss cogió un par de sillas y ambas se sentaron junto a él.

—Hay trescientas doce fotos —prosiguió Lee—, dieciséis vídeos y centenares de mensajes de texto fechados entre mayo de 2012 y junio de 2014. He pasado las fotos por nuestro *software* de reconocimiento facial, que se alimenta con la base de datos criminal de todo el país y utiliza dicho reconocimiento facial para buscar coincidencias. Ha aparecido un nombre.

Erika y Moss se miraron, excitadas.

—¿Cómo se llama el tipo? —pregunto Erika con ansiedad.

Graham tecleó en el ordenador, y dijo:

—No es un tipo, sino una tipa.

—¿Cómo? —exclamaron las dos mujeres a la vez.

El hombre se fue abriendo paso entre una serie de fotos en miniatura y seleccionó una. Era una cara bien conocida.

—¿Linda Douglas-Brown figura en la base de datos de la policía? —preguntó Moss, sorprendida.

En la fotografía, Linda y Andrea aparecían sentadas a la mesa de un bar. Andrea miraba con aplomo a la cámara y estaba despampanante con una blusa de color crema entreabierta que dejaba ver las sombras de un generoso escote y el brillo de un collar de plata entre sus turgentes pechos. Linda, en cambio, tenía la cara coloradota y el pelo desgreñado; iba con un jersey negro de cuello alto que le rozaba la doble papada y que llevaba en la pechera un bordado de caniches dando saltos; del cuello le colgaba un gran crucifijo dorado. Abrazaba a Andrea y miraba a la cámara con una sonrisa ebria.

—¿Esta es la madre de la víctima? —preguntó Lee.

—No; la hermana. Se llevan cuatro años —informó Erika.

Durante unos instantes, asimilaron la información en silencio.

—Entiendo. Bueno, he sacado sus antecedentes penales. Se los estoy imprimiendo ahora —dijo Lee.

41

Graham les encontró una mesa libre en la oficina, donde ambas leyeron de cabo a rabo los antecedentes penales de Linda.

—¡Por Dios! El historial de esta chica es considerable y se remonta a bastantes años atrás: incendio, robo, hurtos en tiendas… —enumeró Erika—. Entre julio y noviembre del año pasado, el prometido de Andrea, Giles Osborne, puso tres denuncias a la policía según las cuales Linda estaba acosándolos y enviándoles cartas amenazadoras.

—La policía habló las tres veces con ella —añadió Moss, leyendo los antecedentes penales.

—Sí, y no hubo detención —comentó Erika—. Giles Osborne puso la primera denuncia en julio de 2014, a raíz de los mensajes insultantes que Linda le había enviado. En uno de esos mensajes amenazaba con matar primero a su gato y, posteriormente, matarlo a él. La segunda denuncia se produjo un mes más tarde. Habían entrado en el apartamento de Osborne y envenenado a su gato. Se encontraron huellas de Linda en el lugar, pero el abogado de la chica alegó con éxito que si había huellas suyas allí era porque había asistido hacía poco a una cena organizada

en el apartamento para celebrar el compromiso de Giles y Andrea.

Erika hizo una pausa y prosiguió:

—Linda fue filmada, además, por las cámaras de vigilancia de la calle adyacente al piso de Giles Osborne casi a la misma hora del allanamiento. Ella claudicó y admitió haber entrado justo *después* del allanamiento para intentar salvar al gato, porque, dijo, había mirado por la ventana y le había parecido que el animal estaba enfermo.

—Por lo visto, tiene un excelente abogado —mascullló Moss.

—Quizá. En todo caso, no había pruebas suficientes para corroborar nada de lo ocurrido. La tercera denuncia fue presentada en octubre del año pasado, cuando causó daños por valor de ocho mil libras en las oficinas de Giles Osborne al romper con un ladrillo uno de los grandes recuadros de las ventanas de cuarterones. Incluso fue filmada por las cámaras de vigilancia mientras lo hacía.

La fotografía era en blanco y negro y tenía un exceso de exposición, pero aun así se distinguía una figura gruesa con un abrigo largo y una gorra de béisbol cuya visera le ocultaba la cara. Al tomar impulso para lanzar el ladrillo, sin embargo, se le había abierto el abrigo y había quedado a la vista un jersey con un estampado de caniches bailando.

Moss sacó su portátil del bolso y lo encendió.

—Vamos a revisar las fotos del móvil de Andrea —dijo, e insertó un lápiz USB con una copia de los archivos hallados en el iPhone. Esperaron mientras el portátil ronroneaba y zumbaba, hasta que arrancó. La lucecita del lápiz USB parpadeó unas cuantas veces; desfiló por la pantalla una rápida secuencia de fotografías.

Andrea aparecía en multitud de fiestas. Había muchas *selfies*, imágenes en *topless* ante el espejo del baño, ladeando la cabeza y tapándose los pechos con aire

seductor. Asimismo, una serie de fotos sacadas de noche en un bar; parecía el mismo local que el de la fotografía con Linda.

—¡Alto! ¡Retroceda! —exclamó Erika.

—No puedo. Hay que dejar que se carguen todas —dijo Moss.

—Vamos, vamos —soltó Erika con impaciencia cuando el portátil se detuvo unos momentos en una imagen oscura y borrosa, obviamente tomada por error; las fotos continuaron cargándose hasta el final.

Erika se apresuró a pasarlas hacia atrás.

—Sí. Aquí están. Estas son las últimas del bar.

—¿Quién es ese? —inquirió Moss con la vista fija en la pantalla.

Andrea aparecía con un hombre alto y fornido de poco más de treinta años. Era muy moreno, de grandes ojos castaños y lucía una barba incipiente en su bello rostro anguloso.

Las primeras fotos las había sacado la propia Andrea sujetando el móvil a distancia. En todas ellas, se recostaba sobre el pecho del individuo. Era increíblemente guapo.

—Un hombre de pelo oscuro —susurró Erika con excitación.

—No nos precipitemos —aconsejó Moss, aunque también parecía excitada. Erika fue pasando fotos. Aparentemente, todas estaban tomadas en la misma fiesta. Había un montón de gente en segundo plano, en torno a las mesas o bailando en la pista. Andrea se había vuelto loca sacándose fotografías con el hombre, y él se lo había permitido gustosamente. Primero aparecían el uno junto al otro, ella lo miraba siempre con ojos encandilados. Luego se iban sucediendo imágenes más explícitas hasta que él la besaba en la boca, con un atisbo de lengua, mientras que ella le

acariciaba con sus uñas rojas la recia mandíbula cubierta de una sombra de barba.

—Todas estas son del veintitrés de diciembre del año pasado —dijo Moss, observando la fecha que figuraba en las fotografías.

—La foto de Linda y Andrea fue tomada la misma noche. Es la misma fiesta…

Volvió a aparecer en pantalla la imagen en la cual el *software* de reconocimiento facial había identificado la cara de Linda.

—Es hacia el final de la noche, parece. Se las ve un poco más achispadas —comentó Erika.

—De suerte que Linda estuvo allí al mismo tiempo que ese tipo. Incluso podría haber sido él quien les sacó la foto —observó Moss.

Siguieron revisando las imágenes. Las fechas mostraban un salto de unos días; al cabo, llegaron a unas fotos tomadas en una cama con sábanas de color claro. Andrea aparecía tendida junto al hombre de pelo oscuro, sujetando también el móvil para sacar las fotografías; su otro brazo, posado sobre el estómago, realzaba sus pechos desnudos. Él tenía el torso musculoso cubierto de vello oscuro. La secuencia también se iba volviendo más explícita esta vez: un primer plano del hombre mordiéndole un pezón con unos blanquísimos dientes; una foto de cuerpo entero de Andrea tumbada en la cama, sonriendo, y otra de su cara tomada muy de cerca, tanto que inundaba toda la pantalla, rodeando con los labios la base del pene del tipo. Parecía que él la sujetaba de la barbilla, porque se veía un gran pulgar sobre el pómulo de Andrea.

La siguiente fotografía resultaba mucho menos obscena. Andrea y el hombre aparecían el treinta de diciembre cogidos de la mano en la calle. Ambos vestidos de invierno. En segundo plano se veía una torre de reloj conocida.

—Joder. Es el museo Horniman —dijo Moss.

—Y esto fue cuatro días antes de su desaparición —especificó Erika.

—¿Cree que este es el hombre con el que la vieron hablando en el pub?

—Podría ser el que la mató.

—Pero no tiene antecedentes, al menos que nosotros sepamos. El *software* de la base de datos no lo ha reconocido…

—Parece ruso o… no sé… ¿rumano?, ¿serbio? Podría tener antecedentes fuera de Inglaterra.

—Pero no sabemos su nombre; y eso podría llevar su tiempo —observó Moss.

—Conocemos a una persona que puede saberlo: Linda Douglas-Brown —concluyó Erika—. Ella aparece en ese mismo local, la misma noche.

—¿Deberíamos llevarla a comisaría?

—Poco a poco.

—¿Cómo que «poco a poco»? Está claro que ha ocultado información, jefa.

—Debemos andarnos con mucho cuidado antes de detenerla. Los Douglas-Brown nos echarán a todos los abogados encima en cuanto demos un paso. Al parecer, ya han gastado un montón de dinero para mantener a Linda en el buen camino.

Moss guardó silencio un momento y dijo:

—¿Sabe lo que no le vendría mal a su piso, jefa?

—¿Qué?

—Unas preciosas flores frescas.

—Sí. Debería pasar por una floristería.

42

Jocasta Floristry estaba en Kensington High Street, entre una joyería sofisticada y un edificio de oficinas de granito pulido. El escaparate exhibía una alegre decoración primaveral. Sobre una alfombra de hierba auténtica, había narcisos, tulipanes y azafranes en tonos rojos, rosas, azules y amarillos. Unos cuantos conejitos de Pascua de porcelana reposaban sobre la hierba o asomaban por detrás de grandes setas venenosas o de gigantescos huevos moteados. En la parte delantera, junto al cristal, había una pequeña fotografía de Andrea, sonriendo a la cámara, sobre un cojín de terciopelo rojo.

Moss iba a abrir la puerta de vidrio cuando reparó en un timbre blanco y en un cartelito primorosamente impreso que decía: «LLAME, POR FAVOR».

Erika pulsó el botón. Pasados unos instantes, una anciana bajita, de párpados caídos y con el cabello recogido hacia atrás muy tirante, las escrutó. Era la misma señora que les había abierto en casa de los Douglas-Brown. Al verlas, les hizo gestos para que se fueran. Erika volvió a pulsar el timbre. Advirtieron lo grueso que era el vidrio cuando la puerta se abrió al fin, y oyeron magnificado el sonido del timbre.

—¿A qué viene esto? —les soltó la mujer—. Ya hemos hablado con la policía y tienen a un hombre detenido. ¡Estamos preparándonos para el funeral! —Iba a cerrar otra vez de un portazo, pero Moss sujetó la puerta.

—Nos gustaría hablar con Linda, por favor, si está aquí.

—Ya tienen a un detenido, ¿no? ¿Qué más quieren de la familia? —repitió la mujer.

—Todavía estamos recabando pruebas, señora. Creemos que Linda puede ayudarnos a confirmar ciertos detalles que servirían para lograr una rápida condena —dijo Moss.

La vieja las observó a las dos, paseando sus ojillos de una a otra. La piel de sus caídos párpados, llena de arrugas y de ligeros tics, le recordaba a Erika a un camaleón. Abrió la puerta del todo y se apartó para dejarlas pasar.

—Límpiense en el felpudo —ordenó mirando la mojada acera.

La siguieron por una gran una sala diáfana, decorada enteramente de blanco. Al fondo, una enorme mesa de cristal relucía y cambiaba de color. Las paredes estaban adornadas con fotografías de algunos de los trabajos realizados por Jocasta Floristry: bodas de alta sociedad, lanzamientos de productos… La vieja desapareció por una puerta de la parte trasera. Casi de inmediato, apareció Linda con una brazada de narcisos amarillos. Llevaba una falda negra acampanada y, bajo el delantal blanco, asomaba otro jersey de gatos. Esta vez, un gigantesco gato atigrado de ojos lánguidos.

—Mi madre no está. Se ha quedado en la cama —informó.

Su tono de voz parecía insinuar que la madre se dedicaba a holgazanear. Fue hasta la mesa de cristal, dejó encima los narcisos y se dedicó a reunirlos en manojos.

Erika y Moss la siguieron.

—¿Qué hace usted por aquí, inspectora Foster? Creía que la habían apartado del caso…

—Ustedes deberían saber más que nadie que no han de creer todo lo que sale en la prensa —replicó Erika.

—Sí. Periodistas… Son unas bestias. Uno de los tabloides me describió como una «solterona con cara de torta».

—Créame que lo lamento, Linda.

—¿De veras? —replicó ella clavándoles la mirada a las dos.

Erika inspiró hondo.

—Cuando hablamos la otra vez con usted, le preguntamos si tenía algún dato que pudiera sernos de ayuda. Usted no nos explicó que Andrea tenía un segundo móvil.

Linda continuó agrupando los narcisos.

—Bueno ¿no dice nada? —insistió Moss.

—No era una pregunta, sino una afirmación —adujo Linda.

—Muy bien. ¿Tenía Andrea un segundo móvil? —inquirió Erika.

—No; yo no sabía que lo tuviera.

—Ella denunció que lo había perdido en junio de 2014, pero lo conservó y compró una tarjeta SIM de prepago —añadió Moss.

—¿Y qué? ¿Han venido de parte de la compañía de seguros para investigar un fraude?

—Hemos descubierto sus antecedentes penales, Linda. Tiene usted todo un historial: asalto, robo en tiendas, fraude con tarjetas de crédito, vandalismo… —enunció Erika.

Linda dejó de juntar narcisos y alzó la vista hacia ellas.

—Ese era mi antiguo yo. Ahora he encontrado a Dios —dijo—. Soy una persona distinta. Si miras con atención, te das cuenta de que todos tenemos algo de lo que arrepentirnos.

—¿Y cuándo encontró a Dios? —preguntó Moss.

—¿Cómo dice?

—Bueno, usted todavía está bajo amonestación y causó daños por ocho mil libras en las oficinas de Giles Osborne hace cuatro meses. ¿Por qué lo hizo?

—Estaba celosa. De Andrea, de Giles. Ella había encontrado a alguien. Y como seguro que podrán imaginar, yo todavía estoy buscando.

—¿Qué pensaban Andrea y Giles sobre su acoso?

—Yo me disculpé. Prometí que no volvería a ocurrir e hicimos las paces.

—¿Él también la perdonó por matar a su gato? —cuestionó Moss.

—¡YO NO MATÉ A SU GATA! —gritó Linda—. Jamás haría una cosa así. Los gatos son las criaturas más hermosas e inteligentes que existen… Basta con mirarles a los ojos. Yo creo que tienen todas las respuestas. Ojalá pudiesen hablar.

Erika le lanzó una mirada de advertencia a Moss, para que no fuera demasiado lejos.

La rolliza cara de Linda se ensombreció y, bruscamente, dio un golpe sobre la mesa de cristal.

—¡No lo hice! ¡Y no soy una mentirosa!

—Está bien, de acuerdo —aceptó Moss—. ¿Puede decirnos quién es este hombre que aparece en la fotografía con su hermana? —Colocó junto al montón de narcisos la foto de Andrea con el hombre de pelo oscuro.

—No lo sé —respondió echando un vistazo.

—Mírela bien, por favor —pidió Moss, cogiéndola de nuevo y poniéndosela delante de la cara.

Linda miró la foto y luego a Moss.

—Ya se lo he dicho: no lo sé.

—¿Qué me dice de esta otra? —le preguntó sacando la fotografía de Linda con Andrea—. Esta fue tomada la misma

noche y en el mismo bar. Probablemente, fue él quien la sacó.

Linda volvió a mirar la fotografía y pareció calmarse.

—Verá, agente, usted utiliza la palabra «probablemente» con mucha contundencia. Yo entré en ese bar unos minutos antes de que cerraran para tomar una copa. Había pasado toda la tarde trabajando aquí. Cuando llegué, Andrea estaba sola; quienquiera que hubiera estado con ella ya se había ido. Andrea me esperó para tomar una copa juntas y ponernos al día antes de que empezaran las fiestas navideñas. Ese hombre quizá estuvo allí, pero no al mismo tiempo que yo.

—¿Andrea le habló de él?

—Mi hermana siempre tenía a un montón de tipos detrás cuando salía. Yo accedí a que quedáramos para vernos si me prometía no pasarse la noche hablando de chicos.

—¿A usted no le gustan los chicos?

—«Chicos» —dijo Linda con un bufido—. Dos mujeres inteligentes pueden tomar una copa sin hablar de hombres, ¿sabe?

—¿Cómo se llamaba el bar? —preguntó Erika.

—Humm. Creo que se llama Contagion.

—¿Con quién había ido Andrea?

—Ya se lo he dicho: no lo sé. Ella tenía una colección de amigos que se iban renovando constantemente.

—¿Y dónde estaba Giles?

—Supongo que se habría ido para no verme.

—Porque usted lo estaba acosando, porque había causado destrozos en su oficina y había matado a su… —concluyó Moss.

—¿Cuántas veces tengo que decírselo? ¡Yo no maté a *Clara*! —gritó Linda. Los ojos se le anegaron de lágrimas. Estiró la manga del jersey del gato atigrado y se enjugó los ojos—. *Clara* era… un animal encantador. Me dejaba que la

cogiera en brazos. Y no se lo permitía a la mayoría de la gente. Ni siquiera a Giles.

—Entonces, ¿quién la envenenó?

—No lo sé —murmuró Linda. Sacó del bolsillo del jersey un pañuelo de papel hecho un gurruño y se restregó los ojos con tanto brío que acabó irritándoselos.

—¿Qué nos puede decir de esto? —preguntó Moss colocando sobre la mesa una bolsa transparente de pruebas con la nota que Erika había recibido.

—¿Qué es esto? No, no, no. ¡Yo no sé nada! —exclamó la chica. Las lágrimas arreciaron.

—Creo que Linda ya ha sido bastante complaciente con ustedes —sentenció una voz desde la parte trasera del local. El ama de llaves de los Douglas-Brown se había materializado de pronto y las escrutaba—. Si desean seguir hablando, tal vez podamos concertar un encuentro más oficial, en presencia del abogado de la familia, ¿no?

—Linda, este hombre —dijo Moss dando unos golpecitos a la foto de Andrea con el apuesto tipo de pelo oscuro— es también sospechoso de la violación y asesinato de tres jóvenes de Europa del Este a lo largo de los dos últimos años, así como del reciente asesinato de una mujer mayor.

La joven abrió los ojos de par en par. El ama de llaves extendió el brazo, indicándoles que se fueran.

—Linda, por favor, llámenos si recuerda cualquier cosa, por insignificante que sea —suplicó Erika.

—Una de dos: o no sabe quién es el tipo, o es una mentirosa redomada —concluyó Moss cuando salieron a la calle.

—De todo lo que ha dicho, lo único que creo es lo de la gata. Ella no la mató —dijo Erika.

—Pero no estamos investigando asesinatos de gatos.

—Creo que deberíamos hacerle una visita a Giles Osborne. A ver qué dice de Linda y de estas fotos.

43

—Está completamente loca —dijo Giles Osborne—. Hasta el punto de que me asusta. A mí y a muchos de mis empleados.

Moss y Erika se hallaban sentadas en la oficina de cristal de Giles, desde la que se dominaban los jardines traseros de una hilera de casas adosadas. Un tren pasó traqueteando por detrás de los edificios. A un lado, en un polígono industrial, se alzaban cuatro grandes depósitos de gas relucientes por la lluvia. Parecía absurdo haber construido un edificio tan elegante y sofisticado con unas vistas tan deprimentes.

Daba la impresión de que Giles no había dormido; tenía la cara flácida y demacrada. Erika observó además que había perdido peso en las dos semanas transcurridas desde la aparición del cadáver de Andrea.

—Toda la familia es consciente del problema —prosiguió—. Linda ha sido, al parecer, la oveja negra desde hace muchos años. La expulsaron de todos los colegios en los que estuvo. Cuando tenía nueve años, le clavó un compás a una maestra. La pobre mujer perdió un ojo.

—¿Por tanto, usted cree que tiene problemas mentales? —preguntó Erika.

—De la forma que lo dice, parece más misterioso y exótico de lo que es. Está loca, simplemente. Es una forma de locura aburrida. Pero si añades al cóctel el factor del dinero y de una familia influyente, la cosa se agrava. La cuestión es que esa chica sabe que sus actos no tendrán consecuencias.

—Todavía no —murmuró Moss.

Giles se encogió de hombros.

—Sir Simon siempre está ahí para solucionarlo todo con dinero, o empleando sus influencias… Al final, le compró a la maestra una casa; la mujer vive en la mitad superior y alquila la primera planta. Casi vale la pena perder un ojo, ¿no creen?

Guardaron silencio. Pasó otro tren traqueteando y resonó su pitido.

—Lo siento. No pretendo ser cruel. Estoy organizando el funeral de Andrea. Creía que en estas fechas estaría organizando nuestra boda, nunca se me ocurrió… Linda se encarga de las flores. Se ha empeñado en celebrar la ceremonia en la iglesia que frecuenta, en Chiswick. Y aquí me tienen ahora, mirando la pantalla vacía y tratando de escribir un elogio fúnebre.

—Se ha de conocer bien a alguien para escribir su elogio fúnebre —comentó Moss.

—Sí, es verdad —dijo Giles.

—¿Andrea era religiosa? —preguntó Erika, desviando la conversación de ese terreno peligroso.

—No.

—¿Y David?

—Bueno, si las monjas tuvieran grandes tetas y un buen escote, seguro que sería católico —soltó Giles con una risa seca.

—¿Qué quiere decir?

—Ay, Señor, ¿tiene usted que tomárselo todo al pie de la letra? Era simplemente un chiste. A David le gustan las chicas. Es joven. Es extraordinariamente normal. Ha salido más a su madre que…

—Que Linda —concluyó Moss.

—Sí. Ahora no quedan más que él y Linda —dijo Giles, y se enjugó una lágrima.

—¿Linda va a la iglesia regularmente?

—Sí. Seguro que a Dios no le entusiasma tener que escuchar todas las noches sus retorcidas oraciones.

—¿Linda ha estado aquí muchas veces? —preguntó Erika.

—Vino una vez con Andrea para visitar las oficinas. Y se presentó sola un par de veces.

—¿Eso cuándo fue? —quiso saber Moss.

—En julio y agosto del año pasado.

—¿Por qué vino sola?

—Vino a verme a mí, y enseguida resultó evidente que quería, que quería… Bueno, que quería sexo.

—¿Cómo se lo indicó?

—¿Cómo coño cree usted? —le soltó Giles ruborizándose. Miró alrededor, deseando estar en cualquier otra parte—. Se levantó el jersey, exhibiéndose. Me dijo que no se enteraría nadie.

—¿Y usted qué hizo?

—La mandé a freír espárragos. Aun cuando no hubiera sido la hermana de Andrea, no es exactamente…

—¿Exactamente…?

—Bueno, no es exactamente un bombón, ¿no?

Las dos policías permanecieron calladas.

Giles prosiguió:

—Que yo sepa, no es un crimen considerar a una persona…

—¿Repulsiva? —apuntó Erika.

—Yo no diría tanto —dijo él.

—Y, claro, la situación se puso desagradable. Linda causó desperfectos en estas oficinas y, según los informes, entró en su apartamento y mató a su gata.

—Sí, y no sé… Veo que han leído los informes del caso, ¿no?

Erika y Moss asintieron.

—Me vi en un lamentable dilema con ella. Sir Simon me pidió que retirara la denuncia. ¿Qué podía hacer?

—Siento sacar el tema, Giles, pero ¿sabía que Andrea veía a otros hombres mientras ustedes estaban juntos? —preguntó Erika.

Giles guardó silencio un momento.

—Lo sé ahora.

—¿Y cómo se siente al saberlo?

—¿Cómo coño quiere me sienta? ¡Estábamos prometidos! Yo creía que ella era la mujer de mi vida. Desde luego, le gustaba jugar y coquetear, debería haberme dado cuenta. Pero pensaba que quizá se calmara una vez estuviéramos casados y, sobre todo, cuando empezáramos a perpetuar la especie.

—¿Cuando empezaran a tener hijos? —preguntó Erika.

—Sí. Yo no sabía que se relacionaba con tantos hombres. Fue una idiota al enredarse con ese tipo detestable, Marco Frost, que llegó a asustarla con su obsesión enfermiza. ¿Creen que tienen suficientes pruebas para lograr una condena?

Erika miró a Moss, y dijo:

—Señor Osborne, ¿puedo pedirle por favor que mire esta fotografía? —Colocó sobre la mesa la foto de Andrea con el hombre de pelo oscuro. Él echó un vistazo.

—No. No lo conozco.

—No le he preguntado si lo conocía. Por favor, mírela bien. Fue tomada cuatro días antes de que Andrea desapareciera.

Giles volvió a mirar la fotografía.

—Bueno, ¿qué tengo que mirar? Seguramente era uno de los muchos hombres que le tiraban los tejos.

—¿Y qué hay de esta? ¿O de esta… o de esta otra? —preguntó Erika, colocando ante Giles toda la serie de fotos: Andrea desnuda en la cama con el hombre de pelo oscuro, él mordiéndole el pezón, ella con el pene entre los labios.

—Pero ¿qué están haciendo? —gritó Giles apartando la silla y levantándose anegado en lágrimas—. ¿Cómo se atreven a venir aquí a aprovecharse de mi buena voluntad?

—Señor Osborne, estas fotos estaban en el segundo teléfono móvil de su prometida, que acabamos de recuperar. Tenemos motivos para mostrárselas. Fueron tomadas solo unos días antes de que desapareciera.

Giles se dirigió a la puerta.

—Gracias, agentes, pero yo he venido hoy a mi oficina para recordarla y escribir sobre su vida. Me han pedido que hable en su funeral, ¡y ustedes vienen a mancillar mis recuerdos con unas fotos pornográficas!

Abrió la puerta y les indicó que salieran.

—Señor Osborne, creemos que el hombre que aparece en la foto con Andrea está implicado también en el asesinato de tres chicas de Europa del Este, que trabajaban de prostitutas, y en el asesinato de una mujer mayor. También creemos que Andrea estaba con ese hombre la noche de su muerte —explicó Erika mirando a Moss de reojo.

A Giles no se le escapó el gesto.

—Espere… ¿Y qué pasa con Marco Frost? Yo creía que él era el culpable, ¿no? El comisario jefe Marsh y el subcomisario general Oakley me aseguraron…

—Esta es otra línea de investigación que estamos explorando —afirmó Erika.

—¿Así que no tienen ni idea de quién mató a Andrea? ¿Y sin embargo, vienen aquí a molestarme por una corazonada? Ella era un ser humano con defectos, y tenía sus secretos. Pero lo único que hacía era amar, lo único que quería… —Giles rompió a llorar entrecortadamente. Se tapó la boca con la mano—. Ya no lo aguanto más. ¡Váyanse, por favor!

Erika y Moss recogieron las fotos y salieron, dejando que siguiera llorando a sus anchas.

—¡Ay, joder! —renegó Moss cuando llegaron al coche, que estaba aparcado a unas calles de distancia.

—Eso digo yo —corroboró Erika.

—Jefa, debo informar de todo esto a Sparks, y también a Marsh.

—Ya lo sé. No importa.

Moss la dejó en casa.

A pesar de todo lo ocurrido, de todas las revelaciones, Erika no se sentía más cerca de la verdad. Y sabía muy bien que estaba lejos de conseguir que le devolvieran la placa y la restituyeran en su puesto. Al entrar en el piso y encender la luz, vio su reflejo en la ventana de la sala de estar. Retrocedió hacia el interruptor y apagó la luz. Atisbó por la ventana la calle desierta. Todo estaba tranquilo. En silencio.

44

Durante los dos días siguientes, Moss y Peterson tuvieron que presentarse en el juzgado y prestar declaración por el caso del hombre armado que había entrado en el supermercado de Sydenham. Buena parte del equipo original de investigación sobre la muerte de Andrea había sido destinado a otras tareas, ahora que habían acusado formalmente a Marco Frost. Erika estaba varada en un limbo, esperando que la convocaran a la sesión disciplinaria por mala conducta profesional. Esa misma mañana había recibido una llamada de Marsh.

—Erika, ¿usted y Moss fueron a ver a Linda Douglas-Brown y a Giles Osborne? —había preguntado el comisario jefe.

—Sí, señor.

—He recibido quejas de ambos. Sir Simon amenaza con presentar una denuncia oficial.

«¿De manera que usted les coge el teléfono a ellos, pero no a mí?», habría deseado decir Erika. Se mordió el labio.

—Señor, yo estaba allí como asesora de Moss. En ninguno de ambos casos me pidieron que mostrara mi identificación.

—Déjelo ya, Erika.

—Señor, ¿está al corriente de que hemos recuperado el segundo móvil de Andrea?

—Sí, estoy al corriente. Moss presentó un informe.

—¿Y?

—Y resulta que usted retuvo información: la nota que recibió.

—Pero la nota, señor…

—La nota podría proceder de muchas fuentes. Piense en sus colegas de Mánchester. Todavía existe mucha animadversión hacia usted… —Marsh se interrumpió—. Perdone. Eso es injusto… Erika, creo que debe dejar este asunto.

—¿Qué? ¿Usted ha visto las fotos, señor?

—Sí, he visto las fotos y he leído atentamente el informe de Moss. Aunque no dejo de oír su voz al leerlo. Pero ese informe todavía no demuestra nada. No tiene usted base para probar que esa… persona, sea quien sea, estuvo implicada en los asesinatos de Andrea o de Ivy Norris.

—O de Tatiana, Karolina y Mirka, ¿no?

—Lo que ha logrado hasta ahora ha sido cabrear a un montón de gente y manchar la memoria de Andrea Douglas-Brown.

—Pero, señor, yo no saqué esas fotos que ella…

—¡Ella tenía otro móvil en secreto, por el amor de Dios! Todo el mundo tiene secretos.

—Entiendo que esta conversación es extraoficial, ¿no?

—Sí, Erika. Y debo recordarle que usted también es extraoficial. Está suspendida. Vamos, sea sensata. Disfrute de su paga completa. Sé de buena tinta que si pasa desapercibida y mantiene la boca cerrada, será restituida en su puesto el mes que viene.

—Pasar desapercibida ¿hasta cuándo? ¿Hasta que Marco Frost acabe pagando por algo que no hizo?

—Sus órdenes son…

—¿Las órdenes de quién? —dijo ella interrumpiéndolo—. ¿De usted, del subcomisario general Oakley o de sir Simon?

Marsh se quedó callado un momento.

—Mañana es el funeral de Andrea Douglas-Brown. No quiero verla allí. Y no quiero enterarme de que ha estado husmeando en ninguna otra parte. Y cuando esto termine, suponiendo que sea restituida en su puesto, me ocuparé de que la trasladen a otra comisaría lo más lejos posible. ¿Me expreso con claridad?

—Sí, señor.

Marsh colgó. Erika se arrellanó en el sofá, furiosa. Maldijo a Marsh y, sobre todo, se maldijo a sí misma. ¿Había perdido un tornillo? ¿Se le había agotado el instinto?

No. Nada de eso.

Se fumó un cigarrillo y fue a escoger algo adecuado para un funeral.

45

Erika se despertó antes del alba y se sentó con un café y un cigarrillo junto a la ventana de la sala de estar. El día se presentaba plagado de obstáculos. Debería sortearlos con el máximo cuidado. Se duchó. Al salir del baño, tocadas las nueve, el cielo estaba de un tono gris azulado. Pensó que no era justo tener que asistir al funeral de una persona tan joven. Quizá por eso el día protestaba y se negaba a comenzar.

Había buscado en la maleta algo adecuado para el funeral de Andrea, y se había dado cuenta de que la mayor parte de su guardarropa era adecuado para un funeral. Al fondo de la maleta, encontró el elegante vestido negro que había lucido hacía poco más de un año en una fiesta navideña organizada por la policía de Mánchester. Recordaba con toda claridad aquella noche, y también la relajada tarde que la precedió. Ella y Mark habían hecho el amor, y luego él le había preparado un baño, echando en el agua humeante su aceite de sándalo favorito. Mark se había sentado junto a la bañera y habían estado charlando y bebiendo vino mientras ella disfrutaba del agua perfumada. Al llegar el momento de ponerse el vestido, le había parecido que le quedaba demasiado ajustado y había dicho

que estaba gorda. Él la había abrazado por la cintura y la había atraído hacia sí, diciéndole que estaba perfecta. Erika había acudido a la fiesta sintiéndose orgullosa por ir del brazo de él, y experimentando la cálida sensación de ser amada y de tener a alguien especial en su vida.

Ahora, al ponerse el vestido frente al diminuto espejo de la habitación, vio que colgaba holgadamente en torno a su delgada figura. Cerró los ojos y trató de imaginarse que tenía a Mark a su lado, estrechándola entre sus brazos. No consiguió evocar la sensación. Estaba sola. Abrió los ojos y miró su reflejo.

—No puedo hacer esto sin ti. La vida… Todo… —murmuró.

Mentalmente, oyó las palabras que Mark solía decirle cuando le parecía que ella exageraba demasiado: «Anda, bájate de la cruz, ¡que necesitan la madera!».

Se echó a reír, pese a las lágrimas.

—Debería calmarme, ¿verdad? —musitó.

Se enjugó los ojos y cogió el neceser de maquillaje, que no tocaba desde hacía meses. No era una gran aficionada a pintarse, pero se aplicó un poco de base de maquillaje y pintalabios, y se contempló. Se había estado preguntando por qué quería ir al funeral, desafiando una vez más a sus superiores. Lo iba a hacer por Andrea, por Karolina, Mirka y Tatiana.

Y por Mark. Igual que en el caso de esas chicas, nunca habían detenido al que lo había matado.

La iglesia de Our Lady of Grace and St. Edward, en Chiswick High Road, era un sombrío edificio de aspecto industrial. La construcción, cuadrada y de ladrillo rojo, resultaba más adecuada para una depuradora de aguas que para un templo religioso. En su elevada y sencilla torre tañía una

campana, pero el tráfico seguía pasando de largo con indiferencia. Un coche fúnebre, cuyas ventanillas traseras estaban ocultas por un arcoíris de flores, relucía bajo la luz grisácea de la mañana. Erika esperó en la acera opuesta de Chiswick High Road, observando cómo desfilaba la gente.

En la penumbra de la entrada distinguió a Simon, Giles y David. Llevaban traje negro y estaban repartiendo el recordatorio de la ceremonia. Los asistentes iban bien vestidos y eran mucho mayores que Andrea. Mientras Erika observaba, tres antiguos miembros del gobierno de Tony Blair bajaron de un Mercedes impecable y fueron calurosamente recibidos por sir Simon en la entrada de la iglesia. A cierta distancia, apostados en la acera, había un grupito de fotógrafos autorizados a asistir al funeral. El chasquido de sus cámaras sonaba casi de forma respetuosa.

Era una noticia que no requería preparativos ni montajes especiales. Una chica había muerto, todavía demasiado joven, y la gente estaba ahí para expresar su dolor. Pero este no era el último capítulo de la historia. Marco Frost sería sometido a juicio en los próximos meses, y seguro que los sórdidos detalles de la vida y la muerte de Andrea volverían a ser debatidos en una especie de refrito final. Por ahora, sin embargo, esto era un punto y aparte; la conclusión de una fase.

Un lujoso BMW se detuvo junto al bordillo. Marsh y Oakley salieron del coche, vestidos con traje negro. Marcie y la esposa de Oakley, una mujer elegante de mediana edad, también se apearon, igualmente de negro, y los siguieron. En la entrada, se detuvieron para hablar con Simon y Giles, y abrazar a David, que parecía especialmente vulnerable pese a ser más alto que Giles y que su padre.

Los últimos deudos en llegar fueron lady Diana, Linda y la anciana de los párpados caídos. Una limusina se detuvo junto a la acera; Linda salió precipitadamente y rodeó el

vehículo para ayudar a su madre a bajar por el otro lado. Tanto Diana como la vieja ama de llaves, cuyo nombre Erika todavía ignoraba, parecían extremadamente delgadas y elegantes con su ropa de luto. Linda iba con un informe vestido negro y una chaqueta de lana oscura, y lucía un gran crucifijo de madera colgado del cuello. Llevaba el pardusco pelo arreglado, aunque parecía que le hubieran puesto un cuenco en la cabeza y le hubieran ido recortando las puntas alrededor. No se había maquillado, e incluso, a pesar del frío, daba la impresión de que sudaba. Los fotógrafos se interesaron particularmente por ellas y dispararon los *flashes*. Diana y la anciana bajaron la cabeza; Linda, en cambio, miró desafiante a las cámaras. Erika aguardó todavía unos minutos hasta que tuvo la impresión de que todos los allegados habían entrado, y se coló con sigilo en la iglesia.

Se sentó en el extremo de un banco de atrás. La iglesia estaba abarrotada. Un ataúd de madera bellamente trabajada, cubierto de flores blancas esparcidas, reposaba sobre un plinto frente al altar. Los Douglas-Brown ocuparon el primer banco. Mientras las notas del órgano se iban acallando y toda la iglesia enmudecía, Erika observó que Diana volvía una y otra vez la cabeza. El cura, revestido con una almidonada túnica blanca, se situó ante el altar; parecía que esperaba la señal para dar comienzo a la ceremonia. Simon, sin embargo, hizo un gesto negativo con la cabeza; se inclinó bajo el ala del enorme sombrero de Diana y dio la impresión de que ambos deliberaban. Linda se inclinó por el otro lado y se sumó a la discusión. Erika dedujo de qué estaban hablando: faltaba David en el banco de la familia. Linda se levantó, salió a la nave central y, frente a toda la concurrencia, a unos pasos del ataúd de Andrea, hizo una

llamada con su móvil. El cura esperaba con manifiesta incomodidad. Linda dijo unas palabras y se cortó la llamada. Volvió a marcar el número, mostrándole el móvil a su padre.

—Linda… ¡Linda! —masculló Simon, indicándole que se acercara. Ella resopló y se resistió un momento, pero al fin cedió y se le acercó. Douglas-Brown cogió el móvil y se puso a hablar acaloradamente. La inspectora no oía lo que decía, pero su tono airado resonaba por todo el templo, y la gente se inquietaba en los asientos, incómoda. La escena se desarrollaba de forma embarazosa ante el reluciente ataúd cubierto de flores. El murmullo de Simon se interrumpió de golpe. Erika estiró el cuello para ver qué ocurría.

Desde su banco, situado casi en la entrada, oyó el sonido amortiguado de un móvil. Simon se levantó y se fue a la parte lateral, con el teléfono pegado al oído. Erika se puso en pie sin ruido y salió del templo.

Las casas y las tiendas de alrededor dejaban el espacio justo para el patio y para una estrecha franja de losas que bordeaba un lado de la iglesia hasta el muro posterior. David se hallaba junto a ese muro con un cigarrillo apagado entre los dientes. Erika vio que guardaba el móvil en el bolsillo de la chaqueta. Se aproximó lentamente.

—¿Quiere fuego? —dijo sacando sus cigarrillos y un mechero.

Él la estudió un segundo y se inclinó sobre el mechero, protegiendo la llama con las manos y dando furiosas chupadas hasta que el extremo del cigarrillo brilló con intensidad. Erika se encendió uno también y dio una larga calada.

—¿Se encuentra bien? —preguntó mientras guardaba el tabaco en el abrigo. David estaba extremadamente delgado; se le veían las mejillas hundidas, la piel amarillenta y un brote de acné bajo los pómulos. Aun así, su rostro

seguía siendo hermoso. Tenía los mismos ojos castaños y los labios carnosos de Andrea.

Miró a Erika de soslayo y se encogió de hombros.

—¿Cómo es que no está ahí dentro? —le preguntó ella.

—Es todo una mamarrachada… Mis padres se han empeñado en montar esta pretenciosa ceremonia, que no tiene nada que ver con lo que era Andrea. Ella podía ser una golfa, una chica grosera y ruidosa, y con la capacidad de concentración de una mosca. Pero tenerla cerca era una maravilla, una auténtica diversión. Detesto la frase que la gente usa en estos casos, eso de que «iluminaba una habitación con su presencia»; está demasiado trillada, pero en su caso era totalmente cierta. Dios mío, ¿por qué habrá tenido que ser Andrea y no Lin…? —Se interrumpió. Pareció avergonzado.

—¿Linda?

—No, no quería decir eso. Aunque Linda está tan desesperada por llamar la atención que quizá le haría ilusión ser brutalmente asesinada. Tendría algo más interesante que escribir en su página de Facebook, en vez de: «Trabajo como florista y me gustan los gatos…». —Se echó a llorar—. Mierda, mierda, mierda. Me había jurado que no usaría esto —dijo sacando un paquetito de pañuelos.

—Escuche, David. Si no entra ahí, se arrepentirá. Hágame caso, necesita una conclusión para seguir adelante, un final. Es otra expresión trillada, ya lo sé.

David se sonó y sacó otro pañuelo del paquete.

—¿Usted por qué está aquí? —preguntó.

—He venido a presentar mis últimos respetos.

—Mis padres la culpan de todo cuanto ha salido en la prensa.

—¿Y usted qué opina?

—Creo que Andrea siempre fue honesta. Le gustaba salir con tipos, le encantaba el sexo.

—¿Y qué me dice de Giles?

—Él quería una esposa-trofeo. Una pura sangre para añadir al cóctel genético. En su familia ha habido demasiados matrimonios entre primos. Habrá notado que es un poco monstruito…

—¿Cómo?

—Raro.

—Ah, ya.

—Perdón, estoy haciendo el imbécil…

—Tiene todo el derecho, hoy más que nunca.

—Sí, y ahora ya tienen al asesino. Marco Frost.

Erika siguió fumando sin decir nada.

—Usted no cree que él sea el asesino, ¿verdad?

—¿Cómo lo lleva su madre? —preguntó Erika.

—Si quiere cambiar de tema, escoja una pregunta menos estúpida. Aunque usted no me parece nada estúpida —dijo David, y dio una calada al cigarrillo.

—De acuerdo —aceptó Erika sacando una copia de la foto de Andrea con el tipo de pelo oscuro—. ¿Ha visto alguna vez a este hombre?

—Qué forma tan sutil de plantearlo.

—David, por favor. Es importante —dijo Erika mirándolo directamente. Él cogió la foto y se mordió el labio.

—No.

—¿Seguro?

—Sí.

—Linda también estaba allí esa noche.

—Pues yo no.

—No puedo creerlo —dijo una voz detrás de ellos.

Erika se giró y vio a Simon cruzando el patio. Había ladeado la cabeza y sus ojos castaños relucían de furia. Diana lo seguía vacilante debido a sus altos tacones; el sombrero y las gafas oscuras apenas dejaban ver su expresión.

—¿Es que no tiene ningún respeto? —dijo, encarándose directamente con Erika y acercándosele mucho. Ella no quiso dejarse intimidar y le devolvió la mirada.

—David, ¿por qué estás aquí fuera? —inquirió Diana al llegar junto a ellos, con voz temblorosa.

—Estaba preguntándole a David si ha visto a este hombre. Un hombre que yo creo… —dijo Erika.

Simon le arrancó la fotografía de la mano, la estrujó con saña y arrojó la bola al suelo. Sujetó del brazo a la inspectora y la arrastró por el patio.

—Estoy más que harto de que se entrometa en mis asuntos, joder —gritó. Erika intentó zafarse, pero él la sujetaba con fuerza y siguió arrastrándola hacia la calle.

—Lo estoy haciendo por ustedes, por Andrea… —protestó ella.

—No. Lo está haciendo para progresar en su sórdida carrera. Si la vuelvo a sorprender cerca de un miembro de mi familia, pediré una orden de alejamiento. ¡Mi abogado me ha dicho que tengo motivos suficientes!

Llegaron junto al bordillo en el preciso momento en que pasaba un taxi. Simon alzó el brazo y, cuando el coche se detuvo frente a ellos, abrió la portezuela y metió dentro de un empujón a Erika, que se golpeó la cabeza contra el marco.

—Llévese lo más lejos posible a esta hija de puta —le gritó al taxista, y le lanzó un billete de cincuenta libras.

La inspectora lo escrutó a través de la ventanilla. Los ojos de Douglas-Brown todavía echaban chispas.

—¿Se encuentra bien, cielo? —preguntó el taxista mirándola por el retrovisor.

—Sí. Arranque.

Mientras el taxi se incorporaba al tráfico, Erika observó a Simon, que continuaba fulminándola con la mirada desde la

acera. David se dirigía a regañadientes hacia la entrada de la iglesia, llevando del brazo a su madre.

Erika se masajeó por encima de la ropa la zona donde la había sujetado Simon con tanta fuerza. Aún le dolía.

46

Unas horas más tarde, Erika acudió al crematorio Brockley.

Estaba en una callecita residencial, un poco apartado de la avenida principal. Como no quedaba lejos de su casa, había ido a pie. Recorrió el sinuoso sendero, flanqueado por grandes árboles de hoja perenne, y vio al sargento Woolf ante la puerta de cristal del crematorio. Woolf llevaba un traje mal ajustado, y el frío le había enrojecido las mejillas.

—Gracias por venir, jefa —dijo.

—Ha sido buena idea —respondió Erika, y lo cogió del brazo mientras entraban. La capilla era agradable, aunque un tanto anodina. Las cortinas y la moqueta roja estaban descoloridas, y los bancos de madera muy desgastados.

Delante, junto al altar, había un pequeño ataúd de cartón colocado sobre una base de paneles de madera que, observando atentamente, era en realidad una cinta transportadora.

Una asistenta social india de mediana edad se hallaba sentada en la primera fila con los tres nietos de Ivy. Los habían aseado a conciencia; las dos niñas llevaban vestidos azules a juego y el niño, un traje algo grande para él. Miraron a Erika y a Woolf con el entrecejo fruncido y el mismo recelo que reservaban para todo el mundo. Había

otras tres personas sentadas al fondo de la capilla: la mujer gruesa que la inspectora había visto en el pub con Ivy, una mujer de aspecto severo, flaca y rubia, aunque se le apreciaban unas considerables raíces oscuras, y, sentado detrás de ellas, el dueño de The Crown. Él llevaba el pelo rubio cobrizo bien repeinado y se había puesto un traje elegante, pero su físico resultaba igual de imponente. Mientras ella y Woolf ocupaban unos asientos cerca de la puerta, el tipo saludó a Erika con un gesto.

Un sacerdote se puso de pie y empezó a oficiar una ceremonia impersonal pero respetuosa, llamando a Ivy todo el rato «Ivy Norton». Animó a los presentes a recitar el Padrenuestro; Erika vio con sorpresa que Woolf se levantaba, pasaba junto a ella y, cruzando la capilla, se situaba ante un atril. Sacó unas gafas de lectura, inspiró hondo y recitó:

> Cuando me haya ido, déjame marchar.
> Tengo que ver y hacer muchas cosas,
> no debes atarte a mí con demasiadas lágrimas,
> sino sentirte agradecido por todos los años que tuvimos.
>
> Yo te di mi amor, y tú apenas puedes imaginarte
> cuánta felicidad me has dado a mí.
> Gracias por el amor que me demostraste,
> pero ha llegado la hora de que siga mi camino.
>
> Así que apénate un tiempo, si has de apenarte,
> pero luego deja que la pena se convierta en confianza.
> Como solo hemos de estar separados algún tiempo,
> conserva en tu corazón todos los recuerdos.
>
> Yo no estaré lejos, porque la vida continúa.
> Y si me necesitas, llámame.
>
> Aunque tú no puedas verme o tocarme, estaré a tu lado.
> Y si escuchas con el corazón, oirás
> cómo te envuelve mi amor suavemente.

Después, cuando vengas tú solo por este camino,
te recibiré con una sonrisa y te daré la bienvenida.

Cuando Woolf concluyó, Erika estaba llorosa y casi enojada. Leer ese texto había sido un gesto hermoso y conmovedor, pero ella no esperaba más que asistir a un funeral, a un ritual triste pero inevitablemente tedioso. La lectura de Woolf la había conmovido profundamente y trasladado a un terreno que no quería pisar. Cuando el sargento volvió a su sitio y la vio llorando, le dirigió un gesto incómodo y se dirigió hacia la puerta. En ese momento sonó una música y el ataúd de Ivy fue arrastrado hacia la cortina del fondo, que se abrió con un zumbido y volvió a cerrarse.

Al salir, Woolf la estaba esperando frente a la entrada, junto a un círculo de parterres vacíos.

—¿Todo bien, jefa?

—Sí, muy bien. El poema era precioso.

—Lo he encontrado en Internet. Se titula *A los que quiero y a los que me quieren*, de autor anónimo. Me pareció que Ivy se merecía algo para despedirla —explicó, medio avergonzado.

—¿Vienen al velatorio? —dijo una voz. Se giraron y vieron que era el dueño de The Crown.

—¿Hay velatorio? —preguntó Erika.

—Bueno, unas copas. Ivy era clienta habitual.

La inspectora cruzó la mirada con las dos mujeres, la gruesa y la flaca, que estaban fumando bajo un árbol de los pequeños jardines del crematorio.

—Un momento, vuelvo enseguida —dijo.

Sacó del bolso la copia de la foto de Andrea con el hombre de pelo oscuro y caminó hacia ellas.

—Hay que tener poca vergüenza —soltó la mujer gruesa al verla acercarse.

—Debo preguntárselo… —musitó Erika.

La mujer echó la cabeza atrás y le escupió en la cara.

—¡Hay que tener poca vergüenza para venir aquí a derramar lágrimas de cocodrilo cuando, prácticamente, ha sido usted la que ha matado a Ivy, zorra!

Dicho esto, se largó con paso airado, dejando sola a la rubia andrajosa con Erika, que estaba consternada.

—Sí. Y nosotras no sabemos nada —le dijo la rubia echando un vistazo a la foto, y siguió a su compañera.

Erika buscó un pañuelo en el bolso y se limpió la cara.

* * *

Al regresar a la entrada, vio que Woolf se había ido. El dueño del pub, en cambio, la estaba esperando.

—Su compañero ha recibido una llamada y ha tenido que irse —dijo—. ¿Le apetece un trago?

—¿De veras quiere que vaya a su pub, a pesar del jaleo que se armó la última vez?

—¡Ay, qué sé yo! Está visto que me atraen las rubias difíciles. —Sonrió encogiéndose de hombros—. Vamos, me lo debe. La saqué de un buen aprieto.

—Por muy tentador que sea ligar en un velatorio… lo lamento, pero debo irme.

—Como quiera —replicó él—. ¿Es a este hombre al que anda buscando? ¿A George Mitchell?

Erika se detuvo en seco.

—¿Qué?

—Esa foto —dijo el tipo—. ¿Qué ha hecho George ahora?

—¿Usted conoce a este hombre?

Él se echó a reír.

—Sí, lo conozco. Aunque no lo considero un amigo.

Ella sostuvo la foto para que la viese bien, y preguntó:

—¿Este hombre se llama George Mitchell?

—Sí. Y empieza usted a preocuparme. Él no es una persona con la que convenga hacer el idiota. Esto no saldrá de aquí, ¿no?

—No. ¿Sabe dónde vive?

—No, y esto es lo único que voy a decir. No sé nada más. Yo no he hablado con usted, ¿de acuerdo? Lo digo en serio.

—Sí, de acuerdo.

La charla para ir a tomarse un trago había quedado olvidada. Erika lo vio salir del crematorio, subir a su coche y alejarse. Ella echó un vistazo al bajo edificio y a los jardines primorosamente cuidados. Una columna de humo negro salía de una larga chimenea.

—Adelante, Ivy. Ya puedes volar en libertad —dijo Erika con excitación—. Creo que acabo de encontrar al hijo de puta que te ha hecho esto.

47

Acababan de dar las diez de la noche. Erika había dejado varios mensajes a Moss, a Peterson, a Crane e incluso a Woolf. Primero había llamado a Lewisham Row, pero ya que no había encontrado a nadie disponible, les había ido dejando mensajes en sus respectivos móviles.

No sabía si todavía estarían trabajando, aunque suponía que, a diferencia de ella, debían de tener una vida social fuera del trabajo. Al volver del funeral, había entrado en el café y buscado a George Mitchell en Internet, pero no había encontrado nada sobre el George Mitchell que le interesaba.

Ya en casa, fue a la nevera a servirse otra copa de vino y vio que la botella estaba vacía. De repente se sintió cansada. Le hacía falta dormir.

Apagó la luz de la cocina, entró en el baño y se dio una larga ducha con el agua muy caliente. Al salir, la mezcla de aire frío y de vapor acumulado le produjo cierta irritación. Echaba de menos el lujoso baño de su casa, que ahora estaba alquilada; la echaba de menos en general: el mobiliario, su antigua cama, el jardín… Intentó poner en marcha el ventilador, de nuevo sin resultado, y restregó el espejo con la mano para quitar el vapor. Decidió que si a la

mañana siguiente nadie había respondido, haría una visita a la comisaría de Lewisham Row.

Al meterse en la cama, volvió a probar si encontraba a Peterson o bien a Moss. Les dejó mensajes a ambos, repitiendo que sabía cómo se llamaba el hombre de la fotografía. Por fin, frustrada y enojada, apagó la luz.

* * *

A medianoche, dormía apaciblemente. Los pasajeros del último tren ya habían pasado caminando frente al edificio y la calle estaba en completo silencio. El tenue resplandor de las farolas se derramaba por la sala de estar e iluminaba la pared trasera del baño. Mientras dormía, se dio la vuelta y acomodó la cabeza sobre la almohada. No oyó el ruido del ventilador en el baño al saltar de la pared, ni el traqueteo que producía al oscilar colgando del cable.

Despertó bruscamente de un profundo sopor sin sueños. Estaba todo oscuro, y los dígitos rojos del reloj de la mesilla marcaban las 00:13. Alisó bien la almohada; ya se había dado la vuelta para seguir durmiendo cuando oyó un leve crujido. Contuvo el aliento. Volvió a sonar el crujido. Transcurridos unos segundos, oyó un rumor de papeles en la sala de estar y el ruido de un cajón al abrirse lentamente. Recorrió la habitación con la vista buscando un arma: algo que pudiera servirle para defenderse.

No había nada. Reparó en la lamparilla. Era de metal, y bastante pesada, como un pequeño candelabro. Lenta y sigilosamente, sin apartar los ojos de la puerta, se inclinó junto a la cama y sacó el enchufe. Conteniendo el aliento,

enrolló el cable en torno a la base de la lámpara; entonces oyó un leve crujido detrás de la puerta de su habitación.

Con la lámpara en la mano, se levantó de la cama sin ruido. Oyó que el crujido se alejaba por el pasillo, más allá de la puerta. Se detuvo a escuchar. Silencio. Se acercó con cuidado al rincón donde estaba el móvil en el suelo cargándose y lo encendió, lamentándose por no tener uno fijo instalado. Oyó otro crujido. Esta vez provenía del baño. En parte deseaba que el intruso se diera cuenta de que no había nada de valor y se marchara. De pronto, mientras se acercaba a la puerta procurando desplazar los pies descalzos por el suelo de madera con mucho cuidado, el móvil emitió el tono de inicio, que resonó ruidosamente en medio del silencio.

«¡Mierda! ¡Qué error tan idiota, joder!». El corazón le palpitaba acelerado. Hubo un silencio, a continuación un ruido de pasos acercándose a la habitación. Pasos contundentes, resueltos, ya sin sigilo, sin temor a alertarla.

Todo sucedió de repente: la puerta se abrió de una patada, y una figura vestida de negro de pies a cabeza se abalanzó sobre ella y la agarró de la garganta con una mano enguantada de piel también negra. En los orificios del pasamontañas, relucían unos ojos oscuros. A Erika le asombró el vigor de la mano; sintió que le aplastaba la garganta y la tráquea. Con el impacto de la puerta, la lámpara se le había escapado de la mano y había caído sobre la colcha. Sin soltarle la garganta, la figura la empujó hacia atrás hasta tumbarla encima de la cama.

Ella le lanzó una patada, pero su atacante se ladeó hábilmente y, esquivando el golpe, le inmovilizó las piernas con la cadera. Intentó alzar las manos para agarrar el pasamontañas, pero la figura se cubrió y le clavó los codos en los antebrazos para que no pudiera moverlos.

Ahora el intruso empleó ambas manos para apretarle el cuello. No podía respirar, no podía hacer nada. Notó que babeaba con la boca abierta y que la saliva le resbalaba por la barbilla. Parecía que toda la sangre se le había acumulado en el rostro, y aquellas manos seguían apretando y apretando. Apretaban con tal fuerza que tenía la sensación de que la cabeza iba a explotarle antes de morir asfixiada. Su atacante actuaba sin ruido, con mucha calma, respirando regularmente, con los brazos temblorosos por el esfuerzo para mantener la presión.

El dolor se había vuelto insoportable; los pulgares se le hundían en la tráquea, estrujándosela. Su visión se llenó de puntos negros que crecían y se extendían.

Entonces sonó el timbre de la entrada. La tenaza sobre el cuello de Erika se intensificó y la escasa visión que le quedaba empezó a desvanecerse. Volvió a sonar el timbre, ahora más rato. Sonó un golpe en la puerta. Oyó la voz de Moss.

—¿Está ahí, jefa? Perdone que venga a estas horas, pero tenemos que hablar…

Iba a morir, lo sabía. Se sentía totalmente derrotada. Flexionó los dedos, notó que la lámpara estaba casi al lado. La vista se le inundaba de oscuridad. Reunió las fuerzas que le quedaban y empujó la lámpara con los dedos; se movió un poco. Moss llamó una vez más. Erika empleó sus últimas energías y le dio otro empujón a la lámpara. Esta vez se escurrió por el borde y cayó al suelo con estrépito. La bombilla se hizo añicos.

—¿Jefa? —gritó Moss, volviendo a aporrear la puerta—. ¿Jefa, qué ocurre? ¡Voy a echar la puerta abajo!

De repente la tenaza se aflojó en el cuello de Erika, y la figura salió corriendo de la habitación.

Ella permaneció tendida, dando arcadas, intentando aspirar a pesar de la garganta dolorida para llenarse de aire

los pulmones. Sonó un topetazo en la puerta. Moss estaba tratando de tirarla abajo. Erika jadeó, entre toses y arcadas. Apenas le llegaba el oxígeno suficiente; su visión volvió a oscurecerse. Con un esfuerzo sobrehumano, reptó hasta el borde de la cama y se fue al suelo. Notó que los pedazos de cristal de la bombilla se le clavaban en el antebrazo. Gateó trabajosamente hacia la puerta, ya sin importarle si el intruso seguía allí o no.

Se oyó un topetazo aún más brutal en la puerta, que Moss estaba embistiendo con el hombro. Al tercer intento, la madera se astilló con un crujido y la puerta se abrió de golpe.

—¡Dios mío, jefa! —gritó Moss corriendo hacia ella.

Erika, caída en el suelo, seguía dando arcadas y agarrándose la garganta. La sangre le chorreaba por el brazo y le había manchado la barbilla y el cuello. Tenía la cara de color gris. Se sentó, apoyándose en la jamba.

—¡Joder, jefa! ¿Qué ha pasado?

—Sangre… el brazo —graznó Erika—. Había… alguien…

48

Moss se apresuró a pedir refuerzos y, en unos minutos, el piso de Erika rebosaba de agentes. Enseguida llegó un grupo de la científica y le tomó muestras de las uñas y del cuello; le dijeron que iban a necesitar que se quitara toda la ropa.

La vieja de enfrente se había negado a abrirle a Moss, pero al ver a la policía, a los enfermeros y los forenses yendo y viniendo por la escalera, cambió de actitud y los dejó pasar.

A Erika, vestida con un mono blanco, la habían sentado en el pequeño sofá del salón de la vieja mientras ellos registraban su piso a fondo. Ahora todas sus cosas formaban parte de una escena criminal. Aparecieron dos enfermeros y le vendaron el brazo. En una jaula colgada en lo alto de la pared saltaban y picoteaban dos periquitos.

—Ay, querida, ¿quiere una taza de té? —ofreció la vieja, al tiempo que los enfermeros, un hombre y una mujer, examinaban a la inspectora.

—No creo que un té caliente sea buena idea —dijo el hombre.

Erika se vio reflejada en el gran espejo de marco dorado que había sobre la repisa de la chimenea: un espejo

inclinado para mostrar toda la sala de estar. Tenía la garganta y el cogote hinchados, donde se apreciaban unos verdugones de intenso color rojo; se le veían los ojos irritados y llorosos, así como una mota sanguinolenta en el extremo del izquierdo.

—Se le ha reventado un vaso del ojo izquierdo —le confirmó el enfermero, enfocándoselo con una linterna de bolsillo—. ¿Ahora puede abrir la boca, por favor? Le va a doler, pero tiene que abrirla al máximo.

Ella tragó con dificultad y abrió la boca.

Él enfocó la garganta con la linterna.

—Muy bien, así. Ahora manténgala bien abierta y haga como si diera un suspiro…

Lo intentó, pero le dieron arcadas.

—Está bien, tranquila… No veo signos de fractura laríngea, ni de edema del tracto respiratorio superior.

—Eso es bueno, ¿no? —dijo Moss, apareciendo en el umbral. El enfermero asintió.

—¿Qué tal una bebida fresca? Tengo licor de grosella en la nevera —sugirió la vieja, que permanecía de pie enfundada en una larga bata y con un montón de rulos azules bajo una redecilla.

—Solo un poco de agua —dijo la enfermera—. ¿Tiene alguna otra herida? Aparte de la del brazo —añadió mirando a Erika. Ella negó con la cabeza, haciendo una mueca de dolor.

—Quédese ahí quieta, jefa. Voy a hablar con el equipo que está registrando su piso —dijo Moss, y salió.

—Nosotros esperaremos abajo; tendremos que ponerle unos puntos en el brazo —indicó la enfermera, que le había aplicado de momento un vendaje a presión. Erika asintió; ellos cerraron el maletín de primeros auxilios y también salieron.

La vieja reapareció con un vasito de agua. La inspectora lo cogió, agradecida, y dio un sorbo con cautela. Tosió y se atragantó, y la mujer se apresuró a ofrecerle un pañuelo de papel.

—Vuelva a probarlo, querida; pero con sorbitos muy pequeños —dijo poniéndole el pañuelo bajo la barbilla. Ella logró dar un sorbo, pero la garganta le escocía.

La mujer prosiguió:

—En este barrio, cuando yo vine en 1957, nos conocíamos todos. Podías dejar la puerta abierta; éramos una comunidad de verdad. Pero hoy en día… No pasa una semana sin que te enteres de un robo o un asalto… Ya ve que tengo rejas en todas las ventanas. También tengo una alarma personal —explicó señalando un botoncito rojo que llevaba colgado del cuello.

Sonó un golpe en la puerta de la casa. La vieja se levantó y regresó enseguida.

—Hay un hombre negro y alto que dice que es agente de policía —dijo, recelosa.

Peterson entró tras ella.

—¡Por Dios, jefa! —exclamó él.

Erika sonrió débilmente.

—¿Usted es su jefa? —le preguntó la mujer.

Ella asintió encogiéndose de hombros.

—¿O sea que es una mujer policía?

—Es inspectora jefe —le corrigió Peterson. Y dirigiéndose a Erika, añadió—: Hay un montón de agentes practicando interrogatorios puerta por puerta, pero nada… El intruso se ha escabullido.

—Dios mío —dijo la vieja—. ¡Y pensar que esto le ha pasado a una inspectora jefe! ¿Qué será de nosotros? El atacante, sea quien sea, no debe temer a nadie. ¿Y usted qué es? —le preguntó a Peterson.

—Soy agente de policía.

—Sí, querido; pero ¿con qué grado?

—Inspector —dijo Peterson.

—¿Sabe a quién me recuerda? ¿Cómo se llama ese programa del policía negro?

—*Luther* —dijo él, procurando no mostrar su irritación.

—Ah, eso. Luther. Es muy bueno. ¿No le han dicho nunca que se parece un poco a él?

A pesar de todo lo ocurrido, Erika sonrió.

—Suele decírmelo la gente como usted.

—Ah, gracias —se alegró la vieja sin captar el sentido de sus palabras—. Yo procuro ver las series de calidad; no esos *reality shows* o como se llamen. ¿Qué grado tiene Luther?

—Creo que es inspector jefe. Oiga…

—Bueno, si él ha podido, usted también puede —observó la vieja, dándole unas palmaditas en el brazo.

—¿Nos disculpa un minuto, por favor, señora? —solicitó Peterson. La mujer asintió y salió de la sala. Él puso los ojos en blanco. Erika trató de sonreír, pero le dolía todo.

—¡Por Dios, jefa! Lo siento mucho. —Peterson sacó el cuaderno y buscó una página en blanco—. ¿Le ha desaparecido algo?

Erika negó con la cabeza y se encogió de hombros. Solo podía hacer esos dos gestos. Peterson le formuló las preguntas habituales, pero ella, aparte de repetir que el intruso era alto y fuerte, no pudo darle ninguna información más.

—Es patético —dijo ella, y al tragar, sintió dolor—. Debería haber… —Hizo el gesto de arrancar un pasamontañas.

—Jefa, no se apure. Siempre parece más sencillo *a posteriori* —comentó Peterson. Volvió a entrar Moss; llevaba en una bolsa de pruebas la cubierta del ventilador.

—Ha usado el conducto de ventilación —informó.

—Era… No sé, pero creo que era un hombre —graznó Erika.

—Jefa, los forenses van a estar toda la noche trabajando. ¿Tiene algún sitio adonde ir? —preguntó Peterson.

—Un hotel —graznó otra vez Erika.

—No, jefa, usted se queda en mi casa —sentenció Moss —. Tengo una habitación libre. Y también algo de ropa para prestarle… Parece usted a punto de salir de discoteca a finales de los noventa.

Erika trató de reírse otra vez, pero le dolía la garganta. De un modo extraño y retorcido se sentía complacida. El tipo había ido a por ella. Ahora sí que estaba sobre la pista del asesino.

49

La figura aceleró por Camberwell High Street, dando gritos y golpes furiosos dentro del coche, sin importarle la velocidad.

«¡He estado tan cerca, joder! ¡Tan cerca!».

Tenía las narinas dilatadas, los ojos anegados en lágrimas. Lágrimas de rabia y de dolor. La huida había sido terrorífica. Se había deslizado a toda prisa por la pared posterior del edificio, agarrándose a duras penas, y había caído sobre el muro de ladrillo, antes de acabar estrellándose sobre la acera. No se había preocupado por el dolor; había seguido corriendo en la oscuridad hacia la calle iluminada sin importarle si había alguien mirando, siempre corriendo sin parar, sudando a mares. El miedo y el dolor se habían aliado y le habían proporcionado un último estallido de energía enloquecida.

¡Había tenido tan cerca a la inspectora Foster! La intensidad de la mirada ya le estaba disminuyendo, y justo entonces…

Un semáforo en rojo se aproximaba a toda velocidad hacia el parabrisas. Pisó a fondo el freno, y el coche se detuvo con un chirrido de neumáticos, rebasando parcialmente una intersección. Había un pub en la esquina.

Un grupo de estudiantes bajó de la acera y rodeó el coche, riendo y señalando.

«Mierda, aún llevo el pasamontañas».

Algunos de los estudiantes golpearon la parte trasera del coche mientras cruzaban. Unas cuantas chicas se asomaron por el parabrisas al pasar por delante.

«Calma, quítatelo. Actúa como ellos. En plan idiota».

La sombra se quitó el pasamontañas con un floreo y les hizo muecas a través de la ventanilla. La locura debió de traslucirse a pesar de su comedia, porque las chicas se asustaron y se pusieron a gritar. Mientras tanto, uno de los chicos se echó hacia delante y vomitó junto a la ventanilla.

El semáforo se puso en verde y la sombra pisó a fondo el acelerador, alejándose hacia The Oval y el puente Blackfriars.

«Ella no ha visto nada, no puede haber visto nada. Yo llevaba la cara tapada, llevaba la cara tapada».

El miedo dio paso enseguida a la ira.

«No me ha dejado matarla».

50

Moss llevó a Erika al hospital Lewisham, donde le hicieron una radiografía de la garganta y le pusieron doce puntos en los cortes del brazo. Le prescribieron una semana de reposo y le ordenaron, sobre todo, que no hablara.

Pasadas las cuatro de la mañana Moss se la llevó a su casa. La adrenalina que había inundado el cuerpo de Erika se había agotado, y ahora se abatió sobre ella un cansancio abrumador. No dejaba de temblar mientras seguía a Moss por la pequeña verja de entrada de su elegante casa adosada, en Ladywell. Una atractiva mujer rubia abrió la puerta, acunando en brazos a un crío de pelo oscuro en pijama de color azul.

—Se ha despertado —dijo—, y he pensado que podrías saludarlo un momento antes de que lo meta otra vez en la cama.

—Siento no haber llegado a la hora de acostarse —respondió Moss, cogiendo al niño en brazos y plantándole un beso enorme en la mejilla. El crío se restregó los ojos con aire tímido, y sonrió.

—Esta es mi esposa, Celia, y nuestro hijo, Jacob —los presentó Moss, al entrar en un salón acogedor.

—Hola, Erika —dijo Celia sin saber muy bien cómo reaccionar al verle el cuello magullado y los ojos enrojecidos y, sobre todo, al verla vestida con un mono forense.

—¿Eres astronauta? —le preguntó Jacob con una expresión seria. Ella sonrió débilmente y, al final, todas se echaron a reír. Así se rompió el hielo.

—No… —musitó Erika.

—Claro, no hay criminales en el espacio. Seguro que aquello debe de ser muy pacífico —terció Celia—. Voy a meter a este pequeñajo en la cama. Ponte a tus anchas, Erika, como si estuvieras en tu casa. ¿Quieres darte una ducha?

Ella asintió.

—Kate, dale una de las toallas del armario mientras yo acuesto a Jacob. Di «buenas noches», Jacob.

—Noches, Jacob —dijo el crío con una sonrisa.

—La cama de la habitación de invitados ya está hecha, y he puesto allí la estufa pequeña —añadió Celia.

Moss dio un beso a Celia y otro a Jacob antes de que salieran.

—Qué agradable familia —dijo con voz muy ronca Erika, sentándose en el borde del sofá, sin saber muy bien qué hacer.

—El médico ha dicho que nada de hablar, jefa… Pero gracias. Soy muy afortunada. Jacob llegó hace unos años. Lo parió Celia. A mí me encantaría tener una niña. Siempre dijimos que tendríamos uno cada una. Aunque… el trabajo se interpone.

Erika dijo algo ininteligible.

—¿Cómo ha dicho?

Ella meneó la cabeza, exasperada, y articuló con gran dificultad:

—No lo postergue demasiado… lo de los niños.

Moss asintió, totalmente de acuerdo. Fue a la cocina y volvió con dos vasos de zumo de naranja. El de Erika con una pajita.

—Da la impresión de que no le irá mal un poco de glucosa.

Bebieron a sorbitos los zumos, guardando silencio.

—He tenido a uno de los agentes del turno de noche haciendo una búsqueda de George Mitchell en la base de datos. Y nada.

Erika tragó y meneó la cabeza.

—Jefa, alguien ha tratado de asesinarla. ¿Cree que está relacionada una cosa con otra?

La inspectora se sentía hecha polvo. No sabía bien si era la conmoción o el agotamiento, pero no le importaba. Quería dormir. Asintió.

—¿La ducha? —preguntó mirándose el mono forense.

—Sí, claro, jefa —dijo Moss, estudiándola un momento. Expresaba inquietud y compasión a la vez.

Erika se quedó de pie bajo la ducha largo rato, sacando el brazo vendado fuera para que no se mojase. Aspiró el vapor, tratando de aliviar la terrible irritación de la garganta. Al acabar, se puso el pijama que Moss le había prestado. Se miró en el espejo del baño. Tenía los ojos hinchados y enrojecidos, y el cuello tan tremendamente inflamado que parecía el de un sapo. Abrió el botiquín, pero no vio más que analgésicos y jarabe para la tos. Esperaba que hubiera algún ansiolítico o píldoras para dormir. Tomó con cuidado un poco de jarabe, aunque el dolor al tragar le resultaba casi insoportable.

Al salir del baño, la casa estaba oscura y silenciosa, dejando aparte la lucecita del pasillo. De camino a la habitación de invitados, se detuvo frente al dormitorio de

Jacob. La puerta estaba entornada, y el crío dormía profundamente bajo una manta de color azul. Había un móvil girando sobre la cama, y unas luces atenuadas se deslizaban lentamente por las paredes mientras sonaba una nana.

Pensó que Moss se jugaba la vida todos los días, mezclándose con tipos armados, interviniendo en *vendettas* y enfrentamientos violentos. Qué locura. Contempló cómo subía y bajaba acompasadamente el pecho del crío. Su mundo se reducía a sus dos mamás y sus juguetes. El móvil seguía girando sobre la cabeza del pequeño mientras sonaba la suave tonada. Por primera vez, Erika se preguntó si valía la pena tanto esfuerzo. Detenías a un malhechor y otros diez lo sustituían.

Encontró la reducida habitación de invitados al fondo de la casa, se metió en la cama individual, se tapó entera con la colcha, incluida la cabeza, e intentó dormir. Cada vez que cerraba los ojos veía a la figura alzándose amenazadora sobre ella, estrujándole el cuello, tratando de acabar con su vida; veía la cara indiscernible bajo el pasamontañas de lana: únicamente los dos ojos reluciendo en la penumbra.

¿Había sido cosa del destino que Moss hubiera llamado a su puerta en ese preciso momento? ¿Por qué a ella le había sido perdonada la vida? Mark era mucho mejor persona de lo que ella llegaría a ser jamás. Era amable y paciente; un policía brillante. Se había labrado un lugar en este mundo. Había hecho mucho bien, y todavía habría sido capaz de hacer mucho más si no lo hubieran matado.

¿Por qué el destino se lo había llevado y, en cambio, le había perdonado la vida a ella?

51

Erika se quedó unos días con Moss y Celia. Al principio, estaba tan exhausta que lograba conciliar el sueño. No obstante, el dolor de la garganta y del brazo, la frustración por no poder apenas comunicarse y la claustrofobia que le provocaba la pequeña habitación de invitados la sacaron de quicio.

Celia era muy amable; le llevaba sopa caliente y revistas. Y Jacob iba a verla cuando volvía del colegio. En un par de ocasiones, apareció con su pequeño reproductor de DVD, se sentaron en la cama y miraron *Minions* y *Hotel Transylvania*.

No paraba de darle vueltas a los detalles del caso, empezando por el momento en que apareció el cuerpo de Andrea bajo el hielo y continuando con el encuentro con su familia, Simon y Diana, quienes llevaban una vida tan ajetreada que se ocupaban de sus hijos a distancia. Linda y David eran como la noche y el día, y habían mantenido una relación completamente distinta con Andrea, aunque ninguno de los dos sabía lo que estaba haciendo su hermana la noche en que desapareció. No sabían por qué había ido a un pub sórdido y peligroso del sur de Londres para reunirse con George Mitchell y con una rubia aún no identificada. Y por otra parte estaba Ivy Norris, que había

visto a Andrea y a sus acompañantes esa noche por casualidad. Y lo mismo la camarera, Kristina. Pero ninguna de las dos seguía ahí para contar toda la historia.

Además, había de tener en cuenta a las tres chicas muertas, a quienes, por lealtad y respeto, se negaba a llamar prostitutas. ¿Realmente había alguna relación entre sus muertes y el caso de Andrea? ¿Y con el de Ivy Norris? ¿O simplemente habían tenido la mala fortuna de encontrarse en el momento y lugar equivocados? Y finalmente, Marco Frost, a quien Sparks había detenido como principal sospechoso, valiéndose de pruebas endebles pero sugestivas que lo vinculaban con Andrea.

Le daba vueltas y más vueltas a esos detalles, y los hilos que se derivaban de ellos se embarullaban sin remedio. Faltaba un eslabón en toda la secuencia: algo que vinculara al hombre que había intentado matarla con los demás asesinatos.

El atacante aparecía una y otra vez en sus sueños, pero ahora, cuando la agarraba del cuello, ella conseguía alzar los brazos y arrancarle el pasamontañas.

Cada vez era una cara distinta: George Mitchell, Simon Douglas-Brown, Mark, David, Giles Osborne, incluso Linda. En el último sueño, cuando le arrancó al agresor el pasamontañas, apareció la cara de Andrea; la cara tal como estaba en la escena del crimen: los ojos abiertos, los dientes a la vista y la larga melena mojada y llena de hojas.

Pasaron los días sin que Erika tuviera noticia de Marsh. Moss estaba muy ocupada con comparecencias en el juzgado y con la investigación de otros casos, y apenas podía destinar un rato por la noche para charlar. La base de datos de la policía no había arrojado el menor resultado sobre George Mitchell, y la búsqueda en las listas del censo y en las bases de datos financieras también había resultado infructuosa. Sin embargo, había una novedad: en el pijama

de Erika se había hallado un diminuto folículo piloso que podía proceder del atacante; pero una vez más, el cotejo con la base de datos de ADN no dio ningún resultado.

A la cuarta mañana, notó que el dolor de garganta mejoraba y que ya era capaz de hablar. Era consciente de que debía afrontar la realidad y volver a su piso. Le dio las gracias a Celia y un abrazo de despedida al pequeño Jacob. Él le regaló un dibujo que había hecho: ella, vestida con un mono blanco, subía a un platillo volante para viajar por el espacio con un grupo de Minions.

Era un buen resumen de cómo se sentía.

Mientras Moss la llevaba al piso en coche (Erika llevaba un conjunto que le había prestado Celia), estuvieron casi todo el tiempo calladas. Finalmente, Moss la miró de soslayo.

—¿Está bien, jefa?

—Sí.

—¿Qué piensa hacer ahora?

—No lo sé. Primero quitar la cinta policial; luego me iré a ver a mi suegro.

—¿Y qué hay del caso?

—Encuentre a George Mitchell, Moss. Él es la clave.

—Pero ¿y usted?

—¿Yo, qué? Yo estoy suspendida. Lo sensato es esperar a la sesión disciplinaria. En la cual, espero, recuperaré mi placa sin perder la dignidad. Bueno, en realidad me importa una mierda mi dignidad, pero sin la placa no puedo hacer nada.

Llegaron al piso.

—Gracias, Moss. Le estoy muy agradecida.

—¿Quiere que suba con usted?

—No, vaya a trabajar.

—Yo no abandonaré el caso, jefa —le prometió Moss.

—Ya lo sé. Pero usted tiene familia. Haga lo que deba.

Al entrar, vio que el piso estaba hecho un desbarajuste. Todas las superficies se hallaban cubiertas con el polvo magnético negro empleado para obtener huellas dactilares. La puerta seguía adornada con la cinta policial. Fue a su habitación y observó con atención la cama. Distinguió su propia silueta en el edredón, y también las marcas de las largas piernas de su atacante, especialmente profundas a la altura de las rodillas, sobre las que se había apoyado al abalanzarse sobre ella. Alargó el brazo y tiró de la punta del edredón. Las marcas se desvanecieron. Preparó la maleta rápidamente. Fue al baño y recogió sus objetos de tocador, no sin dejar de reparar en los polvos para huellas que había en el espejo y en el agujero, ahora tapado con cinta, donde antes estaba el ventilador. Salió del edificio y se dirigió a la estación arrastrando la maleta de ruedas. Hacía un día frío pero despejado. Se detuvo en el café de la explanada y pidió un expreso para llevar. Iba a intentar tomárselo, aunque le doliera la garganta.

—¿Azúcar, o usted ya es lo bastante dulce? —le dijo el camarero, el tipo guapo del *piercing* en el labio.

—No me vendría mal endulzarme un poco —replicó Erika.

—Eso se puede arreglar.

Erika lo observó. Al traerle el café, le dedicó un guiño. Ella le devolvió la sonrisa, cruzó la calle y entró en la estación.

—Buenos días. Espero que no se ponga a fumar en mi preciosa explanada —dijo el empleado abriendo la máquina de billetes contigua a la que estaba usando Erika.

—No; lo he dejado —contestó ella. Seleccionó un billete sencillo hasta la estación de Manchester Picadilly y metió la tarjeta de crédito.

—Mejor para usted, cielo —dijo el empleado cerrando la máquina. Le sonrió y salió de la estación. El billete de Erika cayó en el receptáculo de acero.

Había algunas personas dispersas en el andén. Sacó el móvil y marcó el número de Edward. Él respondió tras varios timbrazos. La voz le explotó de felicidad al reconocerla. Erika le explicó que estaba a punto de tomar el tren para ir a verle.

—¿No te complico la vida al avisarte con tan poca antelación?

—No, en absoluto, cariño. Solo tengo que hacer la cama en la habitación de invitados —dijo, alegre—. Danos un toque cuando estés llegando y pondré el agua para el té.

—No me quedaré más que un par de días…

—Puedes quedarte el tiempo que quieras.

Ella colgó justo cuando el tren doblaba la curva del fondo. Ya había apurado el café y estaba buscando una papelera para tirar el vaso cuando sonó su teléfono.

—Jefa, soy yo —dijo Moss, jadeando—. Acaban de soltar a Marco Frost.

El tren pasó bajo el puente peatonal.

—¿Que lo han soltado? ¿Por qué?

—Su abogado ha estado trabajando en la coartada de Marco. Ha encontrado unas imágenes de videovigilancia tomadas en un quiosco de Micheldever.

El tren redujo la velocidad y entró en la estación. Erika ya distinguía las caras de la gente en los vagones.

—¿Dónde está Micheldever? —preguntó, notando un espasmo de excitación.

—A una hora hacia el sur de la estación de London Bridge. Marco, en su segunda coartada, declaró que era allí a donde se dirigía la noche del ocho de enero. Como sabe, no había pruebas que respaldasen esa coartada. Micheldever es una estación pequeña, sin cámaras de vigilancia… Esa parece la historia de este caso: no hay imágenes de videovigilancia —informó Moss.

El tren se detuvo. La gente se agolpó junto a las puertas.

—La cámara de ese quiosco muestra a Marco Frost parándose justo delante para encender un cigarrillo a las nueve menos diez de la noche. El quiosco queda a unos treinta y cinco minutos a pie de la estación, así que llegó en el tren de las ocho y diez procedente de London Bridge.

Las puertas de los vagones se abrieron con un pitido. Los pasajeros se arremolinaron en torno a Erika.

—Así pues —continuó Moss—, podemos situar a Marco Frost a noventa y cinco minutos de Londres con respecto a la hora en que desapareció Andrea. Es muy improbable que hubiera podido llegar a la estación y tomar el último tren a Londres de esa noche. Está libre de sospecha.

Los pasajeros ya habían subido a los vagones. El guarda de la estación permanecía en un extremo del andén, esperando unos segundos a que el reloj electrónico marcara la hora exacta de salida.

—Por supuesto, ahora Marsh está cagado. La fiscalía no había parado de cacarear ante la prensa que ya habíamos detenido al asesino de Andrea, y ahora resulta que un simple abogado de oficio llama a un quiosco, pide una copia de la grabación de la cámara de vigilancia y hace saltar por los aires toda la acusación… ¿Sigue ahí, jefa?

—Sí, aquí estoy.

El guarda tocó el silbato.

—¡Apártese si no va a subir al tren! —gritó indicándole a Erika con un gesto que se colocara detrás de la línea amarilla. Ella miró el interior del vagón. Había un asiento justo al lado de la puerta y salía una oleada de aire cálido. Las puertas se iluminaron y soltaron un pitido de advertencia.

—Creía que se pondría muy contenta, jefa.

—Sí, claro. Esto significa…

—Quería darle los titulares, porque me parece que Marsh va a llamarla.

Ya iban a cerrarse las puertas del tren cuando un hombre con chaqueta de cuero bajó con estrépito las escaleras del puente peatonal. Cruzó corriendo el andén, se lanzó para colarse en el último momento y las puertas se cerraron sobre él. Enseguida volvieron a abrirse con un pitido para liberarlo.

En el móvil de Erika sonó una señal. Vio en la pantalla que tenía en espera una llamada de Marsh.

—Me está llamando ahora.

—Vale, voy a colgar. Téngame al corriente.

Las puertas estaban cerrándose otra vez. Era su última oportunidad para tomar el tren hacia el norte. Erika dejó que se cerrasen y respondió a la llamada.

—Inspectora Foster, ¿cómo se encuentra? —preguntó Marsh con un tono tan falso como asustado.

—Ahora ya sé lo que siente un pollo segundos antes de morir —dijo ella, bromeando.

El tren abandonó el andén entre traqueteos.

—Siento no haberme puesto en contacto. Es que ha habido…

—Sí, ya he oído que han tenido que soltar a Marco Frost.

—¿Estaría dispuesta a venir a comisaría? —preguntó Marsh—. Tenemos que hablar.

Erika guardó silencio. Miró cómo el tren se alejaba y desaparecía tras la curva.

—Puedo estar ahí en quince minutos, señor.

Recogió la maleta, echó un vistazo al mundo real al que por un momento había tenido la tentación de incorporarse y se dirigió a toda prisa hacia la salida.

52

Había una pelea en la zona de recepción cuando Erika entró en la comisaría de Lewisham Row. Dos adolescentes se enzarzaron, cayeron trabados con un golpe sordo y rodaron por el suelo de hormigón, jaleados por sus hermanos y sus madres, que parecían tan jóvenes como ellos. El más fornido se sentó encima del otro y empezó a darle puñetazos en la cara; la dentadura se tiñó de sangre. Woolf salió del mostrador con sus andares de pato y se interpuso entre ambos, ayudado por un par de agentes de uniforme. Erika esquivó la reyerta y llamó al interfono. Moss le abrió la puerta interior.

—Mierda, me alegro de verla otra vez por aquí —exclamó, mientras avanzaban por el pasillo.

—Poco a poco. Me han convocado, no me han invitado —replicó Erika, nerviosa y excitada.

—Bueno, Marsh está muerto de miedo —le explicó Moss.

—Es lo que pasa cuando permites que las partes implicadas dirijan la investigación.

Llegaron al despacho del comisario jefe. Moss llamó una vez y entraron. Marsh, muy pálido, se hallaba de pie ante su ordenador viendo las últimas noticias en la web de la BBC,

donde anunciaban que Marco Frost había sido puesto en libertad.

—Gracias, inspectora Moss. Inspectora jefe Foster, siéntese, por favor.

—Me gustaría que Moss se quedara, señor. Ella ha continuado trabajando en el caso mientras yo estaba…

—Estoy al corriente de sus «investigaciones».

Sonó un golpe enérgico en la puerta, y la secretaria de Marsh asomó la cabeza y anunció:

—Tengo a sir Simon Douglas-Brown al teléfono. Dice que es urgente.

Marsh se pasó la mano por el rapado pelo. Parecía agobiado.

—Ahora estoy en una reunión importante. Dígale eso, y que le llamaré lo antes posible. Gracias.

La secretaria asintió y cerró la puerta.

—¿Yo soy la reunión importante? —preguntó Erika. Marsh rodeó el escritorio y tomó asiento. Ella y Moss ocuparon las sillas de enfrente.

El comisario intentó una sonrisa forzada.

—Mire, inspectora jefe Foster… Erika. Lo que ha ocurrido es lamentable. Reconozco que quizá ha sido tratada injustamente y abordaré la cuestión a su debido tiempo. Sin embargo, ahora nos encontramos en medio de una crisis. Estamos completamente a la defensiva. Necesito toda la información y las pistas que haya obtenido en su investigación alternativa.

—Que, espero, se convertirá en su línea prioritaria, ¿no?

—Eso lo decidiré yo. Usted cuénteme todo lo que sepa —exigió Marsh.

—No —contestó Erika.

—¿No?

—Se lo contaré todo, jefe, y le resumiré mis teorías cuando me haya devuelto mi placa y me haya restituido

como inspectora jefe de esta investigación.

Se arrellanó en la silla y miró a los ojos a Marsh.

—¿Quién se ha creído que es, para venir aquí…? —farfulló él.

—Vale. Le dejo para que mantenga esa charla con sir Simon. Dele recuerdos de mi parte. —Erika se levantó para marcharse.

—Lo que me está pidiendo es prácticamente imposible. ¡Hay graves acusaciones contra usted, inspectora Foster!

—Y yo digo que son chorradas. Oakley siguió las órdenes de Simon Douglas-Brown para apartarme del caso. El pequeño Matthew Norris lleva años entrando y saliendo de los centros para menores y ha agredido a varios asistentes sociales; y repito que cuando yo le pegué, él me estaba clavando los dientes en la mano. Si toda la acusación se apoya en eso, perfecto; pero estará usted despidiendo a alguien que podría atrapar a ese tipo. Y por supuesto, así se lo explicaré a la prensa. Porque no pienso quedarme callada.

Marsh se pasó los dedos por el pelo.

—Señor, Marco Frost ha encontrado una coartada y ha hecho que ustedes parezcan una pandilla de polis ridículos e ineptos. ¿A Sparks no se le ocurrió hacer unas comprobaciones? O sea, ¡por el amor de Dios! ¡La cámara de vigilancia de un quiosco! Ah, y también me encargaré de que la prensa sepa que hay un asesino que todavía anda suelto gracias a usted, a Sparks y, por supuesto, a ese zorro lustroso y taimado, Oakley.

Marsh parecía a punto de explotar. Erika lo miró abiertamente y, sin apartar la mirada, le dijo:

—Vuelva a ponerme al frente del caso y atraparé a ese hijo de puta.

Marsh se levantó, se acercó a la ventana y contempló el desolado panorama invernal. Se giró bruscamente.

—De acuerdo, joder. Pero voy a atarla muy en corto, ¿lo ha entendido, inspectora jefe Foster?

Moss le dirigió a Erika una sonrisita triunfal.

—Entendido. Gracias, señor.

Marsh volvió a sentarse.

—Muy bien, adelante. Cuénteme sus ideas.

—De acuerdo. Vamos a hacerlo público. Lancemos un nuevo llamamiento y, si puede usted mover algunos hilos, consigamos una reconstrucción del caso en televisión. Nos van a llover las críticas por lo de Marco Frost, señor, y tiene que estar preparado para bombardear a la prensa con todas las cosas que *estamos haciendo*. Así se concentrarán en esa parte, y no en todo lo que no hemos hecho.

Marsh no le quitaba ojo. Ella prosiguió:

—Ya hemos anunciado una vez a bombo y platillo que habíamos atrapado al asesino. No podemos volver a hacerlo, a menos que lo atrapemos de verdad. Por tanto, debemos anticiparnos a las noticias: hemos de convertir a George Mitchell en nuestro objetivo principal, inundar la prensa con esa foto en la que aparece con Andrea… También necesitamos un chivo expiatorio. La prensa querrá comprobar que alguien ha pagado por el estropicio. Y ya se me ocurre quién puede ser la persona idónea.

53

Erika inspiró hondo y abrió la puerta del centro de coordinación. Sparks estaba hablando ante las pizarras blancas, en ese momento sin ninguna anotación. Los miembros del equipo se hallaban sentados alrededor de la sala con aire abatido.

Sparks tenía un aspecto enojado y ojeroso; el pelo largo y oscuro, siempre peinado hacia atrás, le dejaba un cerco grasiento en el cuello de la camisa.

—Voy a hablar con todos, uno por uno, y voy a apretarles las tuercas a base de bien. Vamos a remontarnos al principio para averiguar quién cometió el error de no comprobar la puta cronología básica del itinerario de Marco Frost desde que se subió al tren en London Bridge…

Enmudeció al ver a Erika entrando con Moss.

—¿Ha venido a recoger su nómina, Foster? —preguntó con desdén. Los demás se quedaron impávidos.

—No. A recoger mi placa, en realidad —dijo Erika mostrándosela. Él se desconcertó—. ¿Usted se toma en serio el título de inspector jefe de la investigación, Sparks?

—Bueno, considerando que solo lo tiene uno de nosotros, sí. Dígame, ¿puedo ayudarla en algo? Estamos en mitad de una reunión informativa.

—«Inspector jefe de la investigación» significa que usted dirige la investigación, no que tenga derecho a acogotar a todo el mundo cuando la mierda empieza a salpicar. Significa que usted asume la responsabilidad por sus cagadas.

—No entiendo —dijo Sparks, perdiendo el aplomo.

—Ese ha sido el problema precisamente. Acabo de ser restituida en mi puesto como inspectora jefe del caso. Y mi primera orden es que se vaya pitando al despacho de Marsh.

Sparks se quedó de piedra.

—Ahora mismo, inspector jefe Sparks.

Él la miró fijamente, igual que los demás; se acercó muy despacio a su escritorio, recogió el abrigo y se fue hacia la puerta. Antes de que hubiera salido, Crane aplaudió. Los demás agentes se sumaron al aplauso; Peterson se puso los dedos en los labios y dio un fuerte silbido. Erika se sintió conmovida; bajó la vista, ruborizada.

—Bueno, señores —dijo—. Se agradece muchísimo, pero todavía hay un asesino suelto.

Los aplausos cesaron. Erika se plantó frente a las pizarras y puso en el centro la fotografía de Andrea y George Mitchell.

—Este es nuestro principal sospechoso: George Mitchell. El amante de Andrea Douglas-Brown y, al final, su asesino. También sospechoso de la violación y asesinato de Tatiana Ivanova, Mirka Bratova, Karolina Todorova e Ivy Norris.

Se hizo un gran silencio.

—Hasta ahora, el foco principal estaba puesto en el asesinato de Andrea Douglas-Brown. Su cara ha aparecido en las portadas de todos los periódicos, en Internet y en televisión, y ha terminado grabándose en la conciencia nacional. Sí, era una chica rica y privilegiada. Pero sufrió una muerte terrible: sola, aterrorizada, indefensa. Las otras

tres chicas e Ivy Norris quizá eran prostitutas, pero puedo garantizarles que no entraron en ese mundo por propia voluntad. En circunstancias distintas, habrían podido tener en la vida tanta suerte como Andrea. Ellas sufrieron también una muerte espeluznante. Digo todo esto porque quiero que olviden el lugar que ocupaban en la sociedad esas mujeres. No hagan lo que solemos hacer en este país todos los días: no las clasifiquen según su clase social. Son todas iguales, son todas víctimas, y merecen nuestra atención en la misma medida.

Hizo una pausa. Crane estaba fijando en la pizarra las fotos de las víctimas.

—Así pues, esta es para nosotros la persona de máximo interés, nuestro objetivo principal —dijo señalando la fotografía de George Mitchell—. Mantenía una relación con Andrea y los fotografiaron juntos cuatro días antes de que ella desapareciese. Creo, además, que la noche de su desaparición se reunió con él y con una mujer rubia todavía no identificada. Quiero que todos examinen en la intranet de la comisaría el contenido completo del segundo móvil de Andrea Douglas-Brown. Por favor, miren las fotografías con nuevos ojos. Ninguna pregunta es estúpida. Estoy convencida de que si encontramos a este hombre, resolveremos el caso.

Todos asintieron.

Erika prosiguió:

—Esta tarde vamos a hacer un nuevo llamamiento público para solicitar información. Iremos a por todas, nombrando a George Mitchell como sospechoso principal. Espero que sirva para obtener nuevos datos o para obligarlo a salir de su escondrijo.

Se calló para comprobar que todos prestaban atención y continuó:

—Por favor, concéntrense también en las otras víctimas. Los asesinatos de Tatiana, Mirka y Karolina son casos sin resolver que hasta ahora no habían sido relacionados. Quiero que recuperen y revisen las pruebas de los tres asesinatos. Busquen conexiones y semejanzas. ¿Se conocían las tres víctimas? Y de ser así, ¿cómo?, ¿cuándo?

Llamaron a la puerta del centro de coordinación, y entró Colleen, la encargada de prensa.

—Perdone que la interrumpa, inspectora jefe Foster. Voy a recibir en cualquier momento una llamada en teleconferencia de la agencia Reuters. He pensado que querría asistir —informó.

—Muy bien. Gracias a todos. Ahora debemos tomar la delantera. Dejen de lado a Marco Frost. No hagan caso de la prensa y abandonen todas sus ideas preconcebidas. Concéntrense en lo que tenemos aquí y ahora. Si nos anticipamos a las noticias, ya habremos empezado a ganar.

En cuanto salió con la encargada de prensa, el centro de coordinación empezó a bullir de actividad.

54

La puesta en escena del nuevo llamamiento público contrastaba radicalmente con la conferencia de prensa anterior, celebrada en Marble Arch. Erika había insistido en realizarlo en la escalera de la comisaría de Lewisham Row para darle una apariencia más urgente y auténtica, y sobre todo para evitar el aire sofisticado de la otra vez, utilizando las pantallas de vídeo y el elegante salón de actos. También había insistido en que Marsh no estuviera presente, lo cual no había sentado nada bien.

Oscurecía ya cuando Erika, Moss y Peterson aparecieron en la escalera de Lewisham Row ante un grupo de periodistas de la televisión y la prensa. La cruda luz de los focos orientados hacia ellos destellaba en la gastada madera de la entrada principal que tenían a sus espaldas.

—Gracias por venir —saludó Erika, alzando la voz para dominar el alboroto, y se enfrentó a un montón de objetivos y de cámaras de televisión. Mientras destellaban los *flashes* y se encendían los pilotos de las cámaras, Moss y Peterson aguantaron erguidos mirando al frente.

Erika continuó:

—Imagino que muchos de los aquí presentes ya han escrito la noticia, dando por supuesto lo que voy a decir.

Pero antes de que despachen el asunto, explayándose morbosamente sobre la incompetencia policial, y se dediquen a echar una cabezada, o antes de que decidan que la muerte de Andrea tiene más interés periodístico que la de alguien que no ha nacido rodeado de privilegios, vuelvan a pensar por qué estamos aquí. Nuestro trabajo es atrapar a los malvados; el suyo, informar de forma justa y equilibrada. Sí, es cierto que nos utilizamos mutuamente. La policía utiliza a los periodistas para ampliar su búsqueda y difundir un mensaje. Ustedes venden información. Por consiguiente, damas y caballeros de la prensa, hoy les pido que trabajemos juntos. Permítanme que les ofrezca una nueva historia que contar.

Guardó silencio y añadió:

—Marco Frost ha sido puesto en libertad por falta de pruebas suficientes. Ha conseguido proporcionarnos una coartada y no teníamos más remedio que soltarlo. Es un hombre inocente. Pero esa no es la noticia. La noticia es que el asesino de Andrea sigue todavía suelto y en completa libertad. Tras revisar las pruebas y reorientar la investigación, tenemos serias razones para creer que la muerte de esa joven no fue un crimen aislado. El hombre al que buscamos había cometido otros asesinatos. Creemos que es el responsable de la muerte de tres jóvenes de Europa del Este: Tatiana Ivanova, Mirka Bratova y Karolina Todorova. Las tres vinieron a Londres creyendo que les esperaba un buen trabajo. Lo que ocurrió, sin embargo, es que fueron vendidas como prostitutas y obligadas a trabajar para pagar la deuda contraída al venir aquí. Creemos también que ese individuo es el culpable de la muerte de Ivy Norris, de cuarenta y siete años. Ahora miren por favor la fotografía de nuestro principal sospechoso. Su nombre es George Mitchell…

En el centro de coordinación, el comisario jefe Marsh miraba, en compañía de Colleen, la rueda de prensa retransmitida en directo por el canal de noticias de la BBC.

—Parece todo un poco de aficionados. Y suena como una institutriz —masculló él, mientras la imagen pasaba del plano de Erika, Moss y Peterson a la fotografía de George Mitchell.

—Claro, ya veo. O sea que una mujer habla con convicción y suena como una institutriz —rebatió Colleen.

En la base de la pantalla, apareció un número de teléfono y una dirección de correo electrónico. Tras unos momentos, la imagen volvió a mostrar a Erika, que solicitó:

—Si tienen cualquier información sobre este hombre, pónganse, por favor, en contacto con nosotros a través del número de teléfono y del correo que aparecen en sus pantallas. Sus llamadas serán tratadas con absoluta confidencialidad. Recomendamos también a cualquiera que vea a este hombre que no se le acerque. Gracias a todos los miembros de la prensa por su tiempo y su ayuda en este caso.

Hubo un silencio; luego los periodistas lanzaron sus preguntas.

—¿Tendrá derecho Marco Frost a una indemnización? —gritó uno de ellos.

—Su caso será tratado como cualquier otro de este género. La fiscalía estudiará el asunto con urgencia —contestó Erika.

Los periodistas siguieron bombardeándola:

—¿Están relacionados estos asesinatos con los negocios de sir Simon Douglas-Brown?

—Creo que debemos recordar que sir Simon es un padre cuya hija murió de un modo espantoso. Lo mismo ocurre con las otras chicas; también ellas tenían familias que sufren su pérdida todos los días. Esta investigación se ha

visto entorpecida por la idea preconcebida que tenemos de cómo deben hacerse las cosas. Ahora nos damos cuenta de que son justamente los secretos de Andrea los que nos llevarán hasta su asesino. Por favor, no la juzguen a ella ni tampoco a su familia.

—¡Por Dios! Ya sabía yo que esto era una mala idea —exclamó Marsh.

—No. Está muy bien. Sabe conectar de verdad con la gente. Esta conferencia de prensa es mucho más real y auténtica que la anterior —replicó Colleen. Marsh la miró de soslayo, pero ella no quitaba los ojos de la pantalla.

La imagen ofreció un plano general mientras Erika, Moss y Peterson subían la escalera y volvían a la comisaría, y pasó al estudio de la BBC, donde el presentador le pidió al reportero enviado que le resumiera sus impresiones.

—Se trata de una jugada audaz de la policía que, después de varias semanas de investigación, cuenta todavía con muy pocas pruebas. Ahora, con un sospechoso en libertad, el tiempo empieza a agotarse.

—¿Cómo que empieza a agotarse? —dijo Marsh, burlón.

En la pantalla, el reportero prosiguió:

—Sir Simon Douglas-Brown se enfrenta actualmente a una nueva oleada de revelaciones periodísticas sobre sus vínculos con la venta de armas a Arabia Saudí. También se ha insinuado la existencia de una aventura extramatrimonial.

La imagen pasó de nuevo al presentador del estudio, que comentó:

—Esta conferencia de prensa parece marcar un cambio radical en la investigación. Mientras que en las semanas anteriores la policía parecía bailar al son de la familia Douglas-Brown, ¿puede decirse que ahora está asumiendo una línea de investigación más plausible, basada en indicios que la familia tal vez habría preferido ocultar a los medios?

La imagen enfocó otra vez al reportero apostado frente a la comisaría.

—Creo que sí. Creo que esta conferencia de prensa puede haber dañado la relación entre las altas esferas y el cuerpo de policía, pero también puede haberle proporcionado más credibilidad y autonomía a la policía, lo cual, estoy seguro, contribuirá a devolverle el apoyo de la opinión pública.

—¿Lo ve? —dijo Colleen—. Este es el giro que estábamos buscando. Voy a hacer unas llamadas para que circule el vídeo con esos comentarios.

Marsh notó un sudor frío en la frente y advirtió que su móvil estaba vibrando. Lo sacó del bolsillo y vio que era Simon Douglas-Brown.

55

La sombra había pasado los últimos días en un estado de aturdimiento y frustración. Haber estado tan cerca, y haber tenido que retirarse, le había provocado una rabia tremenda que lo carcomía. No solo la inspectora Foster había sobrevivido, sino que había regresado con nuevos bríos.

«¡Han vuelto a ponerla al frente del caso, joder!».

Tras presenciar el llamamiento desde Lewisham Row, en el que ella había vinculado todos los asesinatos, la sombra se debatía sin saber qué hacer. Sentía el impulso de marcharse lejos y empezar de nuevo, pero también le estaba entrando una comezón muy especial. Habían descubierto el vínculo, sí, pero no tenían nada. De eso no le cabía duda.

De manera que, a las seis de la tarde fue en coche a la estación de Paddington, donde los taxis dejaban y recogían pasaje, y donde las putas solían merodear…

La chica pareció desconcertada cuando se detuvo a su lado. Estaba apostada hacia el final de una mugrienta vía de acceso por la que circulaban únicamente los taxistas para dar la vuelta, o la gente que andaba buscando un servicio especial.

—Te puedo hacer pasar un buen rato —dijo ella, mecánicamente. Era una chica delgada con un acusado acento de Europa del Este. Vestía solamente unas mallas ceñidas y un top de tirantes, y a pesar de que llevaba encima un andrajoso abrigo de piel de imitación, tiritaba de frío. Tenía la cara pálida, de rasgos afilados, y la melena, completamente lisa, le llegaba hasta los hombros. Llevaba sombra de ojos con purpurina y mascaba chicle. Se apoyó en un contenedor de basura, esperando una respuesta.

—Sí que me apetece pasar un buen rato… Pero quiero algo un poco distinto, un poco más raro.

—¿Ah, sí? Bueno, si es raro cuesta más, ¿sabes?

—Yo conozco a tu jefe —dijo la sombra.

Ella se burló.

—Sí, todos dicen lo mismo… Si quieres un descuento, vete a la mierda —contestó, y dio media vuelta.

La sombra se asomó a la ventanilla y pronunció un nombre. Ella se detuvo y regresó junto al coche, ahora ya sin la menor pretensión de resultar atractiva. Había miedo en sus ojos. Miedo rodeado de purpurina centelleante.

—¿Te envía él? —preguntó mirando los coches que pasaban acelerando.

—No. Pero él sabe que le he ayudado a ganar mucho dinero… Por lo cual le parecerá bien que consiga lo que quiero.

La chica entornó los ojos. Ella tenía olfato. Aquello iba a ser quizá más duro de lo normal.

—Bien, vienes aquí y dejas caer el nombre de mi jefe. ¿Qué quieres que haga?

—Me gustan los números al aire libre.

—De acuerdo.

—Y me gusta que las chicas parezcan asustadas…

—¿Quieres decir una fantasía de violación? —dijo ella sin rodeos, poniendo los ojos en blanco. Echó un vistazo

alrededor y se bajó el top, mostrándole sus pechos pequeños y respingones—. Eso te costará más dinero.

—Puedo permitírmelo.

Ella volvió a subirse el top.

—¿Sí? A ver.

La sombra sacó un billetero, lo abrió y lo puso ante sus narices. Había un fajo de billetes nuevecitos, que relucían a la luz de las farolas.

—Mil quinientas libras. Y usamos una palabra clave para cortar el juego —propuso la chica, y sacó un móvil de las mallas. La sombra alargó una mano, tapando el teléfono.

—No, no, no. Quiero que sea lo más real posible. Dentro de los límites de la fantasía. No le digas a nadie a dónde vas.

—He de llamar.

—Quinientos más. El jefe no tiene que saberlo.

—Ni hablar. Si se entera, no habrá palabra clave que me salve.

—De acuerdo. Sin ocultarle nada. Dos mil. Y la palabra clave es Erika.

—¿Erika?

—Sí, Erika.

La chica echó un vistazo alrededor y se mordió el labio.

—De acuerdo —aceptó. Abrió la puerta y subió al coche. La sombra arrancó y activó el cierre centralizado, diciéndole que eso también formaba parte del juego.

56

El centro de coordinación estaba bastante silencioso al acabar la conferencia de prensa. Los agentes se arremolinaban con interés cuando sonaba un teléfono de vez en cuando. Aún había un ambiente de expectación, pero las pocas llamadas que se habían producido hasta el momento eran todas de los especialistas habituales en hacerles perder el tiempo.

—¡Por Dios! Tendría que aparecer alguien con algún dato —dijo Erika consultando el reloj—. Ya no aguanto más. Voy afuera a fumarme un cigarrillo.

Acababa de llegar a los escalones de la entrada cuando apareció el sargento Crane detrás de ella.

—Jefa, esta llamada sí que le va a interesar.

—¿Quién es?

—Una chica que dice ser Barbora Kardosova, la antigua amiga íntima de Andrea. La tenemos al teléfono.

Lo siguió a toda prisa al centro de coordinación y atendió la llamada.

—¿Es usted la agente que ha salido esta tarde en televisión? —preguntó una voz femenina con acento de Europa del Este.

—Sí. Soy la inspectora jefe Erika Foster. ¿Tiene información sobre George Mitchell?

—Sí. —Hizo una pausa—. Pero no puedo hablar por teléfono.

—Le aseguro que todo lo que diga será tratado de forma confidencial. —Erika bajó la vista y vio que llamaban desde un número oculto. Miró a Crane, que asintió en silencio; ya estaba trabajando para rastrear la llamada.

—Lo siento, no pienso hablar por teléfono —aseguró la chica con voz temblorosa.

—De acuerdo, muy bien. ¿Quiere que quedemos? Podemos vernos donde prefiera.

Peterson se apresuró a escribir algo en un bloc. Le mostró la hoja: «Dígale que venga a comisaría».

—¿Está usted en Londres? ¿Quiere venir aquí, a la comisaría de Lewisham Row?

—No… No, no… —La voz de la chica reflejaba pánico. Hubo un silencio. Erika miró a Crane, que le dijo, articulando los labios, que era un móvil de prepago.

—¿Barbora?, ¿sigue ahí?

—Sí. No voy a decir nada más por teléfono. He de contarle todo esto en persona. Puedo quedar mañana por la mañana, a las once. Le doy la dirección…

Erika la anotó a toda prisa. Iba a preguntar algo más, pero la llamada se cortó.

—Era de prepago, jefa. No ha funcionado —dijo Crane.

—Parecía muy nerviosa —comentó Erika mientras colgaba el auricular.

—¿Dónde quiere quedar? —preguntó Peterson. La inspectora tecleó la dirección en el ordenador. Apareció en la pantalla una foto de Google Maps: una gran extensión verde.

—En Norfolk.

—¿Norfolk? ¿Qué demonios hace en Norfolk? —cuestionó Moss.

Sonó el móvil de Erika. Vio que era Edward.

—Lo siento, he de responder. ¿Puede ir averiguando la ruta? Cuando vuelva, decidiremos cómo proceder —dijo, y salió del centro de coordinación.

El pasillo estaba tranquilo y atendió allí la llamada.

—Bueno, cielo, deduzco que al final no vas a venir —dijo Edward. Erika vio que eran las cinco y cinco.

—Lo siento mucho… ¿No me estarás esperando? En el andén, digo.

—No, cielo. Te he visto por la tele esta tarde y he pensado que, como no supieras volar, no llegarías a las cinco.

Ella rebobinó. La mañana ahora parecía estar a un millón de años de distancia.

—Lo has hecho muy bien en esa conferencia de prensa, cariño. Has conseguido que esa chica, Andrea, me importe de verdad. Hasta ahora, no habían dicho cosas muy agradables de ella en los periódicos, ¿verdad?

—Gracias. Ha sucedido todo de golpe. Me han llamado esta mañana, justo cuando iba a subir al tren y…

—Se te ha ido de la cabeza, ¿no?

—Sí —dijo Erika en voz baja.

—Escucha, cariño. Haz lo que tengas que hacer. Yo te estaré esperando aquí.

Moss apareció en la puerta y le indicó por señas que tenían que hablar.

—Lo siento, Edward, he de colgar. ¿Puedo llamarte un poco más tarde?

—Sí, cielo. Cuídate, ¿eh? Atrapa a ese tipo, enciérralo y tira la llave.

—Así lo haré. —Sonó un clic: Edward había colgado—. Lo haré. Te prometo que lo haré —repitió.

Inspiró hondo y volvió al centro de coordinación, preguntándose cuándo podría cumplir esa promesa.

57

Al día siguiente, Erika, Moss y Peterson salieron temprano de Londres para reunirse con Barbora Kardosova. Habían hecho varias búsquedas en Internet, pero no habían encontrado nada sobre ella. Sus números de la seguridad social, de pasaporte y de cuenta bancaria habían dejado de registrar actividad desde hacía más de un año. Su madre había muerto dos años atrás, y no tenía otros parientes vivos.

Justo cuando el sol se abría paso entre las nubes, se sumergieron en la oscuridad del túnel Blackwall. Al salir de él, al cabo de unos momentos, el sol se había vuelto a esconder detrás de un montón de nubes grises.

—Ahora que hemos cruzado el río, tenemos que tomar la A12 —dijo Moss, que iba al volante.

Peterson estaba en el asiento trasero, absorto en su teléfono móvil. Habían parado a repostar un poco antes de Greenwich, y Moss, que tenía debilidad por los dulces, se había dado el gusto de comprar unos paquetes de regaliz rojo.

El área urbanizada de Londres quedó atrás en cuanto tomaron la A12, una autovía de dos calzadas bastante destartalada en algunos tramos. Enseguida observaron que

el paisaje circundante era totalmente llano. Una sucesión de campos marrones con árboles pelados desfilaba junto a ellos a toda velocidad. Al acercarse a Ipswich salieron de la autovía y redujeron la marcha para tomar una carretera secundaria.

—Un poco inquietante, ¿verdad?, esta carretera tan recta en mitad de la nada —dijo Peterson, hablando por primera vez en ciento cincuenta kilómetros. La franja de asfalto atravesaba una vasta extensión de campos desolados; el viento soplaba por la llanura, zarandeando el coche. La carretera se empinó un poco. Cruzaron un puente metálico sobre un canal de aguas agitadas que discurría en línea recta, flanqueado por cañas secas de color gris, hasta perderse en el horizonte. Erika se preguntó si el agua llegaría hasta la orilla y rebalsaría sobre la nada.

—La A12 es una antigua calzada romana —informó Moss, metiéndose en la boca otro lazo de regaliz rojo.

—En Suffolk y Norfolk quemaron a cientos de brujas —añadió Peterson, mientras pasaban junto a un molino de viento abandonado que se alzaba cerca del agua.

—Prefiero los precios desorbitados, el tráfico, la polución e incluso una hamburguesería abarrotada que este panorama desolado —opinó Moss, notando un escalofrío, y encendió la calefacción del coche—. ¿Cuánto falta?

—Unos diez kilómetros —dijo Peterson consultando el iPhone.

Los grupos de árboles se fueron espesando y el paisaje se volvió boscoso. Cruzaron bajo un dosel de ramas desnudas, y Moss redujo la velocidad al atisbar un área de descanso, que se reducía a un trecho de maleza y una mesa para comer. Había un rótulo de madera con el número catorce pintado.

—Era el área de descanso número diecisiete lo que dijo ¿no? —preguntó Erika.

—Sí, jefa —afirmó Peterson, tecleando en el móvil.

Siguieron un poco más. El bosque pareció volverse más espeso. La carretera zigzagueó un par de veces y dejaron atrás el área número quince. Tras una curva pronunciada, pasaron también al número dieciséis, que estaba cubierta de hierbajos. La mesa, completamente podrida, se había desmoronado.

—Informen de su situación —ordenó el sargento Crane, entre un rumor de interferencias, a través de la emisora de policía montada en el salpicadero.

—Llegaremos en los próximos minutos —dijo Moss.

—De acuerdo. Mantengan una línea de comunicación abierta. Es lo que ha ordenado el comisario jefe —explicó Crane.

* * *

Marsh se había opuesto al principio a enviar a tres de sus agentes a Norfolk a lo que consideraba una misión sin sentido.

—Jefe, Barbora Kardosova era una de las amigas íntimas de Andrea, y dice que conoce a George Mitchell —había señalado Erika, cuando lo hablaron en el despacho.

—¿Por qué no se ha presentado antes? Andrea ha salido en los periódicos durante semanas. ¿Y por que no enviar a un policía local para que le tome declaración? Pasará usted fuera un día entero. Justo cuando acaba de hacer un importante llamamiento en Londres —adujo Marsh.

—Es la mejor pista que tenemos, señor. Saldremos temprano y nos mantendremos en contacto todo el rato. Una vez más, me gustaría que diera crédito a mi intuición.

—¿Y por qué utilizó para llamar un número oculto? No tenemos ni idea de cuál es su paradero —objetó Marsh y,

arrellanándose en la silla, se restregó los ojos.

—A lo mejor no quiere que la localicen. Eso no es un delito, ¿no?

—Joder, las cosas serían mucho más fáciles si todo el mundo llevara incorporado desde el nacimiento un rastreador GPS. Nos ahorraríamos una fortuna…

—Me encargaré de comentarle la idea al próximo periodista que vea.

—Manténgame informado de cada paso —había dicho Marsh con irritación, despidiéndola con un gesto.

El cielo se había vuelto plomizo, y Moss tuvo que encender los faros. Ahora los bosques que los rodeaban eran muy espesos y la maraña de ramas desnudas parecía impenetrable. Al fondo, apareció el rótulo con el número diecisiete. Se detuvieron en un trecho de tierra pelada. La mesa de la zona de descanso ya no estaba: quedaban cuatro orificios en el suelo. Moss apagó el motor y los faros, y quedaron sumidos en un completo silencio. Al abrir la puerta, Erika notó una brisa fresca impregnada del olor a vegetación húmeda y podrida. Bajó del coche y se abrochó el abrigo. Peterson y Moss se apearon también.

—¿Y ahora qué? —planteó Moss.

—Ella me dijo que nos reuniríamos aquí; fue muy precisa —respondió Erika sacando el papel en el que había anotado las indicaciones. Miraron a uno y otro lado de la carretera. Estaba desierta.

—Parece que hay un sendero por ahí —observó Moss. Se acercaron a un hueco entre las zarzas secas y la maleza. Recorridos varios metros muy angostos, el sendero se ensanchaba hasta convertirse en un camino de excursionistas. Estaba bastante cuidado, y discurría bajo un enorme dosel de árboles hasta llegar a un recodo donde quedaba cortado. Erika supuso que ese recodo boscoso,

ahora inhóspito e inquietante, debía de tener en verano un aspecto muy distinto.

Esperaron casi cuarenta minutos; la radio crepitaba y soltaba pitidos cada vez que Crane, desde Londres, les preguntaba su posición.

—Es una jodida tomadura de pelo —protestó Peterson—. Sin duda era la mujer que… —Se calló de repente, porque oyeron el crujido de una rama y un frufrú de hojas removidas. Erika se llevó un dedo a los labios. Sonó un murmullo entre la maleza y apareció una mujer rubia de pelo corto. Llevaba un impermeable de color rosa y unas mallas negras. Sostenía un cuchillo en una mano y algo parecido a un aerosol de autodefensa en la otra. Se detuvo a unos cincuenta metros de ellos.

—¿Qué coño…? —exclamó Moss.

Erika le lanzó una mirada.

—¿Eres Barbora? ¿Barbora Kardosova? Yo soy la inspectora jefe Erika Foster; y estos son mis colegas: la inspectora Moss y el inspector Peterson.

—Saquen sus placas y tírenlas hacia aquí —dijo Barbora. Le temblaba la voz y, cuando se acercó un poco más, vieron que también le temblaban las manos.

—A ver, un momento… —se quejó Moss. Pero Erika buscó en el bolsillo la placa y se la lanzó. Aterrizó a unos pasos de la chica. Moss y Peterson hicieron lo mismo de mala gana. Ella cogió las placas y, sin dejar de apuntarles con el aerosol, las examinó una a una.

—Muy bien, ya ve que somos quienes decimos ser. Ahora deje el cuchillo y el aerosol —ordenó Erika.

Barbora los depositó en el suelo y se acercó con cautela. La inspectora Foster la identificó a duras penas por la foto que había visto en Facebook. Todavía era guapa, pero tenía la nariz más pequeña y más recta; parecía más llenita de

cara y el pelo, antes largo y oscuro, ahora lo llevaba corto y teñido de rubio.

«Un hombre de pelo oscuro y una chica rubia», pensó Erika.

—¿Por qué hemos de aguantar todo esto para hablar con usted? —cuestionó Moss—. Usted sabe que podríamos detenerla ahora mismo por llevar ese cuchillo. Mide más de dieciocho centímetros; y no digamos ya el aerosol…

Barbora estaba anegada en lágrimas.

—Estoy muerta de miedo, pero tengo que hablar con ustedes. Debo contarles algunas cosas, o nunca me lo perdonaré… No debería haber contactado usando mi nombre auténtico —dijo—. Estoy en un programa de protección de testigos.

58

Los tres policías se quedaron de piedra. El viento soplaba en lo alto meciendo las copas de los árboles.

—No voy a revelarles cuál es mi nuevo nombre —dijo Barbora con voz trémula.

—No, no —aceptó Erika alzando la mano—. No diga nada más.

—Mierda, deberíamos haberlo adivinado —masculló Moss.

Se oyó un leve pitido procedente del coche, y a poco la voz de Crane preguntándoles su posición.

—Hemos de dar parte, jefa… Si una persona que está en un programa de protección revela su identidad o queda expuesta de algún modo, nosotros hemos de dar parte —advirtió Moss.

—Necesitará una nueva identidad —añadió Peterson, tratando de ocultar su irritación.

—Esperen, por favor. Primero debo explicarles algunas cosas —dijo Barbora—. Me he reunido con ustedes para hablarles de George Mitchell… —Tragó saliva y volvió a estremecerse—. Debería decirles antes que nada cuál es su verdadero nombre.

—¿Cuál es? —inquirió Erika.

La chica tragó saliva de nuevo. Era como si necesitara un esfuerzo físico para decirlo.

—Igor Kucerov —dijo al fin.

Peterson se dirigió al coche para hablar por radio.

—¡Por favor! Déjenme que se lo explique todo antes de… Antes de que lo hagan oficial.

Hubo otra pausa. La voz de Crane les llegaba amortiguada a través de la maleza, insistiendo en preguntarles su posición.

—Peterson, dile que todavía estamos esperando. Que todo va bien… Y por favor, ni una palabra de todo esto hasta que la hayamos escuchado —ordenó Erika.

Él asintió y corrió hacia el coche.

—No queremos saber cuál es su nuevo nombre ni dónde vive exactamente —dijo Erika.

—Vivo lejos de aquí. Tengo mucho más que perder que todos ustedes juntos, pero al final me he decidido a hablar —explicó ella—. Si retrocedemos un poco, hay un área de descanso por allá.

Erika y Moss la siguieron, dejando que Peterson se ocupara de la radio del coche. A los cinco minutos, llegaron a un claro donde había una mesa para comer. La luz penetraba con dificultad entre las ramas que se elevaban a gran altura. Erika volvió a pensar que aquel lugar debía de ser bonito en verano. Con el frío y la penumbra, en cambio, resultaba opresivo. Apartó estos pensamientos de la mente y tomó asiento; ella y Moss ocuparon un lado de la mesa y Barbora, el otro.

La inspectora Foster le ofreció un cigarrillo y ella lo aceptó agradecida. Las manos le temblaban mientras se inclinaba y protegía la llama del mechero. Erika encendió un cigarrillo para ella y le dio otro a Moss, y las tres aspiraron el humo a la vez.

Barbora parecía estar a punto de vomitar. Se pasó la mano por los cortos mechones rubios. Se había teñido el pelo de una forma chapucera, y tenía un tono amarillo pajizo. Tragó saliva una vez más y balbuceó:

—Conocí a George Mitchell… a Igor Kucerov… hace tres años. Yo había cumplido los veinte, vivía en Londres y tenía dos trabajos. Uno en un club privado para socios, en el centro de Londres, llamado Debussy's. —Dio otra calada al cigarrillo y prosiguió—: Trabajaba allí por turnos y, al mismo tiempo, en un café de New Cross llamado The Junction. Era un local muy animado y divertido en el que se reunían los artistas, pintores y poetas de la zona. Fue allí donde conocí a Igor. Él era un cliente habitual y, cada vez que venía, hablábamos. Yo lo encontraba guapísimo y muy divertido. Me halagaba que dedicara su tiempo a charlar conmigo… Un día, yo estaba muy disgustada. Se me había estropeado el iPod, donde tenía canciones y fotos irreemplazables. Él estuvo amable, pero no le di más importancia. Unos días después, cuando volví a hacer mi siguiente turno, él estaba esperándome con una bolsa de regalo. Dentro, había un iPod nuevo… No era como el pequeñito que yo tenía, sino el modelo más reciente y más caro, que costaba varios cientos de libras.

—¿Fue en esa época cuando inició su relación con George o Igor? —preguntó Moss.

Barbora asintió. El cielo se oscureció. Una nube enorme se cernía amenazadora en lo alto.

—Al principio él era maravilloso. Yo creía que estaba enamorada, que había encontrado al hombre de mi vida.

—¿Qué opinaba de él su familia?

—Bueno, éramos solo mi madre y yo. Ella vino a Inglaterra a los veintitantos años. Quería tener una pareja y llevar una confortable vida de clase media, pero se quedó embarazada de mí. Puesto que su novio no quiso saber

nada, me tuvo por su cuenta y se vio obligada a salir adelante como madre soltera. Cuando yo tenía diez años, le diagnosticaron esclerosis múltiple. Al principio fue algo lento, pero cuando cumplí los dieciséis, se puso muy grave. Tuve que dejar la escuela para cuidarla y encontré esos dos trabajos: por las mañanas en el café y por las noches en el club.

—¿Cuánto tiempo duró su relación con Igor? —preguntó Moss, procurando avanzar con delicadeza.

—Aproximadamente un año. Él hizo mucho por nosotras durante ese tiempo. Nos ayudaba. Pagó la reforma para que mi madre pudiera disponer de un cuarto de baño acondicionado. Canceló las deudas de mis tarjetas de crédito… —Sonrió, pensativa, todavía con el recuerdo vívido en su memoria. Dio una calada al cigarrillo y volvió a reflejar angustia.

—Una noche, cuando llevábamos unos meses saliendo, fuimos al cine a Bromley… Mientras comprábamos las entradas, unos chicos se pusieron a hacer comentarios sobre mí. No sé, algo sobre mi cuerpo. Igor se enfadó mucho, pero le dije que lo dejara correr. Entramos, vimos la película y yo creía que él ya lo había olvidado. Al salir, era tarde y apenas quedaba gente. Igor vio a uno de los chicos caminando delante de nosotros hacia el aparcamiento. Cuando estábamos cerca del coche, se lanzó sobre él y empezó a darle patadas y puñetazos. Era como un animal. El chico cayó al suelo, e Igor siguió pegándole y pateándole la cabeza. Yo nunca lo había visto así; me quedé consternada… Intenté apartarlo y también a mí me pegó en la cara. Al final, cuando se le acabaron las fuerzas, se apartó y dejó al chico tirado en el suelo, en medio de la oscuridad…

La chica se echó a llorar. Moss sacó un paquete de pañuelos de papel y se lo acercó por encima de la mesa. Ella cogió uno, inspiró hondo y se secó la cara.

—Y yo lo seguí —dijo—. Dejamos al chico en el suelo, entre dos coches… Igor me obligó a conducir, aunque yo no estaba incluida en el seguro de su coche, y obedecí. Él cogió mi bolso, sacó las toallitas de maquillaje y se limpió la sangre de los nudillos, y la que le había salpicado en la cara. Al fin me dejó en casa. No lo vi durante unos días, hasta que se presentó con un regalo. Mi madre se alegró mucho al verlo. Yo acepté el regalo y continué con él como si no hubiera pasado nada.

—¿Qué ocurrió con el chico? —preguntó Erika.

Barbora se encogió de hombros. A lo lejos sonó un fragor de truenos y destelló un relámpago.

—¿Y dónde entra Andrea en todo esto? —preguntó Moss.

—Unas semanas después, empecé a trabajar en el club Debussy's, atendiendo en la barra, y Andrea vino a tomarse una copa. El local estaba tranquilo. Le serví la bebida, y estuvimos charlando un rato. Venía con frecuencia, y la fui conociendo poco a poco. Ella me explicó que detestaba a las niñas esnobs forradas de millones con las que había ido al colegio. Cuando se enteró de que yo vivía al sur del río, me dijo que le encantaría venir a verme. Lo dijo como si fuese a hacer un viaje turístico o algo así… aunque New Cross queda a diez minutos en tren desde Charing Cross —puntualizó Barbora con una risa amarga.

—¿De modo que Andrea fue a su casa?

—No; Andrea venía a The Junction, el café en el que yo trabajaba. Le encantaba. Era un lugar tan bohemio… y siempre había gente interesante, gente que vivía la vida libremente, no en una jaula… Eso fue lo que me dijo. Yo le respondí que su jaula era dorada, pero no sé si lo captó. Dudo que supiera el significado de «dorada».

—¿Cuándo le explicó quién era su padre?

—Al cabo de cierto tiempo, y me montó toda una escena para que lo mantuviera en secreto. Pero cuando frecuentó el

café y entró en competencia con algunas de las chicas que andaban con los artistas y pintores, ella misma lo dejaba caer en la conversación.

—¿Y qué decía la gente? —preguntó Erika.

—En general estaban de vuelta de todo… pero George… Igor, se interesó mucho. En cuanto lo descubrió, fue como si hubiera reparado de golpe en Andrea…

—¿Tuvo una aventura con ella?

Barbora asintió.

—Sucedió muy deprisa, y yo tenía totalmente sorbido el seso.

—En esa época, ¿él era violento con usted?

—No. Bueno, a veces. Era más bien la amenaza implícita, el control… Pero al descubrir lo de Andrea, fue cuando me pegó por primera vez de verdad.

—¿Dónde sucedió eso? —inquirió Erika.

—En casa. Era un domingo por la noche, y mi madre estaba en el baño. No sé cómo salió la cosa a relucir en ese momento, pero el caso es que salió y que yo lo encaré.

—¿Qué pasó?

—Me dio un puñetazo en el estómago. Un puñetazo tan fuerte que vomité. Y me encerró en el armario de debajo de la escalera.

—¿Cuánto tiempo?

—No mucho. Yo le supliqué, porque mi madre todavía estaba en el baño e iba a coger frío. Tenía que ayudarla. Él dijo que solo me dejaría salir si prometía no volver a sacar el tema.

—¿Y usted volvió a sacarlo?

Barbora negó con la cabeza.

—¿Qué ocurrió más adelante? —preguntó Erika.

—Las cosas siguieron un tiempo normalmente. Digamos que se calmaron. Pero, un día, yo estaba en casa e Igor apareció en la puerta de la cocina, en la parte trasera de

nuestra casa. Venía con una chica que no tendría más de dieciocho años. Ella apenas se tenía en pie. Llevaba unos vaqueros ceñidos y una camiseta ajustada. Tenía la cara llena de sangre; una parte seca y la otra fresca, y toda la camiseta manchada. Estaba llorando… ¿Qué se suponía que debía hacer yo? Los dejé pasar, pero Igor no quería ayudarla, sino que la llevó a ese armario de debajo de la escalera y la encerró allí. Estaba enloquecido. Juraba que solamente quería saber dónde estaba su teléfono. Decía que esa chica se lo había quitado…

Ahora la tormenta se acercaba y la oscuridad se había espesado bajo los árboles.

—¿Qué pasó con la chica? —preguntó Erika en voz baja.

—Igor me mandó arriba. Me dijo que no saliera de mi habitación o me las cargaría. Oí cómo gritaba y lloraba la chica. La cosa se prolongó mucho tiempo, a mí me parecieron horas… Por fin se hizo el silencio. Igor abrió la puerta y me ordenó que me metiera en la habitación de mi madre. Ella sonrió al verlo; había pasado todo el tiempo dormida. Él me pidió mi bolsa de deportes grande, la que usaba para salir de viaje. Fui al ropero y la saqué. Él la cogió. Parecía muy tranquilo. No tardé en bajar. Igor estaba saliendo con la bolsa al hombro.

—¿Qué había dentro de la bolsa? —preguntó Moss, aunque ya sabía la respuesta.

—La chica —dijo Barbora—. Ella estaba dentro de la bolsa. E Igor se largó sin más.

—¿Qué hizo usted? —preguntó Erika.

—Limpié el estropicio del armario. Había sangre y otras cosas…

—¿Y?

—Igor regresó, echó un vistazo y me dijo que había hecho un buen trabajo. Incluso me dio dinero. —La voz de Barbora denotaba odio hacia sí misma—. Y continuamos,

como si no hubiera pasado nada. Pero él empezó a hablarme de su trabajo: recogía a chicas que llegaban a la estación Victoria de autobuses y que acababan trabajando para él.

—¿Trabajando… de qué?

—De prostitutas. Cuantas más cosas me contaba, más dinero me daba. Le compró a mi madre una silla de ruedas eléctrica que podía manejar por sí misma. Ya no necesitaba que la empujase nadie. Eso le cambió la vida.

—¿Y qué tiene que ver Andrea en todo esto?

—Yo estaba tan alterada que no podía comer; también se me cortó la regla. Igor ya no me miraba como antes, y Andrea ocupó mi lugar. Ella le proporcionaba lo que quería.

—¿Todo esto estaba sucediendo cuando usted fue invitada a las vacaciones familiares de Andrea?

—Sí.

—¿Sabe que, más tarde, Andrea se comprometió?

Barbora asintió y aceptó otro cigarrillo.

—¿Andrea sabía la verdad sobre Igor? ¿Estaba enterada de la clase de trabajo que hacía? —preguntó Erika.

—No lo sé. Nunca lo llegamos a hablar. Habíamos sido íntimas al principio, y aún lo éramos de una forma extraña durante las vacaciones con su familia; pero yo me encerré en mí misma. Creo que Andrea tenía la idea romántica de que Igor era una especie de pícaro de las pandillas de Londres, como en esas estúpidas películas de Guy Ritchie.

—¿Cómo entró usted en el programa de protección de testigos? —preguntó Moss.

—El cuerpo de la chica apareció en mi bolsa de deportes al cabo de unos meses.

—¿Dónde?

—En un vertedero del este de Londres. En un bolsillo interior de la bolsa había una antigua tarjeta de descuento de unos grandes almacenes que iba a mi nombre. Por

consiguiente, la policía se presentó en mi puerta. Me dijeron que llevaban mucho tiempo vigilándome y que podría obtener un buen acuerdo si les proporcionaba pruebas.

—¿Y lo hizo?

—Sí. Mi madre había muerto hacía poco. Gracias a Dios. Ella nunca lo supo… Para entonces, Igor parecía confiar de nuevo en mí. Quería que lo acompañara a recoger a las chicas que llegaban a la estación Victoria de autobuses. Ellas creían que venían a trabajar a Inglaterra como amas de llaves. Se le ocurrió que si yo estaba allí, confiarían y subirían al coche…

—¿Igor se dedicaba a traficar con mujeres y a hacerlas trabajar de prostitutas en Londres? —preguntó Erika.

—Sí.

—¿Trabajaba él solo?

—No. No sé, era todo muy complicado. Pero había otros hombres involucrados, y también sus novias.

—¿A dónde se llevaban a las chicas? ¿Y cuántas había? —le preguntó Moss.

—No lo sé —musitó Barbora, y estalló en sollozos.

—Tranquila, tranquila —dijo Erika y, extendiendo el brazo por encima de la mesa, le cogió la mano.

Ella se estremeció y la apartó.

—Bueno, ¿y qué pasó? —continuó Erika—. ¿Detuvieron a Igor?

—Sí. Y fue a juicio. —Erika miró a Moss. Incluso en la penumbra, distinguió su expresión desconcertada.

—¿A juicio? ¿Qué juicio? Nosotras no tenemos ningún registro… ¿Qué sucedió?

—La acusación fracasó. No había suficientes pruebas sólidas. El jurado no pudo pronunciarse en un sentido u otro… Creo que Igor influyó en algunos testigos. Él conoce a un montón de gente… —Se quedó abstraída, con la mirada perdida—. Me doy cuenta de la impresión que debo de

causar, por las cosas terribles que he hecho. Sé que soy una persona despreciable. Y todo por amar a un hombre —dijo. Erika y Moss siguieron calladas—. Al ver a esas chicas en las noticias, cuando usted hizo el llamamiento por televisión, me acordé de una de ellas: Tatiana. Me acordé de cuando llegó a Londres. Estaba entusiasmada y… pensé que debía hablar con usted. Tiene que atrapar a ese hijo de puta.

—¿Volvió a ver a Andrea alguna vez? —preguntó Moss.

Barbora cambió de posición, incómoda.

—Sí.

—¿Fue la noche del ocho de enero, en un pub llamado The Glue Pot? —cuestionó Erika.

—Sí.

—¿Igor estaba con ella?

—¿Cómo? ¡No! Jamás me habría acercado a Andrea si… ¿Él estaba allí?

—No —dijo Erika. Moss le lanzó una mirada—. ¿Por qué fue a Londres, estando en un programa de protección de testigos?

—Voy a Londres todos los meses a visitar la tumba de mi madre. La limpio y dejo unas flores. ¿Se imagina lo duro que es ser una extraña y tener una nueva identidad? Le envié un mensaje de texto a Andrea, con la idea de quedar para tomar un café. Ya sé que fue una idiotez. Pero ella cambió una y otra vez el sitio de la cita… Sé que no debería haber ido, pero la echaba de menos.

A Moss le resultaba difícil ocultar su incredulidad.

—Nos vimos muy poco rato. Ella estaba sola. Me dijo que había quedado con un novio nuevo… Actuaba como si no hubiera pasado nada. No la sorprendía que yo hubiera desaparecido y que ahora hubiese vuelto. Le tenía sin cuidado.

—¿A qué hora salió usted de The Glue Pot?

—No lo sé. Pero antes de las ocho. Sabía que salía un tren de London Liverpool Street antes de las nueve.

—¿Y no vio a nadie más?

—No. Andrea dijo que iba a tomarse una copa en la barra. Había una chica trabajando… Me dieron ganas de decirle a esa chica: ve con cuidado, yo estuve en tu lugar. Pero no lo hice.

—Barbora, todo esto que nos ha contado tendremos que registrarlo en una declaración oficial.

Ella se quedó callada bruscamente. Cuando volvió a hablar, su voz sonaba remota.

—He dejado mi teléfono móvil preparado para que lo grabara todo —dijo pasándole el aparato—. Ya me queda poco que contarles, pero antes tengo una necesidad urgente.

—¿De veras? Está muy oscuro…

—Por favor, es urgente —repitió, apremiante.

—Está bien. Pero no se aleje demasiado… La esperamos aquí —le indicó Erika.

—Tenga, use esto —dijo Moss sacando de su abrigo una linterna de bolsillo. Barbora la cogió, se puso de pie y se internó entre la maleza. Los truenos retumbaban cada vez con más frecuencia. Un relámpago iluminó el claro.

—Voy a avisar a Peterson —dijo Erika—. En cuanto Barbora vuelva, hemos de ponernos en marcha y llevárnosla a Londres. Ahora ella misma se ha expuesto y su nueva identidad ya es inútil. No sé cuál es el procedimiento en estos casos.

—Por Dios, jefa, ¿y qué me dice de ese juicio? No hay ningún registro de George Mitchell. Y cuando pasaron su foto por la base de datos nacional, no hubo ningún resultado… No me gusta nada todo esto. Se está volviendo cada vez más extraño.

Erika asintió y encendió un cigarrillo.

—Hemos de confirmar la nueva identidad de Barbora y comprobar todo cuanto nos ha contado…

—Un nuevo giro inesperado en el asesinato de Andrea Douglas-Brown —mascullό Moss.

Ahora, por primera vez, Erika le echó un vistazo al móvil de Barbora. Manipuló los botones y buscó un fragmento de su declaración.

—La tenemos grabada. Es una base suficiente para detener a ese George Mitchell o Igor Kucerov. Hemos de pedirle a Barbora una dirección —determinó Erika.

Moss sacó el móvil, llamó a Peterson para tratar de explicarle dónde se encontraban, pero apenas había cobertura.

—Se corta la llamada, jefa. No consigo comunicarme con él.

Sonó un trueno. El destello de un relámpago rasgó el cielo.

—¡Por Dios! —gritó—. No pienso usar el móvil mientras estén cayendo rayos. Peterson puede esperar.

—Bueno, bueno, calma. Déjeme probar —le dijo Erika. Lo intentó con su móvil y también con el de Moss, pero no había señal. La llamada ni siquiera entraba.

Le invadió un mal presentimiento.

—Ya lleva mucho rato para hacer un pis —opinó Moss. La luz del móvil de Erika les iluminó el rostro a ambas.

Se levantaron a la vez de un salto y se dirigieron hacia el lugar por el que la chica había salido del claro. Se agacharon para pasar por debajo de una rama, apartaron unas zarzas secas y fueron a dar al camino por el que habían llegado.

La lluvia las acribilló al abandonar la protección de los árboles. Un relámpago destelló, y vieron, un poco más adelante, un árbol muy alto de grandes ramas.

Bajo una de estas, crujía y oscilaba una cuerda con un nudo corredizo en un extremo del que colgaba Barbora. Sus

piernas estaban inmóviles; su cuerpo se balanceaba con el viento.

59

La lluvia caía ahora de forma torrencial, agitando las copas de los árboles, y había convertido el sendero enfangado en una franja borrosa. Entre un estrépito de truenos, el destello de los relámpagos iluminaba el cuerpo ahorcado de Barbora; mantenía los ojos abiertos, y la piel del cuello, por la presión de la cuerda, había formado pliegues bajo la barbilla. Moss intentó trepar por el árbol, pero la lluvia frustró todos sus esfuerzos.

—¡Basta, bájese! —gritó Erika superando el fragor de la tormenta—. Ya es demasiado tarde… Está muerta. Vuelva con Peterson para pedir refuerzos. Yo me quedaré aquí.

—¿Seguro, jefa?

—Sí. Vamos.

Moss se alejó corriendo entre los árboles; Erika se quedó esperando. Deambuló por el sendero embarrado; no le importaba empaparse. La mente le iba a cien por hora. Cuanto más profundizaban, más complicado se volvía el caso.

Parecía que la tormenta estaba justo encima; la lluvia rugía y el aire estaba cargado de electricidad. Se vio obligada a guarecerse bajo el árbol, aunque situándose al

otro lado, de forma que el grueso tronco se interponía entre ella y el cadáver.

Finalmente, cesó la lluvia y la tormenta se fue alejando. Estaba tratando de buscar señal con el móvil cuando le llegó el sonido de una sirena. Un coche patrulla apareció al fondo del camino y se acercó lentamente; las ruedas removían la tierra anegada. Se bajaron dos jóvenes agentes. Erika salió a su encuentro, esgrimiendo la placa. Ellos alzaron la vista hacia el cuerpo de Barbora.

—¿No ha tocado nada? Tenemos que acordonar la zona —le dijo uno de ellos.

—Ha sido un suicidio —informó Erika—. Estaba con nosotras justo antes de hacerlo.

Pasaron varias horas hasta que pudieron abandonar el lugar. El hecho de que Barbora hubiera estado en un programa de protección de testigos había frustrado todos los intentos de averiguar su identidad. Ya empezaba a oscurecer cuando emprendieron el trayecto de vuelta a Londres. Erika y Moss pusieron a Peterson al corriente.

—¿Y ese tal Igor Kucerov es el culpable de las muertes de Andrea, de las tres chicas de Europa del Este y de Ivy? —preguntó.

—Sin olvidar a la chica que asesinó en casa de Barbora. La que metió en la bolsa de deportes.

—A ver… ¿lo detuvieron y llevaron a juicio por ese crimen, y no está en ningún registro ni en las bases de datos?

—No figura en ningún registro como George Mitchell —explicó Erika. En ese preciso momento, sonó un pitido en la radio y les llegó de nuevo la voz de Crane.

—Jefa, hemos encontrado una dirección de Igor Kucerov en el registro de impuestos municipales. Vive en Kilburn; tiene treinta y siete años, es de origen ruso-rumano. Está

casado. La casa consta a nombre de su esposa, una tal Rebecca Kucerov. Tienen un hijo de cinco años.

—¡Por Dios! —exclamó Moss.

—¿Cuánto tiempo lleva casado? —preguntó Erika.

—Diez años —dijo Crane.

—¿Algún historial laboral?

—Dirige una empresa de mantenimiento y diseño de jardines. Él figura oficialmente como director, pero la empresa se halla registrada a nombre de la esposa. Estamos haciendo una búsqueda informática para averiguar si tuvo algún contrato en los lugares donde aparecieron las chicas asesinadas.

Se produjo una pausa.

—¿Quiere que lo detengamos? —preguntó Crane. Erika miró el reloj del salpicadero. Acababan de dar las cinco de la tarde.

—Deberíamos llegar a Londres en unas dos horas —dijo Peterson, leyéndole el pensamiento.

—No. Vamos a aplazarlo. Quiero estar bien preparada antes. Pongan un equipo de vigilancia frente a su casa. Pero que no se dé cuenta, sobre todo. Y no lo pierdan de vista.

—Sí, jefa.

—Estaremos de vuelta en Lewisham Row en un par de horas. Entretanto, me interesa todo lo que pueda encontrar sobre él: extractos bancarios, correos electrónicos, empresas de su propiedad, cualquier quiebra financiera. También investigue a la esposa: historial completo. Seguro que cuanto él oculta está puesto oficialmente a su nombre. Y procuren averiguar cuál era la nueva identidad que le dieron a Barbora Kardosova. Ahora que está muerta debería ser más fácil.

—Estamos en ello —dijo Crane—. ¿Se encuentran todos bien? Hemos oído que la chica se ha suicidado ante sus narices.

—Estamos todos bien —zanjó Erika—. Ahora deje la radio y concéntrese en Igor Kucerov.

Afuera estaba todo negro como boca de lobo. Los campos y las tierras bajas de Norfolk resultaban invisibles. No había luna ni estrellas, y casi ninguna contaminación lumínica; lo único que se veía era la carretera iluminada por los faros. Erika deseaba alejarse lo máximo posible de aquellos campos inhóspitos, del paraje en el que el cuerpo de Barbora se había balanceado colgado de un árbol. Necesitaba volver a la ciudad, donde los edificios se agolpaban a su alrededor, donde siempre había ruido y el tiempo nunca se detenía.

Bajó el parasol con el espejo incorporado que había frente al asiento del acompañante. La lucecita interior se encendió. Vio que tenía la cara manchada de barro. El reflejo de Peterson le devolvió la mirada desde atrás.

—¿No se vuelve más fácil con el tiempo, eh, jefa? Quiero decir, lo de ver un cadáver —comentó.

—No, qué va —dijo ella. Se limpió la cara con un pañuelo y retornó el parasol a su sitio; el interior del coche se sumió en la oscuridad.

Hicieron el resto del trayecto de vuelta en silencio, reservando energías para la noche que les esperaba.

60

Llegaron a Lewisham Row cuando acababan de dar las siete de la tarde. La lluvia torrencial se había desplazado con ellos durante el trayecto desde Norfolk y caía con violencia mientras cruzaban corriendo el aparcamiento para entrar en recepción. Crane los estaba esperando y les abrió la puerta interior. El centro de coordinación bullía de actividad. Erika se quedó impresionada al ver que el equipo entero se había quedado, y les dijo:

—Buenas tardes a todos. Supongo que Crane ya les ha informado de lo ocurrido, ¿verdad? —Hubo un murmullo de asentimiento—. Bien. ¿Qué noticias me pueden dar?

Uno de los agentes había subido unas toallas del gimnasio del sótano de la comisaría y se las lanzó a los recién llegados, que las cogieron agradecidos.

—Hemos revisado los archivos y descubierto que la chica a la que encontraron en un vertedero, dentro de la bolsa de deportes, se llamaba Nadia Greco y tenía diecisiete años. El juicio se celebró en el juzgado de Southwark —explicó Crane.

—¿Y? —preguntó Erika frotándose el pelo con la toalla.

—Y aquí es donde la cosa se vuelve muy extraña, jefa. Las actas del juicio han sido clasificadas como materia

reservada.

—¿Qué? —exclamó ella—. ¿Por qué habría de ponerse el juicio de un tipo como Igor Kucerov en pie de igualdad que otro juicio con información secreta?

—No lo sé. Como he dicho, hay muy poca información disponible. Las transcripciones están censuradas y han borrado los nombres —explicó Crane.

—¿Cómo sabemos que se trata de su juicio?

—Porque coincide con los datos clave que he encontrado del asesinato. El lugar donde fue hallado el cuerpo y los datos de la víctima no estaban clasificados.

—¿Hay más detalles sobre el veredicto? —preguntó Erika.

—Dice que el juicio se anuló por falta de pruebas suficientes.

—¿Y no hay ningún registro del arresto de Igor Kucerov, o de George Mitchell?

—No. Hemos hecho una búsqueda en Google de Igor Kucerov y resulta que se han suprimido varios resultados amparándose en la ley europea de protección de datos. Y si Igor Kucerov tenía antecedentes, han sido borrados. En la base de datos, no hay nada sobre él ni sobre George Mitchell.

—No me gusta nada cómo suena todo esto.

—Vamos a seguir trabajando, jefa.

—¿Qué se sabe de la identidad de Barbora Kardosova?

—Estamos en ello, pero los juzgados no abren hasta mañana a las nueve. El departamento de protección de testigos es totalmente hermético. Usan una red informática distinta.

Guardaron silencio. Erika se levantó y se acercó a las pizarras donde estaban las fotografías de todas las víctimas. También había fotos fijas de videovigilancia de las últimas imágenes de Andrea, captadas cuando había subido al tren. Al lado, estaba la foto que se había sacado con George

Mitchell, el hombre ahora conocido como Igor Kucerov. También había una nueva fotografía de este, obtenida de su permiso de conducir. Y, finalmente, estaban las fotos familiares de los Douglas-Brown en sus vacaciones con Barbora Kardosova, antes de que la chica se cortara el pelo y se lo tiñese de rubio, para desaparecer del mapa gracias al programa de protección de testigos.

—Bueno, sé que ha sido un largo día —dijo Erika, dirigiéndose al equipo—. Pero tenemos que sacar las palas y seguir excavando. Les pido a todos un gran favor: me gustaría continuar trabajando unas horas más. Quiero que volvamos a los elementos básicos y repasemos todo el caso con un peine de púas finas. Todo. Voy a pedir que traigan café y comida. Invito yo. Tenemos que encontrar *algo*. Existe un vínculo entre Andrea Douglas-Brown, Igor Kucerov y los restantes asesinatos. Hemos de encontrarlo. Y podría tratarse de un detalle minúsculo. Como siempre digo, no hay preguntas estúpidas.

»Respecto a la clasificación reservada del juicio, sé que pisamos terreno peligroso, pero no teman profundizar demasiado, en especial sobre sir Simon. Antes era intocable, pero ahora, no. Tenemos grabada la declaración de Barbora Kardosova; voy a colgarla en la intranet. Bueno, ¿quién quiere quedarse?

Miró expectante a los miembros del equipo que llenaban el centro de coordinación. Lentamente, fueron alzando la mano. Miró a Moss, que sonrió y levantó la suya, igual que Peterson.

—Si no fuese una vieja amargada les daría un beso a todos. Gracias. Bien, vamos a sacar partido a las próximas horas. Manos a la obra.

Los agentes se pusieron en marcha.

—¿Dónde compró esos donuts la otra vez? —preguntó Crane, acercándose con un montón de expedientes.

—En Krispy Kreme. Tiene carta blanca para hacer el pedido —indicó Erika—. ¿Dónde está Marsh?

—Se ha ido temprano. Tiene el fin de semana libre. Va a llevar a su señora a una especie de taller artístico —le informó Crane.

—No sabía que él también pintaba.

—No, no; él la dejará allí. Es en Cornwall. Creo que debe de tener planeada una nochecita especial; nos ha dicho que no estará localizable… bajo ninguna circunstancia.

—Muy típico: estamos en un punto crucial de la investigación y decide largarse para darse un respiro.

—¿Quiere que lo localice por teléfono? —preguntó Crane.

—No; vamos a aplazar el momento de contactar con él —decidió Erika, dándose cuenta de que eso podía favorecerla.

61

A la mañana siguiente, el comisario jefe Marsh se hallaba en la cama con su esposa en una bonita habitación de hotel. No recordaba cómo se llamaba el hotel; lo único que sabía era que estaba lejos de Londres y que ofrecía unas vistas panorámicas de Dartmoor. La cabeza de Marcie reposaba sobre su pecho desnudo. Él sentía ese cálido abandono que sigue al coito. El tacto y el olor de la piel de su esposa resultaban embriagadores. Había amanecido ya, y se habían despertado tras toda una noche haciendo repetidamente el amor, algo inusitado desde que habían tenido a las gemelas.

El teléfono de la mesilla sonó con estridencia, rompiendo el silencio. Marsh se dio la vuelta y vio que eran las nueve y media de la mañana. Levantó el auricular y volvió a colgarlo.

—¿Pediste que nos despertaran? —preguntó Marcie.

—Por supuesto que no —dijo él.

—¡Aaaah! Esto sí que me excita… que no cojas el teléfono —ronroneó Marcie. Lo besó y le deslizó la mano hacia el vientre.

El teléfono sonó de nuevo. Marsh soltó una maldición, se dio la vuelta de nuevo y arrancó el cable del enchufe de la

pared. Volvió a tenderse junto a su esposa, sonriendo.

—Creo que te habías quedado por aquí —dijo poniéndole la mano sobre su creciente erección.

—¿Otra vez? Comisario jefe… —sonrió Marcie.

De repente, sonaron golpes en la puerta.

—Perdonen… es de recepción —dijo una voz.

—Pero… ¡qué demonios! —exclamó Marsh, justo cuando Marcie se disponía a desenrollar un condón sobre el glande de su polla totalmente tiesa.

—Mándalos a la mierda. Este es el último del paquete —dijo ella.

Volvieron a sonar los golpes.

—¿Señor, señor? —dijo la voz temblorosa del chico de recepción—. Ya sé que ha dicho que no lo molestasen bajo ningún concepto, pero tiene esperando al teléfono al subcomisario general Oakley. En su teléfono… ¿Señor? Dice que si no contesta habrá consecuencias… Me limito a repetir sus palabras, señor… Es lo que ha dicho.

Marsh saltó de la cama y se puso a gatas para volver a conectar el cable en la toma de la pared.

—¿Dónde demonios se ha metido, Marsh? ¡Tenemos una situación de emergencia! —le soltó Oakley cuando finalmente se puso al teléfono.

—Lo siento, señor. No sabía que era usted.

—Uno de sus agentes, esa maldita mujer, Foster, se ha presentado en casa de sir Simon Douglas-Brown a las cinco de la mañana con una unidad de las fuerzas especiales. Se ha llevado detenidos a sir Simon y a su hija, Linda. También ha detenido a Giles Osborne.

—Pero ¿qué demonios…?

—Yo estoy ahora en Escocia, Marsh, en medio de unas jodidas vacaciones muy necesarias, y no quisiera tener que regresar a Londres. Confío en que rectifique todo esto.

—Sí, señor.

—Será mejor que lo haga. No es frecuente que me despierte alguien de la oficina del Gobierno antes de las nueve. Si no tenemos cuidado, esta vez rodarán cabezas, Marsh.

La llamada se cortó bruscamente. El comisario se quedó de pie, desnudo, con el pene encogido y arrugado. Volvió a coger el teléfono, marcó un número y dijo a gritos que quería hablar con la inspectora jefe Foster. De inmediato. Marcie se cubrió con la colcha y reprimió las lágrimas. Otras vacaciones interrumpidas por el trabajo de su marido.

62

Erika y el equipo restante estaban otra vez en marcha, habiendo dormido unas pocas horas. Habían trabajado hasta bien entrada la noche, conectando las pruebas con los nuevos datos, y a la una de la madrugada habían conseguido un avance decisivo en la investigación. A las tres, después de una actividad frenética para organizarlo todo, había mandado a la gente a casa para que durmieran unas horas antes de volver al amanecer e iniciar la primera fase del plan.

En ese momento eran las once de la mañana, y se hallaba sentada con Moss, Peterson y Crane en la sala de control de Lewisham Row. Tenían delante cuatro pantallas, cada una de ellas con la imagen de una de las salas de interrogatorio.

En la sala número uno, Linda Douglas-Brown deambulaba con agitación de un lado para otro. Llevaba una larga falda oscura y un amplísimo jersey blanco, manchado de té, con gatitos negros estampados. En la sala número dos, su padre, Simon Douglas-Brown, permanecía sentado, mirando al frente con las manos sobre la mesa y una expresión impasible. A pesar de que lo habían sacado de la cama agentes de las fuerzas especiales, se había vestido con toda

elegancia: pantalones oscuros, camisa azul impecablemente planchada y un jersey con cuello de pico.

En la siguiente pantalla, la de la sala de interrogatorio número tres, Giles Osborne ofrecía una curiosa estampa. Llevaba unos ceñidos vaqueros de color verde botella y una ajustada camiseta, con un estampado tropical de palmeras que le constreñía la prominente barriga. Se había peinado el grasiento pelo con raya al lado y miraba fijamente a la cámara.

—Lleva veinte minutos sin apartar los ojos de la cámara —observó Crane dando unos golpecitos a la pantalla.

—El único que no parece tener la menor inquietud es Igor Kucerov —dijo Erika mirando la pantalla de la sala número cuatro.

Igor, sentado frente a la mesa, se había repantigado en la silla con las piernas extendidas. Cuando la policía había llegado a su casa, situada en una calle de clase media de Kilburn, acababa de volver de hacer deporte. Llevaba puesta una camiseta ceñida, con el logo de Nike estampado en la pechera, pantalones cortos y zapatillas deportivas, también Nike, de color negro. Tenía el cuerpo esbelto y musculoso, y la piel, curtida y aceitunada. Ya no lucía la barba incipiente de las fotografías con Andrea. Echó un vistazo a la cámara; sus iris eran negros.

—Primero vamos a hacer un intento con él —decidió Erika.

Moss y Crane se quedaron en la sala de control, y Peterson salió con ella. En el pasillo, se encontraron con el abogado de Igor. Era un hombre canoso y flaco, con un pulcro bigotito; empezó a protestar y a preguntar por los motivos de la detención.

—Voy a recomendarle a mi cliente que no responda a ninguna de sus preguntas hasta que presenten pruebas creíbles…

Sin detenerse siquiera, atravesaron el pasillo y entraron en la sala número cuatro, seguidos por el abogado. Igor no cambió de postura; siguió repantigado en la silla. Examinó a Erika de arriba abajo. Sonó un largo pitido al ponerse en marcha el sistema de grabación.

—Son las once y cinco de la mañana, del veinticuatro de enero. Soy la inspectora jefe Foster y me acompaña el inspector Peterson. También está presente el abogado John Stephens.

Erika y Peterson tomaron asiento frente a Igor y al abogado. Ella pasó unos momentos estudiando sus documentos. Al fin alzó la vista y miró a Igor.

—Bueno, señor Kucerov. ¿O debo llamarlo George Mitchell?

—Llámeme como quiera, encanto —dijo él sonriendo. Su voz era grave y denotaba un ligero acento ruso.

—¿Podría explicarme por qué utiliza dos nombres?

Él se encogió de hombros.

—¿Trabaja usted para el MI5 o el MI6? ¿Es un agente secreto involucrado en tareas de espionaje? ¿Ha firmado acaso la ley de Secretos Oficiales?

Igor curvó la boca al sonreír y se frotó la barbilla.

—No —dijo, por fin.

—Disculpe, pero estas preguntas son absurdas —objetó el abogado.

—No; son preguntas pertinentes. ¿Está usted al corriente, señor Stephens, de que su cliente fue juzgado por el asesinato de una joven llamada Nadia Greco, cuyo cuerpo descompuesto apareció en un vertedero, dentro de una bolsa de deportes?

Erika deslizó una foto de Nadia hacia el otro lado de la mesa. El cuerpo hinchado y ennegrecido de la chica se atisbaba entre los pliegues de la bolsa abierta.

—Se descubrió que la bolsa pertenecía a Barbora Kardosova, que era la novia del señor Kucerov. Nadia Greco había sido golpeada hasta morir en casa de Barbora. Se encontró ADN de Igor en la escena del crimen, y su novia testificó contra él. Sin embargo, el jurado no emitió ningún veredicto y el juicio quedó anulado.

El abogado miró a Igor de soslayo.

—Demuéstrelo —dijo este, despreciativo.

—Ese es el problema, Igor. Los registros y las transcripciones del juicio han sido clasificados como materia reservada. Esa clasificación se emplea únicamente en juicios criminales relacionados con asuntos que podrían amenazar la seguridad nacional. ¿Está usted al corriente de esto, señor Stephens?

—Sé lo que es un procedimiento clasificado como materia reservada, sí —afirmó el abogado, nervioso.

—Pues comprenderá lo insólito del caso, es decir, que se impusiera semejante restricción en el juicio por asesinato de su cliente, cuando él no tiene nada que ver con el servicio secreto —concluyó Erika.

Igor se desperezó y movió el cuello a uno y otro lado con un chasquido.

—Quizá es que me parezco un poco a James Bond —dijo.

—No es eso lo que vemos al mirarlo —masculló Peterson.

—No se amargue tanto, amigo. ¿No andan diciendo que van a sacar un James Bond negro? Quizá todavía tiene una oportunidad —replicó Igor.

Peterson le acercó aún más la foto de Nadia Greco.

—Miré la fotografía, por favor. ¿Reconoce usted a esta chica? —preguntó.

—Recomiendo a mi cliente que no conteste a la pregunta —aconsejó Stephens.

—De acuerdo. ¿Qué me dice de esta otra foto? Este es usted con Andrea Douglas-Brown. ¿Está al corriente del

asesinato de esa chica? Esta fotografía fue tomada cuatro días antes de su muerte, y también esta y esta…

Peterson fue acercándole por encima de la mesa la serie de fotos, empezando por la de él y Andrea frente a los jardines del museo Horniman, y continuando con las imágenes sexuales explícitas. Igor frunció los labios y se repantigó nuevamente en la silla.

—Esta es la misma Andrea Douglas-Brown que apareció asesinada.

—Sí, todos sabemos quién es —le espetó el abogado—. ¿Están acusando a mi cliente de su asesinato?

Erika no le prestó atención.

—Usted fue visto con Andrea unas horas antes de su muerte, en el pub The Glue Pot, en Forest Hill…

—No tengo que responder a sus preguntas. Quiero irme —dijo Igor levantándose de la silla.

—Siéntese —exigió Erika. Él hizo una mueca y cruzó los brazos, sin tomar asiento—. Y sí tiene que responder a mis preguntas. Usted, como he dicho, fue visto con Andrea.

—No. No me vieron en ninguna parte, porque no estaba en el Reino Unido la noche en la que Andrea desapareció. Estuve en Rumanía del treinta y uno de diciembre al quince de enero. Tengo los billetes y puede revisar los sellos de mi pasaporte.

—¿Los del suyo, o los de George Mitchell?

—No va contra la ley cambiar de nombre, ¿sabe? —dijo Igor—. Usted es eslovaca, ¿verdad? Y sin embargo, se llama Foster.

—Es mi nombre de casada.

—¿Casada? —se sorprendió él, y arqueó una ceja—. ¿Y qué tal le fue?

—Le digo que se siente —gritó Erika dando un puñetazo en la mesa.

—Si va a acusar a mi cliente… —balbuceó Stephens.

Erika se levantó y salió de la sala.

—La inspectora jefe Foster ha salido de la sala de interrogatorio. Interrumpo la grabación a las once y doce minutos —informó Peterson y, levantándose, salió también.

—Es un hijo de puta, ¿no? —dijo Erika cuando estuvieron en el pasillo. Temblaba de rabia—. No debería haber perdido los estribos tan pronto. Es muy engreído… Dígale a Crane que compruebe su coartada, lo de que estaba fuera del país.

—Sí, jefa. Usted no deje que la saque de quicio. Acabamos de empezar. ¿Quiere volver a entrar?

—No. Quiero hacer un intento con Simon Douglas-Brown.

63

El abogado de Simon Douglas-Brown tenía el pelo tan canoso como el señor Stephens, pero llevaba un traje más caro. Estaba junto a las salas de interrogatorio, arreglándose la corbata.

—Vamos a entrar ahora —decidió Erika señalando la puerta de la sala número uno.

—Voy a recomendar a mi cliente que no responda a ninguna de sus preguntas hasta que… —empezó a decir, pero Erika y Peterson entraron sin hacerle caso.

Simon los fulminó con la mirada al verlos entrar, y exclamó:

—Quiero que sepa que cuando haya terminado con usted, tendrá que dirigir el tráfico en Old Kent Road… ¡durante el resto de su carrera!

Erika y Peterson ignoraron el comentario y tomaron asiento frente a la mesa. Ella siguió las formalidades de la grabación; acto seguido abrió un expediente.

—¿Dónde está Linda? —preguntó Simon. Erika hizo oídos sordos—. ¡Tengo derecho a saber dónde está mi hija!

—Su hija ha sido detenida y está aquí bajo custodia —dijo Peterson.

—Dejen a Linda al margen de todo esto, ¿me oyen? Ella no está bien —gritó Simon.

—¿Cómo que no está bien?

—Está sufriendo una gran tensión. No se encuentra en condiciones de que la interroguen.

—¿Quién le ha dicho que vamos a hacerlo? —preguntó Erika.

—Cuando la policía se presenta al alba en mi puerta con uniforme antidisturbios y armas automáticas, no creo que sea para charlar. Deduzco, obviamente… Se lo advierto…

—Su esposa está en recepción. ¿Dónde se encuentra su hijo, David? —quiso saber Erika.

—En Praga, con unos amigos. En una despedida de soltero.

—¿Dónde se aloja?

—No sé, en un pub o un hotel. Podría ser en un albergue juvenil, qué se yo. Es una despedida de soltero.

—¿De quién? —preguntó Peterson.

—Uno de sus compañeros de universidad se casa. Puedo pedirle la información a mi secretaria; ella hizo las reservas.

—Ya nos encargaremos nosotros —dijo Peterson.

Guardaron silencio. Erika pasó unas páginas del expediente e inquirió:

—Dirige usted varias empresas relacionadas con sus negocios y asuntos privados, ¿es correcto?

—Qué pregunta tan idiota. Claro que es correcto.

—Una de ellas, llamada Millgate Ltd., ¿verdad?

—Sí.

—Y otra llamada… Peckinpath.

—Sí.

—Quantum, Burbridge, Newton Quarry…

El abogado objetó:

—No veo por qué ha de leerle esta lista a mi cliente. Él conoce perfectamente sus negocios. Todas las que usted

menciona son sociedades anónimas conocidas. Es una información de dominio público.

Simon se arrellanó en la silla, alerta pero furioso.

—Sí, cierto —dijo Erika—. Pero necesitaba confirmarlo para la grabación antes de seguir adelante. Lamento hacerle perder a su cliente su valioso tiempo… Vuelvo a preguntárselo, pues.

—Sí, sí, sí —gritó Simon—. ¿Se oye así lo bastante bien para su maldita grabación?

—Me gustaría llamar su atención sobre uno de sus extractos bancarios, correspondiente al mes de septiembre del pasado año. —Erika sacó una hoja del expediente y la depositó sobre la mesa. Simon se inclinó para examinarla.

—Un momento. ¿Cómo es que tiene esto? ¿Con qué autoridad?

—Con mi autoridad —replicó ella—. Usted efectuó un pago a Cosgrove Holdings Ltd., que es la compañía registrada que hay detrás de Yakka Events: la empresa de Giles Osborne. Una suma de cuarenta y seis mil libras. —Señaló la cifra con el dedo en la hoja del extracto.

—Sí; he invertido en la empresa —admitió Simon, que se arrellanó otra vez en la silla y miró abiertamente a la inspectora.

Ella sacó otro extracto bancario.

—También tengo uno de los extractos bancarios de Giles Osborne. Un extracto de Cosgrove Holdings Ltd., de la misma fecha, que muestra que las cuarenta y seis mil libras son ingresadas en la cuenta…

—¿A dónde quiere ir a parar? —preguntó el abogado. Erika alzó la mano para pedirle que se callara y prosiguió:

—Pero ese mismo día, sus cuarenta y seis mil libras vuelven a salir de la cuenta.

Simon se echó a reír y miró en derredor para ver si alguien compartía su hilaridad. Peterson estaba impasible.

—¿Por qué no se lo pregunta a Giles? Yo no intervengo en los asuntos de cada día de su empresa. Soy un socio capitalista.

—Pero invirtió cuarenta y seis mil libras. Es un montón de dinero para ser un socio capitalista.

—Dígame lo que es un montón para usted. Para mí, cuarenta y seis mil libras no es una gran cantidad… Entiendo que para usted, con un sueldo de policía, debe de suponer mucho más.

—Aun teniendo eso en cuenta, seguro que usted y Giles acordaron al menos lo que implicaba su inversión, ¿no? —dijo Erika.

—Yo confío en Giles y, como recordará, antes del brutal asesinato de mi hija iba a recibirlo como yerno en mi familia.

La máscara iracunda de Simon se agrietó. Todos apreciaron el agudo dolor que le causaba la pérdida de su hija.

—Muy bien. Entonces, como futuro yerno suyo, ¿Giles le explicó por qué las cuarenta y seis mil libras fueron directamente a una empresa llamada Mercury Investments Ltd.?

Simon miró a su abogado.

—¿Sí o no? Es una pregunta sencilla —presionó Erika—. ¿Sí o no? ¿Le dijo Giles por qué las cuarenta y seis mil libras fueron directamente a una empresa llamada Mercury Investments Ltd.?

—No.

—¿Conoce una empresa llamada Mercury Investments Ltd.?

—No.

—Está registrada a nombre de Rebecca Kucerov, esposa de este hombre, Igor Kucerov. Por si necesita que se lo

recuerde, nosotros encontramos en el segundo teléfono móvil de Andrea estas fotografías.

Sacó del expediente las fotos explícitamente sexuales y las colocó frente a Simon. Él las miró un momento. Cerró los ojos y se echó a temblar.

El abogado se inclinó y se apresuró a recoger las fotos.

—Me opongo a que se muestren a mi cliente estas perturbadoras imágenes de su hija, a la que acaba de enterrar…

—Pero ¿qué tiene que decir su cliente sobre esas cuarenta y seis mil libras? Nosotros creemos que este hombre, Igor Kucerov, está relacionado con el tráfico ilegal de mujeres de Europa del Este al Reino Unido. Además, fue juzgado por el asesinato de una joven llamada Nadia Greco.

—¿Fue condenado? —preguntó Simon, cortante.

—No, pero aun sin condena, eso agrava la naturaleza de la conexión. Conque vuelvo a preguntárselo: ¿sabe por qué Giles Osborne transfirió las cuarenta y seis mil libras a Igor Kucerov?

Simon se irguió en la silla, nervioso.

—Mi cliente no tiene ningún comentario que hacer.

—Muy bien —dijo Erika; le lanzó una mirada a Peterson y ambos se pusieron de pie.

—¿Y? —preguntó el abogado.

—Interrumpimos el interrogatorio por el momento —informó ella.

—¿Qué hora ha dicho que era? —preguntó Simon.

—Son las doce y cuarto.

—Quiero hablar con Linda. ¡Ahora mismo! —exigió.

Erika no le hizo caso y salió con Peterson de la sala.

64

—Da la impresión de estar volviéndose medio loco ahí dentro —dijo Moss cuando entraron de nuevo en la sala de control. Miraron las cuatro pantallas. Simon despotricaba enfurecido, diciendo que esa «policía hija de puta» no tenía ningún derecho a negarle el acceso a su hija.

—Quizá conviene dejarlos a todos sufriendo un rato —opinó Peterson.

—Sí, pero recuerde que solo disponemos de veinticuatro horas. Si no podemos acusarlos, habremos de dejarlos en libertad.

—Ojalá pudiéramos volver a detener a Kucerov por el asesinato de Nadia Greco —comentó Moss.

—No tenemos ninguna prueba nueva. Y perderíamos nuestro tiempo inútilmente si lo intentáramos. Hemos de atraparlo utilizando esa transacción procedente de Simon y Giles —dijo Erika—. Y Linda es el eslabón entre Andrea e Igor.

En la siguiente pantalla, se veía a Linda, con la cabeza apoyada en la mesa de la sala de interrogatorio, trazando círculos abstraídamente sobre su arañada superficie.

En la pantalla de debajo, Igor continuaba repantigado en la silla, con las piernas abiertas y la cabeza apoyada en la

pared. Giles también se mantenía impasible, sentado en la silla y mirando en derredor como si el camarero hubiese olvidado su pedido.

—Vamos a descansar unos minutos —sugirió Erika y, cogiendo su paquete de cigarrillos, se dirigió al exterior.

Al pie de los escalones de la entrada, Diana Douglas-Brown estaba también encendiendo un cigarrillo. Llevaba un abrigo largo de piel y se había peinado impecablemente el cabello en torno a su exhausto rostro.

Erika iba a dar media vuelta, pero Diana reparó en ella.

—Inspectora Foster, ¿qué está ocurriendo?

—Estamos llevando a cabo los interrogatorios —respondió ella de forma terminante.

Ya iba a entrar de nuevo, pero Diana le pidió:

—Por favor, ¿puede darle esto a Linda? —Metió la mano en el bolsillo del abrigo y sacó un gatito de peluche colgado de un llavero: un gatito negro de dulces ojos castaños y una pequeña lengua de trapo de color rosa descolorido…

—Me temo que no puedo, lo siento —se excusó Erika.

—Por favor… usted no lo entiende. Linda necesita algo familiar. —Diana dio una calada al cigarrillo—. Cuando la tuve, sufrió por falta de oxígeno. Tiene problemas emocionales. ¡No puede enfrentarse a la realidad! —La última frase la dijo casi a gritos.

—Nuestro sargento de guardia puede conseguir un médico en cuestión de minutos. Pero Linda está bien, se lo aseguro. Solo queremos hacerle unas preguntas.

Diana bajó la cabeza y rompió a llorar. El pelo le cayó hacia delante y le tapó la cara. Se llevó el gatito de peluche a la mejilla y sollozó desconsolada.

Erika volvió adentro.

—La coartada encaja —le dijo Crane cuando entró en el centro de coordinación—. Tengo una lista de pasajeros que confirma que Igor Kucerov salió el treinta y uno de

diciembre del aeropuerto de Lutton en un vuelo a Rumanía. Volvió el quince de enero.

—¡Mierda! —maldijo Erika. Todas las miradas se volvieron hacia ella—. ¿Y si hizo algo entre esas fechas? ¿Hay imágenes suyas de videovigilancia cruzando la puerta de embarque? —añadió.

—Jefa, la información procede del departamento de Pasaportes e Inmigración.

—Ya. Pero aquí tenemos los registros de un juicio que han sido modificados y clasificados como materia reservada. ¡Lo cual demuestra que Igor Kucerov recibió un trato especial! Alguien ha intervenido y alterado un registro oficial… ¿No podría haber vuelto en autobús o en coche, y luego regresado a Rumanía…?

Crane se rascó la cabeza.

—Es posible, jefa. Supongo.

—Dejemos de suponer y vamos a averiguar. Quiero fotos del control de pasaportes, imágenes de videovigilancia de su llegada a Rumanía, una huella digital que confirme que Igor Kucerov salió del país el treinta y uno de diciembre y volvió el quince de enero.

—Sí, jefa.

—Y recuerden, el tiempo apremia —dijo Erika, consultando el reloj—. Tenemos diecinueve horas.

Salió del centro de coordinación y se encontró a Peterson y a Moss en el pasillo. Les explicó que era posible que Igor Kucerov hubiera estado fuera del país cuando Andrea desapareció.

—Eso significa que no la mató, ni tampoco a Ivy. No podemos atribuirle esos asesinatos directamente —concluyó Moss.

Erika negó con la cabeza.

—¿Y qué hay de las otras chicas: Tatiana, Mirka y Karolina? Tenemos las fechas en las que fueron

encontradas. ¿Podemos averiguar dónde estaba Kucerov en aquellos años? —preguntó Peterson.

—Solo hay datos forenses aproximados sobre las tres primeras chicas y sobre las fechas exactas de su desaparición. Además, yo he relacionado públicamente esos tres asesinatos con los de Andrea e Ivy. Y creo que están relacionados. A menos que se tratara de un imitador… ¡Por Dios, esto es cada vez más complicado! —bramó Erika restregándose la cara. Notó que Moss y Peterson se miraban —. ¿Qué pasa? Desembuchen.

—El abogado de Simon Douglas-Brown ha empezado a mover hilos. Ha estado intentando contactar con el subcomisario general —le explicó Moss.

—¿Con Oakley?

—Sí. Y no a través de la operadora. Tiene su número directo.

—¿Ha conseguido hablar con él?

—Aún no. Oakley está fuera, disfrutando de unas minivacaciones.

—Ah, se ha ido de vacaciones… Y Marsh está disfrutando con su esposa de un taller de pintura… ¿Quién demonios está al frente aquí?

—Bueno, jefa. Técnicamente, usted —dijo Peterson.

—Bien dicho. De acuerdo, vamos a hacer un intento con Giles Osborne —decidió Erika resueltamente.

65

Giles mostraba una expresión avinagrada cuando Erika y Peterson entraron en la sala. Iban en compañía del abogado de Osborne, otro hombre anodino con traje caro llamado Phillip Saunders.

Una vez que la inspectora Foster hubo recitado las formalidades de la grabación, le planteó a Giles las mismas preguntas: por qué motivo había recibido cuarenta y seis mil libras de Simon Douglas-Brown y por qué las había transferido a Mercury Investments, la empresa de Igor Kucerov.

Giles susurró unas palabras al oído de su abogado, y este dijo:

—Mi cliente necesitaría revisar bien sus cuentas para poder responder sobre estas cuestiones.

—Aquí están los extractos. —Erika se los acercó por encima de la mesa—. Puede observar claramente que el dinero es ingresado en una cuenta y transferido a otra. ¿Qué más necesita? Mercury Investments es una empresa de diseño de jardines. Y Yakka Events no tiene mucho que ver con la jardinería.

Giles tamborileó sobre sus labios con un dedo. Al fin, dijo:

—Creo que el dinero se empleó para conseguir un árbol raro de Nueva Zelanda.

—¿Cómo? —se extrañó Peterson.

—Quería que ese árbol, que ahora no recuerdo cómo se llama, fuese el elemento central de mi patio —explicó Giles con desparpajo—. Podría presentar la factura a su debido tiempo para demostrarlo. A ustedes les consta, por lo que dice, que el señor Kucerov tiene una empresa de diseño de jardines, ¿no?

—Sí —afirmó Erika.

—Bien, misterio resuelto. Por eso transferí a su cuenta cuarenta y seis mil libras.

—Él solo se dedica a recortar setos y segar el césped, aunque sea a gran escala —puntualizó ella.

—¿Simon Douglas-Brown tiene conocimiento de esa transacción? —preguntó Peterson.

—¿Por qué habría de tenerlo? Él es un socio capitalista. Nosotros acordamos que él compraría cierta cantidad de acciones, lo cual lo convertiría en accionista de Yakka Events. Creo que ahora posee un 13,8 por ciento. Pero como comprenderán, no puedo acceder a esa información porque me han arrancado de la cama a primera hora de la mañana y confiscado el móvil y el portátil.

Giles le dirigió a Erika una sonrisa sarcástica.

—¿Cómo conoció a Igor Kucerov? —le preguntó ella.

—Por medio de Andrea.

—¿Y estaba usted al tanto de que su prometida mantenía una relación de carácter sexual con Kucerov?

—En aquellos momentos, no. Pero desde que usted me mostró las fotografías, claro.

—¿Sabe cómo conoció Andrea a Kucerov?

—Creo que ella me contó algo de, humm, una amiga: Barbora no sé qué…

—¿Barbora Kardosova?

—Sí, creo que sí.

—¿Y sabía usted que Barbora Kardosova mantenía una relación con Igor Kucerov?

Giles pareció desconcertado. Negó con la cabeza.

—Mi cliente ha respondido a sus preguntas sobre la inversión de las cuarenta y seis mil libras. No veo por qué debe responder a estas preguntas sobre las relaciones privadas de la amiga de su prometida —acotó el abogado.

Erika y Peterson miraron con atención a Giles.

—Nada más por ahora —dijo ella.

—¿Mi cliente puede marcharse? —preguntó el abogado.

—Yo no he dicho eso.

Foster y el inspector se levantaron.

—¿Y ahora qué? —cuestionó el abogado.

—Volveremos más tarde —dijo Erika.

Entraron de nuevo en la sala de control.

—¡Maldita sea! —bramó Erika mirando a Moss y Peterson.

—¿Cree que la historia de ese árbol raro colará ante un tribunal, si es que llegamos a juicio? —preguntó Moss, que lo había presenciado todo a través de las pantallas.

—Nosotros hemos visto su oficina: está llena de toques pretenciosos. Encaja con lo que ha contado —suspiró Peterson.

—Sí, pero ¿dónde está el árbol? —preguntó Erika—. El pago se hizo hace más de un año.

—Quizá están esperando a que crezca —comentó Moss con aire sombrío.

Llamaron a la puerta. Era Woolf.

—Jefa, tengo a Marsh al teléfono. Exige hablar con usted. Está regresando a Londres en coche.

—¿Ha dicho dónde está exactamente?

—Todavía en Devon.

—Dígale que no consigue localizarme.

—Él sabe que está interrogándolos a todos, jefa.

—Use el cerebro, Woolf. Invéntese algo. Yo afrontaré las consecuencias. Usted consíganos un poco más de tiempo.

—Sí, jefa.

Cuando hubo salido, los tres volvieron a mirar las pantallas.

—Vamos a ver qué dice Igor sobre esto —dijo Erika—. E introduciremos también a Linda en el cóctel.

66

—Quería que le encontrara un árbol para su oficina —dijo Igor y, arrellanándose en la silla, se desperezó. Erika advirtió que tenía manchas amarillentas bajo las axilas y que la sala de interrogatorio olía a sudor revenido.

—¿Y usted puede hacer este tipo de cosas en su empresa de jardinería? —le preguntó.

—Estamos en Londres. En su mayoría la gente quiere auténticas locuras en sus jardines. Y con Internet resulta sencillo.

—¿Por qué figura la empresa a nombre de su esposa?

—Es así. Simplemente.

—¿Quién le presentó a Giles? —preguntó Peterson, aunque ya sabía de antemano la respuesta.

—Andrea, por supuesto —dijo Igor con una sonrisa.

—¿Su esposa sabe lo de Andrea?

—¿A usted qué le parece?

—¿Estaba al corriente de su relación con Barbora Kardosova?

—¡Mi esposa es una buena mujer!

—¿Eso qué significa exactamente? ¿Que sabe cuándo debe mantener la boca cerrada y cuándo mirar para otro lado? ¿Su esposa sabe que está implicado en el tráfico de

jóvenes de Europa del Este a Londres?, ¿que va a recogerlas a la estación Victoria de autobuses? —preguntó Erika.

—Mi cliente no tiene por qué responder a esas preguntas. Todo esto es mera especulación. No tiene usted pruebas —la interrumpió el abogado.

—Disponemos de una entrevista grabada con Barbora Kardosova, en la que afirma todo esto, y también que usted asesinó a Nadia Greco.

—¿Y dónde está esa testigo? —quiso saber el abogado.

—Se suicidó poco después de la entrevista —respondió Erika mirando a Igor fijamente—. Confesar la verdad sobre usted le daba tanto miedo que se quitó la vida.

—Yo difícilmente considero fiable como testigo a una suicida. Además, no fue una declaración hecha bajo juramento —dijo el abogado.

Igor se recostó en la silla, engreído y confiado.

El abogado prosiguió:

—Mientras usted iba y venía por las salas de interrogatorio, he aprovechado para revisar los documentos del juicio en cuestión. Lo que usted afirma no pasa de ser una alegación sin fundamento. Muchos párrafos de las actas del juicio han sido eliminados. Desde el punto de vista legal, no existen. ¿Se da cuenta de que muy pronto va a tener que formular una acusación contra mi cliente? El tiempo apremia, señora Foster.

—Es inspectora jefe Foster —puntualizó ella, procurando ocultar su frustración. Añadió que interrumpía el interrogatorio, leyó la hora en voz alta para que constara en la grabación y salió de la sala escoltada por Peterson.

67

Erika, Moss y Peterson estaban a punto de entrar en la sala número tres para hablar con Linda cuando el abogado les recordó que los sospechosos tenían derecho legal a una pausa para comer. Transcurrió una hora. La tarde avanzaba; parecía que el día se consumía rápidamente.

—Linda, ¿sabe por qué la hemos detenido? —preguntó Erika.

La chica se recostó en la silla con aire tranquilo y sosegado, y replicó:

—Porque piensan que tengo información. ¿Creen que conozco a la persona que mató a Andrea? ¿Creen que la maté yo? ¿Creen que yo disparé a JR?, ¿o al presidente Kennedy?

—No tiene gracia, Linda. Estamos hablando de Igor Kucerov, también conocido como George Mitchell. Andrea mantenía una relación de tipo sexual con él antes y durante su noviazgo con Giles —dijo Erika, y le acercó las fotos por encima de la mesa.

Linda las examinó, contemplando las más explícitas con expresión impasible.

—Sabemos que él sacó esta fotografía en la que aparecen usted y Andrea.

—No, ustedes no saben nada de eso. —La chica paseó la mirada por los tres agentes—. ¿Cómo iban a saberlo?

—Porque hemos detenido a Igor Kucerov como sospechoso del asesinato de Andrea, así como de los asesinatos de Tatiana Ivanova, Mirka Bratova, Karolina Todorova e Ivy Norris. Lo están interrogando ahora en la sala contigua —explicó la inspectora Foster.

—Está mintiendo, y yo no hablo con mentirosos. ¿Debo hablar con estos mentirosos? —le preguntó Linda a su abogado.

—¿Tiene pruebas de que esta foto de mi cliente la tomó ese hombre, tal como afirma? —preguntó el abogado.

Erika no le hizo caso y continuó:

—Linda, ¿recuerda a una chica llamada Barbora, que era amiga de Andrea?

—Sí.

—Barbora acompañó a su familia un par de veces durante las vacaciones de verano, ¿no?

—Sí, era encantadora. Quizá un poquito demasiado; y ambiciosa. Aun así, demasiado buena para Andrea. Y, ¡oh sorpresa!, mi hermana acabó quitándosela de encima.

—¿Cómo?

—Ah, del modo habitual. Al principio la consideraba la quinta maravilla; más adelante su entusiasmo se enfrió y provocó que la chica se sintiera como una pariente pobre. La última vez que vino con nosotros de vacaciones, Barbora había perdido peso y estaba demacrada. Andrea creyó que seguía la última moda. Seguramente bastó con eso para excomulgar a la pobre chica.

—¿Andrea le explicó qué había sido de ella?

—Simplemente dijo que se había mudado. ¿Por qué? —preguntó entornando los párpados.

Erika le contó la historia de Barbora con Igor, precisando que esta se había relacionado con él sexualmente al mismo

tiempo que su hermana Andrea.

—¿Puedo recordarle que esa información ha sido eliminada de las actas del juicio? —intervino el abogado.

—Que Barbora mantuviera una relación con Igor Kucerov, que decidiera entrar en un programa de protección de testigos y que se haya suicidado son hechos que no están clasificados como materia reservada —dijo Erika.

Notó que Linda se echaba a temblar y que se le humedecían los ojos. Las lágrimas le rodaron por las mejillas.

—¿Cómo se suicidó? —preguntó Linda.

—Se colgó. Estaba aterrorizada. ¿Entiende ahora por qué es importante que averigüemos la verdad sobre Igor Kucerov? Él está relacionado directamente con Andrea.

Linda se enjugó las lágrimas, y dijo:

—Lo vi un par de veces. En un club de Kensington y en un pub de Chiswick. Como ya he explicado, Andrea tenía mucho éxito con los hombres; los engatusaba y los mantenía en vilo. Usaba a los hombres como si fueran tampones: le gustaba tenerlos dentro un rato y al final los tiraba al retrete.

Hubo un silencio. El abogado no consiguió disimular su desagrado. Erika abrió una carpeta, sacó la nota que había recibido y la colocó delante de Linda.

—¿Qué puede decirme de esto? —preguntó observando con atención el rostro de la joven.

—Es la misma nota que me mostró la otra vez cuando vino a la floristería. —Alzó la vista—. ¿Se la enviaron a usted?

—Sí. Como puede ver, además de dirigirse a mí personalmente, se mofa de la policía por la muerte de Andrea y de otras víctimas de asesinato.

—¿Y por qué me la enseña a mí? —inquirió Linda con voz gélida.

—Conocemos sus antecedentes, Linda. Enviar notas amenazadoras se ha convertido para usted en una costumbre. Se las envió a Giles Osborne y a otras personas: profesores, un médico, amigas de Andrea… Incluso, a Barbora. Ella nos lo dijo en la entrevista que tenemos grabada.

—De nuevo, inspectora jefe Foster, todo eso es circunstancial —dijo el abogado—. Está intentando conectar burdamente todos los datos. Y tratando de engatusar a mi cliente para que hable. Pero no va a hablar.

—Bueno, ella puede hablar o no. Pero su silencio será igualmente condenatorio. Linda, la cosa está clara: usted, su padre, Giles, Barbora e Igor están conectados. Tenemos el portátil que usted utiliza, y ahora mismo están examinando el disco duro. También nos hemos incautado de los ordenadores de su padre y de Giles. Es cuestión de tiempo; al final reuniremos todos los datos. Hable conmigo, Linda. Yo puedo ayudarla.

—No, no voy a hablar —dijo ella recostándose una vez más en la silla. Se entretuvo unos momentos quitándose una pelusa del estampado de gatitos del jersey, y miró desafiante a los agentes. Parecía haber recuperado el dominio de sí misma. Erika apenas pudo disimular de nuevo su frustración.

—¿Le gustan los gatos, Linda? —preguntó Peterson.

—¡Ay, querido! Estamos desesperados, ¿no? —le dijo ella lanzándole una sonrisa coqueta—. Señor Lloyd, ¿debo responder a esa pregunta? No me gustaría verme implicada además en un escándalo relacionado con gatos.

El abogado puso los ojos en blanco y asintió.

—Sí, inspector Peterson. Me gustan los gatos.

—¿Tiene uno?

—No, ahora no —contestó Linda secamente.

—Bueno, ¿tienen alguna otra pregunta relevante? —preguntó el señor Lloyd.

—No. Por el momento, nada más —dijo Erika, tratando de salvar las apariencias.

Al salir, vio que Woolf estaba esperándola en el pasillo.

—¿Qué? —le espetó con irritación.

—Es Marsh.

—Ahora no. Ya lo llamaré.

—Está aquí. En su despacho. Y quiere hablar con usted.

68

Marsh deambulaba frente a la ventana cuando Erika llamó a la puerta de su despacho. Al verla entrar, se detuvo y la miró fijamente. Llevaba unos pantalones blancos de algodón y una camisa con el cuello abierto, y en la cabeza una pretenciosa gorra de estilo bohemio.

Pese a la situación, ella tuvo que reprimir una sonrisa.

—¿Ha optado por el look David Beckham, señor? ¿O ese es su atuendo para pintar?

—Siéntese —replicó él, quitándose la gorra y arrojándola sobre los documentos amontonados en el escritorio—. ¿Es que ha perdido el juicio, inspectora jefe Foster? ¿Se hace una idea de la tormenta que ha desatado al detener a los Douglas-Brown? He recibido llamadas de la oficina del Gobierno.

Parecía cansado, harto de la situación.

—Señor, si me escucha un…

—No. Le ordeno que deje en libertad a sir Simon, Linda, Giles Osborne e Igor Kucerov, ¿me ha oído? Ha expuesto usted a una persona que estaba en el programa de protección de testigos, ha comentado abiertamente los detalles de un proceso criminal clasificado como materia reservada…

—Señor, Barbora Kardosova se quitó la vida, lo cual significa que ya no está en el programa de testigos protegidos —explicó Erika. A continuación le habló de la suma transferida entre Simon, Giles e Igor, y de la declaración de Barbora vinculando a Igor con el tráfico de mujeres de Europa del Este. Eludió las dudas sobre si este se encontraba o no en el Reino Unido en las fechas del asesinato de Andrea—. Debe reconocer, señor, que incluso como coincidencias todos estos hechos apestan.

Marsh la había escuchado con mucha atención. Respirando ruidosamente, volvió a deambular de aquí para allá. Ella casi veía cómo le giraban los engranajes de la mente.

—¿Qué hora es? —preguntó Marsh.

—Van a dar las cinco.

—¿Cuándo concluye el plazo de veinticuatro horas?

—Mañana a las nueve.

—¿Han tenido un receso para cenar?

—Todavía no.

—De acuerdo. Y tienen derecho a un descanso ininterrumpido de ocho horas.

—Ya lo sé, señor. Y necesito más tiempo. ¿Está dispuesto a concederme una prórroga de doce horas más? Yo no puedo autorizarlo, pero usted sí. Estoy esperando pruebas forenses. Se han llevado el portátil de Simon y el de Linda. También estamos revisando extractos bancarios.

—No, no puedo concedérselo. —Marsh tomó asiento—. Mire, Erika, es usted una agente brillante…

—Señor, siempre dice eso justo antes de prohibirme algo.

Él se quedó un momento callado, y prosiguió:

—Lo digo porque es verdad. También porque ya veo cómo va a acabar todo esto. Usted se enfrenta aquí con gente muy poderosa, y todas las probabilidades están en su contra.

—Suena como en *Los juegos del hambre*…

—Hablo en serio. Deje en libertad a los sospechosos y haré todo lo que pueda para protegerla.

—¿Protegerme? —dijo ella, incrédula.

—¿Es que no sabe cómo funcionan las cosas? Los poderosos siempre ganan. Ambos lo hemos visto otras veces. No tiene usted pruebas fiables. Por favor. Abandone. Salve su carrera. A veces hay que dejarlo correr.

—No. Lo lamento, señor. A mí no me sirve. Han muerto cinco mujeres. Cinco. ¿Qué derecho tiene la gente de las llamadas altas esferas a encubrir todo el asunto impunemente? ¿Y todo para qué? ¿Para que sigan ganando dinero? ¿Para que continúen llevando sus vidas de lujo?

—Usted es consciente de lo que va a pasar, ¿verdad? Puede perder su placa, su reputación.

—Señor, yo ya lo he perdido casi todo: Mark, una vida que adoraba en el norte, rodeada de amigos, una casa que consideraba un hogar… Ya no tengo nada a lo que aferrarme; solamente, a cierto sentido moral y a la esperanza de que hasta las nueve de mañana consiga hacerles justicia a esas mujeres.

Marsh la miró fijamente. El enojo entre ambos se había disipado. Lo único que se interponía ahora entre ambos era un escritorio caótico. Y no obstante, parecía como si estuvieran sentados a uno y otro lado de un inmenso barranco. Y Erika estaba en el lado más precario.

—De acuerdo. Tiene hasta las nueve de la mañana para formular una acusación. Y usted tendrá que afrontar las consecuencias —sentenció Marsh.

—Gracias, señor.

Ella se levantó y salió del despacho, no sin advertir la tristeza reflejada en los ojos del comisario.

69

Erika y su equipo siguieron interrogando a los sospechosos, pero a medida que anochecía daba la impresión de que el caso se les escapaba de las manos. Igor, Simon, Giles y Linda notaban que la policía no tenía pruebas y se sentían cada vez más seguros, de modo que optaban por cerrar el pico o por eludir sus preguntas con circunloquios. Los abogados reaccionaron con incredulidad cuando la inspectora jefe les anunció que iban a retenerlos toda la noche y que volverían a interrogarlos por la mañana.

Al acercarse la medianoche, los únicos que quedaban en el centro de coordinación eran Crane y Erika.

—¿Puedo hacer algo más, jefa? —preguntó Crane, apareciendo a su lado—. Todavía estamos esperando las imágenes de videovigilancia de Igor Kucerov en el aeropuerto, pero no creo que llegue nada durante unas horas.

Erika estaba revisando los datos del caso desde la desaparición de Andrea. Ya empezaba a ver borrosa la pantalla.

—No. Váyase a casa y descanse un poco.

—Usted también. ¿Ya ha vuelto a su piso?

—No. El cuerpo me ha proporcionado una habitación de hotel. Hasta que encuentre algo.

—¿Qué hotel?

—El Park Hill.

Crane soltó un silbido.

—Es bonito. Ahí celebramos los noventa años de la abuela. Y tiene una estupenda pista de golf, además. Buenas noches.

—Hasta mañana, a primera hora —le recordó mientras él salía.

Pasaba de la medianoche cuando llegó al hotel. Al entrar en su elegante y lujosa habitación, se sintió a un millón de años luz del caso. La distancia no ayudaba.

Se despertó a las cuatro y media, empapada en sudor, del sueño que ya se había vuelto habitual: los disparos sonaban alrededor, Mark se desplomaba en el suelo. Cerró los ojos. Aún tenía grabada a fuego la última imagen: la parte posterior de la cabeza de su marido saltaba por los aires, consecuencia de un disparo.

Hacía un calor sofocante. Saltó de la cama y se acercó a la ventana. Notó el calor que despedía el radiador. Su habitación estaba en la sexta planta y, más allá de la mancha negra de la pista de golf, se veían las hileras de casas que se sucedían hacia Lewisham. Había luz en alguna de ellas, pero en general estaban a oscuras. La ventana solo se entornaba unos centímetros. El cerrojo antisuicidio no permitía abrirla más.

—Quiero aire fresco, nada más —murmuró—. No me voy a suicidar.

Se vistió y bajó al enorme y ostentoso vestíbulo que, aparte de un recepcionista adormilado, estaba

completamente vacío. El chico alzó la vista de un solitario y la saludó con un gesto.

Salió afuera y saboreó la sensación del aire helado en la cara. Había una fila de bancos a lo largo de la fachada del edificio. Escogió el primero, sacó un cigarrillo, lo encendió y exhaló una columna de humo hacia el cielo nocturno. Se estremeció, sacudiéndose el obsesivo sueño de encima, y volvió a centrar sus pensamientos en la investigación.

Quizá este iba a ser el caso que se le escapara de las manos. Todo agente de policía vivía atormentado por un caso sin resolver. Tiró la ceniza al suelo de grava y oyó un maullido. Un gran gato negro salió de debajo del banco y se le restregó contra las piernas.

—Hola —dijo, y se agachó para acariciarlo. El gato ronroneó y se alejó contoneándose hacia un par de platitos que había bajo una de las ventanas-miradores. Lamió un poco de agua y husmeó el otro platito, que estaba vacío.

La imagen de Linda Douglas-Brown le vino de golpe a la cabeza. *Linda, la chica de los gatos*. Había muchas pruebas relacionadas con ella. Linda iba a encontrarse aquella noche con Andrea en el cine, pero esta no se presentó. Al final, vio la película con David. Eso estaba claro, pero ¿qué pasó después? Linda, y su obsesión con los gatos. ¿Qué sabía realmente sobre ella? ¿Era una víctima? Desde luego, no era la favorita en el seno de la familia. Era una chica envidiosa, resentida. Podría haber matado a Andrea. Pero ¿y las otras mujeres?, ¿las prostitutas que trabajaban para Igor? Linda conocía a Igor, lo había visto varias veces. ¿Y si sabía también que Igor había matado a las tres prostitutas? Podría haber aprovechado para que la muerte de Andrea pareciese un asesinato por imitación. La obra de un imitador. De una gata peligrosa.

Le dio vueltas a la idea. Y sin embargo, Linda no tenía gato. Peterson se lo había preguntado durante el

interrogatorio. Linda había respondido de un modo extraño —«Ahora, no»—, al tiempo que una expresión peculiar le cruzaba el rostro. Erika no había hecho mucho caso en ese momento, pero ahora ese detalle le llamó poderosamente la atención.

Volvió a su habitación, se vistió a toda prisa y, pasando por segunda vez frente al indiferente chico de recepción, subió al coche y se dirigió a Lewisham Row. Acababan de dar las cinco de la madrugada. No conocía al sargento del turno de noche, pero el agente, tras hacerle firmar en el registro, le entregó las llaves de la casa de los Douglas-Brown.

Las calles estaban tranquilas mientras conducía hacia Chiswick. Los edificios de oficinas se alzaban enormes y vacíos en torno a Elephant and Castle. Cruzó el Támesis por el puente de Blackfriars y continuó bordeando el río por Embankment. La superficie del agua quedaba oculta por una neblina baja, que adquirió una tonalidad azul al romper el alba.

Erika llamó a Moss, pero saltó el buzón de voz.

—Hola, soy Erika. Son casi las cinco y media. Voy de camino a casa de los Douglas-Brown. Hay algo sobre Linda que me está dando vueltas. Quiero echar un vistazo a su habitación. Si no he llegado a comisaría a las siete, vuelvan a interrogarla. Y que Peterson lleve la voz cantante. Parece que le ha caído simpático. Háganla hablar de gatos. Ya sé que parece una locura, pero creo que hay algo ahí que… no sé cómo explicarlo… Está loca por los gatos, pero no tiene un gato…

El móvil dio tres pitidos y se apagó.

—¡Mierda! —gritó mirándolo con rabia. Había olvidado cargarlo en la habitación del hotel.

Llegó a Chiswick High Road. Se guardó el móvil en el bolsillo y aparcó en una de las travesías. Era consciente de

que debía darse prisa y de que el trayecto de vuelta tendría que hacerlo en metro si quería llegar a la comisaría antes de que expirase el plazo de veinticuatro horas.

70

La mansión de los Douglas-Brown se perfilaba esplendorosa al fondo de la calle sin salida, destacándose sobre los demás edificios debido a sus pulidos ladrillos de color mantequilla. Había neblina, y las farolas se apagaron justo cuando la inspectora Foster llegó a la casa. La cerca estaba bien engrasada y se abrió sin ruido. Las ventanas-miradores la observaban, oscuras e indescifrables. Se acercó a la puerta principal y pulsó el timbre. Oyó cómo resonaba en las profundidades de la vivienda.

Dejó pasar unos momentos y empezó a probar las llaves del manojo en la cerradura. Con la tercera llave, se abrió la puerta. Aguzó el oído unos instantes; entró y la cerró con cuidado.

Cruzó el pasillo, pasó junto al reloj de péndulo y entró en la enorme cocina de granito y acero inoxidable. Estaba silenciosa e inmaculada. Había cazos de cobre colgados de un armazón por encima de una isla de granito negro. La pared posterior era toda de cristal. Miró un momento el jardín de diseño. Un mirlo se posó sobre el mullido césped, pero al verla desplazarse por la cocina alzó otra vez el vuelo.

Erika volvió sobre sus pasos, subió por la amplia escalinata al segundo piso y recorrió el pasillo, dejando atrás varias elegantes habitaciones de invitados y un baño de mármol. Al fondo, en la parte trasera de la casa, encontró la habitación de Linda. La puerta estaba cerrada. Había un pequeño letrero que decía: «Bienvenido a la habitación de Linda. Por favor, llama antes de entrar». Debajo, y casi borrado con varios tachones, había un añadido: «¡Porque quizá no lleve las bragas puestas!». No pudo evitar una sonrisa, y pensó que debía de haberlo escrito David. A los hermanos pequeños les gusta burlarse. Abrió la puerta y entró.

71

—He recibido un mensaje de la jefa —dijo Moss al entrar en el centro de coordinación.

Peterson había llegado al mismo tiempo; venía con una bandeja de cafés y estaba repartiéndolos entre los agentes que iban apareciendo con cara adormilada.

—Quiere que continuemos con los interrogatorios empezando por Linda.

—¿Ha llegado su abogado? —preguntó Peterson.

—Sí, acabo de verlo en recepción. No parecía muy contento de haber tenido que levantarse a estas horas.

—Bueno, todo habrá terminado a las nueve —dijo la agente Singh, acercándose para coger el último café.

—Lo siento. Este es para mí —le espetó Moss—. Vaya a buscar uno a la máquina.

—Ha estado un poco bruta —le dijo Peterson cuando Singh se hubo alejado.

—Es que lo ha dicho como si estuviéramos todos deseando que sean las nueve… Como si no fuese más que una formalidad.

—¿Y no lo es? —preguntó Peterson.

—No —le replicó Moss con énfasis—. Escuche, la jefa ha tenido una idea…

72

La habitación de Linda era pequeña y sombría. Una ventana de guillotina, que disponía de un asiento cubierto de almohadones, daba al jardín de la casa. Desde allí, Erika vio que la hierba aún tenía trechos cubiertos de nieve sucia. Junto a la ventana había un armario macizo de color oscuro. Al abrirlo, la puerta crujió. A un lado, había colgadas una serie de faldas oscuras y holgadas, así como un surtido de blusas blancas almidonadas, algunas de ellas con cuello de encaje. El resto del armario se hallaba ocupado por una enorme colección de jerséis de gatos, todos gruesos y voluminosos. En la parte inferior, había un batiburrillo de escarpines, algunas sandalias, un par de zapatillas de deporte de color azul claro, un polvoriento par de patines de hielo y un aparato de color rosa para trabajar los muslos.

En un rincón, contra la pared, había una cama individual de madera oscura; sobre el cabecero curvado, campeaba un recio crucifijo de metal. Una hilera de gatos de peluche montaba guardia sobre la colcha de retazos de colores. Estaban colocados según su altura en orden descendente; los ojos de esos peluches, de estilo Disney, resultaban patéticamente optimistas en aquella penumbra tristona. Erika se detuvo un momento a considerar el detalle

sorprendente de que Linda se hubiera hecho la cama y hubiese ordenado pulcramente los gatos antes de que se la llevaran en un coche patrulla.

En la mesita de noche, había una lamparilla estilo Tiffany y un estuche curvo que contenía un protector bucal de plástico transparente. También había una pequeña foto enmarcada tomada unos años atrás, en la que aparecía Linda en un columpio del jardín con un precioso gato en el regazo. Un gato negro de pezuñas blancas. Erika cogió el marco, le dio la vuelta, levantó los cierres metálicos y sacó la base de cartón. En el dorso de la foto, unas letras escritas a mano decían:

«Mi querido Boots y yo».

Con la foto en la mano, siguió echando un vistazo. Al pie de la cama, pegado a la pared, había un anticuado escritorio tipo *secrétaire* de madera igualmente oscura. Estaba lleno de bolígrafos y de material de escritorio femenino. Un recuadro en la capa de polvo indicaba el lugar que ocupaba el portátil incautado por la policía. Entre la ventana y el escritorio, un tocador contenía el mínimo imprescindible de maquillaje, un pote grande de crema hidratante y una bolsa de bolitas de algodón; también, un cepillo con algunas hebras del pelo pardusco de Linda, que relucían bajo la luz de la ventana. Junto a la puerta, había una librería abarrotada de novelas de Jackie Collins y Judith Krantz, así como de novelas románticas históricas. Entre los libros, había algunas fotografías de las vacaciones familiares en Croacia, Portugal y Eslovaquia, sobre todo de Linda y Andrea con gatos callejeros. Asimismo había una de Linda al pie de un acantilado junto a un chico corpulento y bronceado, de cabello de color rubio sucio. Ella llevaba equipo de escalada y un casco de plástico rojo. Sonreía con tal entusiasmo que la correa de la barbilla se le hundía en la

bronceada y reluciente cara. No había nada escrito en el dorso de la foto.

Junto a la puerta, un tablón de corcho exhibía un gran *collage*. Las fotografías, fijadas con tachuelas, se superponían unas con otras, y todas eran de *Boots*, el precioso gato negro de pezuñas blancas: Linda montada en bicicleta con una cesta de mimbre en la que *Boots* se arrebujaba en una manta; Linda en un columpio del jardín con *Boots* en el regazo; Andrea y Linda desayunando en la cocina, y *Boots* tirado panza arriba sobre la isla de granito con un trozo de tostada entre las pezuñas (ellas se reían a carcajadas, echando la cabeza atrás). Había una foto de *Boots* sobre el escritorio de sir Simon, estirándose sobre un montón de documentos. A pesar de que él parecía ocupado, había permitido que Linda interrumpiera su trabajo. Erika empezó a quitar las tachuelas y a sacar las fotografías. En varias de estas, allí donde se superponían las imágenes, estaban recortados con tijeras o bien una figura o bien el extremo de la foto. Al repasar las imágenes de las reuniones familiares, se dio cuenta de quién era la persona eliminada.

73

Linda parecía agotada cuando Peterson entró en la sala de interrogatorio. Llevaba el pelo desgreñado y no daba la impresión de haber dormido gran cosa en la celda. Su abogado terminó de limpiarse los cristales de las gafas y volvió a ponérselas.

—Le he traído un café, Linda —dijo Peterson que, sentándose al otro lado de la mesa, le aproximó un vasito de plástico. El abogado observó con irritación que el policía también se había traído su propio café, pero que no lo había incluido a él.

Peterson ladeó el vaso hacia la luz y se quejó:

—Vaya, nunca lo ponen bien. Les he dicho que me llamo Peterson, pero han escrito «Peter Son».

Linda lo miró un momento; cogió su vaso y examinó un costado.

—El mío lo han escrito bien —dijo. Giró el vaso y esbozó una sonrisa.

—¡Ah, y han dibujado un gatito! ¡Mire! —Volvió a girar el vaso para que Peterson lo viese.

—He pensado que le gustaría —dijo él, sonriendo.

Linda entornó los párpados.

—Ya veo lo que pretende. —Apartó el vaso y se arrellanó en la silla—. Yo no soy tan fácil.

—Nunca he pensado que lo fuera —replicó Peterson. Dijo en voz alta su nombre y la hora, y puso en marcha la grabadora.

—Linda, ayer me dijo que no tiene gato.

—No, no tengo ninguno —respondió ella, y dio un sorbo cauteloso al café.

—¿Ha tenido alguno?

—Sí —dijo en voz baja—. Se llamaba *Boots*.

—*¿Boots?*

—Sí. Era negro, pero con las cuatro pezuñas blancas, como si llevara botas.

A medida que pasaban los minutos, ella se fue animando y empezó a explicar cosas de *Boots*. Estaba contándole a Peterson que el gato dormía con ella bajo las sábanas, apoyando la cabeza en la almohada, cuando el abogado la interrumpió.

—Bueno, inspector Peterson, ¿qué tiene esto que ver con su investigación?

—Estoy hablando de mi gato, muchas gracias —le espetó Linda.

—Yo estoy aquí a su servicio, señorita Douglas-Brown…

—Exacto. Y ahora estoy hablando de mi puto gato, ¿vale?

—Sí. Muy bien —dijo el abogado.

Linda se volvió de nuevo hacia Peterson.

—Estoy harta de la gente que cree que los gatos son simples mascotas. No lo son. Son unas criaturas tan bellas e inteligentes…

En la sala de control, Moss y Crane observaban la escena.

—Sigue hablándole del gato —dijo Moss por un micrófono. La voz de su compañera le llegaba a Peterson a

través de un pequeño auricular.

—¿*Boots* tenía un segundo nombre? Yo tuve un perro que se llamaba *Barnaby Clive* —contó Peterson.

—No. Él se llamaba *Boots Douglas Brown*; con eso bastaba y sobraba. Ojalá yo tuviera un segundo nombre, o al menos un nombre más bonito. Linda es viejo y aburrido.

—No sé. A mí me gusta «Linda».

—Pero *Boots* es más exótico…

—¿Y qué le pasó a *Boots*? Deduzco que su gata ya no está entre nosotros, ¿no?

—Gato. *Boots* era GATO… Y no. Ya no está entre nosotros —dijo Linda, y agarró el borde de la mesa.

—¿Se encuentra bien? ¿La he disgustado preguntándole cómo murió *Boots*?

—Claro que me ha disgustado. ¡SE MURIÓ! —gritó la chica.

Hubo un silencio.

—Bien, vamos bien, Peterson, sigue por ahí. Estamos consiguiendo que se desmorone —lo animó Moss por el auricular.

74

La casa de los Douglas-Brown estaba silenciosa y parecía cargada de secretos y preguntas sin repuesta. Erika no era consciente de cuánto tiempo había pasado en la habitación de Linda, examinando las fotos de familia y absorbiendo la tristeza que emanaba de todas las pertenencias de la chica. Todavía con las fotos de *Boots* en la mano, fue recorriendo el pasillo y abriendo cada una de las puertas. Vio varias habitaciones de invitados, un baño grande, un enorme armario de ropa blanca y dos ventanales que daban a la pared trasera de la casa contigua.

En el otro extremo de la planta, en el punto más alejado de la habitación de Linda, Erika encontró la de su hermano David. La puerta estaba abierta.

Comparada con la de Linda, esta era una habitación elegante y luminosa, con una gran cama de matrimonio de armazón metálico y un armario ropero con puertas de espejo. En la pared había un póster enmarcado del Che Guevara y, al lado, un calendario Pirelli que mostraba en el mes de enero una preciosa rubia con los brazos cruzados sobre sus pechos desnudos. Flotaba en el aire un leve aroma a loción de afeitar cara. Sobre el amplio escritorio, había un portátil MacBook plateado, que estaba abierto, y

un iPod conectado a unos altavoces. En la pared, por encima del escritorio, se alineaban en una rejilla seis pares de auriculares Skullcandy de colores vistosos. Erika atisbó el cable de un cargador de móvil que asomaba por detrás del escritorio, sacó su iPhone y lo enchufó. Cuando vio que empezaba a cargar, lo encendió. Se acercó al portátil y pasó los dedos por la almohadilla táctil. La pantalla se iluminó con el recuadro para introducir la clave. Las restantes paredes estaban decoradas con grandes carteles en blanco y negro de la Battersea Power Station, del National Theatre y del Billingsgate Fish Market. También había una gran estantería llena de libros de arquitectura de todo tipo, desde sencillas guías en rústica hasta enormes volúmenes ilustrados con fotografías.

Al echar un vistazo a los anaqueles, le llamó la atención una cubierta de reluciente color azul: *Nadar en Londres: los 50 mejores lugares para nadar en la ciudad*. Sacó el libro y hojeó las fotografías de estanques y piscinas al aire libre de Londres. Una sensación escalofriante le subió desde la boca del estómago.

75

En Lewisham Row, Moss y Crane seguían en la pantalla el desarrollo del interrogatorio. Peterson escuchaba lo que Linda decía de su querido *Boots*. Llamaron a la puerta del centro de control, y Woolf asomó la cabeza.

—Acaba de llegar esto para la inspectora jefe Foster —dijo pasándole a Moss una nota. Ella lo leyó rápidamente.

—Es del médico de Linda Douglas-Brown, un especialista privado de Harley Street. Dice que no está en las condiciones mentales adecuadas para ser interrogada.

—Por Dios, ¿con qué nos enfrentamos aquí? —planteó Crane.

—¿Quién ha traído esto? —preguntó Moss.

—Diana Douglas-Brown. Se ha presentado con otro abogado —informó Woolf—. Tiene que parar este interrogatorio.

—¿De manera que nos dicen que Linda no sabe nada y, sin embargo, nos traen este documento en mano antes de las siete de la mañana? —exclamó Moss.

—Ya sabe que yo la apoyo, pero esto viene de muy arriba. De las altas esferas. Vislumbro el borde del abismo —dijo Crane.

—Solo unos minutos más, Woolf. Vuelva en diez minutos.

El sargento asintió a regañadientes y salió.

—Bueno, Peterson, ahora presiónela —sugirió Moss por el micrófono.

—¿Y cómo se murió? —preguntó Peterson en la sala de interrogatorio—. ¿Cómo murió *Boots*?

A ella le temblaba el labio inferior. Sujetó con fuerza el vaso de café y deslizó el dedo por el dibujito del gato.

—No es asunto suyo.

—¿Su familia se llevó un gran disgusto cuando murió?

—Sí.

—Andrea y David también debían de ser más jóvenes, ¿no?

—¡Claro que eran más jóvenes! Andrea estaba muy apenada. Pero David… —La cara de Linda se ensombreció. Se mordió el labio con fuerza.

—¿Qué me dice de David? —inquirió Peterson.

—Nada. También estaba apenado —dijo ella mecánicamente.

—No parece muy convencida. ¿Estaba apenado o no lo estaba, Linda?

La joven empezó a respirar aceleradamente, inspirando y exhalando una y otra vez, casi al borde de la hiperventilación.

—Él… él… también… estaba… apenado —afirmó Linda con los ojos muy abiertos y fijos en el suelo.

—¿Estaba apenado? —insistió Peterson.

—¡ACABO DE DECIRLE QUE SÍ! ¡QUE ESTABA APENADO, JODER! —gritó ella.

—Creo que esto… —farfulló el abogado.

Pero Peterson siguió:

—David está fuera, en una despedida de soltero, ¿verdad, Linda?

—Sí. Me sorprendió lo duro que fue dejarlo marchar.

Se detuvo en seco y frunció el entrecejo.

—Pero solo se ha ido unos días, ¿no?

Linda se había echado a llorar y las lágrimas le resbalaban por las mejillas.

—Tranquila… Va a volver, Linda. David va a volver —dijo Peterson. Ella, ruborizada y haciendo una mueca que le torcía la boca, agarró otra vez el borde de la mesa.

—Mi cliente está… —balbuceó el abogado.

—Yo no quiero que vuelva —susurró Linda.

—¿Por qué no quiere que vuelva, Linda? Tranquila, soy yo; a mí puede contármelo —dijo Peterson, sintiendo que el ambiente podía cortarse con un cuchillo.

—Lejos —murmuró Linda con tono sombrío—. Quiero que se vaya muy lejos… Que se vaya… ¡QUE SE VAYA!

—¿Por qué, Linda? Dígame por qué. ¿Por qué quiere que David se vaya lejos?

—¡PORQUE ÉL MATÓ A MI GATO! —gritó bruscamente—. ¡ÉL MATÓ A *BOOTS*! ¡Mató a *Boots*! ¡Nadie me creyó! Todos pensaron que me lo había inventado, pero él mató a mi gato. ¡Y también mató a la gata de Giles, y se las arregló para que pareciera que había sido yo! Ese jodido cabrón…

—¿David? ¿David mató a su gato? —insistió Peterson.

—¡Sí!

—¿Cómo lo mató?

Linda, completamente roja, agarró la mesa, intentó sacudirla, pero estaba atornillada al suelo. Las palabras salieron a borbotones de sus labios:

—Lo estranguló… Lo estranguló… Como a… como a… —Se mordió el labio con tal fuerza que le salió sangre.

—¿Como a quién, Linda?

—Como a esas chicas —dijo al fin, con un susurro torturado.

76

A Erika le temblaban las manos mientras hojeaba el libro en la habitación de David. A medida que pasaba las páginas, su corazón se aceleraba más y más. Vio secciones dedicadas al Serpentine Lido, a la piscina del parque Brockwell, a los estanques de Hampstead Heath: todos los escenarios de los asesinatos, salvo el museo Horniman. En cada sección, había notas garrapateadas frenéticamente alrededor de los textos y las fotos. En algunas páginas, las notas llenaban todos los espacios en blanco en torno a las fotos, indicando dónde estaban las entradas y las salidas, si había cámaras de vigilancia, a qué hora abrían las instalaciones y cuál era el mejor lugar para dejar el coche oculto en las inmediaciones.

Al final del libro, descubrió un mapa a doble página, donde todas las ubicaciones estaban marcadas y rodeadas con círculos. Era idéntico al mapa del centro de coordinación. El libro se le escapó de las manos y cayó con un golpe sordo. Fue al escritorio, donde tenía el móvil cargándose, y buscó el número de la extensión de Moss o Crane en Lewisham Row.

Entonces percibió un movimiento y entrevió una sombra a su espalda. Una mano sujetó la suya y le arrebató el

teléfono.

77

El comisario jefe Marsh había entrado en el centro de control justo en el momento en que Linda se venía abajo y revelaba que David era el asesino. Guardando un horrorizado silencio, contempló junto a Moss y Crane cómo perdía el dominio de sí misma. Linda, furiosa, ruborizada, se tiraba del pelo y hablaba atropelladamente escupiendo gotas de saliva.

—¡David mató a *Boots* ante mis propios ojos! ¡Lo estranguló! ¡Nadie quiso creerme cuando lo expliqué! ¡Nadie! ¡Todos creían que estaba mintiendo! ¡Que había sido yo!

—¿Ha dicho que David mató a unas chicas? ¿Qué chicas? —preguntó Peterson.

—Chicas… De las que cobran. Él gastaba un montón en esas chicas…

—¿Cómo que gastaba un montón?

—¡Un montón de dinero, idiota! —rugió Linda—. Y no su propio dinero. ¡Ah, no! Papá se lo pagaba. Papá se lo pagaba todo, pero no quería comprarme otro gato… Porque todos creían que yo había mentido al decir que David lo había matado. Le creían a ÉL, no a MÍ. A un puto asesino. ¿Es que

yo valgo menos que un asesino? VALGO MENOS, ¿EH? A papá no le importaba gastar miles de libras. ¡MILES!

—¿Por qué tenía que gastar miles de libras, Linda? ¿A quién le pagaba ese dinero?

—A Igor. Al jodido amante de Andrea. ¡Por las chicas!

—¿Su padre pagaba a Igor?

—¡Le daba el dinero a Giles para que él le pagara! Y le ha dado dinero a David para que salga del país. Todo ese dinero… ¡Y A MÍ NO ME QUIERE COMPRAR UN GATITO!

Linda echó la cabeza atrás, tomó impulso y la estrelló contra el tablero de la mesa. La levantó y volvió a estrellarla con fuerza.

—¡Basta, basta! —gritó Peterson. El abogado se había refugiado en un rincón de la sala. El inspector corrió hacia la pared y pulsó el botón de alarma, que resonó por toda la comisaría. Miró a la cámara y gritó—: Necesitó ayuda aquí dentro. ¡RÁPIDO!

—¿Dónde está la inspectora jefe Foster? —preguntó Marsh, en la sala de control.

Moss se quedó paralizada. El rostro se le demudó.

—¡Dios mío! Ha ido a casa de los Douglas-Brown.

78

Erika giró en redondo y se encontró frente a frente con David. Vestido con un suéter verde, vaqueros y un chaleco acolchado, sin decir palabra, abrió el móvil, sacó la tarjeta SIM y la partió en dos. Tiró al suelo el aparato y lo aplastó con el tacón de su bota. Sonó un crujido mientras lo trituraba sobre la moqueta.

Ella lo miró a la cara. Era como si la aplomada y atractiva máscara juvenil se le hubiera caído de golpe. Con las narinas dilatadas y los ojos llameantes, tenía un aspecto maligno. Erika lo vio todo claro. Había sido una idiota.

—Creía que estaba de viaje, David —dijo.

—Voy a irme de viaje. A una *despedida de soltero*…

Ella echó un vistazo al libro caído sobre la moqueta. Había quedado abierto por el gran mapa de Londres.

—No está marcado en el libro, pero usted también mató a Andrea, ¿no es así? —dijo sin alterarse.

—Sí. Lo hice. Una lástima, la verdad. Era mucho más divertida que Linda. Ya veo lo que está pensando. ¿Por qué Andrea en vez de Linda?

—¿Es eso lo que planea ahora, David?

—No. Linda ha demostrado ser muy valiosa. Ella cargará con la culpa del asesinato de Andrea. Igor pringará por las

putas… Al fin y al cabo, eran sus putas. Y en cuanto a Ivy Norris… bueno, ese pedazo de mierda estaba condenado a morir.

—¿Puede escucharse a sí mismo?

—Sí, claro que puedo —dijo David con desdén.

—¿Por qué lo hizo?

Él se encogió de hombros.

—¿No le da importancia? Eso no me lo creo —dijo Erika.

—Pues créalo —siseó él—. Usted se imagina que puede analizarme. Racionalizar lo que hice y por qué lo hice. Lo hice porque PUEDO, sencillamente.

—Pero no puede, David. No va a salirse con la suya. Habrá consecuencias.

—Usted no tiene ni idea de lo que es crecer en un ambiente poderoso y privilegiado. Es algo realmente embriagador. Ver cómo la gente se inclina ante ti y ante tus padres. El poder te rezuma por los poros, infecta a la gente que te rodea. El poder corrompe, seduce… Y cuanto más poder posee mi padre, más miedo tiene de perderlo.

—¿Así que él sabía que usted mató a Mirka, Tatiana y Karolina?

—Por supuesto… No estaba encantado, pero, bueno, eran chicas de Europa del Este. Todas esas chicas creen que a base de polvos y mamadas se abrirán paso y llegarán a lo más alto.

—¿Y Andrea? ¡Ella era su hermana! ¡La preferida de su padre!

—Había amenazado con decírselo a mi madre. ¡Dijo que se lo iba a contar todo a la prensa, la muy idiota! La primera lección en nuestro mundo: mantener la boca cerrada. Si no, alguien te la cerrará de forma permanente.

—No puedo creer que su padre estuviera dispuesto a encubrir algo así, a pasar por alto que usted mató a su querida hija.

—Cállese ya. Usted no sabe de qué habla. Lo que él teme por encima de todo es caer en desgracia. Teme que los demás lobos vengan a destrozarlo… El miedo es más poderoso que el amor. Él se encontró frente al dilema de salvar a Linda o salvarme a mí. Linda ya está medio chiflada de todos modos; y odiaba tanto a Andrea que, seguramente, habría sido capaz de hacerlo por sí misma.

—Linda jamás habría matado a su hermana.

—¿Ahora la va a defender a ella? Joder. Bueno, supongo que la mayoría de la gente la compadece después de echar un vistazo a su habitación… ¿Sabe?, cuando mis amigos se quedaban a dormir, cogíamos a su gatito y lo encerrábamos en una de esas enormes latas para monedas del despacho de mi padre… La obligábamos a hacer de todo para devolverle la llave…

Erika se obligó a sostenerle la mirada.

—*Boots*. El gato de Linda.

—Sí, el viejo y querido *Boots*… A Linda le daban unos berrinches terribles cuando no se salía con la suya. Aproveché uno de esos ataques para acabar con *Boots*… Por estrangulación, si le interesa saberlo. ¿Ha intentado alguna vez estrangular a un gato?

—No.

—¿Y matar a un conejo? A los eslovacos les gustan los conejitos, ¿verdad?

—No.

—El problema con los gatos son las garras. Se vuelven locos. Luchan de una forma admirable por su supervivencia.

—Sus padres son personas inteligentes. Ellos debieron deducir que había sido usted quien mató al gato.

—Ese es el problema cuando delegas toda la educación de tus hijos. Contratas a niñeras y te limitas a jugar un papel de comparsa. Ves a los niños antes del baño. Una horita por aquí, otra horita por allá. «No te acerques, cariño;

estoy vestida para una cena de gala…». Tus hijos se convierten en una estadística: ha sacado una A en mates; ya sabe tocar *Para Elisa* en el piano… Vamos a comprarle un poni. Así podremos introducirnos en el ambiente del polo…

David pareció ausente unos momentos, pero enseguida se recompuso y dijo:

—En fin. Deduzco que sus interrogatorios a todos los interesados han sido infructuosos, ¿no? Mi padre ha logrado que el silencio de todos resulte muy lucrativo. Y Linda cargará con el asesinato de Andrea. Yo se lo hice prometer.

—¿Por qué iba Linda a prometérselo?

—Le dije que si lo hacía, podría tener otro gatito y vivir sin el temor de que yo acabara con él.

—No habla en serio.

—Ya lo creo. Ella alegará locura y acabará en una clínica de lujo durante unos años. Mi padre, probablemente, untará a un celador para que hurgue un poco en ese sitio que le pica entre las piernas… A lo mejor incluso le dejan tener un gato. Pondrá el chochito para conseguir un gatito… —Se echó a reír con una risa aguda y desquiciada.

Erika aprovechó para correr hacia la puerta de la habitación, pero David fue más rápido. La agarró, le rodeó el cuello con las manos y la estampó violentamente contra la librería, dejándola sin aire en los pulmones. Pero esta vez estaba preparada para enfrentarse a él y, alzando el brazo, le golpeó la nariz con el canto de la mano. Sonó un satisfactorio crujido al partirse el cartílago, y David aflojó las manos. Erika consiguió apartarlo y se lanzó hacia la puerta, pero él la sujetó de un brazo antes de que cruzase el umbral, y la hizo girar en redondo. La empujó contra el escritorio y volvió a cogerla del cuello. Ahora la sangre le chorreaba por la barbilla. Una expresión rabiosa le crispaba la cara. Ella le lanzaba puñetazos y patadas al tiempo que jadeaba para llenar los pulmones de aire. Le golpeó una y

otra vez a pesar de que la atenazaba con las manos, pero él aguantó y trató de sujetarle los brazos montándose sobre ella. Consiguió inmovilizarle uno usando la rodilla.

Con la mano libre, Erika tanteó por el escritorio, agarró un pisapapeles y se lo estampó contra la oreja. David tuvo que soltarla, y ella aprovechó para escurrirse por debajo y correr una vez más hacia la puerta. Pero él se recuperó rápidamente y le puso la zancadilla. Erika cayó el suelo. El chico, que tenía la cara embadurnada de sangre, y también los dientes, se echó sobre ella. Esbozó una sonrisa de maníaco. Ella forcejeó, lanzándole arañazos y patadas, luchando como un animal para zafarse del peso de su cuerpo, pero él la sujetó e inmovilizó en el suelo. La golpeó en la cara: una, dos veces. Cuando le dio por tercera vez, Erika notó el impacto de un diente en la garganta. Y todo se volvió negro.

79

—Señor, la inspectora jefe Foster ha encendido su móvil hace media hora. La señal procedía de la casa de los Douglas-Brown —alertó Peterson. El centro de coordinación bullía de actividad en una operación a gran a escala de búsqueda y captura de David Douglas-Brown.

—Quiero que envíen a un equipo de agentes allí de inmediato. Un equipo armado hasta los dientes. Cierren un radio de ocho kilómetros alrededor de la casa. Emitan una orden de detención contra David Douglas-Brown. Hagan circular su fotografía.

—Señor, los padres nos habían dicho que el chico había salido del país para asistir a una despedida de soltero en Praga. Pero Pasaportes e Inmigración informan que aún sigue aquí. No ha abandonado el país —dijo Crane.

—Quiero que lo localicen. Y deprisa. La inspectora jefe Foster podría estar en peligro —urgió Marsh—. Y saquen a Simon Douglas-Brown de la celda y llévenlo a una sala de interrogatorio…

—Naturalmente, usted se dará cuenta de que esto es improcedente —protestó Simon, veinte minutos más tarde,

cuando Marsh le hubo resumido la confesión de Linda—. Mi abogado me ha informado de que ustedes recibieron una declaración del médico de Linda que demuestra, en resumidas cuentas, que todo cuanto salga de sus labios es inadmisible. Está chiflada; siempre lo ha estado. En cuanto a David, ha cambiado de planes sin decírmelo; lo cual no es un crimen. Deben de haber trasladado la despedida de soltero a otra parte. —Se puso en pie—. En cuanto pueda llamaré a Oakley y le recomendaré que…

—Cierre la boca, Simon —ordenó Marsh.

—¿Disculpe?

—Cierre la boca y siéntese. Todavía está bajo custodia, y yo no he terminado con usted. Siéntese. Ahora mismo.

Douglas-Brown lo miró estupefacto y, lentamente, se sentó de nuevo.

—Bien. Hay una orden de detención contra su hijo. Creemos que es el responsable de las muertes de cinco mujeres, incluida la de su propia hija.

Simon permaneció en silencio.

—Hemos descubierto asimismo que el móvil que Andrea perdió, y cuyo importe reclamó al seguro, estaba a nombre de usted. Ella mintió al decir que se lo habían robado y tenemos el aparato en nuestro poder. —Marsh abrió un sobre y volcó su contenido sobre la mesa: el móvil resquebrajado en una bolsa transparente de pruebas—. Le diré cómo veo yo las cosas. En el mejor de los casos, será usted condenado por fraude a la compañía de seguros. Y ya sabe lo duro que se ha puesto el Gobierno contra este delito. Podría significar una pena de prisión; y además de lo impopular que un tipo como usted sería en la cárcel, la condena desataría toda la jauría de los que tienen cuentas pendientes con usted: periodistas, políticos… A esto habría que añadir que su hijo asesinó a su propia hermana, y que

usted, sabiéndolo, le dijo que saliera del país mientras trataba de incriminar a su otra hija…

—¡De acuerdo! ¡DE ACUERDO! —gritó Simon—. De acuerdo. Voy a explicarle…

—Simon Douglas-Brown, barón de Hunstanton, lo detengo bajo la acusación de entorpecer el curso de la justicia y encubrir una actividad criminal. También sospechamos que ha usado su posición para influir en el desenlace de varios procesos judiciales. Bien. Empiece a hablar. Y rápido —ordenó Marsh.

80

David se había lavado a toda prisa en el baño, envolviéndose la nariz con pañuelos para detener la hemorragia. Había recogido su mochila, el pasaporte y el dinero, se había cargado a Erika al hombro y había bajado por la escalera. Le sorprendió lo mucho que pesaba para ser tan flaca. Llegó al garaje del sótano y encendió la luz. Se acercó al maletero del coche. En su interior estaba el cuerpo de la prostituta de larga melena oscura que había recogido en la estación de Paddington.

Una vez que la hubo recogido, habían circulado un rato en coche; ella había intentado ponérsela dura, metiéndole la mano dentro de los pantalones; él no había demostrado el menor interés. Como era una noche muy animada, todos los lugares habituales, los parques y las piscinas, estaban llenos de gente. Incluso había coches de policía patrullando lentamente.

Al final, se había visto obligado a llevársela a casa. Ella había mostrado una gran excitación al ver a dónde la había llevado, y se había mirado en el espejito del parasol que había frente a su asiento. Como si no la hubieran contratado para follar. Como si creyera que iba a presentársela a sus padres. David pensó que debía de haber visto *Pretty Woman*

demasiadas veces. Se había echado a reír al pensarlo, y ella también se había reído.

«Zorra estúpida».

Una vez en el garaje del sótano bajaron del coche, él la sujetó y le estrelló la cara contra la pared de hormigón. La chica ya no recuperó el conocimiento, lo que convirtió el momento de su muerte en algo decepcionante.

No importaba, ahora tenía en sus manos el trofeo supremo: nada menos que a la inspectora jefe Foster.

Abrió el maletero; la chica yacía boca arriba. Ya la había examinado tres veces desde que la había asesinado, y cada vez le resultaba fascinante observar cómo había ido cambiando: los ojos se le habían quedado abiertos de par en par y la mirada fija, propia del *rigor mortis*; la lívida piel había adquirido un tono morado. Antes daba la impresión de estar simplemente dormida; ahora, la hinchazón había borrado la angulosidad de los pómulos: una hinchazón que realzaba los cardenales y magulladuras, como si fuesen manchas de tinta. Se rio de la cara inflada de la chica. A ella le habría horrorizado ver lo gorda que se estaba poniendo. Arrojó el flácido cuerpo de Erika a su lado, bajó la tapa del maletero y lo cerró con llave.

Todavía era muy temprano cuando salió del garaje y recorrió la calle sin salida. Aun así, condujo con cuidado a lo largo de los tres kilómetros que había hasta la entrada de la M4. Una vez en la autopista, se sumó al tráfico de la hora punta y se incorporó a la M25, que rodeaba las afueras de Londres.

Erika notó que recuperaba el conocimiento y estaba rodeada de una oscuridad total. Tenía la cara pegada a una superficie áspera, y un brazo atrapado bajo el cuerpo.

Levantó el otro brazo para tocarse la cara, pero su mano tropezó con algo macizo situado a unos centímetros por encima de su cabeza. Al intentar moverse, sintió que una punzada de dolor le recorría la cara. Notó el sabor de la sangre, tragó con dolor. Sonaba un murmullo de fondo y percibía un movimiento de balanceo bajo el cuerpo. Palpó las paredes curvadas del espacio que la rodeaba, la tapa metálica que tenía encima, el mecanismo interior de un cerrojo… Comprendió que estaba en el maletero de un coche y captó un intenso y repulsivo hedor, con un matiz inequívoco a putrefacción. Contuvo una arcada. No podía controlar la respiración, por lo que se veía obligada a aspirar aquel aire pestilente. El coche aceleró, tomó una curva y se bamboleó sobre una carretera irregular. La inercia la impulsó hacia un lado. Un objeto pesado rodó hacia ella.

Fue entonces cuando se percató de que estaba en el maletero de un coche con un cadáver.

81

La información iba llegando rápidamente al centro de coordinación. Moss y Peterson comprendieron con horror que la inspectora jefe Foster podía convertirse en la siguiente víctima. Habían registrado la casa de los Douglas-Brown y estaba vacía. El coche de Erika había aparecido aparcado a dos calles de la mansión y la matrícula del coche de David había sido fotografiada saliendo de la zona oeste del anillo de peaje del centro de Londres.

—La secretaria de Simon Douglas-Brown le sacó a David un pasaje de ida a París en el Eurostar —informó Crane al colgar el teléfono.

—Conque no iba a Praga… —mascculló Moss.

—Mierda. ¿Y la inspectora jefe Foster? —preguntó Peterson.

—No está en la casa. Ni en su coche. Debe de estar en el coche de David —aventuró Moss—. Crane, ¿cuánto tardaríamos en tener listo un helicóptero para despegar?

—Cuando haya dado la orden el comisario jefe, cuatro minutos —contestó Crane.

—De acuerdo. Voy a llamar a Marsh —dijo Moss.

82

Apareció el rótulo del desvío hacia la estación internacional de ferrocarril Ebbsfleet. David puso el intermitente y tomó la salida de la M25, reduciendo la velocidad al entrar en la rampa, que describía una larga curva y se convertía en una carretera de dos direcciones. La A2 estaba abarrotada de coches, pero la mayoría de ellos se desviaban hacia el centro comercial Bluewater, cuyas futuristas agujas de cristal se elevaban desde el fondo de la antigua cantera de roca caliza. David pasó de largo. Atravesó acelerando la zona industrial abandonada y los campos cubiertos de maleza, salpicados con algún que otro árbol. Redujo la marcha al divisar el área de descanso y salió de la carretera. Un poco más adelante, tuvo que parar y bajarse para desenganchar una cadena que bloqueaba el acceso a un estrecho camino de tierra.

Erika había luchado para dominar el terror que le atenazaba la garganta: por estar encerrada con una chica muerta, y por lo que iba a suceder cuando llegaran a su destino. Haciendo un gran esfuerzo, había buscado signos de vida en el cuerpo tirado junto al suyo. Había deducido que era el de

una chica de larga melena y que llevaba mucho tiempo muerta. La vista se le había ido adaptando a la oscuridad, y al final había atisbado dos puntitos de luz junto al mecanismo de la cerradura. Había deslizado las manos por encima; primero lentamente, palpando el contorno anguloso y grasiento para buscar un punto débil, un modo de abrirlo haciendo palanca. El coche había dado otra sacudida, y el cadáver había vuelto a rodar hacia ella; durante un momento, llevada por el pánico, se había puesto a manipular frenéticamente el cerrojo y se había roto dos uñas; las yemas de ambos dedos estaban en carne viva. El agudo dolor la había salvado de caer en un ataque de nervios. A partir de ese instante se había esforzado en pensar, en mantener la calma.

En sobrevivir.

En la alfombrilla que había debajo de ella, había localizado una muesca que permitía levantarla y acceder al hueco en el que se guardaban las herramientas y la rueda de repuesto. Había tenido que colocarse de lado sobre la chica muerta para alzar la alfombrilla lo suficiente y llegar al hueco, donde había encontrado una llave inglesa. Ahora la tenía bien sujeta entre las manos. Estaba muy fría, pero las palmas le sudaban. Notó que el coche se detenía y se preparó. Oyó el chasquido de la puerta al abrirse. Notó un balanceo y, tras unos momentos, cuando David volvió a subir, una sacudida. También oyó que la puerta se cerraba y que el coche arrancaba despacio y avanzaba entre bamboleos y crujidos de amortiguadores. Sintió que el cadáver se movía a su lado, que rodaba una vez más hacia ella y que la cabellera de la chica se derramaba sobre su nuca. Cerró los ojos, procurando pensar y concentrarse en lo que iba a hacer.

David condujo lentamente por el camino lleno de baches, que desembocaba en una enorme cantera abandonada de roca caliza. En el centro, había un amplio y profundo pozo lleno de agua. Se detuvo a unos veinte metros del borde y apagó el motor. Bajó del coche con la mochila y se acercó al pozo. Las paredes de la cantera estaban pulidas. Había matojos de hierba en algunos trechos y un arbolito que brotaba de una grieta de la roca. Cuatro metros más abajo, el agua estaba inmóvil. La débil luz de la mañana iluminaba algunas zonas donde la superficie aún seguía congelada. A la izquierda, se perfilaba en el horizonte el centro comercial Bluewater; a la derecha, a unos tres kilómetros, un tren de alta velocidad salió de la estación internacional Ebbsfleet y avanzó silenciosamente en dirección al Eurotúnel que atravesaba el canal hacia París.

David echó un vistazo al reloj; tenía el tiempo justo. Dejó la mochila en el suelo, a unos pasos del coche. Abrió la puerta trasera y comprobó que el cierre para niños estaba activado. Cogió la pesada barra antirrobo, guardada en el reposapiés del copiloto, y rodeó el coche. Aguzó el oído un momento, se preparó con la barra antirrobo y abrió el maletero.

La pestilencia resultaba peor en medio del aire puro de la cantera. Sintió que el olor a podrido lo abofeteaba. Los dos cuerpos estaban inmóviles. Al inclinarse para sacar a Erika, ella alzó un brazo repentinamente y le asestó un golpe en la cabeza con una llave inglesa.

David retrocedió tambaleándose y viendo las estrellas. Pero cuando Erika iba a salir del maletero, blandió en el aire la barra antirrobo y le dio un golpe en la rodilla izquierda. Ella se desmoronó en el suelo, gimiendo de dolor. David la golpeó también en la rodilla derecha y le arrancó otro grito; enseguida la arrastró alrededor del coche hacia el asiento trasero.

—No se resista —dijo.

—David, esto no tiene por qué acabar así —resolló Erika, dolorida y jadeante, al ver la gran extensión de agua que se extendía ante ellos. No podía mover las piernas, y tenía un brazo entumecido al haberlo tenido tanto tiempo atrapado bajo el peso de su propio cuerpo. Todavía estaba mareada por los puñetazos que la habían dejado sin sentido, y tenía que hacer un esfuerzo para pensar. Se golpeó en la cabeza con el marco de la puerta cuando David la levantó y la metió en el coche. La puerta se cerró violentamente. Ella miró alrededor y advirtió que estaba detrás del asiento del conductor. Se vio la cara en el espejo retrovisor: tenía el cabello cubierto de sangre por un lado y pegado al cráneo, y un ojo negro, completamente cerrado por la hinchazón. Tanteó la manija de la puerta, pero estaba bloqueada. Se arrastró por el asiento, gimiendo agónicamente, y probó la otra. También estaba bloqueada.

Bruscamente, se abrió la puerta del pasajero y el aire se llenó del hedor a putrefacción. David estaba arrastrando el cuerpo de la chica muerta, que ofrecía un aspecto más horrendo de lo que Erika se había imaginado. Bajo la larga melena oscura, se le veía la cara totalmente hinchada, los ojos abiertos y numerosos cortes. Le faltaban varios mechones en las sienes. Erika bajó la vista y observó que tenía pegadas en su propia chaqueta algunas hebras de la cabellera de la chica.

David tiró el cadáver en el asiento del pasajero; la cabeza cayó hacia un lado. Erika le vio de cerca los ojos vidriosos y la lengua hinchada que le asomaba por la boca como una enorme babosa morada y negra.

—David, escuche. No sé lo que piensa hacer, pero no conseguirá salirse con la suya… Si se entrega ahora, yo podría…

—Es usted una zorra arrogante de verdad, ¿eh? —replicó él, mirándola entre los dos asientos—. Esta hecha una piltrafa de mierda, encerrada en un coche en medio de la nada… ¿y todavía cree que voy a entregarme?

—¡David!

Él se inclinó y le asestó un puñetazo en la cara. La cabeza salió lanzada hacia atrás y se estrelló contra la luna trasera. La visión se le nubló completamente unos momentos. Al volver en sí, sintió que la ceñía un cinturón de seguridad y oyó el clic del cierre. La portezuela de su lado se cerró de un golpe. Entrevió a David entre los asientos, soltando el freno de mano, y notó que las ruedas, libres, daban una sacudida.

—Parece que va a helar otra vez esta noche —dijo él, y cerró la puerta del conductor. Al cabo de unos segundos, el coche rodó hacia el pozo, y fue ganando velocidad rápidamente.

David corría detrás, empujando. Se detuvo a unos metros de la orilla, y el coche se deslizó con rapidez y desapareció por el borde.

Erika percibió que las ruedas perdían contacto con el suelo. Parecía que el horizonte volaba hacia lo alto y se vio reemplazado por la superficie azul que se precipitaba a toda velocidad hacia el parabrisas. David las había atado a las dos, a la chica muerta y a ella, con el cinturón de seguridad, pero aun así el trallazo del impacto fue atroz. El coche se sumergió un momento en el agua reluciente, pero enseguida se enderezó por sí mismo y salió a la superficie. El interior se llenó de una luz cegadora. Erika buscó frenéticamente el cierre del cinturón, pero no se abría. David había dejado las ventanillas entreabiertas unos centímetros y el agua entraba a oleadas, llenando con

rapidez el interior del vehículo. Ella había supuesto que tendría tiempo para reaccionar. Intentó abrir la puerta, pero el cierre para niños seguía activado. El agua helada fluía a chorros por las ventanillas y en cuestión de segundos le llegó a la altura del pecho. Con un espasmo de pánico, inspiró lo más profundamente que pudo. El ruido de la superficie cesó bruscamente cuando quedó sumergida del todo. El coche empezó a hundirse a una velocidad terrorífica: más y más deprisa cada vez. Y el peso del motor lo inclinaba hacia delante y lo impulsaba hacia una colisión frontal contra el fondo del pozo.

El helicóptero de la policía sobrevoló los límites de la cantera en el preciso momento en que el coche de David rodaba por el borde del pozo y caía en el agua. Moss y Peterson iban a bordo junto con el piloto de la policía. Tenían una conexión de radio directa con el centro de coordinación de Lewisham Row. Varios vehículos de refuerzos y una ambulancia estaban en camino.

—El sospechoso está huyendo —avisó Moss enfocando la cámara giroscópica adosada a la base del helicóptero, que iba transmitiendo las imágenes al centro de coordinación—. Envíen una alerta a toda la policía. El sospechoso huye hacia el norte, hacia la estación Ebbsfleet.

—Mierda, ¿y si ella está en el coche? ¿A qué distancia tenemos los vehículos de refuerzos? —preguntó Peterson.

—A cuatro o cinco minutos —dijo Marsh a través de la radio.

—La inspectora jefe Foster tiene que estar en el coche. ¡Aterrice, aterrice, rápido! —gritó Moss. El helicóptero descendió rápidamente. La piedra blanca de la cantera se aproximó a toda velocidad. Apenas se hubo posado el aparato en el suelo, ella y Peterson bajaron de un salto, se

agacharon para pasar por debajo de las aspas y se protegieron la cara de la tremenda polvareda. Los segundos se sucedían rápidamente; abajo, las burbujas de aire salían a borbotones a la superficie y sus ondas se expandían en un gran círculo sobre el agua.

—Están autorizados a disparar, pero queremos detenerlo vivo —oyeron que decía Marsh por la radio.

Peterson corrió con todas sus fuerzas hacia la rampa de acceso que había a un lado del pozo. Moss lo siguió mientras gritaba por radio:

—Creemos que hay una agente en el coche que ha caído al pozo. Repito, hay una agente atrapada en el coche bajo el agua.

—Tres minutos —le respondieron.

—¡Mierda, no disponemos de tres minutos! —gritó Moss.

El helicóptero se elevó, rebasó el borde del pozo y descendió hasta situarse justo por encima del borboteo de la superficie. Peterson había llegado por la rampa a la orilla y, sin vacilar, se quitó la chaqueta y la pistola, se metió en el agua y nadó dando grandes brazadas. Llegó al punto donde se había sumergido el coche y se zambulló hacia el fondo.

—¿Pueden informar? El sospechoso ha huido. ¿Tenemos refuerzos en la estación Ebbsfleet? Repito, ¿tenemos refuerzos? Si sube a ese jodido tren… —masculló Marsh por la radio.

—Los refuerzos van de camino, y ahora mismo están cerrando la estación —respondió una voz.

—Moss, informe. Según nuestras imágenes, Peterson está en el agua.

—Sí, señor, el inspector Peterson se ha sumergido. Repito, el inspector Peterson se ha sumergido en el agua —contestó Moss. Ella también había llegado a la orilla.

—¡Santo Dios! —exclamó Marsh.

La radio enmudeció mientras el helicóptero rugía suspendido en el aire, formando una silueta oval en el agua. Los segundos transcurrieron angustiosamente.

—¡Vamos, por favor, vamos! —exclamó Moss. Ya estaba a punto de zambullirse también, cuando Peterson salió bruscamente a la superficie, con el cuerpo exánime de Erika entre los brazos.

Los aullidos de las sirenas de una ambulancia, un coche de bomberos y varios coches patrulla inundaron la cantera. Por encima del agua, el helicóptero soltó un cable de seguridad y Peterson logró atarlo alrededor de Erika y de su propio cuerpo. Alzó los pulgares y los izaron lentamente fuera del agua. Medio suspendidos, medio a rastras, rozando la superficie con los pies, los llevaron hacia la orilla de la rampa, donde se hallaba Moss.

—La inspectora jefe Foster está gravemente herida. Y parece inconsciente —informó Moss por radio—. Hay una rampa de acceso a la izquierda de la cantera; estamos junto al agua. ¡Repito, la comisaria Foster está inconsciente! —gritó.

Peterson y Erika llegaron a la orilla, y el helicóptero los depositó en el suelo. Cuatro paramédicos bajaron corriendo por la rampa. Desataron a la inspectora Foster del cable de seguridad y la tendieron con cuidado boca arriba.

Peterson chorreaba y tiritaba; se apresuraron a envolverlo con una manta térmica de aluminio. Los paramédicos se dispusieron a atender a Erika. Tras unos instantes de gran tensión, tosió y escupió agua.

—Tranquila, tranquila; ahora, de lado —le indicó un paramédico, mientras la colocaba en la posición lateral de seguridad. Ella siguió tosiendo y expectorando agua por la boca. Jadeó espasmódicamente, aspirando aire fresco para llenar los pulmones.

—La inspectora jefe Foster está fuera del agua. Y está viva —dijo Moss—. ¡Gracias a Dios, joder! Está viva.

83

Sonaba un suave silbido y un pitido rítmico mientras la visión de Erika iba enfocándose lentamente. Estaba en una habitación de hospital, junto a una ventana con las persianas cerradas. La habitación se hallaba iluminada por la luz tenue de una lámpara de noche. Con el rabillo del ojo vio que había otra cama al lado, cuya colcha subía y bajaba al mismo ritmo que el silbido que oía. Se pasó la lengua por los resecos labios. No: era el paciente de la otra cama el que se encontraba conectado a un respirador.

La habían abrigado con unas mantas de color azul, y notaba que tenía grandes zonas del cuerpo completamente entumecidas: las piernas, un brazo, la parte izquierda de la cara… No sentía dolor propiamente dicho, sino la incómoda sensación de su presencia cercana. Flotaba en una niebla insensible, pero el dolor no tardaría en llegar, y cuando ocurriera, debería enfrentarse a él. Por ahora, podía seguir flotando, observando; miembros entumecidos, emociones entumecidas.

Cerró los ojos y se durmió.

Cuando volvió a despertarse, la habitación continuaba sumida en la penumbra y Marsh estaba sentado junto a la cama. Llevaba una camisa elegante y la habitual chaqueta de cuero. El dolor avanzaba: en la cara, en las piernas, en el brazo. También se sintió más cerca de sus emociones. El miedo. Los recuerdos. La convicción de que iba a morir. La sensación ardiente en los pulmones cuando ya no había podido contener más la respiración y había empezado a tragar agua… El cuerpo de la chica en el maletero junto a ella; su cara borrosa cuando el coche se había sumergido; su larga melena desparramándosele como un halo en torno a la cabeza.

—Se pondrá bien —dijo Marsh tocándole suavemente la mano derecha.

Erika advirtió que la izquierda la tenía vendada, y que solo podía oír por un lado: el opuesto al lugar donde Marsh se encontraba sentado.

—La han operado. Tenía un clavo en una pierna y el pómulo fracturado… —Se calló. Sujetaba en su regazo un racimo de uvas. Casi resultaba cómico—. Se recuperará por completo… He dejado una tarjeta en la mesilla. La ha firmado todo el mundo en comisaría… Lo hizo muy bien, Erika. Estoy orgulloso de usted.

Ella trató de decir algo. Al tercer intento, lo consiguió:

—¿David?

—Lo arrestaron en Ebbsfleet. Está detenido, junto con su padre, Giles Osborne e Igor Kucerov. Isaac ha revisado las pruebas forenses y ha logrado identificar unas hebras de pelo encontradas en el cuerpo de Mirka Bratova, la segunda víctima. Corresponden al ADN de David. Y además, tenemos el testimonio de Linda. Y los forenses están revisando todo el coche. Lo han sacado de ese pozo de la cantera… con la chica dentro.

Marsh sonrió, incómodo. Volvió a cogerle la mano.

—En fin, ya habrá tiempo de sobra para contárselo todo. Lo que quería decirle realmente es que estoy a su disposición si necesita cualquier cosa. Como amigo… Marcie le envía cariñosos recuerdos y le ha comprado algunos artículos de tocador. Se los he dejado en su taquilla.

Ella trató de sonreír, pero el dolor se estaba volviendo agudo y rabioso. Apareció una enfermera, revisó la gráfica de Erika, se acercó al gotero y pulsó un botón.

—Peterson… quiero darle las gracias a Peterson —murmuró Erika.

Sonó un pitido. Notó que algo frío se deslizaba a través de su brazo. Marsh y la habitación del hospital se volvieron borrosos y desaparecieron en un espacio blanco libre de dolor.

Epílogo

Erika respiró hondo, sintiendo que el aire puro le llenaba los pulmones. A su lado, en el banco de madera, Edward hizo lo mismo. Ambos se mantuvieron en un confortable silencio mientras contemplaban los páramos que se extendían a lo lejos en tonos verdes y marrones. Al fondo se amontonaban grandes nubarrones y formaban un frente de color negro azulado que se dirigía hacia ellos.

—Está preparándose una buena tormenta —dijo él.

—Solo un minuto más… Me encanta este sitio. Incluso la hierba es más verde aquí, en el norte —comentó Erika.

Edward se echó a reír.

—¿Eso es una metáfora, cielo?

—No, no. Realmente es más verde. —Sonrió. Apartó la mirada de la preciosa vista y se volvió hacia él, que estaba a su lado enfundado en un grueso abrigo. Un estrecho sendero de grava separaba la lápida de Mark del banco donde se encontraban sentados.

—Ahora me resulta más fácil venir aquí —dijo Edward—. Una vez que superas la impresión de tener delante estas letras doradas, con la fecha de nacimiento y la fecha de, bueno, ya sabes… Vengo mucho aquí y hablo con él.

Ella rompió otra vez a llorar.

—Yo no sé por dónde empezar. No sé qué decirle —sollozó, y buscó un pañuelo en el abrigo.

—Tú simplemente empieza —recomendó Edward pasándole un paquete de pañuelos de papel.

Erika alzó la cabeza hacia él. El pelo ya le crecía en la zona donde le habían puesto una larga hilera de puntos.

—De acuerdo —dijo y, sacando un pañuelo, se limpió la cara.

—¿Sabes qué?, yo me vuelvo a casa, voy a poner a calentar el agua. Tú habla. Por supuesto, al principio te sientes como un chiflado, pero aquí no hay nadie…

Le dio unas palmaditas en el hombro y echó a andar por el sendero. Erika miró cómo se alejaba. Edward se giró sonriendo; fue sorteando las tumbas y bajó hacia el pueblo. Ella observó que sus movimientos y su modo de andar se parecían mucho a los de Mark. Se volvió hacia la tumba.

—Bueno, he resuelto cinco asesinatos… Y me escapé por los pelos de las garras del asesino. Dos veces —dijo—. Pero no es eso lo que he venido a decirte…

Sonó el móvil que llevaba en el bolsillo. Lo sacó. Era Moss.

—Hola, jefa. He pensado que, bueno, que ya han pasado un par de meses y que podía hacerle una llamadita…

—Hola.

—¿La llamo en mal momento?

—No, bueno, estoy… Estoy ante la tumba de Mark.

—¡Ay, mierda! Ya la llamaré en otro momento.

—No, no. Estaba tratando de hablar con él. Mi suegro opina que debería hacerlo. Dice que ayuda. Pero la verdad es que no sé qué decir…

—Podría explicarle que el asesino irá a juicio en mayo. ¿No ha visto hoy las noticias? David Douglas-Brown ha sido declarado apto para ser sometido a juicio. También han expulsado a sir Simon de la Cámara de los Lores… Y parece

que van a volver a juzgar a Igor Kucerov por el asesinato de Nadia Greco. Solo estamos esperando la decisión de la fiscalía sobre Giles Osborne. Estoy segura de que lo condenarán por entorpecer el curso de la justicia… ¿Sigue ahí, jefa?

—Sí. Y ya he visto las noticias. Pero a Mark no le interesa todo eso.

—Sí yo estuviera a dos metros de profundidad, me encantaría que mis seres queridos me pusieran al día de los últimos acontecimientos…

Hubo un silencio. El viento ondulaba la hierba. El cúmulo de nubes oscuras ahora estaba prácticamente sobre ella.

—Perdón, ha sido una broma de mal gusto —se disculpó Moss.

—No; me está hablando con franqueza, lo cual es mucho mejor. ¿Recibió Peterson mi tarjeta?

—Sí, pero ya lo conoce. Es un tipo duro y callado. Fue a verla al hospital, pero usted estaba inconsciente.

—Sí; me lo dijeron.

Hubo otro silencio.

—Bueno, ¿cuándo volverá, jefa?

—No sé. Pronto. Marsh me dijo que me tomara todo el tiempo que quisiera. Voy a quedarme un poco aquí con Edward.

—Bueno, tenemos muchas ganas de que regrese, jefa. Piensa volver, ¿no?

—Sí, volveré. Ya la llamaré.

—Bien. Bueno, disfrute allá en el norte, y cuando… ya sabe… cuando hable con Mark, dele recuerdos de mi parte.

—Nunca me habían dado recuerdos de una forma tan extraña —dijo Erika con ironía.

—Ojalá lo hubiera conocido —replicó Moss.

Erika colgó justo cuando retumbaba un trueno en lo alto. Se giró hacia la tumba y miró las letras doradas grabadas en

la lápida de granito.

EN MEMORIA DE
MARK FOSTER
1 DE AGOSTO DE 1970 – 8 DE JULIO DE 2014
AMADO Y RECORDADO SIEMPRE

—Esta es la palabra más difícil, Mark —dijo Erika—: siempre. Siempre estaré sin ti. No sé cómo puedo vivir sin ti, pero tengo que hacerlo. He de seguir adelante y dejar que te vayas en algún momento. Debo seguir adelante, Mark. Seguir trabajando. Seguir viviendo mi vida. Creo que la mayoría de días no podré continuar sin ti. Pero tengo que hacerlo. Hay tanta maldad por ahí que me parece que la única forma de soportarlo es seguir trabajando. Tratar de hacer algo que valga la pena.

Le cayó una gota en la mejilla, y por una vez no era una lágrima. Había empezado a llover, y las gotas salpicaban sobre el sendero y sobre la lápida de Mark.

—Tu padre me está preparando una taza de té… Así que me voy. Pero vendré, te lo prometo. Se levantó, se llevó los dedos a los labios y los puso sobre la piedra fría, justo bajo el nombre de Mark.

Se echó el bolso al hombro y cruzó el cementerio. La esperaba un té caliente con tarta y el calor de la cocina de Edward.

Una nota de Robert

En primer lugar, quiero darte las gracias, unas gracias enormes, por decidir leer *Te veré bajo el hielo*. Si te ha gustado, te agradecería mucho que escribieras una reseña. No hace falta que sea larga, basta con unas líneas, pero para mí significa mucho y sirve para que otros lectores descubran mis libros por primera vez.

También me encantaría recibir noticias tuyas. ¿Qué te ha parecido la inspectora jefe Erika Foster? ¿Qué te gustaría que ocurriera a continuación? Erika volverá muy pronto. Ahora mismo estoy trabajando en el segundo libro de la serie, que se titulará *The Night Stalker*.

Puedes contactar conmigo en mi página de Facebook, a través de Twitter, de Goodreads o de mi página web, que encontrarás en ‹www.robertbryndza.com›. Leo todos los mensajes y siempre respondo. ¡Todavía han de publicarse muchos más libros, y espero que sigas conmigo en esta aventura!

ROBERT BRYNDZA

P.D. Si quieres recibir un correo electrónico cuando aparezca mi nuevo libro, puedes suscribirte a mi lista de correos en el enlace que hay abajo. Tu dirección no se empleará para ningún otro fin y puedes anular la suscripción cuando quieras.

‹www.bookouture.com/robert-bryndza›
‹www.twitter.com/robertbryndza›
‹www.facebook.com/bryndzarobert›

Agradecimientos

Gracias a Oliver Rhodes, Claire Bord, Keshini Naidoo, Kim Nash y al maravilloso equipo de Bookouture. Sois una pandilla increíble, y me alegro muchísimo de trabajar con vosotros. (¡Y gracias por no burlaros de mí cuando os mandé aquel primer correo diciendo que quería escribir una novela policiaca desde hacía mucho tiempo!).

Gracias muy especiales a Claire Bord por tus ánimos y por incitarme a hacer que este libro fuera mejor de lo que yo habría soñado jamás.

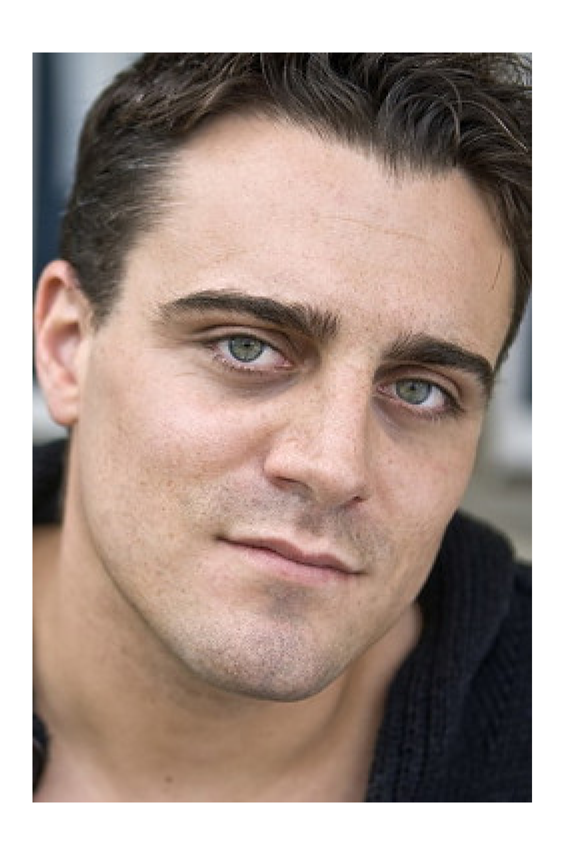
Gracias a Henry Steadman por la cubierta espectacular, y a Gabrielle Chant por editar el manuscrito con precisión y cuidado. Y gracias a Angela Marsons, por tu amistad, apoyo y aliento. Y como siempre, gracias a Stephanie Dagg.

Gracias a mi suegra Vierka, que parece poseer un don telepático y que, cuando la cosa se complica y el proceso de escritura se retrasa, se presenta en la puerta con comida calentita y deliciosa, y sobre todo con amor y amabilidad, cosa que siempre me levanta el ánimo.

Y gracias a mi marido, Ján, que se las arregla para cubrirme de elogios y darme apoyo cuando lo necesito, pero que no tiene empacho en pegarme unos gritos para que me atenga a los plazos de entrega. Y sigue con los elogios y el

apoyo; y también con los gritos, que son esenciales. Sin este amor y este aliento inquebrantable, todavía estaría sudando tinta en un trabajo que no me gustara y soñando simplemente con ser escritor.

Y, finalmente, gracias a todos vosotros, lectores, y a los blogueros de libros, tanto a los que acabáis de descubrir mi obra como a quienes la habéis seguido desde la serie de Coco Pinchard. El boca a boca funciona realmente, y sin vuestros comentarios y vuestros blogs, tendría muchos menos lectores. Gracias. ¡Ya os dije que sería una aventura emocionante!



ROBERT BRYNDZA. Autor *best seller* número 1 en Amazon, en *USA Today* y en *The Wall Street Journal*.

Te veré bajo el hielo es su primer *thriller* de la serie de la detective «Erika Foster», con el que ha vendido un millón de ejemplares y que ha sido traducido a 24 idiomas.

El segundo libro de la serie, *The Night Stalker*, es un éxito de ventas al igual que el primero, y el tercer libro, *Dark Water* acaba de ser publicado.

Además de escribir novela negra, Robert ha publicado una serie de novelas de comedia romántica.

Nacido en Inglaterra, actualmente vive en Eslovaquia.

Notas

[1] Barrio *hipster* de moda situado en el East End de Londres.
<<

[2] Jimmy Savile, un popular presentador inglés, ha resultado ser autor de numerosos abusos a menores, según un informe oficial publicado después de su muerte. <<

[3] Código de identificación internacional de los teléfonos móviles. <<